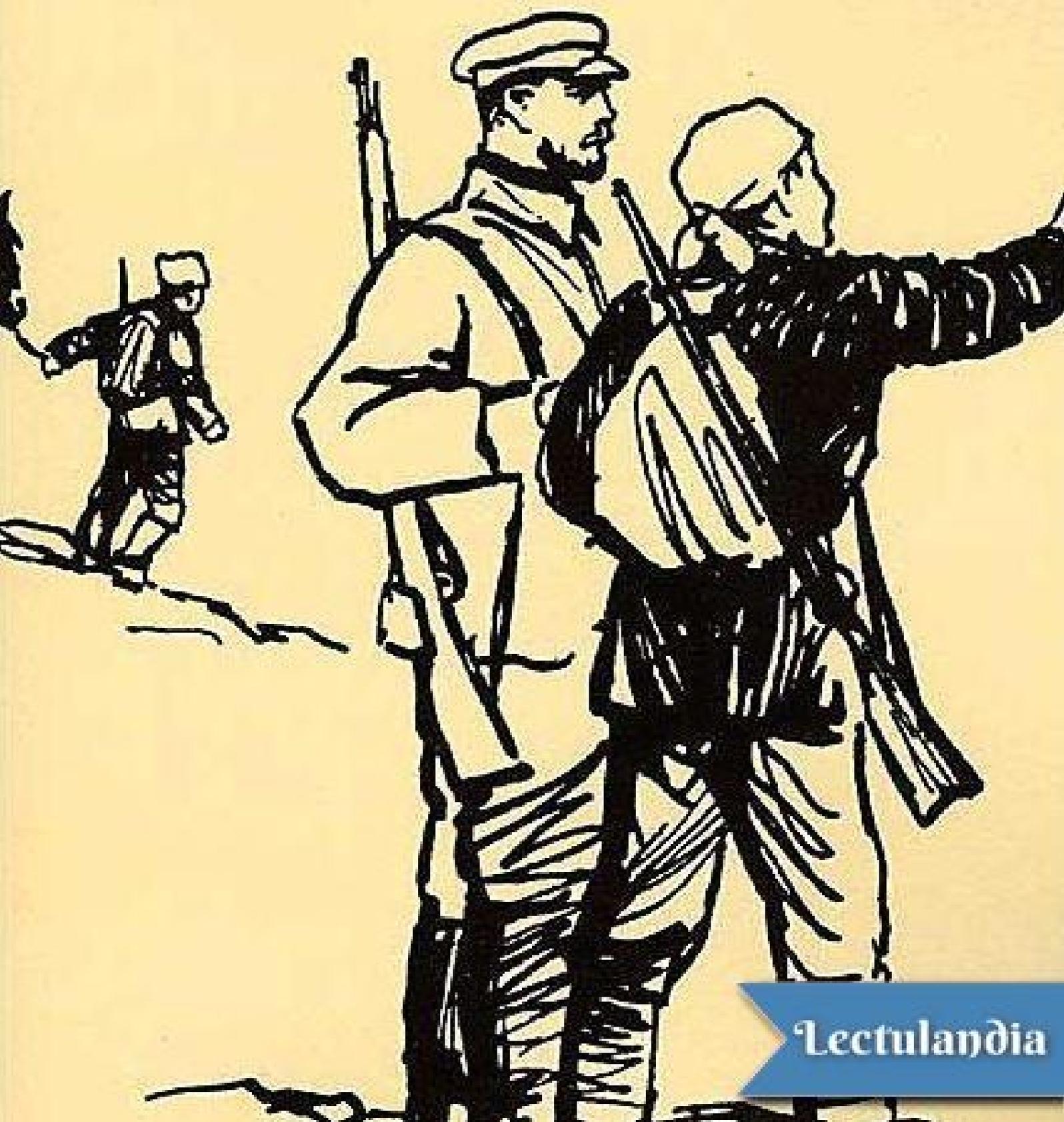


Dersu Uzala

Vladimir Arsenyev



Lectulandia

Vladimir Arseniev, oficial del ejército del Zar y explorador, en 1906 regreso a Moscú, después de efectuar su primera expedición, con mapas de los desconocidos confines de Siberia. Fue recibido como un héroe, pero su primera reacción fue pedir reconocimiento para quien él consideraba artífice real de la proeza: Dersu Uzala.

El cazador Dersu era un hombre sencillo, capaz de descifrar con prodigiosa intuición los secretos de la taiga; un guía que salvó la vida de Arseniev y de sus hombres en varias ocasiones. Mientras, les descubría los caminos que convertían el bosque profundo en un lugar accesible, donde los Ussuri, su pueblo, vivían en armonía con la naturaleza.

Como tributo a Dersu, Vladimir Arseniev escribió las memorias de sus viajes que, además de obra maestra sobre la exploración y la etnografía no científica, son, por encima de todo, un hermoso homenaje a la amistad entre dos espíritus puros y un canto a la naturaleza. Un clásico de la literatura de viajes, cuya adaptación al cine por el director Akira Kurosawa mereció el Oscar a la mejor película extranjera en 1975.

Lectulandia

Vladimir Arseniev

Dersu Uzala

ePUB v1.0

victordg 01.02.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Dersou Ouzala*

© 1977 Éditions Pygmlion (por acuerdo con la Agencia de la URSS para Derechos de Autor, Moscú, 1977)

© 1978 de la edición en castellano para España y América: Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Traducido de la edición de Éditions Pygmalion, París, 1977

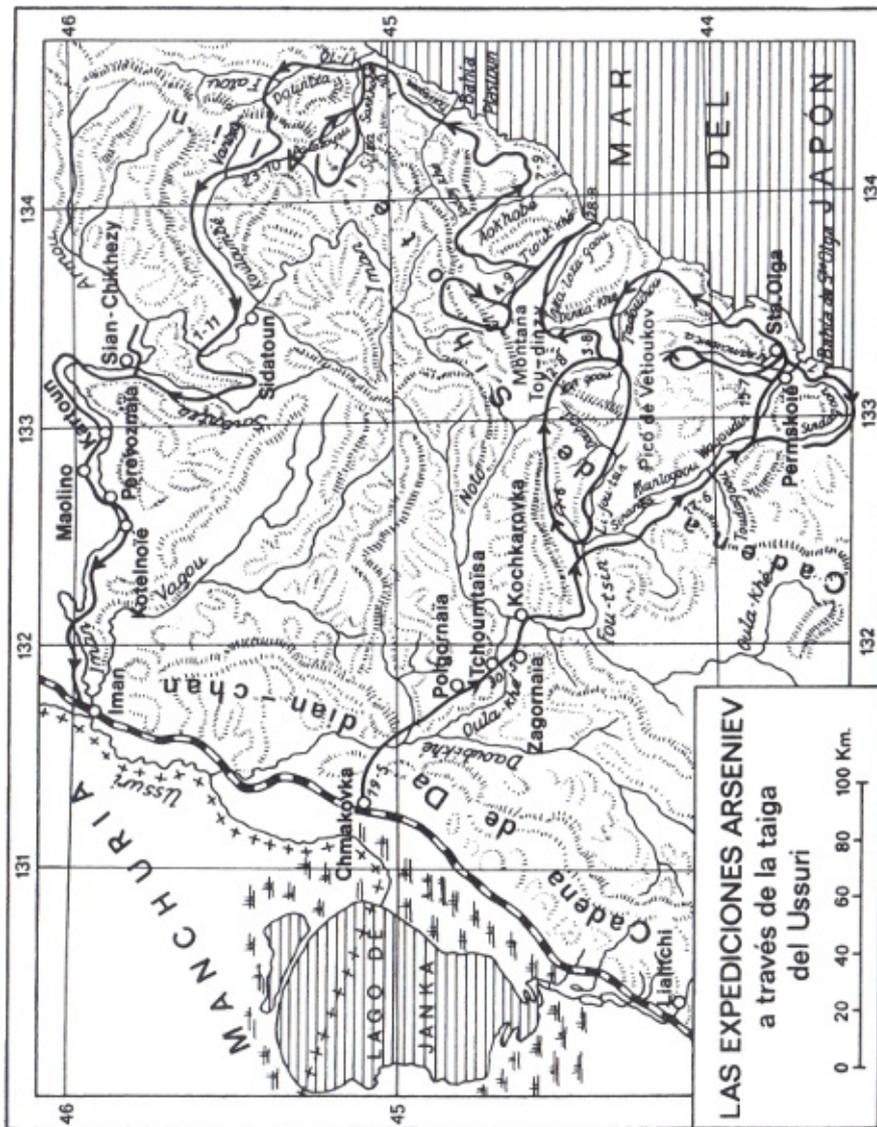
Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-9793-884-6

Depósito legal: B. 38018 - 2009

Impreso en Vallestec, S. L.

Barberà del Vallés (Barcelona)



Prólogo

El nombre de Vladimir Arseniev es conocido en todos los países. Sus expediciones por la región del Ussuri, que recorrió en todas direcciones durante muchos años, le dieron renombre universal.

Actualmente, la curiosidad por el extremo oriente ruso es más viva que nunca. Las obras de Arseniev constituyen una fuente inagotable de hechos referentes a esta zona, y una de las lecturas más atrayentes. Máximo Gorki ha escrito a propósito del libro que presentamos hoy al lector español que, además de «su valor científico indudable y tan importante», él estaba «encantado y entusiasmado por su poder de evocación». «Usted ha logrado —le escribía al autor— ser a la vez Brehm y Fenimore Cooper, lo que no es poco, que digamos.»

Y Fritjof Nansen, que había tenido ocasión de conocer a Vladimir Arseniev en Jabarovsk, expresaba así su opinión sobre él, en el prólogo a la edición alemana de una de sus obras: «Este explorador nos descubre un mundo desconocido hasta ahora. Lo asombroso es que nosotros, habitantes del Viejo Mundo, conocíamos mejor a los indígenas de América del Norte que a los de Siberia, y sobre todo a los de la Siberia oriental, que presentan ciertamente un interés más considerable para nosotros. Espero que la obra magnífica y llena de interés de Arseniev encontrará un gran número de lectores.»

El autor nos conduce a la región montañosa de Sijote-Alin, a las selvas que han quedado hasta nuestros días impenetrables para los europeos. Los *golds*, que ocupan la región del Ussuri hasta la desembocadura del Daubi-khé, son ante todo cazadores apasionados. Habitantes de un país donde el pescado es poco abundante en los ríos, pero donde la taiga, esa especie de selva de la Siberia, abunda en caza, consagran toda su actividad a ésta. Siempre a la caza de cibelinas; de bosques poblados de jóvenes marales^[1], llamados *panty*, que son particularmente apreciados para diversos usos; a la búsqueda de la raíz del *gin-seng*, considerado como un poderoso medicamento, penetran a menudo en los rincones más remotos de Sijote-Alin. Son cazadores maravillosos y de una sagacidad prodigiosa en el arte de descifrar las huellas de los animales.

Dada la importancia del papel que representó en estas expediciones el cazador *gold* Dersu, Arseniev comienza por describir su primera expedición, a principios de nuestro siglo, a lo largo de los ríos Tzimu-Khé y Lefu, donde encontró a Dersu por primera vez. Después, relata otras dos expediciones realizadas más tarde en la misma comarca.

Observador atento, escritor de talento, Arseniev ha sabido revivir la vida misteriosa de la taiga del Ussuri y las montañas de Sijote-Alin. Su mérito consiste en haber destruido la leyenda según la cual la taiga sería un reino muerto y de silencio;

en verdad, la taiga y las montañas están llenas de animación, de sonidos que hay que saber comprender, y de dramas ocultos.

Arseniev recorrió durante veinte años las selvas del Ussuri, la cadena del Sijote-Alin, que tiene una longitud de mil kilómetros, y los ríos del mar del Japón y del golfo de Tartaria. Desde el punto de vista geográfico, este país constituye una región aparte. El relato luminoso y documentado de la expedición de Arseniev, sus hojas de ruta, nos transportan a los lugares por donde él ha pasado. Y, además de sus riquezas naturales, que pueden compararse con una especie de Parque de Yellowstone, esta tierra tiene un pasado histórico del más profundo interés.

Hace un millar de años, formaba parte del Imperio de la China del Norte, bajo la dinastía de los Leao. Investigaciones geológicas muy recientes han establecido que, en aquella época, la explotación del oro, la plata y el cobre, así como los trabajos de forja del hierro eran de lo más activos. Ciertos geólogos han pretendido que las minas de oro del país del Ussuri suministraban metal precioso al Asia entera, y que se encuentra oro proveniente de los bordes lejanos del golfo de Tartaria en los antiguos ornamentos de los rajás hindúes actuales.

Cuando el Imperio de Leao sucumbió, en el siglo XIII, la región del Ussuri dejó de existir para la historia, pero en ella tuvieron lugar numerosos movimientos de población, y en el siglo XVI constituyó la parte oriental de las posesiones de los *dauro-diutcheros*, pueblo inteligente, de un grado de cultura bastante elevado, y que logró mantener su independencia junto a la potencia china.

Por esta región pasaban las vías comerciales que iban de China al extremo norte de Asia. Los chinos exportaban pan y arroz y recibían en cambio ricas pieles y pescado. El Ussuri era entonces una vía de tránsito importante.

En el siglo XVII aparecieron sobre el Amur los primeros destacamentos moscovitas. Los cosacos, a la búsqueda de tierras fértiles, habían conquistado la mayor parte de Siberia y alcanzaban el Océano. Los indígenas les resistieron primero heroicamente, pero tuvieron que ceder ante el número. Entonces emigraron a China; pero cuando más tarde los chinos recuperaron la región del Ussuri, no dejaron volver a los *dauro-diutcheros* a su territorio y establecieron frente a Rusia, para protegerse, una zona desértica que frenó el desarrollo del país.

Los rusos no volvieron hasta el siglo XIX. En 1860, un barco de guerra ruso echó el ancla en la bahía del Gran Trepang, en el emplazamiento de la actual Vladivostok; la China, debilitada, cedió al gobierno ruso la orilla izquierda del Amur, y millares de colonos cosacos fundaron en toda la región una cadena de puestos militares. Se construyeron pequeñas ciudades y se organizaron estaciones de avituallamiento, pero el centro de la comarca quedó salvaje. Las bellezas naturales, la flora la fauna del Ussuri son actualmente tan variadas y tan ricas, como lo fueron en los tiempos primitivos. La grandiosa cordillera del Sijote-Alin deja un recuerdo imborrable a los

poquísimos europeos que la visitan.

Todos estos tesoros de la naturaleza son revelados por Vladimir Arseniev en su libro, que nos abre las puertas de un mundo insospechado.

Vladimir Arseniev murió en 1930. Los relatos de sus expediciones y de sus cacerías son muy leídos en su país. Se han publicado ediciones especiales para la juventud ansiosa por conocer la Siberia Oriental, esta tierra virgen tan llena de futuro que puede ser un día para la Unión Soviética lo que fuera el Far-West para los Estados Unidos.

LOS EDITORES

PRIMERA PARTE

1. El valle de cristal

En el transcurso del año 1902, con motivo de una misión que emprendí a la cabeza de un equipo de cazadores, remonté el río Tzimu-khé, que desemboca en la bahía del Ussuri, cerca del pueblo de Chkotovo. Mi convoy se componía de seis tiradores siberianos, junto con cuatro caballos cargados de equipaje. El objeto de esta misión era el estudio —para los servicios del ejército— de la región de Chkotovo y la exploración de los desfiladeros del macizo montañoso de Da-dian-chan[2], donde nacen las fuentes de cuatro ríos: el Tzimu-khé, el Maia-khé, el Daubi-khé y el Lefu. A continuación, debía señalar todas las pistas vecinas al lago de Janka y al ferrocarril del Ussuri.

La cadena de montañas de que se trata aquí comienza cerca del Iman y desciende hacia el sur, paralelamente al río Ussuri, dirigiéndose del nor-nordeste hacia el sud-sudoeste, de tal manera que tiene al oeste el río Sungari y el lago de Janka, y al este el río Daubi-khé. Después, la cordillera se separa en dos partes: una de ellas se extiende hacia el sudoeste y forma la cadena llamada «La Rica Cabellera» (*Bogataia Griva*), que corre a lo largo de la península de Muraviev-Amurski, mientras que la otra se dirige hacia el sur y se confunde con la alta cadena que separa los ríos Daubi-khé y Sui-chang.

La parte norte de la bahía del Ussuri se llama ensenada de Mai-tung. En otro tiempo, esta ensenada entraba mucho más profundamente en el continente. Eso salta a la vista en seguida. Ahora, los acantilados han retrocedido algunos kilómetros de la costa. En otro tiempo, la desembocadura del Tanegouze se encontraba en el emplazamiento actual de los lagos Sane y El-Pouza, mientras que la desembocadura del Maia-khé se ubicaba un poco más arriba del lugar en que este río está cortado hoy día por la vía férrea.

Todo este espacio, en una superficie de veintidós kilómetros cuadrados, representa una llanura pantanosa rellena por los aluviones del Maia-khé y del Tanegouze. Entre los pantanos, quedan todavía algunos lagos pequeños, marcando los lugares que eran antiguamente más profundos. Este lento proceso de retirada del mar y de crecimiento de la tierra firme continúa todavía. La misma suerte espera también a la ensenada de Maitun, que ya actualmente es muy poco profunda. Sus costas occidentales están formadas de pórfidos; sus costas orientales son terrenos terciarios. En el valle del Maia-khé abundan los granitos y las sienitas, mientras que al este del río dominan las formaciones basálticas.

El pueblo de Chkotovo se encuentra en la orilla derecha del Tzimu-khé[3], cerca de su desembocadura. Construido en 1864, fue quemado por los *hundhuzes* en 1868 y reconstruido en 1869. Prjevalski, en 1870, no encontró más que seis casas con treinta y cuatro habitantes. A mi llegada era ya un pueblo de cierta importancia.

Nosotros pasamos dos días recorriendo los alrededores y preparándonos para nuestro lejano viaje.

El río Tzimu-khé, de treinta kilómetros de largo, corre en dirección este-oeste y no tiene a su orilla derecha más que un solo afluente, el Beitza, cuyo valle es llamado por los habitantes del país el Valle de Cristal. Este nombre le viene de una *fanza*^[4] china de cazadores en medio de cuya ventana había un pequeño trozo de vidrio. En esa época, la región del Ussuri no poseía ninguna fábrica de vidrio y éste tenía un gran valor entre sus atrasados pobladores. En el fondo de las montañas y de los bosques el vidrio servía como moneda de cambio, y se podía trocar una botella vacía por harina o sal.

Los ancianos cuentan que, en caso de disputa, los adversarios trataban de penetrar unos en casa de otros para romper la cristalería. En estas condiciones, no hay que asombrarse de que un pedazo de vidrio en la ventana de una *fama* china se considerase como un gran lujo. Los primeros colonos quedaron tan sorprendidos que, más allá de la *fama* china y del río, llamaron a toda la región Valle de Cristal.

De Chkotovo, remontando el valle del Tzimu-khé, se sigue primero una pequeña ruta que, después del pueblo de Novorossisk, se transforma en sendero. Este conduce al Sutchan y al río Kangouzon^[5], en la dirección del pueblo de Novonéjine. La ruta atraviesa el río varias veces, lo que hace que en los momentos de crecida las comunicaciones se encuentren interrumpidas.

Partiendo temprano de Chkotovo, alcanzamos el mismo día el Valle de Cristal y nos adentramos en él. El Beitza corre hacia el oeste sudoeste, casi en línea recta; después, dobla hacia el oeste, pero ya en las proximidades de su desembocadura. La anchura del Valle de Cristal varía según los lugares. Tan pronto disminuye hasta reducirse a cien metros como, por el contrario, excede de un kilómetro. Como la mayor parte de los valles de la región del Ussuri, éste es uniformemente llano. Las montañas que lo encuadran, recubiertas de escasos encinares, tienen pendientes muy abruptas. El paso de la llanura a la montaña es extremadamente brusco, lo que señala importantes fenómenos de erosión. En tiempos antiguos, este valle era mucho más profundo; no se rellenó hasta más tarde, con los aluviones del río.

A medida que avanzábamos en la montaña, la vegetación se hacía más rica. Los escasos encinares dieron lugar a bosques espesos de esencias variadas, en los que destacaban numerosos cedros. Un pequeño sendero, trazado por cazadores chinos y buscadores de *gin-seng*, nos servía de hilo conductor. Dos días después llegamos al lugar donde se encontrara, en otro tiempo, la célebre *fama* de vidrio, pero de ella no quedaban sino ruinas. Cada día el sendero se hacía más y más difícil. Parecía evidente que ningún pie humano lo había hollado desde hacía tiempo. Estaba invadido por la maleza y obstruido por maderas secas. Poco después, lo perdimos de vista completamente. Volvimos a encontrar huellas de animales y decidimos

seguirlas, siempre que nos llevaran en nuestra dirección.

La noche del tercer día nos aproximábamos a la cresta del Da-dian-chan, que aquí está orientado en el sentido del meridiano y tiene una altura media de setecientos metros. Dejando a mis compañeros al pie de la montaña, trepé a una de las cimas más próximas para observar si el desfiladero por donde debíamos pasar estaba aún alejado. Desde la cima se distinguían claramente todas las montañas y comprobé que el desfiladero se encontraba a dos o tres kilómetros de nosotros. No podíamos pues alcanzarlo antes de la noche, e incluso si lo alcanzábamos correríamos el riesgo de pasar la noche desprovistos de agua, ya que las fuentes de las montañas estaban agotadas en esta época del año. En consecuencia, decidí acampar allí donde había dejado los caballos y retomar al día siguiente la marcha hacia el desfiladero.

No prolongué nunca nuestra marcha hasta la caída de la noche. Acampaba cuando aún estaba claro, para poder levantar las tiendas y aprovisionarnos de madera.

Mientras que los tiradores trabajaban para instalar el campamento, yo aproveché el tiempo libre para inspeccionar los alrededores. Mi compañero en estos paseos era siempre un tal Policarpo Olenetiev, hombre excelente y hábil cazador. Tenía entonces veintiséis años; de peso medio y de buena estatura, con cabellos de un rubio tirando a rojizo, los rasgos acentuados y pequeños bigotes. Olenetiev era un optimista; no perdía su buen humor ni en las situaciones más dificultosas, y se esforzaba por convencerme de que todo estaba de lo más bien y en el mejor de los mundos. Después de dar las instrucciones necesarias, tomamos los fusiles y partimos para hacer una batida.

El sol declinaba en el horizonte, y mientras sus últimos rayos iluminaban aún las cimas de las montañas, espesas sombras recubrían los valles. Las copas de los árboles de hojas amarillas se perfilaban fuertemente sobre el cielo azul pálido. La proximidad del otoño se percibía en todos los detalles: en el comportamiento de los pájaros y de los insectos, en la hierba desecada y en el aire.

Después de franquear una cresta poco elevada, penetramos en el valle vecino, cubierto por un frondoso bosque. El lecho ancho y desecado de un antiguo torrente de montaña, lo partía en dos. Allí nos separamos; yo tomé a la izquierda, caminando por la parte de los guijarros, y Olenetiev a la derecha. Habían pasado apenas dos minutos cuando sonó un disparo, que venía del lado de Olenetiev. Me volví y entreví un instante algo ligero y coloreado que apareció a una cierta altura. Me precipité hacia Olenetiev. Él trataba a toda prisa de recargar su fusil pero, por una desgraciada coincidencia, un cartucho se había atascado en la recámara y la culata no cerraba.

—¿Contra qué has disparado? —le pregunté.

—Creo que era un tigre —respondió—. Estaba sobre un árbol. Le he apuntado bien y debo haberle tocado.

Finalmente, pudo quitar el cartucho atascado.

Olenetiev recargó su arma y nos dirigimos prudentemente hacia el lugar donde el animal había desaparecido. La sangre derramada sobre la hierba seca demostraba que el tigre había sido realmente herido. De pronto, Olenetiev se detuvo y se puso a escuchar. Frente a nosotros, un poco a la derecha, se oía como un estertor. Pero el follaje de los helechos nos impedía ver nada. Un gran árbol caído por tierra nos obstruía el camino. Olenetiev se aprestaba ya a franquearlo, pero el animal herido lo adelantó y saltó hacia delante. Olenetiev disparó a bocajarro, sin haber tenido ni siquiera tiempo de apoyar el fusil sobre el hombro, y el resultado fue maravilloso. La bala alcanzó a la fiera directamente en la cabeza: cayó sobre una rama, quedando desplomada de tal manera que la cabeza le colgaba de un lado y el resto del cuerpo del otro.

Tras algunos movimientos convulsivos, se puso a morder la rama, después perdió el equilibrio y se derrumbó pesadamente a los pies del cazador.

Reconocí en seguida que era una pantera de Manchuria (*Felis Orientalis*). Este magnífico espécimen de la raza de los felinos figuraba entre los más grandes. La longitud de su cuerpo, desde el extremo del hocico hasta la raíz de la cola, alcanzaba un metro cuarenta. Su piel —de un amarillo ocre por los lados y por el lomo, y blanca sobre el vientre— estaba salpicada de manchas negras dispuestas en rayas como las de un tigre. Sobre los lados, las patas y la cabeza, las manchas eran pequeñas y de un solo color; sobre el lomo y la cola, grandes y oceladas.

En la región del Ussuri, apenas si se encuentran panteras más que en el sur, y más precisamente en los distritos de Suifum, Possiet y Barabachev. Su principal alimento son los ciervos moteados, los corzos y los faisanes. La pantera es un animal extremadamente astuto y prudente. Perseguida por los cazadores, se refugia sobre los árboles y se agarra con fuerza a la rama que se encuentra justo encima del lugar que acaba de dejar, en la parte opuesta al radio visual del cazador. Extendida sobre esta rama, pone la cabeza sobre sus patas delanteras y se fija en esta posición, dándose perfecta cuenta de que su cuerpo es menos visible de frente que de costado.

El desollamiento del animal que acabábamos de matar nos llevó una hora entera. Cuando tomamos el camino de vuelta, la noche era ya bastante cerrada.

Avanzábamos lentamente. Por fin, aparecieron los fuegos del campamento y bien pronto se pudo distinguir las siluetas de los hombres entre los árboles; se removían formando sombras delante del fuego. Los perros nos acogieron con un concierto de ladridos. Los tiradores rodearon a la pantera, dando cada uno su opinión sobre ella. Se discutió hasta la noche.

Al día siguiente, volvimos a ponernos en marcha.

El valle se hacía más estrecho y el avance era más difícil. El ciervo que habita la región del Amur se llama maral (*Cervus canadensis*). Este animal es esbelto y muy gracioso. Mide alrededor de dos metros de largo y un metro cincuenta de alto. Su

peso puede llegar a los doscientos kilos. Su pelo es castaño claro en verano y gris leonado, con un disco amarillento detrás, en invierno. El cuello es largo y vigoroso, con una guedeja en los machos. La cabeza es bella, con grandes orejas móviles en forma de cornete. Los cuernos son bifurcados, y poseen también mogotes basilares. El número de ramas permite establecer la edad del maral, añadiendo el año en que ha perdido sus cuernos. No obstante, su número es limitado. En general, un macho adulto no tiene más de siete. Los cuernos jóvenes que aparecen por la primavera —recubiertos de una piel sobre la cual circulan los vasos sanguíneos, y que todavía no son duros— se llaman *panty*.

En la región del Ussuri, el maral habita al sur de la comarca, en todo el valle de este río y de sus afluentes, sin rebasar la zona de coníferas de Sijote-Alin. Sobre el litoral marino, se lo vuelve a encontrar hasta la bahía de la Olimpiada.

En verano, el maral permanece en los lugares sombreados de las montañas boscosas; en invierno, en los lugares soleados, en los valles, en las partes llanas de la taiga, en los claros del bosque y en sus confines.

A mediodía, hicimos una gran parada. Debíamos encontrarnos, según mis suposiciones, no lejos de la montaña en forma de cúpula.

En una expedición hay que contar no sólo con la capacidad de resistencia del hombre sino, sobre todo, con la resistencia de las bestias de tiro, que llevan cargas pesadas: en cada alto más o menos prolongado, se las debe descargar.

Cuando los caballos fueron desembarazados de sus arneses, se los liberó. Como la hierba estaba aún verde bajo los follajes, nos proporcionó una buena pastura.

2. El visitante nocturno

Después del alto, nuestro convoy volvió a ponerse en marcha, pero a causa de las dificultades del terreno, cubierto de bosque, cercana la noche no habíamos llegado más que hasta la mitad de la ladera de una montaña desconocida. Detuve a hombres y caballos y trepé solo a la cima para reconocer un poco el lugar. Felizmente, mi incertidumbre fue disipada bien pronto: la altura que acabábamos de alcanzar representaba el núcleo central de esta región montañosa, y ése era el objeto de nuestras búsquedas.

Cuando me reuní con mi destacamento, el sol iba a tocar el horizonte y tuvimos que apresurarnos para encontrar agua, tan indispensable para los hombres como para los animales. Pronto tuvimos que descender de esa altura por otra vertiente, que ofreció al principio una pendiente más suave, haciéndose a continuación más escarpada. Para poder continuar la marcha, los caballos doblaban sus patas traseras, pues las cargas se deslizaban constantemente hacia delante. Si las sillas no hubieran estado provistas de retrancas, los fardos habrían descendido hasta las cabezas de los animales. Nos vimos obligados a hacer muchos zigzags, muy difíciles entre tantos árboles desgajados.

Franqueado el paso, nos encontramos en seguida en terreno de barrancos.

—Está bien —dijeron los soldados—, vamos a acostarnos, mejor o peor. ¡No será para todo el año! Mañana encontraremos un paisaje más alegre.

El paraje no me gustaba demasiado para acampar, pero no podía elegir. Al escuchar el ruido de un torrente en el fondo de la garganta, me dirigí hacia allí. Como encontré un lugar bastante llano, ordené plantar las tiendas. En la paz del bosque resonaron a continuación golpes de hacha y voces de hombres. Mis fusileros se pusieron a traer combustible, a desensillar los caballos y a preparar la cena.

¡Pobres animales! En este lugar pedregoso y obstruido por los troncos abatidos, iban a quedarse hambrientos. Nos consolamos pensando que al día siguiente estarían bien alimentados, siempre que llegáramos a las *fanzas* agrícolas.

Nuestro campamento se calmaba poco a poco. Después del té, cada cual se ocupó de su trabajo: uno, limpiaba su carabina; otro, reacomodaba su silla o recosía su ropa. Siempre hay muchas tareas de éstas en un campamento. Cuando las hubieron cumplido, se apretujaron tanto como pudieron los uno contra los otros, se cubrieron con sus capotes y durmieron como benditos. Los caballos, que no tenían de qué alimentarse en el bosque, se aproximaron al campo y se adormilaron, con las cabezas inclinadas.

Sólo Olenetiev y yo no nos acostamos tan pronto. Yo escribía en mi diario el itinerario recorrido, mientras que el soldado reparaba su calzado. Hacia las diez de la noche, cerré mi cuaderno de notas para extenderme cerca del fuego, arrebujado en mi

boruca[6].

De pronto, los caballos levantaron la cabeza y enderezaron las orejas; después se calmaron y se adormilaron de nuevo. Nosotros no prestamos en principio demasiada atención y continuamos hablando. Pasaron algunos minutos. Yo hice una pregunta a Olenetiev; como no me respondía, me volví hacia él. Estaba de pie, al acecho, mirando a lo lejos y protegiéndose de la luz de la hoguera con la mano en forma de visera.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Alguien desciende por la ladera —respondió en un murmullo.

Los dos nos pusimos a la escucha, pero los alrededores estaban calmos, penetrados de esa calma que no se encuentra más que en el bosque, en una fría noche de otoño. De repente, algunas piedrecitas se oyeron rodar por la montaña.

—Debe ser un oso —dijo Olenetiev, cargando su fusil.

—¡No tire! ¡Es un hombre...! —resonó una voz en la oscuridad. Pocos minutos después, alguien se aproximó al fuego.

El individuo estaba vestido con una chaqueta y un calzón de piel de reno curtido. Iba cubierto con una especie de venda y calzaba *untas*[7]. Llevaba un gran zurrón a la espalda y en las manos una especie de tridente (o bieldo) que le servía como soporte, y una carabina tan larga como pasada de moda.

—Buenos días, capitán —me dijo el recién llegado.

A continuación apoyó su fusil contra un árbol, se sacó el zurrón de la espalda, se enjugó con la manga el rostro sudoroso y se sentó cerca del fuego.

Entonces pude examinarlo bien. Aparentaba alrededor de cuarenta y cinco años. Más bien pequeño y robusto, tenía pronunciado tipo indígena: los pómulos salientes, la nariz pequeña, los ojos bien característicos, con el pliegue mongol en los párpados, y la boca ancha.

Pero el desconocido, por su parte, no nos tenía en cuenta en absoluto. Sacó de su bolsillo interior una petaca, rellenó su pipa de tabaco y se puso a fumar en silencio. Según la costumbre de la taiga, yo lo invité a cenar, sin preguntarle quién era ni de dónde venía.

—Gracias, capitán —dijo él—. Tengo mucha hambre, pues no he comido en toda la jornada.

Yo continuaba observándolo mientras él atacaba los alimentos. Un cuchillo de caza colgaba de su cintura; era evidentemente un cazador. Tenía las manos endurecidas y arañadas. Otros rasguños, aún más profundos, marcaban su rostro: uno en la frente y otro en la mejilla, cerca de la oreja.

Nuestro invitado era del género silencioso. Olenetiev, que no podía ya contenerse, acabó por hacerle esta pregunta directa:

—¿Quién eres tú? ¿Chino o coreano?

—Soy *gold* —fue la breve respuesta.

—¿Eres cazador? —le pregunté.

—Sí —respondió—. Yo cazo siempre y no tengo otro oficio. No soy pescador, nada más que cazador.

—Pero, ¿dónde habitas? —insistió Olenetiev.

—No tengo casa, habito siempre en la montaña. Enciendo una hoguera e instalo una tienda para dormir. ¿Cómo se puede habitar una casa cuando no se hace nada más que cazar?

A continuación, nos contó que ese día había perseguido con ardor ciervos y había herido una corza, pero sin llegar a abatirla. Ocupado en seguir la pista sangrienta, descubrió nuestro pasaje y llegó así hasta el desfiladero. Cuando se hizo de noche, vio nuestro fuego y vino directamente.

—Marchaba despacio —dijo—. Me preguntaba quiénes podían ser esos hombres que se habían adentrado tan lejos en la montaña. Después, percibiendo un capitán y soldados, os he alcanzado.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al desconocido.

—Dersu Uzala —respondió.

Este hombre me interesaba. Tenía algo de particular. Hablando de una manera simple y en voz baja, se comportaba con modestia, pero sin la menor humildad... En el curso de nuestra larga conversación, me contó su vida. Tenía delante de mí a un cazador primitivo que había pasado toda su existencia en la taiga. Ganaba con su fusil para ir tirando, cambiando los productos de su caza por tabaco, plomo y pólvora que le facilitaban los chinos. Su carabina era una herencia que le venía de su padre.

Me dijo que tenía cincuenta y tres años y que jamás había tenido domicilio. Viviendo siempre al aire libre; únicamente en el invierno se acondicionaba una *yrta*^[8] provisional, construida de raíces o de corteza de abedul. Sus recuerdos de infancia más antiguos eran el río, una choza, una hoguera, sus padres y su hermanita.

—Hace mucho tiempo que se han muerto todos —dijo para concluir su relato, y tomó un aire soñador. Tras un corto silencio, añadió todavía—: En otro tiempo, tuve también una mujer, un chico y una chica. Todos sucumbieron a la viruela, y me he quedado solo.

Yo tenía ganas de testimoniarme mi simpatía y hacerle algún favor, pero no sabía cómo. Por fin, tuve la idea de proponerle que cambiase su viejo fusil por uno nuevo, pero rehusó diciendo que él tenía apego a su carabina, recuerdo de su padre, y que se había habituado a esta arma, que por otra parte llevaba muy bien. Extendiendo su brazo hacia el árbol, tomó la vieja arma y acarició la culata.

Las estrellas estaban ya altas en el cielo, indicando que era más de medianoche, pero nosotros seguíamos charlando al lado del fuego. Es cierto que el interlocutor principal fue Dersu, mientras que yo me limitaba a escucharle, no sin placer, la mayor

parte del tiempo. Me habló de sus cazas, de sus encuentros con tigres. Una vez, había sido atacado y gravemente herido por uno de estos felinos. La mujer del *gold* lo buscó durante algunos días. Cuando lo encontró, siguiendo sus huellas, él estaba agotado por la hemorragia. Durante su enfermedad, fue su mujer quien lo reemplazó para ir a cazar.

Le pregunté también a Dersu acerca de la región donde nos encontrábamos. Me explicó que estábamos cerca de las fuentes del río Lefu, y que deberíamos llegar al día siguiente a una *fanza* de cazador.

Uno de los tiradores adormecido se despertó, nos miró a los dos con aire asombrado, masculló alguna cosa para sí mismo y se volvió a dormir con la sonrisa en los labios.

El cielo y la tierra estaban aún sombríos; se sentía apenas la proximidad del alba por el este, donde continuaban sin embargo apareciendo nuevas estrellas. Cayó un rocío abundante, anuncio seguro de buen tiempo para la jornada.

Al cabo de una hora, el oriente comenzó a enrojecer. Miré mi reloj: indicaba las seis. Era hora de despertar al hombre de servicio. Lo sacudí por los hombros hasta que se sentó, desperezándose. El fuego de la hoguera le hería la vista y frunció un poco el entrecejo. Después, percibiendo a Dersu, dijo sonriente:

—¡Vaya un hombre original...! —Y a continuación, empezó a calzarse.

Nuestro campamento se reanimó muy pronto. Los hombres se pusieron a hablar; los caballos abandonaron su postura entumecida; un pájaro gorjeó en algún sitio; más abajo, al fondo del barranco, otro le hizo coro; se escuchó el grito del pico-verde y el piar incesante de un pico-negro. La taiga se despertó. La luz aumentaba de un momento a otro y, de pronto, los brillantes rayos del sol aparecieron en haz sobre la cresta de las montañas, iluminando el bosque entero. El campamento cambió de aspecto. En el lugar de nuestra hermosa hoguera, de donde el fuego había desaparecido, sólo quedaba un montón de cenizas; latas de conserva vacías se esparcían por el suelo y sólo algunas pértigas emergían de la hierba pisoteada, indicando el lugar donde se habían elevado las tiendas.

3. La caza del jabalí

Después del té, los soldados comenzaron a cargar nuestros caballos. Dersu se preparó igualmente para la marcha. Ajustándose a la espalda su zurrón y tomando en la mano su fusil así como su pequeño tridente, se asoció a nuestro destacamento cuando nos volvimos a poner en marcha.

El desfiladero que hubimos de seguir era largo y sinuoso. Otros barrancos de la misma especie desembocaban y vertían sus aguas en él. Poco a poco, no obstante, la garganta se ensanchaba y tomaba el aspecto de un valle. Los árboles que crecían allí estaban marcados por antiguas muescas que nos llevaron hasta un sendero.

El *gold* marchaba a la cabeza, sin cesar de mirar atentamente al suelo. A veces, se agachaba para palpar con sus manos el follaje.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Dersu se detuvo para explicarme que aquella senda, hecha para caminantes y no para caballos, servía de comunicación a lo largo de una línea de trampas para cibelinas y que un paseante solitario, muy probablemente un chino, la había seguido pocos días antes. Sus palabras nos sorprendieron a todos. Notando nuestra desconfianza, Dersu exclamó:

—¿Cómo es posible que no lo entiendas? Pues bien, no tienes más que mirar.

Ya continuación nos proporcionó argumentos que no dejaban ningún lugar a dudas. La cosa era clara y simple, hasta el punto de que yo me asombraba de no haberla comprendido antes. La senda no tenía ninguna huella de patas de caballo y sus bordes no estaban desprovistos de ramas. Nuestros caballos la seguían con dificultad, rozando continuamente sus cargas con los árboles vecinos. Además, los recodos eran tan empinados que los caballos no podían tomarlos y debían ser conducidos por otro lado. Por otra parte, los troncos aislados, arrojados a través de los arroyos, presentaban ciertos indicios de pasaje, pero en ninguna parte la senda descendía hasta el agua. Finalmente, el árbol desgajado que atravesaba el camino no había sido levantado, permitiendo avanzar libremente sólo a los hombres, mientras que los caballos estaban obligados a desviarse. Todo aquello probaba bien que la senda no estaba destinada a bestias de carga.

—Sólo caminantes han pasado por aquí, desde hace ya algún tiempo —observó Dersu, hablando más bien para sí mismo—. Después, ha caído la lluvia.

A continuación, Dersu se puso a calcular la fecha de la última lluvia.

Seguimos aquel camino cerca de dos horas. El bosque de coníferas se convirtió gradualmente en bosque de árboles diversos: chopos, arces, álamos, abedules y tilos, se encontraban cada vez más a menudo. Iba a ordenar un segundo alto, pero el *gold* me aconsejó avanzar todavía un poco.

—Bien pronto vamos a encontrar una barraca —dijo, mostrando algunos árboles

con la corteza arrancada.

Comprendí en seguida lo que quería decir. Aquello indicaba la proximidad de una construcción a la cual estaba destinada la corteza de los árboles. Tras diez minutos de marcha acelerada, encontramos una pequeña barraca protegida por un techo de piel de cabrito, situada al borde de un arroyo y acondicionada seguramente por cazadores o por buscadores de *gin-seng*, planta cuya raíz, según los chinos, posee una virtud curativa milagrosa. Nuestro nuevo compañero dio la vuelta a la barraca y nos confirmó que un chino había venido a pisar esta hierba bastante recientemente, pasando una noche en el interior de la construcción. La prueba eran las cenizas que la lluvia había desparramado desde entonces, una modesta capa de heno y un par de viejas rodilleras arrojadas afuera, hechas de *daba*, especie de trapo azul bastante sólido, con el cual confeccionan los chinos sus vestimentas. Comprendí definitivamente que Dersu no era un hombre vulgar, sino un pionero muy avezado.

Como había que alimentar a nuestros caballos, aproveché para acostarme a la sombra de un cedro, donde me dormí en seguida. Olenetiev vino a despertarme al cabo de unas dos horas. Al levantarme, pude notar que Dersu había partido leña y recogido cortezas de árbol, depositándolo todo en la barraca. Me imaginé que quería incendiarla y creí mi deber disuadirlo de este capricho. Por toda respuesta, él me reclamó una pizca de sal y un puñado de arroz. Curioso de conocer sus intenciones, le di lo que me pedía. El *gold* envolvió cuidadosamente entre las cortezas algunos fósforos, puso la sal y el arroz en otro pedazo de corteza y suspendió los dos paquetes de un muro interior de la construcción. A continuación, aplastó la corteza y estuvo presto para partir.

—Entonces, ¿tú cuentas con volver por aquí? —le pregunté.

Como él me contestó con un signo negativo de cabeza, le pregunté para quién dejaba el arroz, la sal y las cerillas.

—Algún otro va a llegar hasta aquí —respondió el *gold*—. Verá esta barraca y se sentirá feliz de encontrar madera seca, cerillas y algo que comer para no morir.

Me sentí profundamente conmovido. Así es que Dersu pensaba de antemano en algún caminante desconocido. Sin embargo, él no vería jamás a ese ser anónimo y éste, a su vez, no sabría en absoluto a quién debería agradecer el fuego y el alimento. A propósito de esto, me acordé de que nuestros soldados, al abandonar un campamento, quemaban siempre lo que quedaba de combustible en la hoguera. Por otra parte, no lo hacían en absoluto por malicia sino simplemente por divertirse, y yo jamás se lo había prohibido.

—Los caballos están preparados; sería hora de partir —me dijo Olenetiev reuniéndose conmigo.

—¡Adelante, en marcha! —dije a los fusileros, precediéndolos en el sendero, acompañado del *gold*.

A medida que avanzábamos, este sendero se ensanchaba y mejoraba. En cierto lugar, pasamos cerca de un árbol abatido a golpes de hacha. Dersu se aproximó para examinarlo y me dijo:

—Esto se ha cortado en la primavera. Dos hombres han trabajado juntos: uno, de gran talla, se servía de un hacha enmohecida; el otro, que era pequeño, tenía un hacha bien afilada.

Para este ser sorprendente, no existían secretos. Sabía todo lo que pasaba en la comarca. Decidí entonces estar yo mismo atento y desenvolverme con las huellas que llegara a advertir. Bien pronto vi un nuevo tocón de árbol cortado a golpes de hacha. Alrededor había numerosas virutas empapadas de resina. Comprendí que alguien se había procurado madera para alumbrarse en este lugar. Pero ¿qué más podía deducir? No sabía nada en absoluto.

—Allá hay una *fanza* —observó Dersu como respondiendo a mis reflexiones.

En efecto, bien pronto encontramos de nuevo algunos árboles desprovistos de corteza (esto ya sabía lo que significaba) y, no lejos de allí, al borde mismo del río, una *fanza* de caza instalada sobre un pequeño prado. Se trataba de una construcción exigua, con las paredes de arcilla y el techo de corteza de árbol. Estaba vacía, con la puerta de entrada apuntalada por una estaca. Cerca de la *fanza* se encontraba un minúsculo vergel, con el suelo arrasado por los jabalíes.

Desde este sitio, nuestra marcha prosiguió por un sendero bien apisonado, practicable para los caballos. Los soldados soltaron sus bridas, arrojándolas al cuello de los animales y abandonando a éstos la elección de la marcha. Las inteligentes bestias marchaban muy bien, procurando no rozar sus cargas contra los árboles. En los terrenos pantanosos o pedregosos, evitaban dar saltos y avanzaban con precaución, tanteando con los pies el suelo sobre el cual iban a adentrarse. Esa es una cualidad de los caballos del Ussuri, acostumbrados a transportar cargas a través de la taiga.

Llegamos así a las *fanzas* agrícolas situadas sobre la orilla derecha del Lefu, al pie de una montaña bastante alta, el monte Tu-dinzy.

La súbita aparición de un destacamento militar produjo cierta confusión entre los chinos. Yo encargué a Dersu que les dijera que no tenían nada que temer y que continuaran sus trabajos. Los habitantes de esta región eran menos agricultores que cazadores y tramperos, como lo probaban las pieles de lince, de cibelinas y de martas puestas a secar en sus *fanzas*, los cuernos de ciervo apilados y los útiles para la construcción de trampas. Sin embargo, cerca de aquellas *fanzas* había algunos pequeños terrenos de cultivo. Los chinos sembraban trigo, alforfón y maíz. Pero, recientemente, rebaños enteros de jabalíes habían descendido de las alturas, arruinando los campos de aquellos valles. Fue, pues, necesario cosechar los cereales antes de que estuvieran maduros. No obstante, como las bellotas acababan de

esparcirse por el suelo de los encinares, los animales se habían retirado a los bosques.

El sol estaba todavía alto en el cielo cuando decidí escalar la montaña para echar una ojeada por los alrededores. Dersu me acompañó. Partimos desprovistos de todo lastre inútil, tomando sólo nuestras carabinas.

Las hojas amarillentas habían empezado ya a caer. El bosque se desnudaba por todas partes y únicamente los encinares guardaban su atavío intacto, aunque sin brillo. La montaña era escarpada y tuvimos que hacer más de un alto en el curso de nuestra ascensión. Alrededor de nosotros todo el suelo estaba destripado. El *gold* se paraba a menudo para examinar las huellas. Ellas le servían para adivinar la edad y el sexo de las bestias. Notó las trazas de un jabalí cojo, así como un lugar donde dos de estos animales habían luchado, persiguiéndose uno al otro. Sus palabras me permitieron reconstruir claramente esta escena. Me parecía extraño no haber observado antes todas las huellas de este género.

Al cabo de una hora, llegamos a la cima del Tu-dinzy, obstruida por los desmoronamientos. Allí nos sentamos sobre unas piedras y tratamos de orientarnos.

Al este, se prolongaba la línea de cumbres de las cuencas del Lefu y del Daubikhé. Otra cadena montañosa se extendía del este al oeste separando el Lefu del Maikhé.

Desde lo alto del Tu-dinzy, se veía muy bien toda la cuenca del alto Lefu, compuesta de tres ríos de igual importancia.

—Mira, capitán —me dijo Dersu, designando la vertiente opuesta—. ¿Qué es aquello?

Echando una rápida ojeada, percibí una mancha oscura. Creí que era la sombra proyectada por una nube y expresé esa suposición al *gold*. Me respondió con una carcajada, mostrándome el cielo. Levanté la cabeza y me di cuenta de que no había ni una sola nube. Al cabo de algunos minutos, la mancha se modificó y cambió un poco de lugar.

—¿De qué se trata, entonces? —pregunté a mi vez.

—Tú no comprendes —me respondió—. Ve hacia allí y mira.

Volvimos a descender. Pronto percibí que la mancha venía igualmente a nuestro encuentro. Al cabo de unos diez minutos, Dersu se detuvo y se sentó sobre una piedra, haciéndome señal de imitarlo.

—Debemos esperar aquí —me dijo—. Pero hay que estar tranquilo, sin romper nada, sin hablar.

Después de una corta espera, volví a ver la misma mancha. No obstante, ahora pude distinguir que eran seres vivientes los que se desplazaban sin cesar y adiviné de qué se trataba: ¡eran jabalíes!

En efecto, había más de un centenar de paquidermos salvajes. Algunos de estos animales se apartaban del rebaño, pero no tardaban en volver a él. Bien pronto se

pudo distinguir cada bestia por separado.

—Hay allí un hombre muy voluminoso —apuntó Dersu en voz baja.

Yo no comprendía de qué hombre quería hablar, y lo miraba con asombro.

En medio del rebaño se destacaba, como un montículo, el lomo de un jabalí enorme, sobrepasando a todos los otros por sus proporciones. Los animales se acercaban cada vez más; se escuchaba distintamente el ruido de las hojas secas batidas por centenares de pies, el crujido de las ramas, los gruñidos de las bestias mayores y el aullido de los jabatos.

—No hay que aproximarse al hombre grueso —dijo Dersu, pero de nuevo no lo pude comprender.

El enorme jabalí se mantenía en el centro, mientras que muchos otros se marchaban a veces bastante lejos del rebaño. Así que cuando estas bestias aisladas llegaron cerca de nosotros, el gran jabalí se encontraba todavía fuera del alcance de nuestros fusiles. Permanecimos sentados sin movernos. De repente, uno de los jabalíes más próximos, que estaba masticando, levantó su hocico. Aún me parece estar viendo su gran cabeza, sus orejas tiesas, su faz móvil y sus colmillos blancos. La bestia se quedó quieta, dejó de comer y fijó sobre nosotros sus ojos malignos. Previendo el peligro, el animal lanzó un gruñido penetrante. De golpe, el rebaño entero se arrojó de costado, resoplando en medio del tumulto. En este momento, un tiro partió y uno de los animales se desplomó.

La carabina del *gold* humeaba. Durante algunos segundos se oyó todavía en el bosque el crujido de las ramas secas. Después, se restableció la paz. La bestia muerta por Dersu era una jabata de dos años. Tenía la piel parda, el lomo y las piernas negras, como todos los jabalíes del Ussuri, la cabeza en forma de cuña, el cuello corto y poderoso. El jabalí del Ussuri (*Sus. leucomystax continentales*) se parece al jabalí japonés. Su peso puede alcanzar alrededor de los doscientos kilos; los colmillos del macho son muy puntiagudos y a veces tienen veinte centímetros de longitud. Como al jabalí le gusta frotarse contra los pinos y los cedros, su piel está a menudo impregnada de resina. En invierno se acuesta en el barro, y el agua helada y los témpanos que se forman sobre su cuerpo, son tan espesos que traban sus movimientos. El jabalí del Ussuri es tan astuto como vigoroso. Herido, resulta muy peligroso. Desgraciado el cazador que osara perseguirlo sin tomar grandes precauciones. Yo le pregunté a mi compañero por qué no había abatido un jabalí adulto.

—¡Bah! ¡Un viejo! —respondió, entendiendo por viejo todo jabalí macho con los colmillos bien desarrollados—. Es malo para comer y la carne tiene ya mal olor.

Me sorprendió al comprender por fin que el *gold* llamaba «hombres» a los jabalíes, y le interrogué sobre este asunto.

—Son realmente hombres —me aseguró—. Aunque vestidos de otra manera,

conocen el engaño, la cólera y todo el resto. Son como nosotros...

Me di cuenta de que este ser primitivo profesaba una especie de antropomorfismo y lo aplicaba a todo lo que le rodeaba.

Dersu despellejó rápidamente la jabata abatida y se la cargó a la espalda. En seguida, volvimos a tomar el camino de las *fanzas* y llegamos al cabo de una hora a nuestro campamento.

Como las habitaciones chinas eran estrechas y llenas de humo, resolví acostarme al raso, cerca de Dersu. Este, después de haber escrutado el cielo, emitió su opinión:

—Pienso que la noche será cálida; pero mañana por la noche, tendremos lluvia...

4. Incidente en un pueblo coreano

Por la mañana, me desperté más tarde que los otros y me sorprendió no ver el sol. El cielo entero estaba cubierto. Notando que los soldados, en el momento de embalar sus sacos, cuidaban de preservarlos de la lluvia, Dersu dijo simplemente:

—¡Nada de hatos! Marcharemos bien durante la jornada; no lloverá hasta la noche.

Le pregunté por qué no preveía lluvia durante la jornada.

—Inspecciona un poco por ti mismo —me respondió—. Tú ves que los pajarillos vuelan por todos lados, que juegan y comen. Cuando la lluvia está próxima, se quedan tranquilos como si durmieran.

Me acordé de que, efectivamente, la lluvia va siempre precedida de un tiempo calmo y gris, mientras que en ese momento el bosque estaba lleno de vida: se oía por todas partes un concierto de pico-verdes, de arrendajos y de cascanueces, a los cuales respondían los silbidos alegres de una cantidad de activos trepadores.

Tras de haber pedido a los chinos algunos detalles sobre el camino a seguir, reanudamos la marcha.

A partir de este lugar, el valle del Lefu gana súbitamente en extensión y se ven aparecer ciertos poblados. Hacia las dos de la tarde, llegamos a un pueblo donde yo descansé un poco, encargando a Olenetiev de comprar avena y alimentar a los caballos. Luego continué inmediatamente el camino en compañía de Dersu, ya que queríamos llegar lo más pronto posible a otro pueblo, habitado por coreanos, a fin de asegurar al destacamento un abrigo cubierto para la noche.

En otoño, con un tiempo gris, el crepúsculo llega siempre bastante pronto. Hacia las cinco, comenzó a caer una lluvia fina. Aceleramos el paso. Bien pronto, la ruta se bifurcó delante de nosotros: uno de los ramales se iba en dirección hacia el río; el otro parecía conducir hacia la montaña. Escogimos este último. Pero todavía se presentaron otros caminos, que cortaban el nuestro en varias direcciones.

Cuando llegamos al pueblo coreano, la oscuridad era ya completa.

Mis soldados, que llegaban a esta misma hora a una encrucijada de las rutas, y no sabían por dónde tomar, dispararon dos tiros de fusil. Para evitar que se perdieran, les respondí con la misma señal. De repente, un grito resonó en la *fanza* más próxima, seguido de un disparo, y después un segundo y un tercer disparo, de forma que al cabo de algunos minutos estalló una verdadera fusilada en el pueblo entero. Yo no comprendía nada: esta lluvia, esos gritos, esos disparos de fusil... ¿Qué había sucedido y por qué tal alarma? Una luz brilló súbitamente en el ángulo de una *fanza* y apareció un coreano, llevando en una mano una antorcha de petróleo y en la otra una carabina. Corría gritando de forma incomprensible. Nos dirigimos a su encuentro. La luz vacilante y rojiza de su antorcha revoloteaba de un charco al otro e iluminaba su

faz, alterada por el miedo. Cuando nos percibió, este hombre echó su antorcha, tiró a quemarropa sobre Dersu y huyó. El petróleo derramado por tierra se inflamó en seguida, proyectando fuego y humo.

—¿No estás herido? —pregunté al *gold*.

—No —me respondió, recogiendo la antorcha.

No obstante, yo veía que aún tiraban contra Dersu. Pero él se levantó y, pese a su pequeña estatura, se contentó con agitar la mano y gritar algo a los coreanos. Al escuchar la fusilada, Olenetiev dedujo que éramos atacados por los *hundhuzes*. Dejó dos conductores cerca de los caballos y acudió con el resto del destacamento en nuestro auxilio.

Por fin, cesaron los disparos desde la *fanza* vecina. Dersu aprovechó para entrar en trato con los coreanos. Pero éstos no quisieron de ninguna manera abrir sus puertas. Lanzaban juramentos y amenazaban con volver a tirar. No nos quedaba otro remedio que instalar un campamento. Nos alumbramos con hogueras al borde del agua y plantamos nuestras tiendas. Al lado de una vieja *fanza* en ruinas, un poco apartada, se amontonaban pilas de leños que los coreanos habían acumulado para el invierno.

Por otra parte, la fusilada en el pueblo no cesó del todo tan pronto. Toda la noche se dispararon tiros desde las *fanzas* más alejadas. ¿A quiénes querían rechazar esas gentes? Ni ellas mismas lo sabían.

Al día siguiente, ordené una jornada de reposo, pero dije a los soldados que examinaran las sillas, que secaran todo lo que estaba mojado y que limpiaran las armas. La lluvia había cesado; un viento fresco, que venía del noroeste, hizo desaparecer las nubes. El sol volvió a salir. Me vestí y fui a ver el pueblo.

Después de la escaramuza de la víspera, hubiera parecido natural ver llegar a los coreanos a nuestro campo para contemplar un poco a los hombres sobre los cuales habían disparado. Pues bien, ¡nada de eso! Dos individuos salieron de una *fanza* vecina, vestidos con sacos blancos de mangas ahuecadas y pantalones de algodón blanco. Su calzado estaba hecho de cuerdas trenzadas. Pasaron a nuestro lado sin mirarnos siquiera. Cerca de otra *fanza* estaba sentado un anciano que trenzaba hilos. Cuando yo me aproximé a él, levantó la cabeza y me miró con ojos que no expresaban ni curiosidad ni asombro. Una mujer venía a nuestro encuentro a lo largo de la ruta; estaba vestida con una falda y una blusa blancas. Avanzaba muy erguida hacia adelante, llevando sobre la cabeza un cántaro de cerámica, con el paso medurado y los ojos bajos, mirando al suelo. Al cruzarnos, no pensó siquiera en apartarse ni levantó los ojos, sino que siguió tranquilamente su camino. Por otra parte, fuera donde fuese, encontraba esta indiferencia sorprendente, característica de los coreanos.

Habitan *fanzas* aisladas, bastante alejadas unas de otra, cada una rodeada de sus

campos y huertos. Un pueblo coreano de poca importancia ocupa una superficie de varios kilómetros cuadrados.

Al regresar a nuestro campamento, entré en una de las *fanzas*. Sus paredes delgadas estaban revocadas de arcilla, lo mismo en el interior que en el exterior. La habitación tenía tres aberturas enrejadas recortadas en las puertas y protegidas por hojas de papel pegado. La techumbre de paja estaba cubierta por una maraña de hierbas secas. En el interior, estaba la misma mujer que habíamos ya encontrado en el camino. Agachada en el suelo, vertía agua, de un jarro de madera, en una marmita. Lo hacía lentamente, sosteniendo el jarro a una gran altura y dejando correr el agua de una manera singular, con la mano vuelta hacia la derecha. Me miró con indiferencia y siguió con su tarea. Un hombre quincuagenario estaba sentado sobre el *kang*[9] fumando su pipa, No hizo un solo movimiento y no respondió siquiera a mi saludo. Me quedé sentado durante un minuto y volví a salir para reunirme con mis compañeros.

Después de comer, emprendí una excursión por los alrededores y no volví hasta la hora del crepúsculo. El pueblo coreano estaba en calma completa. Pequeños humos blancos salían de las chimeneas y se evaporaban rápidamente en el aire fresco de la noche. Sobre los senderos aparecían, aquí y allá, algunas siluetas blancas de indígenas. En la parte baja, al borde del río, brillaba un fuego: era nuestro campamento. El agua de la corriente parecía negra y su superficie unida reflejaba la llama de la hoguera, mientras las estrellas brillaban en el cielo. Los tiradores estaban sentados alrededor del fuego. Uno contaba algo y los otros se reían.

—¡A comer! —gritó el soldado de servicio.

Las risas y las bromas cesaron inmediatamente. Después de la comida, me senté cerca de la hoguera y me puse a escribir algunas notas en mi diario. Dersu examinaba el contenido de su alforja y atizaba el fuego.

—Esto pica un poco —dijo, encogiéndose de hombros.

—Ve a acostarte en la *fanza* —le aconsejé.

—No pienso hacerlo —respondió—. Duermo siempre fuera.

Plantó en el suelo algunas pértigas de álamo, las rodeó de una gruesa lona, extendió por tierra una piel de cabra para sentarse, echó sobre sus hombros su chaqueta de cuero y encendió su pipa. Unos minutos después, Dersu dormía. Apoyó su cabeza sobre el pecho, sus brazos se aflojaron, la pipa apagada cayó de su boca y resbaló por sus rodillas... «Y pensar que ha pasado así toda su existencia —pensé yo en ese momento—. ¡La de penas y privaciones que debe costar el ganarse la vida como lo hace este hombre...!»

Al día siguiente, nos levantamos todos de madrugada. Nuestros caballos, que no habían encontrado nada para comer por la noche en los campos de los coreanos, se habían ido a pastar del lado de la montaña. Mientras se los buscaba, el soldado de

guardia preparó el té e hizo hervir la *kacha*[\[10\]](#). Cuando los tiradores volvieron con los animales, yo había podido terminar mi trabajo. Partimos a las ocho de la mañana.

A medida que avanzábamos, el valle tomaba cada vez más el aspecto de una pradera. Las montañas parecían haber retrocedido en algún sitio para dar lugar a vastas y suaves pendientes, cubiertas de maleza. Durante la noche, sentado al lado de Dersu, cerca del fuego, discutía con él la continuación de nuestro itinerario que se extendía a lo largo de todo el Lefu. Yo tenía muchas ganas de avanzar hasta el lago de Janka, descrito por Prjevalski. El *gold* me previno, no obstante, que íbamos a encontrar vastos pantanos y una ausencia total de caminos. También me aconsejó utilizar una embarcación, dejando atrás los caballos y una parte del destacamento. Aquél era un consejo plenamente justificado.

En consecuencia, al día siguiente me hice acompañar solamente por Olenetiev y por el fusilero Martchenko, enviando a los otros soldados al pueblo de Tchernigovka, donde les dije que esperaran mi regreso. Con la ayuda del *starosta*[\[11\]](#), logramos muy pronto obtener una canoa de fondo plano y pasamos toda la jornada acondicionándola.

Dersu ajustó por sí mismo los remos, sirviéndose de pequeñas estacas para hacer de toletes; instaló unas banquetas y preparó las pértigas.

Yo admiraba su habilidad y su energía para el trabajo. Nunca se agitaba; cada uno de sus actos eran ponderados y sabía evitar toda demora. Se notaba que la escuela de la vida le había enseñado a no perder el tiempo inútilmente.

Por un feliz azar, encontramos en una isba galletas bien secas. Era exactamente lo que nos faltaba, puesto que disponíamos en cantidad suficiente de todas las vituallas necesarias, tales como té, azúcar, sal, harina de trigo y conservas.

Por consejo del *gold*, el conjunto de nuestras provisiones fue transportado la misma noche a bordo de la embarcación, que reposaba aún sobre el ribazo. Así es que pasamos la noche a orillas del río.

Fuimos favorecidos por una noche fría, acompañada de ráfagas. La falta de madera nos impidió encender una gran hoguera, y tiritábamos sin apenas poder dormir. Por mi parte, hiciera lo que hiciese para envolverme mejor en mi abrigo, el viento encontraba siempre una hendidura, y unas veces penetraba por los hombros y otras por el costado o por la espalda. La madera, bastante mala, crepitaba, proyectando chispas por todas partes. Yo escuchaba en mi sueño como maldecía los leños, llamándolos, a su manera: «gente sucia».

—Siempre se queman así; se diría que gritan —decía, como si se dirigiese a alguien e imitando con su voz el crepitar de la leña.

A continuación, escuché un chapoteo en el río y el silbido de un tizón que cae. El viejo debía haberlo arrojado al agua. Después, mal que bien, conseguí entrar en calor y me dormí.

Por la noche me desperté y percibí a Dersu sentado delante del fuego, acomodándolo. Por encima de mi capote se encontraba la manta del *gold*. Así, pues, gracias a él, había podido entrar en calor y dormir. Los cazadores también estaban abrigados en su tienda. Yo le ofrecí a Dersu acostarse en mi lugar, pero él rehusó.

—No, capitán —dijo—. Duerme; yo guardaré el fuego. ¡Ellos son tan malos! —agregó, señalando los leños.

Cuanto más observaba a este hombre, más me gustaba. Cada día descubría en él nuevas cualidades. Antes, yo había pensado siempre que el egoísmo es propio del hombre primitivo, y que los sentimientos de humanidad eran solamente inherentes a los hombres civilizados. ¿No estaría equivocado? Con estos pensamientos, me rindió el sueño hasta la mañana siguiente.

5. Nuestra navegación a lo largo del Lefu

Dersu nos despertó cuando se hizo de día. Hizo calentar el té y asar la carne. Después de la comida, lanzamos la embarcación al agua y comenzamos nuestro periplo.

Con la ayuda de las pértigas, la embarcación siguió fácilmente la corriente. Al cabo de cinco kilómetros, llegamos a un puente ferroviario donde nos detuvimos. Dersu nos contó que él había acompañado a su padre en esta región cuando era sólo un muchacho. Iban por allí a la caza del gamo. Pero el *gold* no había visto nunca un ferrocarril, aunque había oído hablar de él a los chinos.

Cerca del puente se elevaban los últimos contrafuertes de las montañas. Yo dejé la embarcación para subir a la altura más próxima y dominar por última vez todo el horizonte. Un hermoso panorama se desplegó ante mi vista. Detrás, hacia el este, se veía la masa de montañas; al sur, descendían las suaves pendientes, revestidas de bosques ralos y desprovistos de coníferas; al norte, se extendía a lo lejos un terreno bajo, infinito y cubierto de hierba. Por más que esforzaba la vista no alcanzaba a ver el límite, que iba a desaparecer más allá del horizonte. Cada vez que una ráfaga de viento barría esta llanura, la hierba se ondulaba y se agitaba como un oleaje. Se podía seguir con la vista el curso del río Lefu a una gran distancia, después de los bosquecillos de alisos y de sauces, que crecían en abundancia en las orillas.

Este descanso no fue largo; nos volvimos a poner en ruta e hicimos el gran alto bastante pronto. Todos estábamos hartos de estar sentados en el barco durante horas; queríamos salir para aflojar nuestros músculos entumecidos. Yo tenía ganas de explorar el campo. Olenetiev y Martchenko se pusieron a instalar el campamento, mientras que Dersu y yo íbamos a cazar.

Desde nuestra partida, estuvimos rodeados de grandes hierbas salvajes. Eran tan grandes y tan espesas que un hombre parecía desaparecer entre ellas. Tanto por debajo como por encima de nosotros, y por todos los costados a la vez, no hubo bien pronto más que hierba; solamente sobre nuestra cabeza se podía percibir el azul del cielo. Nos parecía que marchábamos por el fondo de un mar verde. Esta impresión se acentuaba más cuando yo trepaba sobre algún cerro, desde el cual se podía ver el remolino de la estepa. Con prudente aprensión, volví a hundirme en la hierba para continuar el camino. En esta región es tan fácil perderse como en un bosque. Más de una vez, nos equivocamos de dirección y debimos apresurarnos a reparar nuestro error. Tan pronto como encontraba un cerro, yo montaba arriba, tratando de ver lo que había por delante. Dersu cogía brazadas de hierbas salvajes para plegarlas por tierra y permitirme mirar delante de mí, pero yo veía siempre el mismo mar verde, infinito y ondulante.

Estas estepas pantanosas están principalmente pobladas de pájaros. Por añadidura, era el momento de su migración otoñal. No es posible imaginar lo que pasa en la

cuenca del Lefu cuando se produce esa gran migración. Millones y millones de pájaros se van hacia el mediodía, en grandes o pequeños grupos. Algunos se dirigían también en sentido inverso o al través. Tan pronto sus vuelos se elevaban hacia el cielo como volvían a descender. El horizonte parecía cubierto de una especie de tela de araña.

En la parte más alta, dominaban las águilas. Con las alas extendidas, planeaban describiendo amplios círculos. ¿Qué podían importarles las distancias? Algunos de estos reyes del aire, describían sus círculos a tal altura que apenas eran perceptibles. Por debajo de ellos, pero siempre muy altos, se veía volar los gansos. Estos pájaros prudentes, que avanzaban en triángulos regulares, con movimientos de alas pesados y poco coordinados, hacían resonar en el aire sus gritos estridentes. A la misma altura, volaban lavancos y cisnes.

Más abajo, bastante próximos a la tierra, venían los patos apresurados. Había tropeles de grandes patos salvajes ordinarios, así como innumerables cercetas y otras especies más pequeñas. Los halcones describían a su vez bellas curvas y se detenían mucho tiempo en un punto fijo, haciendo palpar sus alas y acechando sus presas sobre la tierra. Algunas veces, se desplazaban un poco, girando de nuevo y descendiendo de golpe como flechas, con las alas plegadas, para venir a rozar apenas la hierba y volverse a elevar en seguida hacia el cielo.

Por otro lado, las gaviotas de río se quedaban con preferencia en los lugares pantanosos. Los charcos de agua estancada parecían ser puntos de referencia que les permitían observar la dirección deseada.

Completamente de improviso, viniendo de quién sabe dónde, apareció una pareja de gamos a unos sesenta pasos de donde nosotros nos encontrábamos. Casi no se los podía distinguir entre la hierba espesa, a través de la cual apenas se dejaban percibir, de tanto en tanto, sus cabezas, sus orejas separadas y las manchas blancas encima de sus patas traseras. Huyeron a una distancia de ciento cincuenta pasos. Yo tiré sobre ellos sin éxito. El eco repitió el ruido del disparo y lo amplió a lo largo del río. Miles de pájaros levantaron el vuelo del agua, escapando en bandadas. Los gamos, asustados, parecieron desprenderse del suelo y volvieron a partir con grandes saltos. Dersu apoyó el fusil en el hombro, pero no apretó el gatillo hasta el momento en que vio la cabeza de uno de los animales que aparecía por encima de la hierba. Cuando la humareda se disipó, no ubicamos más a los gamos. El *gold* volvió a cargar su carabina y avanzó sin prisa. Yo le seguí sin hablar. Dersu miró alrededor, dio media vuelta y se fue hacia otro lado para volver después sobre sus pasos. Me di cuenta de que buscaba algo.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

—El gamo —respondió.

—¡Pero si se ha marchado!

—No —dijo con seguridad—. Le he dado en la cabeza.

Por mi parte, me puse a buscar a la bestia abatida, sin darle demasiado crédito a la afirmación del *gold*, que me parecía errónea. Pero, al cabo de diez minutos, nos encontramos al gamo, cuya cabeza estaba, en efecto, perforada por la bala. Dersu lo colocó sobre sus espaldas y regresó lentamente al camino. Era ya la hora del crepúsculo cuando volvimos al campamento.

Cerca de la corriente de agua se levantaba la masa sombría del bosque, cuyos árboles se parecían tanto que no se podía distinguirlos. El resplandor de nuestra hoguera brillaba a través del follaje. La noche era calma y fresca. Escuchamos en la vecindad una bandada de patos que se posaba ruidosamente sobre el agua, y pudimos reconocer por su vuelo que eran cercetas.

Después de cenar, Dersu y Olenetiev se ocuparon de desollar el gamo.

Al día siguiente, nos levantamos bastante pronto e hicimos un alto para ordenar nuestros efectos a bordo y poder continuar, siguiendo el curso del Lefu. A medida que avanzábamos, el río se hacía cada vez más sinuoso. Sus «traveses» (palabra que los indígenas dan a los meandros) describen círculos casi enteros, retroceden y se vuelven a desviar de nuevo, sin dejar correr el río siquiera un poco en línea. No es nada fácil localizar el lecho principal del Lefu en el dédalo de sus diversos canales.

La corriente se hacía gradualmente más lenta. Las pértigas de las que se servían mis dos soldados para hacer avanzar la embarcación, una vez apoyadas contra el fondo, se deslizaban a menudo hasta el punto de escapar de las manos de los improvisados bateleros. Por otra parte, la profundidad del agua es muy desigual en este sector del Lefu. Tan pronto nuestra canoa chocaba con bancos, como pasábamos por lugares tan profundos que la pértiga se hundía casi entera en la corriente.

El suelo de los dos ríos es bastante sólido en las cercanías inmediatas a la corriente del agua pero es suficiente apartarse un poco para atascarse en seguida en el pantano. Hacia la noche, llegamos cerca del río Tchernigovka e instalamos nuestro campo sobre un istmo estrecho que lo enlaza con un antiguo canal.

Ese día, el vuelo masivo de los pájaros era particularmente numeroso. Algunos patos abatidos por Olenetiev nos proporcionaron una cena excelente. Cuando sobrevino la oscuridad, todos los pájaros interrumpieron su viaje y la calma se estableció súbitamente en los alrededores. Se hubiera creído que en estas estepas faltaba toda clase de vida. Sin embargo, no había ni un pequeño lago, ni un charco de agua, ni un brazo de río, donde no hubiesen descendido por la noche bandadas de cisnes, de somormujos (cuervos marinos), patos y otros pájaros acuáticos.

Al día siguiente, por pura casualidad, nos despertamos muy pronto. Desde el alba, los pájaros se elevaron en el aire y prosiguieron con gritos sonoros su camino hacia el sur. Los gansos se elevaron primero; después, cada uno a su turno, partieron los cisnes, los patos y, en fin, todas las otras aves migratorias. Al principio, se mantenían

a poca altura, pero a medida que aumentaba la luz, se elevaban a regiones más altas.

El río se dividió en gran número de brazos, muchos de ellos de una longitud de varios kilómetros. Estos canales formaban a su vez ramificaciones y pequeños cursos de agua subsidiarios. Todo esto representa un laberinto que se extiende a los dos lados del lecho principal; si se abandona éste para adentrarse en un canal lateral, con la ilusión de ganar tiempo, es muy fácil perderse.

También seguíamos el curso central, no abandonándolo más que cuando era indispensable, y sólo para volver a tomarlo en la primera ocasión. Estos canales cubiertos de cañas de todas clases, cubrían completamente nuestra embarcación. Avanzábamos lentamente, y a veces algunos pájaros se acercaban a nosotros hasta una distancia inferior al alcance de un tiro de fusil. De vez en cuando nos parábamos para observarlos largamente. Así, alcancé a ver un alcaraván. Con sus plumas de un gris amarillento, su pico amarillo tirando a rojizo, ojos y patas igualmente amarillas, este pájaro tiene un aspecto francamente desagradable. Sombrío y encorvado, se paseaba por la arena, persiguiendo sin tregua a una becada siberiana, tan ágil como ligera. La becada volaba a veces a poca distancia. Pero cuando se posaba en tierra, su adversario se volvía lentamente hacia ella, aceleraba súbitamente el paso al mismo tiempo que se aproximaba y trataba de atacarla con su pico puntiagudo. Tan pronto como el alcaraván percibió nuestro barco, se escondió en la hierba, estiró el cuello y quedó inmóvil, con la cabeza levantada en el aire. Cuando nos aproximamos, Martchenko apuntó y tiró sobre él; pero falló el tiro, si bien su bala rozó al pájaro tan de cerca que alcanzó a las cañas de los bordes. El alcaraván no acertó siquiera a moverse.

Dersu se puso a reír:

—Es un hombre muy maligno —hizo notar—. No hace más que gastar esta clase de bromas.

De hecho, ya no se percibía en absoluto al palmípedo. La hierba parecía haberse tragado las plumas coloreadas y el pico rígido y enhiesto.

A continuación, contemplamos otra escena. Un martín pescador estaba instalado, completamente solo, en la rama de un zarzal de la orilla. Este pájaro, de cabeza gruesa y gran pico, tenía el aire de estar durmiendo. Pero, de repente, se arrojó al agua y reapareció en la superficie, llevando en el pico un pescadito. Después de tragar su presa, se volvió a colocar sobre su rama y se adormeció de nuevo. Cuando escuchó en la proximidad el ruido que hacía nuestra embarcación, pegó un grito y se fue a lo largo del río, haciendo centellear el azul resplandeciente de sus plumas. A cierta distancia, se posó sobre otro zarzal, pero un meandro del río nos lo hizo perder de vista.

Encontramos también gallinas de agua negras, pájaros nadadores, cuyos pies, en forma de zancos, les permitían marchar fácilmente sobre las hojas de las plantas

acuáticas. Por el contrario, en el aire, parecían perdidos, como si no estuviera allí su elemento natural. Durante el vuelo, agitaban curiosamente sus largas patas, como si acabasen de abandonar su nido y no hubieran aprendido todavía a moverse bien en el aire.

Sobre algunos charcos de agua se percibían somormujos, con las orejas separadas y collares de plumaje multicolor. Estos pájaros no volaban, sino que trataban de esconderse en la hierba para sumergirse.

El tiempo nos era favorable: una de esas jornadas cálidas de otoño, muy frecuentes en octubre en la región del bajo Ussuri. No había una sola nube en el cielo claro y la brisa del oeste era muy ligera. Pero este tiempo, siempre engañoso, viene a menudo seguido de un viento frío. Cuanto más prolongada es la calma, se anuncia más seguro un cambio decisivo.

Ese día, pudimos observar en el oriente un curioso fenómeno atmosférico: la aparición de un sector sombreado de tierra. La luz vespertina desplegaba sus colores de un esplendor especial; al principio pálida, se convirtió después en esmeralda. A continuación, dos rayos de un amarillo claro emergieron del horizonte y subieron en columnas separadas sobre este fondo verde. Al cabo de algunos minutos desaparecieron, mientras que el verde del crepúsculo se transformaba en naranja y después en rojo. En el fondo, el horizonte escarlata se oscureció como bajo el efecto de una humareda. En el momento de acostarnos, un sector sombreado de la tierra apareció en el este, envolviendo el horizonte de norte a sur. El borde exterior de esta sombra era púrpura y el sector entero subía a medida que declinaba el sol. Así, esta banda escarlata se confundió bien pronto con el rojo del sol poniente y, a continuación, se hizo noche cerrada.

Yo miraba aquello extasiado, pero en ese momento escuché refunfuñar a Dersu:
—Tú no entiendes nada.

Adivinando que esta observación se dirigía a mí, le pregunté de qué me hablaba.

—Es malo —dijo, señalando el cielo—. Yo creo que tendremos mucho viento.

Durante la noche, no nos retrasamos demasiado junto al fuego. Como nos habíamos levantado temprano y la jornada había sido fatigosa, nos fuimos a dormir en seguida de cenar. Hacia el alba, nuestro sueño fue más bien opresivo. Despiertos, experimentamos en el cuerpo una cierta distensión y, al mismo tiempo, cierta debilidad; nuestros movimientos no tenían vigor. Como este estado nos afectaba a todos de la misma forma, temí que pudiéramos estar atacados por la fiebre o intoxicados. Dersu me tranquilizó diciéndome que sucedía siempre así cuando había un cambio de tiempo. Sin ningún entusiasmo, tomamos nuestra comida y proseguimos el viaje. Hacía calor; los zarzales inmóviles parecían dormir. Las montañas lejanas, antes muy visibles, desaparecían ahora en la bruma. Bandas de nubes se extendían en el cielo pálido y halos concéntricos rodeaban el sol. Noté que

el paisaje no tenía ya la animación de la víspera. Los gansos, los patos y todos los pájaros más pequeños se habían escondido en alguna parte. Sólo las águilas planeaban en el cielo. Pero ellas debían encontrarse a cubierto de estos cambios atmosféricos que provocaban sobre la tierra la apatía y la somnolencia general de los seres vivos.

—Bueno —señaló Dersu—. Pienso que el viento cambiará a mediodía.

Como le pregunté la razón por la cual ya no se veía volar a los pájaros, me dio una larga conferencia sobre el método de sus migraciones. Según él, los pájaros preferían avanzar al encuentro del viento. Por otra parte, cuando había una calma completa o un calor demasiado grande, permanecían en los pantanos. Por el contrario, cuando el viento les sopla en el dorso —según lo expuesto por el *gold*— penetra bajo sus plumas, helándolos, y obligándolos a esconderse en la hierba. Sólo una nieve repentina puede forzarlos a seguir su viaje, pese al viento y la helada.

6. Al borde del lago de Janka

Cuanto más nos acercábamos al lago de Janka, más pantanosa se hacía la llanura. Los árboles desaparecieron de todos los bordes de los canales para dar lugar a malezas aisladas y escasas. La disminución de la corriente influyó inmediatamente en la vegetación y empezaron a aparecer flores acuáticas como los lirios de estanque, nenúfares y castaños de agua. La hierba crecía a veces con tal espesor que nuestra embarcación no podía franquearla. Entonces, estábamos obligados a realizar grandes desviaciones. En cierto lugar, acabamos por perdernos y llegar a un callejón sin salida. Olenetiev tuvo la idea de abandonar la embarcación, pero apenas tocó el suelo se atascó hasta las rodillas. Desandando camino, llegamos a un laguito, desde el cual pudimos volver felizmente a nuestro inicial brazo de río. El laberinto de hierba quedó atrás, y nos alegramos de haber salido de él tan fácilmente.

La dificultad de la orientación crecía cada día. Al principio, podíamos divisar desde bastante lejos el curso del río, gracias a los árboles. Ahora no había pájaros, ni tampoco se podía prever, a una distancia de algunos metros, si la corriente iba a doblar a la izquierda o a la derecha.

El pronóstico hecho por Dersu se cumplió; a partir de mediodía, tuvimos el viento del sur, que aumentaba poco a poco, volviéndose del lado del oeste. Los gansos y los canarios se elevaron de nuevo y reemprendieron su vuelo, aunque a una altura muy moderada.

Por fin, encontramos en alguna parte muchos leños flotantes arrastrados por las crecientes del río. No había que desdeñar este detalle en una comarca donde nos exponíamos a tener que pasar la noche sin combustible. Al cabo de algunos minutos, los soldados descargaron nuestra canoa mientras Dersu preparaba el fuego y levantaba la tienda.

Teníamos que hacer todavía una quincena de kilómetros para llegar al lago de Janka por vía fluvial. Pero, en línea recta a través del campo, la distancia total no sobrepasaba los dos o tres kilómetros. Dersu y yo decidimos ir al día siguiente a pie para volver al crepúsculo. Olenetiev y Martchenko se quedarían en el campamento a esperar nuestro regreso.

Como teníamos la velada completamente libre, nos quedamos largo tiempo cerca del fuego, tomando el té y charlando. La madera seca se quemaba alegremente y el ruido de los juncos ondulantes hacía parecer al viento más fuerte de lo que era realmente. El cielo estaba brumoso; no se podía distinguir más que las grandes estrellas. Un ruido de oleaje nos venía del lago.

Hacia la mañana, el cielo se cubrió de cúmulos. El tiempo se estropeó un poco, pero no hasta el punto de impedir nuestra excursión.

Alrededor de las diez, Dersu y yo abandonamos el campamento, tras haber dado

todas las instrucciones necesarias. Como contábamos estar de regreso hacia la noche, no llevamos casi nada con nosotros, dejando en el campamento todo lo que nos parecía superfluo. Para utilizarlo con cualquier fin, me puse un jersey sobre mi chaqueta. Dersu se llevó una lona gruesa de tienda de campaña y dos pares de medias de piel.

En el curso de la ruta, el *gold* observó a menudo el cielo, hablando consigo mismo, y acabó por preguntarme:

—Bueno, capitán, ¿vamos a volver muy pronto o no? Creo que la noche será mala.

Le objeté que el lago no estaba lejos y que no íbamos a quedarnos mucho tiempo.

Dersu era conciliador. Siempre se le podía persuadir sin dificultad. Él consideraba su deber señalar toda amenaza de peligro, pero si no se le escuchaba, se resignaba y avanzaba en silencio, sin discutir jamás.

—Bueno, capitán —me respondió—. A ti te corresponde decidir; lo que es bueno para ti, es bueno para mí.

Estas últimas palabras representaban la fórmula habitual que le servía para expresar su consentimiento.

No se podía marchar de otra manera que costeano los bordes de las corrientes de agua y de los pequeños lagos, ya que el suelo estaba un poco más seco que en otras partes. Elegimos la orilla izquierda del brazo del río donde se encontraba nuestro campamento. Después de haber seguido durante un tiempo bastante largo la dirección deseada, esta corriente de agua se volvió bruscamente hacia atrás. Entonces la abandonamos para atravesar un pequeño pantano y pudimos ganar otro brazo estrecho, pero más profundo. Después de franquearlo debimos abrirnos camino de nuevo a través de los juncos. Así, explorando durante algún tiempo el campo, contorneando los charcos de agua estancada y saltando de un montículo a otro, franqueamos, en total, alrededor de tres kilómetros. Yo me detuve, al fin, para poder orientarme. El viento violento que venía ahora del norte, es decir, de la parte del lago, hacía balancear y resonar los juncos. Algunas veces, los doblaba hacia la tierra, descubriendo así lo que había enfrente. El horizonte norte estaba envuelto en una bruma que parecía una humareda. Pero el sol quedaba por lo menos visible a través de las nubes, lo que yo consideraba como un buen signo. Por fin, percibimos el lago de Janka, rugiente y lleno de espuma.

Dersu me hizo observar los pájaros. Su migración tranquila se había transformado en una huida precipitada. Empleando el lenguaje de los cazadores, avanzaban ahora «en oleadas», pero de forma desordenada. Viniendo a nuestro encuentro, parecían inmensos dragones de tiempos legendarios. No se les veían ya ni las patas ni la cola; sólo una masa informe que se acercaba batiendo sus largas alas, con una rapidez increíble. Cuando nos percibían, los pájaros se elevaban de golpe, pero tan pronto

como el peligro había pasado, volvían a formar sus filas y a descender más cerca de la tierra.

Hacia mediodía, llegamos al lago. Este mar de agua dulce —el lago de Janka tiene 95 kilómetros de largo y una superficie de 2.400 kilómetros cuadrados— tenía en ese momento un aspecto amenazante. Sus aguas hervían como en una caldera. Después de nuestra larga marcha por los pantanos herbáceos, el aspecto de esta gran superficie libre era muy agradable. Me senté sobre la arena para contemplar el agua. Las olas tienen un atractivo especial; se pueden pasar horas enteras viéndolas romper contra la orilla. El lago estaba desierto; no se percibía ninguna vela ni ninguna especie de barco.

Erramos junto a la orilla alrededor de una hora, abatiendo algunos pájaros.

—Los patos han cesado su vuelo —gritó el *gold*.

De hecho, el vuelo de los pájaros había cesado de golpe. La bruma negra que velaba el horizonte se levantó súbitamente. Ya no se veía más el sol. Nubes aisladas, de un color blanquecino, parecían perseguirse a través del cielo sombrío. Sus bordes rasgados pendían como trapos, como andrajos de algodón gris.

—Capitán, tenemos que regresar rápidamente —dijo Dersu—. Tengo un poco de miedo.

Debíamos, en efecto, pensar en el regreso al campamento. Nos reajustamos rápidamente el calzado antes de volver sobre nuestros pasos. Cuando llegué de nuevo a los grandes juncos, me volví para echar una última ojeada sobre el lago. Sacudido de una orilla a la otra, proyectaba una espuma amarillenta.

—El agua sube —notó Dersu observando la orilla.

Tenía razón; el viento impetuoso había empujado las aguas del lago hacia la desembocadura del Lefu, y el río se desbordaba e inundaba la llanura. Llegamos a un ancho brazo del río que nos impidió el camino. Yo no creí reconocer este lugar; Dersu no pudo tampoco. Me detuve para reflexionar un poco y volví hacia la izquierda. Pero como el canal hacía una curva para seguir en otra dirección, lo abandonamos para avanzar directamente hacia el sur. Unos minutos más tarde nos encontramos con un pantano, así que regresamos pronto al canal. Por otra parte, también tuvimos que abandonar éste sin tardar, marchando ahora hacia la derecha. Eso nos llevó a otro brazo, que vadeamos. Después fuimos hacia el este para llegar bien pronto a una verdadera hondonada pantanosa. Por fin, encontramos una banda estrecha de terreno seco, formando una especie de puente a través del aguazal. Tanteando el suelo con nuestros pies, recorrimos prudentemente más de quinientos metros y llegamos a un espacio menos húmedo, pero siempre cubierto de hierbas espesas. El pantano parecía franqueado definitivamente.

Miré mi reloj. Eran alrededor de las cuatro de la tarde, pero el crepúsculo parecía haber llegado ya. Nubes pesadas y muy bajas, corrían rápidamente hacia el sur. De

acuerdo con mis cálculos, no nos quedaban más que dos kilómetros y medio para volver a nuestro campamento al borde del río. Una colina aislada, situada frente a frente del campo, nos servía de punto de referencia. De este modo, era imposible perdernos; a lo único que nos exponíamos era a un retraso. Pero de improviso nos encontramos frente a un lago importante. Cuando quisimos rodearlo, resultó bastante largo. Tomando a la izquierda, hicimos alrededor de ciento cincuenta pasos y llegamos a otro brazo del río, cuyo curso formaba un ángulo recto con el lago. Entonces, elegimos otra dirección y volvimos a encontrar pronto el pantano infranqueable. Me decidí a intentar la posibilidad, marchando otra vez a la derecha. Pero el agua no tardó en empapar nuestros zapatos y no vimos frente a nosotros más que grandes charcos.

Era evidente que nos habíamos perdido. Como la situación se agravaba, propuse al *gold* volver sobre nuestros pasos, a la busca del istmo que nos había llevado a esta isla. Dersu consintió, pero nos fue imposible, deshaciendo el camino, encontrar nuestro istmo.

El viento se apaciguó súbitamente. De lejos, escuchábamos siempre el rugido del gran lago. Oscurecía, y los copos de nieve se pusieron a revolotear por el aire. La calma no duró más que algunos momentos, seguida de una ráfaga repentina. La nieve cayó más fuerte.

—Tendremos que pasar la noche aquí —fue mi reflexión; pero me acordé al instante de que en esta isla no había leña, ni arbustos, nada más que agua y hierba. Aquello me dio escalofríos.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté a Dersu.

—Tengo mucho miedo —respondió.

Sólo entonces comprendí toda la gravedad de nuestra situación. Íbamos a quedarnos toda la noche, con la tempestad, en medio de esos pantanos, sin fuego y sin ropa abrigada. No tuve otra esperanza que Dersu, viendo en él la única posibilidad de salvación.

—Escucha, capitán —me dijo—, ¡escúchame bien! Tenemos que actuar rápidamente; si no, es la muerte. Hay que cortar pronto la hierba.

No le pregunté para qué podía servir aquello. Escuché sólo esta orden:

—¡Pronto, a cortar la hierba!

Sacando rápidamente todas nuestras armas y municiones, nos pusimos febrilmente a la tarea. Pero mientras yo recogía un puñado que cabía en una mano, Dersu recogía más del doble de esa cantidad. El viento soplaba por ráfagas, con una violencia que nos permitía apenas permanecer de pie. Mis ropas comenzaron a helarse. Cuando depositamos en tierra la hierba recogida, la nieve la recubrió enseguida. El *gold* me prohibió cortar hierba en ciertos lugares. Se enfadaba mucho cuando yo no le obedecía al momento.

—¡No entiendes nada! —gritó—. A ti te corresponde obedecer y trabajar. Yo sé lo que quiero.

Dersu se apoderó de nuestras bandoleras y de su cinturón de cuero. Yo le di también cuerdas que encontré en mi bolsillo y él escondió todo eso en su pecho. La oscuridad y el frío no cesaban de aumentar. A pesar de la capa de nieve, se podía todavía distinguir ciertas cosas en la tierra. Dersu se movía a una velocidad sorprendente. Su voz tomaba a veces tonos asustados e indignados. Eso me hacía volver a tomar mi cuchillo y ponerme de nuevo al trabajo hasta el agotamiento. La nieve que cubría mi camisa comenzó a fundirse y sentí los hilillos de agua fría correr a lo largo de mi espalda. Creo que pasamos más de una hora cortando así la hierba. El viento penetrante y la nieve punzante me azotaban terriblemente el rostro. Mis manos estaban heladas. Trataba de recalentarlas con mi aliento y dejé caer mi cuchillo. Notando que cesaba de trabajar. Dersu me gritó de nuevo:

—¡Capitán, manos a la obra! Tengo mucho miedo. La muerte se aproxima.

Como yo objeté que había perdido mi cuchillo, me gritó todavía, esforzándose en dominar con su voz el ruido del viento:

—¡Arranca la hierba con las manos!

Casi inconsciente, como un autómatas, rompí los juncos y me corté las manos. Pero ahora tenía miedo de interrumpir el trabajo y arranqué hierba hasta el momento en que me faltaron por completo las fuerzas. Veía círculos que giraban alrededor de mis ojos; mis dientes castañetearon y sentí que me adormecía. Un pensamiento atravesó mi espíritu: «¡Aquí está, es la muerte por el frío!» Después, caí en una especie de sopor.

De golpe, sentí que alguien me sacudía por los hombros. Era Dersu, que se inclinaba hacia mí diciendo:

—¡De rodillas!

Obedecí, apoyándome con las manos contra la tierra. El *gold* me cubrió con su lona y se puso a echar hierba por encima. Inmediatamente, tuve más calor. El agua congelada comenzó a gotear por mis ropas. Dersu marchó mucho tiempo por todo alrededor, amasando la nieve y apisonándola con sus pies. Un poco reconfortado, volví a caer en una especie de sueño opresivo. Pero, de nuevo, escuché la voz del *gold*:

—¡Capitán, córrete un poco!

Tuve que hacer un esfuerzo por apartarme. Dersu se deslizó en la tienda improvisada, se acostó de lado junto a mí y nos cubrió a los dos con su chaqueta de cuero. Extendiendo la mano, palpé sobre mis pies el calzado forrado que ya conocía.

—Gracias, Dersu —le dije—. Cúbrete tú también.

—Está bien, está bien, capitán —respondió—. ¡No hay que temer! He atado la hierba muy fuertemente. El viento no podrá esparcirla.

Cuanto más nos enterraba la nieve, más caliente se ponía nuestra choza. En su interior no caían ya más gotas. Escuchábamos el viento que aullaba fuera, pero aquello recordaba los sonidos de las sirenas o de las campanas. Vi en sueños como una fantasía de danzas; después, tuve la sensación de una serie de caídas cada vez más profundas y acabé por adormecerme con un sueño sano y prolongado, que duró —supongo— casi doce horas. Cuando me desperté, estaba oscuro y calmo. De repente, noté que estaba solo.

—¡Dersu! —grité con miedo.

—¡Capitán! —me respondió una voz afuera—. Sal un poco, hay que volver a nuestra verdadera madriguera.

Salí de prisa y me llevé instintivamente la mano a los ojos. Todo estaba blanco de nieve. El aire era fresco y transparente. Helaba todavía. Nubes deshilachadas atravesaban el cielo, que era azul en ciertos lugares. Aunque hiciese todavía un tiempo gris y brumoso, se presentía la aparición inminente del sol. La hierba abatida por la nieve estaba esparcida por franjas. Dersu recogió un poco de desperdicios secos y encendió una pequeña hoguera para secar mis rodilleras.

Comprendí entonces por qué el *gold* me había impedido cortar la hierba en ciertos lugares. Era para trenzarla y tenderla a continuación, con la ayuda de correas y de cuerdas, por encima de nuestra singular choza, a fin de que el viento no pudiera esparcirla. Le di las gracias a Dersu por haberme salvado:

—¡Bueno, bueno! Hemos marchado y trabajado juntos. ¡Nada de agradecimientos! —después añadió, como si quisiera cambiar de conversación—: Muchos hombres han perecido esta noche.

Adiviné que los «hombres» de que hablaba Dersu eran seres con plumas.

Tras demoler nuestro abrigo de hierbas, tomamos de nuevo los fusiles y fuimos a buscar otra vez el istmo, que se encontraba en realidad poco alejado de nuestro campo. Franqueado el pantano, avanzamos todavía un poco hacia el lago de Janka y volvimos a continuación hacia el este, tratando de llegar al curso principal del Lefu.

Después del huracán de nieve, la estepa parecía inanimada y desierta. Los gansos, patos, gaviotas y mergos, habían desaparecido todos. Pantanos cubiertos de nieve formaban grandes manchas sobre el fondo amarillo betún. La marcha nos resultó fácil, ya que ahora la tierra húmeda estaba congelada y podía soportar fácilmente nuestro peso. Llegamos bien pronto al río, y al cabo de una hora volvíamos a entrar en el campamento.

Olenetiev y Martchenko no se habían inquietado por nosotros, pensando que habíamos encontrado al borde del lago algún abrigo para pasar la noche. Yo me cambié de calzado, tomé un té y me tendí cerca del fuego. Dersu durmió al otro lado de la hoguera.

A la mañana siguiente, el frío era muy intenso. El agua estancada se heló por

todas partes y el río se cubrió de témpanos flotantes. Nuestra jornada entera se pasó navegando a lo largo de diversos brazos del Lefu. A menudo, entramos en algún brazo de agua que no tenía salida, lo que nos obligaba a deshacer camino. Después de una acampada final al borde del agua, Dersu rogó a Olenetiev que le ayudara a sacar la embarcación a la orilla. Desprendió cuidadosamente la arena pegada, la limpió con hierba y la volvió a poner sobre rodillos de madera. Hacía esto —yo lo sabía bien ahora— en provecho de cualquier hombre desconocido que pudiera aprovecharlo en el momento oportuno.

Por la mañana, abandonamos el Lefu y fuimos a pie hacia Tchernigovka, donde los otros soldados nos esperaban con los caballos. A mediodía, llegamos al pueblo de Dmitrovka, situado más allá del ferrocarril del Ussuri. Atravesando la vía férrea, Dersu se detuvo para tantear con las manos los raíles, miró a los dos lados y dijo simplemente:

—Y bien, yo he escuchado hablar de él a un montón de gente. Hoy, lo veo por mí mismo.

En el pueblo, tomamos alojamiento, pero el *gold* no quiso entrar en una isba, prefiriendo dormir al aire libre. Por la noche, me resentí de su ausencia y fui a encontrarle. La noche era oscura pero la blanca nieve permitía una cierta visibilidad. En todas las isbas, se habían encendido las estufas; humos blanquecinos salían de las chimeneas en delgados hilos y se elevaban apaciblemente en el aire, formando una nube por encima del pueblo entero. La luz se escapaba por las ventanas de las casas, iluminando los montones de nieve. Detrás del pueblo, completamente apartado, percibí un fuego al borde del río. Adivinando que era el lugar donde Dersu pasaría la noche, fui allí directamente. Sentado cerca de su hoguera, el *gold* estaba sumido en su meditación.

—Vamos a tomar un té en la isba —le propuse.

Sin responder a mi propuesta, me preguntó a su vez:

—¿Adónde vamos mañana?

Le dije que iríamos a Tchernigovka, y después a Vladivostok; lo invité a acompañarme. Le prometí volver pronto a la taiga y le ofrecí un salario... Después nos entregamos cada uno a nuestros propios pensamientos. Yo no sé en qué podía pensar Dersu; por mi parte, sentía penetrar la tristeza en mi corazón. Le expuse de nuevo el confort y las ventajas de la vida ciudadana. El *gold* me escuchó en silencio. Por fin, me dijo con un suspiro:

—No, capitán, ¡gracias! No puedo ir a Vladivostok. ¿Qué haría yo sin caza, sin cibelinas para recoger? Si me instalo en una ciudad, me moriré muy pronto.

«Es verdad —pensé—. Este habitante de los bosques no podrá soportar la existencia de la ciudad. ¿No estaré equivocado al querer arrancarlo de la vida que él ha seguido desde su infancia?»

Dersu guardó silencio. Evidentemente, estaba proyectando lo que tenía que hacer. Después, pareció proseguir sus pensamientos en alta voz:

—Mañana me iré todo derecho —y señaló con la mano al oriente—. En cuatro días, llegaré al Daubi-khé, y después al Ula-khé; más tarde, encontraré el río Fud-zin, las montañas y el mar. Me han dicho que el litoral abunda en toda especie de caza, en renos y cibelinas.

Nos quedamos mucho tiempo charlando cerca del fuego. Lamenté tener que separarme de este hombre, por el cual sentía un verdadero afecto.

A la mañana siguiente, lo primero que recordé fue que Dersu iba a dejarnos. Después de comer, di las gracias a mis huéspedes y salí a la calle. Los soldados estaban ya prestos a partir. Dersu se encontraba cerca de ellos. Reparé a la primera ojeada que se había preparado como para una larga marcha: tenía su mochila llena y cuidadosamente embalada, su cinturón abrochado y sus *untas* bien ajustadas.

Cuando estuvimos a un kilómetro de Dmitrovka, el *gold* se detuvo; había llegado el momento de la separación.

—Adiós, Dersu —le dije, estrechándole la mano—. Te deseo buena suerte en todo; jamás olvidaré lo que has hecho por mí. ¡Adiós! ¡Ojalá que nos volvamos a ver!

Dersu se separó de los soldados, me hizo una señal con la cabeza y se adentró en los zarzales que se elevaban a nuestra izquierda. Unos minutos después llegó a lo alto de una colina cubierta de maleza. Sobre el fondo claro del cielo, su silueta se destacó netamente, con la mochila a la espalda y el fusil y el tridente en las manos. Un hermoso sol salía en aquel momento de las montañas e iluminó al *gold*. Después de trepar hasta la cima se detuvo, se volvió hacia nosotros, nos saludó con la mano y desapareció tras la cresta de la montaña. Sentí un desgarramiento en el corazón al perder a aquel hombre de quien me había sentido tan próximo.

—¡Buen tipo! —hizo notar Martchenko.

—Se encuentran muy pocos como él —respondió Olenetiev.

«Adiós, mi buen Dersu —pensé también—. Me has salvado la vida y eso no lo olvidaré jamás.»

SEGUNDA PARTE

7. A través de ríos, bosques y pantanos

Transcurrieron cuatro años. La Sociedad Rusa de Geografía (sección de la región del Amur) me ofreció la posibilidad de organizar una nueva expedición, cuyo fin sería explorar la cumbre del Sijote-Alin, el litoral que se extiende al norte de la bahía de Santa Olga, y las fuentes del Ussuri y del Iman.

En aquella época, las informaciones relativas a la parte central del Sijote-Alin eran muy escasas. Igualmente, tampoco se tenía más que referencias sumarias de la costa del país transussuriano, facilitadas por oficiales de marina que iban de vez en cuando a hacer sondeos en los golfos y bahías de ese litoral.

Preparamos la expedición durante casi un mes. Se reclutaron para nuestro destacamento los mejores fusiles entre los mejores tiradores siberianos, dando la preferencia a los procedentes de las provincias de Tobolsk y de Yenisey. Estos hombres, a decir verdad, eran más bien mohínos y poco comunicativos, pero en cambio estaban acostumbrados desde su infancia a hacer frente a toda suerte de adversidades.

En calidad de bestias de carga, íbamos a disponer de una caravana de doce caballos. Ahora bien, era muy importante que nuestros hombres conocieran bien estos animales y dejar que éstos se habituaran a sus conductores. Con este fin, el destacamento se formó quince días antes de la partida.

Como lugar de reunión, se fijó la estación de Chmarkovka, situada un poco al sur del lugar donde la línea ferroviaria atraviesa el Ussuri. El grupo, provisto de caballos, fue enviado el 15 de mayo por ferrocarril, y al día siguiente los restantes miembros de la expedición abandonaron a su vez Jabarovsk.

Los fusileros vinieron a nuestro encuentro y nos indicaron nuestro alojamiento. El resto de la jornada se pasó escogiendo nuestras provisiones y preparando las cargas.

Al día siguiente, cosacos y cazadores siberianos tuvieron la jornada libre. Remendaron sus *untas*, cosieron las rodilleras, arreglaron sus cartucheras y se equiparon en general de una manera definitiva para ponerse en ruta.

El día de la partida, 19 de mayo, estuvimos todos en pie desde temprano, aunque partimos tarde. Es natural que los primeros pasos de una expedición se retarden siempre un poco. A continuación, una vez en ruta, todos se habitúan a un cierto orden; cada cual consigue conocer su caballo, su fardo, los objetos que están a su custodia, y el orden que ha de observar para embalarlos. Se aprende a distinguir entre los efectos necesarios para el camino y los que hay que tener a mano para el campamento.

El camino vecinal cenagoso que parte de Chmarkovka sigue las cuestas de una colina. A lo largo de este recorrido, todos los puentes habían sido demolidos por las aguas primaverales; tampoco fue nada fácil la travesía de los ríos, convertidos en

torrentes rápidos.

Una mirada experimentada hubiera notado inmediatamente que nuestra expedición estaba aún en sus comienzos: los caballos formaban una fila desperdigada; sus sillas se deslizaban constantemente; las correas se desabrochaban y los hombres se detenían a menudo para ajustar su calzado.

Pero cualquiera que haya viajado mucho sabe bien que todo eso es muy habitual. Cada día estos altos se hacen más raros, todo se arregla, y la marcha se hace después en orden, sin tropiezos.

Al día siguiente, nuestro camino nos llevó al borde del Ussuri. Todo el valle estaba inundado. Los lugares elevados parecían islas. En medio de esta masa de agua, el lecho permanente del río estaba señalado por una corriente rápida y por los árboles que se extendían a lo largo de los bordes.

Unos campesinos nos dijeron que mientras duraban esas inundaciones cesaba toda comunicación por tierra firme con los pueblos vecinos y que no se podía ir a ellos más que en barco. Después de discutir un poco, decidimos avanzar aguas arriba hasta el lugar donde el río formara un solo lecho; allí, queríamos tratar de hacer la travesía a nado, con nuestros caballos.

Por fin, descubrimos lo que buscábamos. Unos cinco kilómetros más adelante, se reunían en el río todo el conjunto de sus canales. Muchos islotes, elevados y secos, que las gentes del país llaman *rielka*, nos ofrecieron la posibilidad de acercarnos al río. Pero antes hubo que sortear los pantanos.

Los caballos habían tomado ya hábitos gregarios; habían dejado de cocear y de morderse entre sí. Sólo el de delante necesitaba ser conducido de la brida; los otros le seguían por ellos mismos. Cada uno de los fusileros era cabo de fila por turno, y aguijoneaba a los caballos que se desviaban o se retardaban. Pasando de un islote seco a otro, y evitando los lugares pantanosos, alcanzamos bien pronto el bosque que crece al borde del agua.

Felizmente, nos encontramos con unos chinos que poseían una barca. Es cierto que filtraba el agua como un tamiz, pero era al menos una especie de cuenco que nos podía facilitar la travesía. Bien que mal, pudimos calafatear las hendiduras, consolidar las planchas con clavos y ajustar pequeñas estacas de las cuales nos serviríamos como de toletes, atándoles cuerdas con nudos. Cuando todo estuvo presto, procedimos a la travesía. Primero, nos pusimos a transportar las sillas; después, los hombres. A continuación les tocó el turno a los caballos. Como no querían entrar en el agua solos, fue necesario que alguien les acompañase a nado.

Uno de nuestros cosacos, Kojevnikov, se ofreció para esta tarea peligrosa. Se desnudó completamente, se montó en un caballo blanco, el más ágil de todos, y se introdujo resueltamente en el agua. Los tiradores empujaron en seguida detrás de él a los otros animales. Cuando la cabalgadura de Kojevnikov perdió pie, éste saltó para

nadar a su lado, agarrándose a sus crines con una mano. Las otras bestias le siguieron. Desde la orilla, pudimos ver a Kojevnikov azuzar a su caballo y acariciarle el cuello. Mientras nadaban, los caballos resoplaron, dilatando sus narices y mostrando sus dientes. Aunque la corriente los arrastraba un poco, avanzaron bastante rápidamente. Pero, ¿conseguiría Kojevnikov llegar con los caballos al lugar señalado? Más lejos, río abajo, donde crecían zarzas y árboles, la orilla se hacía escarpada y estaba obstruida por árboles desgajados. Al cabo de diez minutos, el caballo blanco pisaba fondo otra vez; el cosaco volvió a montarlo en seguida y ganó tierra.

Pero entre los animales, unos eran más fuertes y otros más débiles; estos últimos nadaban más lentamente y la caravana se extendió sobre una gran distancia. Cuando el caballo de Kojevnikov alcanzaba la orilla opuesta, la última de las bestias no se encontraba aún más que a mitad de camino. Pareció evidente que sería arrastrada por la corriente. El caballo desplegaba todos sus esfuerzos por avanzar río abajo y resistir a la corriente, pero ésta lo arrastraba cada vez más. Kojevnikov esperó la llegada de los otros animales y galopó a continuación aguas abajo. Eligiendo un lugar libre de gruesos árboles desgajados, el cosaco se abrió un camino a través de la maleza hasta el borde del agua. Colocándose en forma de ser visto por la bestia que se debatía en medio del río, se puso a gritar, pero el ruido del río ensordeció su voz. El caballo blanco de Kojevnikov enderezó la oreja, levantó la cabeza y miró al agua. De repente, su relincho resonó sobre el río. El animal que nadaba entendió esta llamada y cambió de dirección. Al cabo de algunos minutos, alcanzó la orilla. El cosaco lo dejó respirar, le puso un ronzal y lo reunió con el resto de la tropa. Entretanto, la embarcación había transportado el conjunto de hombres y cargas.

Después de la travesía, nuestro destacamento estuvo atento para evitar otros pantanos y ganar lo más pronto posible las colinas.

Sintiendo el suelo más firme bajo sus pies, hombres y caballos marcharon con mayor rapidez. Tuvimos todavía que franquear un pequeño río que corría a través de una cañada estrecha pero muy pantanosa. Los hombres llegaban a pasar bien de un montículo a otro, pero los caballos tuvieron dificultades. Daba pena verlos, hundiéndose hasta el vientre y cayéndose con frecuencia. Otros se atascaron hasta el punto de no poder salir sin ayuda de alguien. Tuvimos que aligerarlos de peso y transportar los fardos con toda la fuerza de nuestros brazos.

Cuando el último de los caballos había atravesado el pantano, la noche estaba por caer. Avanzamos todavía un poco y levantamos a continuación el campamento cerca de un arroyo de agua pura. Durante la velada, tiradores y cosacos se sentaron alrededor de la hoguera y entonaron canciones. Un acordeón apareció quién sabe de dónde. Al ver los rostros despreocupados de aquellos hombres, nadie hubiera creído que apenas dos horas antes se habían debatido, rendidos y agotados, en medio de un pantano.

Al día siguiente, se decidió disponer de un día de reposo. Había que secar los efectos, limpiar las sillas y dar un respiro a los caballos. Los fusileros se pusieron al trabajo desde la mañana. Todos sabían lo que podía estropearse y necesitar una reparación.

Aquel día, tuvimos ocasión de ver la manera en que los cosacos atrapan las abejas. Estábamos tomando el té, cuando uno de ellos se apoderó de una copa que contenía restos de miel. Pronto aparecieron las abejas, una detrás de otra. Unas llegaban, otras se llevaban una gota y se apresuraban a volver. Un cosaco llamado Murzine tuvo la idea de localizar los insectos. Observó la dirección por la cual desaparecían las abejas y se colocó, con su copa de miel, de aquel lado. Al cabo de un minuto, llegó una abeja. Cuando volvió a partir, el cosaco la siguió con la mirada mientras pudo, avanzando en el sentido de su vuelo; después, esperó la llegada de la segunda y de la tercera; así, sin interrupción, continuando sus manejos. De esta forma se dirigió, lenta pero seguramente, hacia la colmena, cuyo camino le indicaban las mismas abejas. Para esta caza, hay que armarse de paciencia.

Al cabo de una hora y media, aproximadamente, Murzine estuvo de regreso contando que había encontrado el domicilio de las abejas y contemplado una escena que le había impulsado a volver para buscar a sus camaradas. Las abejas —decía— hacían la guerra a las hormigas. Sin tardanza nos pusimos en camino, provistos de una sierra, un hacha, calderos y cerillas. Murzine nos precedía para mostrarnos el camino. Bien pronto vimos un gran tilo, inclinado en un ángulo de 45 grados y rodeado de abejas. El enjambre casi completo estaba abajo, cerca de las raíces. Estas, enroscadas, formaban una pendiente suave. Alrededor de la abertura, se habían amontonado las abejas, teniendo frente a ellas una legión igualmente compacta de hormigas negras. Era curioso observar a estas dos tropas enemigas, enfrentadas una contra otra sin decidirse a la ofensiva. Patrullas de hormigas corrían por todos lados y las abejas venían a atacarlas desde arriba. Los bichitos terrestres se defendían con rabia, posadas sobre el vientre y abriendo sus mandíbulas al máximo. Algunas veces, las hormigas ensayaban un movimiento giratorio, y trataban de atacar a las abejas por detrás, pero las patrullas aéreas las descubrían y una parte de las abejas se desplazaba hacia el lado amenazado, cerrando de nuevo el camino a las hormigas.

Nosotros mirábamos esta lucha con interés. ¿Quién iba a ganar? ¿Llegarían las hormigas a entrar en la colmena? ¿Quiénes serían las primeras en ceder? Quizá las adversarias se separarían después de la puesta del sol, para volver a sus domicilios y reanudar el combate por la mañana; pudiera ser que el sitio de la colmena durase ya algunos días.

No se sabe el cariz que hubiera tomado esta batalla, si los cosacos no hubieran acudido en socorro de las abejas, poniéndose a verter sobre las hormigas el agua que habían tenido tiempo de hervir. Los bichitos se crisparon, se agitaron y perecieron por

millares. Las abejas se excitaron terriblemente. Por precaución, alguien las roció a su vez con agua hirviente. El enjambre se elevó instantáneamente en el aire. ¡Había que ver la huida súbita de los cosacos! Pero las abejas los alcanzaban, los picaban en la nuca y en el cuello. Al cabo de un minuto, no quedó nadie cerca del árbol. Los hombres se agruparon a cierta distancia, lanzando juramentos y reuniéndose con sus camaradas. Después, de golpe, pusieron también cara de asustados, sacudieron las manos y huyeron aún más lejos.

Se decidió dejar a las abejas el tiempo necesario para que se calmaran. Al final de la tarde, dos cosacos volvieron a la colmena, pero no encontraron ya ni miel ni abejas, ya que la colmena había sido saqueada por los osos. Tal fue el final de nuestra carrera hacia la miel salvaje.

Durante nuestro recorrido posterior, atravesando la montaña, tuvimos que atravesar cinco desfiladeros muy pantanosos, donde el lógamo era casi infranqueable. Los cosacos trataron de conducir los caballos apartándose del camino, pero esto fue peor aún. Los soldados cortaron sauces para afirmar el terreno movedizo y los arrojaron a los pies de los caballos. Si bien esta fajina poco sólida facilitaba el paso a los hombres, ofrecía un apoyo insuficiente para los caballos; éstos no hacían más que tropezar y caer. Fue necesario quitarles de nuevo las sillas y transportar las cargas sobre nuestra propia espalda. No obstante, acabamos por franquear bien aquel pantano.

Al llegar a suelo firme, el destacamento hizo un alto. Después costearon las vertientes, subiendo lentamente hacia un collado. Como consecuencia de un contratiempo fortuito, nuestros caballos se quedaron atrás, mientras que nosotros avanzábamos hasta un prado donde se encontraba una vieja *fanza* derruida. Nos detuvimos allí, sentándonos sobre unas piedras mientras esperábamos a los caballos. De repente, algo así como una cinta larga y oscura apareció no lejos de nosotros. Los tiradores se alarmaron. Era un gran reptil que se deslizaba sobre la hierba hacia la maleza. Los soldados corrieron por los dos costados de la serpiente sin osar acercársele, espantados por sus dimensiones. Al cabo de un minuto, el reptil llegó hasta un árbol derribado y se escondió en él. Era un tronco hueco y podrido. Alguien tomó un palo y lo hundió en la abertura. Como respuesta, escuchamos un zumbido de insectos y vimos en seguida que salían abejorros por la abertura. O sea que tenían allí su guarida. Pero, ¿por dónde había desaparecido la serpiente? ¿Había ido a hacer una visita a los abejorros? ¿Cómo podía ser que no se hubiesen agitado en esta ocasión, como acababan de hacerlo cuando se hundió el palo en el tronco?

Aquello interesaba a todo nuestro grupo. Los soldados se pusieron a partir el árbol. Como estaba podrido, cayó fácilmente en pedazos. Cuando estuvo abierto, descubrimos la serpiente, que se enroscaba lentamente y trataba de esconderse entre los despojos del árbol; pero esto no pudo salvarla. Se le cortó la cabeza de un golpe

de hacha y se la sacó fuera. Era uno de esos ofidios llamados *pythons schrenk*, una especie de culebra muy grande.

El reptil medía un metro noventa.

El hueco del árbol, estrecho al principio, se ensanchaba un poco hacia el fondo. Plumones de pájaro, mechones de pelo, hierba fina y seca y, además, la piel que había quedado después de la muda de la serpiente, probaban que su guarida estaba ciertamente allí, mientras que la de los abejorros se encontraba un poco separada, más cerca de la abertura. Cada vez que el reptil abandonaba el árbol o volvía a entrar, pasaba al lado de los insectos. Estos y el ofidio hacían evidentemente buena sociedad y en modo alguno chocaban entre sí.

Los soldados miraban el *python* con interés:

—Hay alguna cosa dentro —dijo uno de ellos. En efecto, el vientre de la serpiente estaba muy hinchado. Con asombro comprobamos que en su interior había una becada bastante grande con su largo pico. ¿Cómo había podido el ofidio tragar este pájaro sin estrangularse?

Los *golds* cuentan que esta culebra del Ussuri es generalmente una gran cazadora de pájaros. Según estos indígenas, el reptil monta en lo alto de los árboles para atacar a los pájaros instalados en sus nidos. Naturalmente, eso le resulta más fácil si el nido se encuentra en un hueco. Pero, ¿cómo se las arregla para atrapar un pájaro en vuelo o en carrera, o para tragar una becada cuyo gran pico debería serle una seria traba?

Ocupados en esta caza, no nos habíamos dado cuenta de la aparición de una gran nube. Súbitamente se hizo la oscuridad y obligó a nuestros hombres a volver a sus caballos. Los *golds* que nos acompañaban afirmaron que en las proximidades había dos *famas* chinas donde podríamos abrigarnos contra el mal tiempo.

La nube avanzaba rápidamente. Su borde más próximo, de un gris blancuzco, parecía remolinear ligeramente; nubes sueltas que corrían a sus lados daban la impresión de disputarle la velocidad del movimiento. No pudimos esquivar la tormenta. Apenas habíamos reanudado el camino cuando comenzó a llover. Primero fueron gruesas gotas; después, se desencadenó el aguacero. Normalmente, estas fuertes lluvias no duran mucho tiempo. Pero en la región del Ussuri es muy diferente; como si fuera hecho a propósito, son precisamente las lluvias prolongadas las que comienzan por una tormenta. Esta fue también nuestra experiencia: pasada la tormenta, el sol no quiso reaparecer. El cielo se cubrió hasta el horizonte de pesadas nubes en forma de cúmulos, que vertieron una lluvia fina y abundante. No tuvo ya ningún objeto apresurarse hacia las *famas*. Hombres y caballos lo comprendieron todos a una. Por lo demás, estas chozas chinas estaban apartadas, detrás de una corriente de agua, y hubiera sido necesario hacer un gran rodeo para llegar hasta ellas. Así que decidimos ir directamente al pueblo de los viejos creyentes rusos.

No había que contar con que el tiempo se aclarase. El viento se añadió a la lluvia,

y a su vez surgió la niebla. Cubriendo las alturas, descendía a veces al valle para remontarse poco después, lo que reforzaba más aún la lluvia. El torrente, habitualmente insignificante, en este momento se desbordaba y tomaba un aspecto amenazador. Sus aguas penetraban en el bosque. Los hombres atravesaban sin demasiada dificultad los lugares sumergidos, pero los caballos sufrían, marchando al azar y cayendo en hoyos profundos.

Llegados por fin a la linde del bosque, vimos extenderse una gran llanura detrás de la cual se resguardaba la aldea de Zagornaya. Pero este pueblo no era de fácil acceso. El puente que los viejos creyentes habían construido sobre el río estaba hundido en el agua. Nos costó dos horas repararlo. Nadie prestaba ya atención a la lluvia y tomamos todos una buena ducha.

Tras haber logrado salvar este obstáculo, hicimos nuestra entrada en el pueblo, compuesto de ocho casas. Primero, divisamos un rostro de mujer en una de las ventanas; después, un hombre apareció en el camino. Era el *starosta* de la comunidad. Cuando supo quiénes éramos y adonde íbamos, nos invitó a su casa y nos ofreció su albergue. Los cosacos, completamente empapados, no deseaban otra cosa que desensillar sus caballos y encontrar un resguardo.

En la casa del *starosta*, los suelos estaban lavados cuidadosamente, los techos bien pulidos y las paredes debidamente calafateadas. Al desnudarnos, no pudimos menos de ensuciar aquel interior, lo cual nos hizo sentir confusos.

—Está bien, está bien —nos tranquilizó nuestro huésped—. Las mujeres van a limpiarlo todo. ¡Vaya un tiempo! No se sale limpio de la taiga...

Al cabo de unos minutos, aparecieron sobre la mesa pan caliente, miel, huevos y leche todo lo cual atacamos con apetito, o mejor dicho, con avidez.

Cuando nos informamos sobre la ruta a seguir hacia el pueblo de Kocharovsk, se nos respondió que no existía ninguna y que, de todos los habitantes de Zagornaya, sólo un tal Panachev podía conducirnos, franqueando las alturas vecinas.

Nuestro huésped lo mandó a buscar. Panachev llegó en seguida. Parecía haber pasado la cuarentena. Su barba, que al parecer no se cortaba jamás, era una poblada mata. Tenía un aspecto como si acabara de salir de la cama y no hubiera tenido tiempo de peinarse. Al entrar en la isba, Panachev hizo tres signos de la cruz delante de los iconos y continuó con tres saludos tan profundos que llegaba a tocar el suelo con la mano. Sus largos cabellos le descendían sobre los ojos, y no cesaba de sacudir la cabeza para echárselos hacia atrás.

—Buenos días a todo el mundo —dijo en voz baja. Después, retrocedió hacia la puerta y se puso a estrujar su gorro.

Le propusimos que nos condujera a Kocharovsk y aceptó de buena gana.

—Bueno, iré —respondió, simplemente haciendo sentir por su entonación que estaba dispuesto a prestar un servicio y a obedecer, pero que era al mismo tiempo

consciente de ser el único que conocía el camino.

Decidimos partir al día siguiente, si la lluvia cesaba.

Era el día 31 de mayo, y al alba me precipité hacia la ventana. La lluvia había cesado, pero hacía un tiempo gris y húmedo. La niebla envolvía las montañas como un sudario. En medio de esta niebla, apenas si se distinguía el valle, un bosque y construcciones imprecisas al borde del río. Pero desde el momento que dejó de llover, se podía continuar la marcha, si bien nos retardamos un poco a causa de que el pan no estaba todavía presto.

A las diez, precedidos por Panachev, abandonamos el pueblo. Tuvimos que franquear primero el desfiladero de la cumbre que separaba los ríos Daubi-khé y Ula-khé, para caminar después a lo largo de un curso de agua de nombre no determinado y llegar hasta el Fudzin.

Poco a poco, el tiempo se serenó completamente; la bruma se dispersó, pequeños hilos de agua surcaron el suelo, las flores mojadas elevaron sus cálices, y los insectos reanudaron sus vuelos sobre nuestras cabezas. Panachev nos condujo sin rumbo fijo, guiándose según las señales del terreno. La taiga ussuriana no es en modo alguno un bosquecillo, sino una selva primitiva donde los árboles están enmarañados con viñas salvajes y con lianas. Cuando penetramos en aquellos bosques fue necesario hacer uso de nuestras hachas.

Panachev nos decía que a él, desprovisto de toda carga, le había bastado un día para ir de Zagornaya a Kocharovsk. Es cierto que él contaba un día como una jornada entera, desde el alba hasta el crepúsculo. Como nuestra marcha se retardaba a causa de los fardos, esperábamos cubrir la misma distancia en dos días, previendo así que pasaríamos una sola noche en el bosque.

Hacia el mediodía, hicimos el gran alto. Los hombres comenzaron a desnudarse a fin de quitarse unos a otros las garrapatas que se habían adherido a su piel. Panachev, el desgraciado, no hacía más que rascarse, pues los insectos se habían abatido sobre su barba y su cuello. Después de los hombres, tocó el turno a los perros. Estos inteligentes animales, comprendiendo muy bien de qué se trataba, soportaron la operación con relativa paciencia. Pero no ocurrió lo mismo con los caballos, que sacudieron la cabeza y se debatieron violentamente. Hicieron falta muchos esfuerzos para desembarazarlos de los parásitos que se habían incrustado en sus labios y hasta en sus párpados.

Después del té, Panachev nos precedió de nuevo, seguido de los tiradores con sus hachas. Por la noche los hombres se agruparon, como es habitual, alrededor de la hoguera. Nuestro guía, sentado aparte, comía en silencio su pan y recogía las migajas. Los cosacos abrieron sus bolsas, ajustaron sus mosquiteros y prepararon la cena. Algunos de ellos, se quitaron incluso su ropa interior para desprender las garrapatas, apestando el lugar.

—¡Oiga, buen hombre! ¿Cuántas verstas hay de aquí a Kocharovsk? —preguntó a Panachev uno de los cosacos.

—Pues, ¿quién sabe? ¿Acaso se ha medido la taiga? ¡La taiga es la taiga! Tendríamos que llegar mañana —respondió el viejo creyente. Pero sus últimas palabras dejaban percibir, sin embargo, cierta incertidumbre.

—¿Tú conoces bien estos lugares? —volvió a preguntar el cosaco.

—No tanto como todo eso. Dos veces me ha sucedido equivocarme un poco. Pero vamos, creo que acabaremos por pasar.

Al día siguiente era el primero de junio.

En el transcurso de la ruta, nuestro destacamento se dividió en tres secciones. La vanguardia marchaba conducida por Panachev; después, venían las bestias de carga; el resto, al fin, les seguía. Nosotros avanzábamos muy lentamente; a menudo había que detenerse para dar tiempo para abrir camino a los trabajadores de vanguardia. Hacia el mediodía, los caballos se detuvieron súbitamente, por las buenas.

—¡Avanzad un poco! —resonaron en seguida detrás las voces impacientes.

—¡Esperad!, el guía ha perdido las señales —respondieron los de delante.

Pero, ¿adónde ha ido a parar?

—¡Diantre!, ha ido a buscar una ruta cualquiera.

Al cabo de unos veinte minutos, Panachev regresó, pero bastaba mirarlo para adivinar cómo estaban las cosas. Nuestro guía tenía la cara sudorosa y fatigada, la mirada perpleja, los cabellos enmarañados.

—Bueno, ¿dónde están esas señales? —le preguntaron.

—Deben encontrarse más a la izquierda. Tenemos que ir hacia allá —dijo él, señalando la dirección nordeste.

Nos volvimos a poner en marcha. Pero Panachev no tenía ya la seguridad inicial; se volvía tan pronto hacia la derecha como en otro sentido, terminando incluso por cambiar completamente de opinión. Entonces, el sol que acabábamos de tener de frente se colocaba a nuestra espalda. Se notaba que nuestro guía avanzaba al azar. Traté de detenerlo para preguntarle, pero estos interrogatorios no hacían otra cosa que confundirlo más. Se reunió un pequeño consejo, en el curso del cual uno de nosotros votó por deshacer camino hasta las entalladuras localizadas anteriormente. Pero Panachev afirmaba que no necesitaría el camino y que le bastaría llegar al desfiladero para orientarse y tomar la buena dirección.

Fue necesario hacer reposar a los caballos. Sacándoles las sillas, se dejó pacer a los animales. Los cosacos prepararon el té, mientras Panachev y mi auxiliar treparon a una altura cercana, de donde regresaron al cabo de una media hora. Mi auxiliar refirió que él no había visto nada más que montañas boscosas. Panachev, por su parte, nos aseguró que conocía esa región. Pero en su voz se notaba la duda.

Cuando abandonamos el campamento, fue para meternos en un terreno lleno de

árboles desgajados del que no pudimos salir hasta la noche. Panachev nos conducía de una manera bastante singular. Unas veces escalábamos una montaña y otras veces seguíamos por la ladera y volvíamos después a descender al valle. Por lo general, cuando se está extraviado, se avanza a la ventura. Así es que pasamos toda esa jornada marchando, para detenernos finalmente en el lugar donde nos sorprendió la noche. Nuestra acampada no fue alegre.

Todos estaban deprimidos por la conciencia de haber perdido el camino. Panachev era el más mortificado... Suspiraba, miraba el cielo, se mesaba los cabellos y sacudía los faldones de su blusa.

—Harías bien en quitarte las garrapatas de tu barba —le insinuaron los soldados.

—¡Vaya un atolladero! —decía él a manera de soliloquio—. ¡Parece hecho a propósito el haber perdido así las señales!

Hubo que examinar el estado de nuestras provisiones. Al dejar Zagornaya, habíamos tomado las raciones de pan necesarias para tres días. Eso debía bastarnos también para el día siguiente; pero, ¿qué pasaría si no llegáramos a Kocharovsk...? En nuestro consejo de la noche, se decidió proseguir estrictamente la dirección y no escuchar más a Panachev. En efecto, desde el alba, estuvimos ya de pie. En la situación que se había creado, el alto se imponía forzosamente. A tres kilómetros del campamento, volvimos a encontrar de improviso algunas muescas, pero viejas y encenagadas.

—¿De dónde provienen? —pregunté a Panachev.

—De los chinos —me respondió.

—Entonces, ¿tenéis chinos hasta en vuestra taiga? —le preguntaron los cosacos.

—¿Dónde puede faltar un chino? —replicó el viejo creyente—. En la taiga pululan. Se los encuentra por todas partes.

Las muescas eran numerosas y se escalonaban en la dirección que nos convenía; se decidió seguirlas tanto tiempo como fuera posible. El error de Panachev era precisamente el haber hecho muescas demasiado dispersas, y haberse dejado así extraviar. Tampoco había previsto que en el transcurso del tiempo estas señales se harían confusas y poco visibles a cierta distancia.

Siguiendo las señales, encontramos pronto trampas para cibelinas. Unas eran viejas, pero las otras estaban tan nuevas que parecían recién instaladas. Como una de ellas nos obstruía la ruta, Kojevnikov levantó el madero para arrojarla al costado. Había algo debajo: eran los huesos de una cibulina.

Evidentemente, la bestia había sido enterrada bajo la nieve poco tiempo antes de su captura. Hecho curioso, ¿por qué el chino no había ido a ver sus trampas antes de abandonar la taiga? Quizás en el momento de dar la vuelta fuera sorprendido por una tormenta, que no le permitió seguir las señales hasta el final, o bien cayó enfermo y se encontró impedido para ocuparse de su caza... La cibulina había esperado largo

tiempo a su amo; después, en la primavera, con la nieve fundida, vinieron los cuervos a despedazar a picotazos al pequeño y precioso carnívoro, del cual no quedaron más que mechones de pelo y huesecillos.

Yo me acordé de Dersu. Si él hubiera estado allí, habríamos sabido por qué la cibelina se había quedado en esa trampa. Además, él hubiera sabido sacarnos de nuestra difícil situación.

Hacia el mediodía, alcanzamos lo alto de una cima boscosa. Después de discutir la situación, resolvimos descender al valle y costear la corriente de agua. La vertiente este de la cresta, además de ser escarpada, estaba obstruida por árboles desgajados y desprendimientos. Hubo que descender en zigzag, lo que llevó algún tiempo. El arroyo que seguíamos se torció bien pronto hacia el mediodía; tuvimos forzosamente que abandonarlo y franquear todavía algunos contrafuertes. Panachev cumplió su deber en silencio; continuaba marchando a la cabeza y nosotros nos arrastrábamos a continuación. El error cometido era irreparable y no podíamos hacer más que una cosa: encontrar algún arroyo que pudiera conducirnos al río Ula-khé.

A la hora del gran alto, volví a examinar nuestras provisiones. Era evidente que sólo nos quedaban galletas para la comida de la noche; aconsejé, pues, reducir las raciones del día.

Antes de la noche aparecieron por primera vez los pequeños mosquitos que las gentes del país llaman *gnouss*. Estos insectos de la región ussuriana son un verdadero flagelo de la taiga. Después de su picadura se forma inmediatamente una llaga minúscula y sangrante. Eso causa un prurito violento y que aumenta más aún cuando se lo rasca. Si los insectos son numerosos, no se puede levantar un solo instante la redcilla que se lleva en el rostro. Los *gnouss* nos ciegan, se adhieren a los cabellos, a las orejas, penetran en las mangas y nos pican en el cuello de una manera insoportable. El rostro se hincha como después de una erisipela. Después la hinchazón disminuye, al cabo de unos tres días, y se llega a crear en el organismo la inmunidad.

Los hombres pudieron aún defenderse contra los *gnouss* con la ayuda de mosquiteros, pero la suerte de los caballos fue lamentable; sus belfos y sus párpados fueron devorados por los insectos. En vano las pobres bestias sacudieron sus cabezas; nada pudo preservarlas de los torturadores. El mejor medio de defensa contra los *gnouss*, es la paciencia; un hombre que está desprovista de ella, acaba por llorar combatiendo a los insectos. Bien provistos de esa arma, avanzamos hasta la puesta del sol. Panachev fue a continuación a reconocer los lugares y no volvió al campamento hasta que hubo oscuridad completa. Nos dijo que acababa de ver, desde lo alto de la colina, el valle del Ula-khé y que al día siguiente a mediodía saldríamos de la selva. Esta noticia nos reanimó a todos y los hombres comenzaron a bromear y a reír.

Nuestra cena fue escasa. Las migajas que restaron de nuestros bizcochos fueron distribuidas en partes iguales.

Al día siguiente, apenas acabábamos de abandonar el campamento, encontramos una especie de camino: era una senda de fieras que se dirigía vagamente hacia las alturas. Panachev nos condujo por allí, no sin inquietud por nuestra parte. Pero esta vez resultó ser el verdadero camino. Primero, llegamos a una *fanza* de tramperos. El bosque de distintas especies, dio lugar a bosques ralos donde no crecían más coníferas. Los caballos presintieron el fin del trayecto y aceleraron la marcha. Por fin, hubo un claro y alcanzamos la linde del bosque.

Llegados, después de algunos minutos de marcha, al borde del río, pudimos ver en la orilla opuesta el pueblo de Kocharovsk. Los habitantes nos trajeron barcas y transportaron nuestras sillas y nuestro equipaje. No fue necesario en absoluto estimular a los caballos; estos inteligentes animales comprendían perfectamente que una alimentación abundante les esperaba al otro lado. Ellos mismos entraron en la corriente y la atravesaron a nado.

Hombres y caballos estaban derrengados por esta etapa. Así que se decidió hacer un alto de tres días en Kocharovsk.

8. A través de la taiga

El 6 de junio nos marchamos de Kocharovsk. Después del reposo, nuestros caballos avanzaron mucho más rápidos. Pero nosotros fuimos perseguidos por un enjambre de zánganos y de *gnouss*. Fue la retaguardia la que sufrió más, pues los terribles insectos se apiñaron principalmente hacia la cola de una de sus columnas. Así que fue necesario reforzar por turno la distribución de nuestros caballos y de nuestros soldados.

A partir del pueblo, el camino se extiende a lo largo de la orilla derecha del Ula-khé. Una sola vez, en un lugar en donde este curso de agua baña el acantilado de la orilla, el camino se adentra en la montaña, pero alcanza de nuevo el valle una vez pasado este corto tramo.

Los rododendros estaban en plena floración, adornando y coloreando de un violeta púrpura los roqueros. El valle del Fudzín parece una pradera. Algunos viejos robles, tilos de ramaje abundante y sauces nudosos crecen aisladamente. Las colinas vecinas están cubiertas de bosques variados donde dominan no obstante los pinos y los abetos blancos.

La belleza un poco salvaje de este país se atenúa por la presencia de seres humanos. Semejantes a codornices escondiéndose delante de los cazadores, se veían aquí y allá, entre los árboles, pequeñas *fanzas* grises habitadas por chinos. Alrededor de ellas se extendían campos de cereales y huertos. Había profusión de todo: trigo, maíz, alforfón, avena... adormideras de las que proporcionan narcóticos, habichuelas, tabaco y gran cantidad de otras plantas que yo no conocía. Más cerca de las *fanzas* crecían habas y patatas, y también rábanos, calabazas, coles, lechugas, nabos, pepinos y toda clase de cebollas y guisantes. En los campos, se veían por todas partes las siluetas azules de los chinos, que interrumpían su trabajo para seguirnos largamente con sus miradas. La aparición de un destacamento militar parecía turbarlos seriamente; la presencia de nuestros caballos de carga les indicaba que veníamos de lejos y estábamos todavía lejos de nuestra meta.

Me dirigí hacia una de las *fanzas*. Los perros, olfateando la proximidad de extranjeros, ladraron furiosamente y se arrojaron a nuestro encuentro. El patrón mismo, atraído por el ruido, salió de su casa y dijo en seguida a sus obreros que ayudaran a nuestros soldados a desensillar los caballos. La *fanza* china es una construcción curiosa. Los muros de tierra arcillosa sostienen un techo a dos aguas construido con cañas. Las ventanas en forma de verja están recubiertas de papel pegado y ocupan casi toda la fachada principal; por el contrario, faltan en las fachadas posteriores y laterales. En el interior, a ambos lados de la puerta de entrada, hay estufas bajas, construidas en piedra, que contienen calderas de hierro sólidamente fijadas con cemento. Sus chimeneas se extienden horizontalmente por los muros,

caldeando los *kangs* por debajo. Estas camas están hechas en piedra tallada y sirven para dormir. Su longitud corresponde a la talla humana y están recubiertas de esteras. Los chinos duermen desnudos, con la cabeza posada hacia el centro de la habitación y los pies extendidos hacia el muro.

En medio de la *fanza*, una vieja caldera, muy a menudo rajada, está colocada sobre un trípode. Llena de arena y de cenizas, sirve de brasero donde se colocan carbones ardientes, sacados de las estufas, cuando los alimentos están prestos y los *kangs* suficientemente calientes. Si hay que recalentar los alimentos, los chinos encienden fuego simplemente en este brasero. A causa de lo cual todo objeto que supera la talla de un hombre se encuentra ahumado y cubierto de una espesa capa de polvo.

Nos instalamos en *fanza* como si estuviéramos en nuestra propia casa. Los chinos se esforzaban por adivinar todos nuestros deseos...

Después de comer, fui a ver las cuevas. La mitad de una de estas construcciones estaba destinada a destilar alcohol. La otra contenía un molino compuesto de dos muelas, de las cuales la inferior quedaba inmóvil. La fuerza motriz estaba a cargo de un caballo que giraba en redondo, con los ojos vendados, asegurando la rotación de la muela superior. La harina se separa del salvado con la ayuda de un tamiz, colocado en una moldura especial puesta en movimiento por los pies de un hombre. El mismo operario incitaba al caballo y vertía el grano sobre las muelas.

Cerca de este molino había un almacén donde se guardaba habitualmente el stock de granos y los géneros más diversos. Había un poco de todo: pieles de bestias, astas de ciervo, piel de oso, pieles de cibelinas y de ardillas, bujías y pergaminos, rollos de té, hachas de repuesto, ú tiles de carpintero y de hortelano, arcos para trampas, lanzas de cazador, fusiles a mecha, dispositivos para ajustarse las cargas sobre la espalda, vestimentas, vajilla sin utilizar, *daba*[\[12\]](#) china azul, tejidos de colores blanco y negro, mantas, suelas de zapatos nuevas, hierba seca para el calzado, cuerdas y, en fin, recipientes de anteca llamados *tuluzas*. Estos últimos son cestas de varillas trenzadas, revestidos de un material parecido al papel, pero impermeable hasta el punto de resistir incluso al alcohol, que recuerdan las botellas chatas con grandes golletes. Estos mismos recipientes, pero de dimensiones reducidas, sirven a los chinos cuando van de excursión para llevar aceite de haba. A manera de tapón, se pone habitualmente un tronco de maíz envuelto en un trapo. Estos objetos se fabrican a falta de vajilla de vidrio o de piedra.

Al lado de una *fanza* vecina, se estaba procediendo a templar los *panty*[\[13\]](#). Fui allí para ver cómo se hacía. Aquello se efectuaba al aire libre. El fuego calentaba el agua contenida en una gran marmita colocada sobre tres piedras. El chino encargado de la tarea se aplicaba con cuidado a no dejar que el agua llegara al estado de ebullición. Tenía en la mano un pequeño tenedor de madera, en el cual estaban

enganchados los *pantys*. Después de haber empapado ligeramente estos cuernos de ciervo en el agua, el chino los retiraba para enfriarlos un poco, soplando por encima; después los sumergía de nuevo y los refrescaba todavía con la ayuda de su aliento. Esta especie de cocción se repite todos los días, hasta que los *pantys* se hacen oscuros y duros. Preparados así, los cuernos pueden conservarse durante años. Pero si se supera la duración de esas inmersiones consecutivas en agua caliente, aunque sea por dos o tres segundos cada vez, los cuernos se rajan y pierden su valor. Cuando regresé, la jornada había terminado. En el momento en que el sol tocó el horizonte, los chinos cesaron sus trabajos, como si obedeciesen a una orden, y volvieron a sus casas, sin manifestar, por otra parte, la menor prisa. Los campos quedaron desiertos.

De regreso en la *fanza*, me puse a escribir mi diario como de costumbre. Dos chinos se sentaron a continuación a mi lado para observar mi mano, y se asombraron de la rapidez de mi escritura. Como ocurrió que tracé maquinalmente algunas palabras sin mirar el papel, dieron un grito de admiración. Al instante muchos otros chinos saltaron de sus camas y, al cabo de algunos minutos, estaba rodeado de casi todos los habitantes de la *fanza*, pidiéndome todos sin cesar que repitiera mi hazaña.

Una escasa ración de maíz mondado, algunas legumbres saladas y dos panecillos de trigo, componen el menú completo de estos obreros. Agachados delante de una mesa exigua, comieron en silencio. Después de la comida, los chinos se desnudaron para ir a acostarse en sus *kangs*.

Después de pagar al patrón, remontamos el río Fudzin, que forma cerca de allá una curva en forma de pi griega. Al llegar, seguimos el sendero que va a la derecha hacia la montaña y representa un atajo considerable. Este camino nos obligó a atravesar crestas y también una fuente de aguas abundantes.

A mediodía, ordené un alto cerca de un arroyo. Después del té, sin esperar siquiera a que se hubiera cargado a los animales, di las órdenes necesarias y proseguí solo el sendero. Tras haber franqueado un nuevo paso llegué todavía a un segundo, donde el sendero se dividió en dos; uno siguiendo a la izquierda y el otro todo derecho hacia el bosque. Escogí este último.

El bosque se hacía cada vez más alto y espeso. Bien pronto aparecieron las cimas redondeadas de los cedros y los conos puntiagudos de los abetos, que dan siempre a la vegetación un aspecto un poco triste. Sin prestar demasiada atención, franqueé todavía una pequeña cresta y descendí al valle vecino, alegrado por un ruidoso arroyo.

Fatigado, me senté bajo un viejo cedro. De lejos, me llegaban sonidos monótonos y tristes. Se acercaban poco a poco y escuché, por fin, justo por encima de mí, el ruido de un vuelo acompañado de un arrullo difuso. Elevé muy lentamente la cabeza y descubrí una tórtola salvaje de la especie que habita los bosques de la Siberia Oriental. Por descuido, dejé caer una cosa; el pájaro, espantado, se adentró

precipitadamente en la espesura. Otro grito estridente me hizo reconocer a un cascanueces siberiano y muy pronto pude verlo, pesado, con la gruesa cabeza y el plumaje abigarrado. Trepano ágilmente a lo largo de los árboles, descascarillaba piñas de abeto y lanzaba gritos tan penetrantes que se hubiera dicho que quería anunciar mi presencia al bosque entero.

Cansado de quedarme en el mismo sitio, decidí volver sobre mis pasos para reunirme con mi tropa. En aquel momento, percibí un ligero ruido. Se escuchaba a alguien avanzar con precaución entre el barullo. «Sin duda, una fiera», pensé al instante, preparando mi fusil. El ruido se acercó. Con la respiración cortada me esforcé en percibir, a través de la espesura, al animal que iba a aparecer. Pero sentí un escalofrío cuando vi a uno de esos hombres a los que se llama «los buscadores». Y es que yo conocía por antiguas experiencias el peligro de un encuentro con este género de individuos.

En la taiga ussuriana, hay que prever siempre la posibilidad de encontrarse frente a frente con una fiera. Pero nada es tan desagradable como tropezarse con un ser humano. La bestia, por lo general, huye a la vista de un hombre y no lo ataca más que si es perseguida. En ese caso, cazador y animal saben lo que tienen que hacer. Un ser humano es completamente distinto. En la taiga no hay testigos oculares; además, la costumbre ha creado esta táctica singular: el hombre que percibe a otro, debe primero esconderse y tener su carabina dispuesta. En los bosques de esta región, todos se pasean armados: los indígenas chinos, coreanos y otros, y también los tramperos venidos de otra parte. El verdadero cazador-trampero es aquel que vive casi exclusivamente de su oficio. Por lo general, forma pareja con su padre, o algún pariente próximo. Se tiene a menudo interés de ir a cazar con un hombre de esta clase, pues disponen de muchos procedimientos curiosos adquiridos por una experiencia de largos años. Saben los lugares donde se acantona tal fiera, el medio de cercarla, tienen la capacidad de orientarse y de instalarse por la noche por el tiempo que sea, el talento de perseguir silenciosamente la caza y de imitar los gritos de los animales: tales son las características de estos profesionales. Pero hay que distinguir al «cazador-trampero» de lo que se llama un «buscador».

Éste es el que va a la taiga no para cazar, sino para ejercer una «industria» cualquiera. Además de su fusil, lleva una pala de zapador y una bolsa de cuero llena de ácidos. Aunque va sobre todo a la búsqueda de oro, no desdeña, ocasionalmente, perseguir al «bizco» (el chino) y al «cisne» (el coreano), hurtar una cama a su prójimo o matar una vaca de otro para vender su carne haciéndola pasar por la de una corza. Encontrarse a uno de estos buscadores es mucho más peligroso que encontrar una fiera.

Ahora bien, yo me encontraba en presencia de un individuo que pertenecía precisamente a esa especie. Vestido con un traje extraño, medio ruso y medio chino,

encorvado, echando sin cesar miradas a todos lados, venía a cortarme el camino oblicuamente. De repente se detuvo, levantó prestamente la carabina de su espalda y se escondió detrás de un árbol. Comprendí que había detectado mi presencia. Pasamos algunos minutos inmóviles. Por fin, decidí tomar la iniciativa. Prudentemente, me deslicé a través de la maleza y llegué, un minuto después, a otro gran árbol. El «buscador» retrocedía igualmente, escondiéndose entre los zarzales. Esto me hizo comprender que me temía; no podía evidentemente admitir que yo estuviera solo y sospechaba, por el contrario, la proximidad de muchos otros representantes del género humano. Yo me retiré todavía un poco y miré hacia atrás. Su vestimenta azul era entonces apenas visible en la espesura. Suspiré con alivio y me alejé con precaución de aquella zona peligrosa, deslizándome con maña entre árbol y árbol y entre roca y roca. Cuando me sentí fuera del alcance de su fusil, volví a tomar el sendero y marché con paso ligero a reunirme con mi destacamento.

Al cabo de una media hora volví al cruce de caminos. Acordándome de las enseñanzas de Dersu, estudié las huellas dejadas sobre los dos senderos. Como las más frescas, procedentes de los caballos, iban hacia la izquierda, seguí esta dirección a paso acelerado y alcancé, después de marchar una media hora, el curso del Fudzin. Sobre la orilla opuesta vi una *fanza* china, rodeada de una empalizada, y a nuestro destacamento, que acababa de detenerse.

Esta región se llama Iolayza. La *fanza* china elegida para la instalación del campo, representaba la última *fanza* agrícola situada sobre nuestro camino. Más allá, se extendía la taiga salvaje y desierta, que no ganaba una cierta animación hasta el invierno, en la época de la caza de la cibelina.

La tropa esperaba mi retorno. Ordené en seguida desensillar los caballos y levantar las tiendas. En aquel lugar debíamos aprovisionarnos por última vez. Después de un corto reposo, fui a ver otras *fanzas* que se encontraban cerca de las que habitaban los chinos. Los autóctonos del país ussuriano se llaman *udehés*, los que poblaban desde hacía tiempo la parte meridional de esta región, se asimilaron poco a poco a los chinos, hasta el punto de que no se podían ya distinguir en absoluto de sus vecinos. Sin embargo, lo que caracteriza a los *udehés* es su extrema pobreza.

Cuando me acerqué a una de sus habitaciones, uno de estos indígenas vino a mi encuentro. Vestido de harapos, los ojos enfermos, la cabeza roñosa, me saludó con una voz que denotaba una medrosa timidez. Unos niños desnudos jugaban con perros cerca de la *fanza*. Esta era vieja y estaba un poco ladeada; su revestimiento de arcilla, descascarillado en algunas partes; el viejo papel que recubría las ventanas, apedazado, amarillento por el tiempo y en parte destrozado; jirones de esteras se arrastraban sobre los *kangs* polvorientos; paños toscos, deslucidos y ahumados, se veían suspendidos de las paredes. No había más que abandono, suciedad y miseria.

Yo pensaba al principio que todo esto era resultado de la pereza de los habitantes,

pero más tarde me persuadí de que este empobrecimiento tenía otras causas y provenía esencialmente de la situación creada a los *udehés* en medio de la población china. Las preguntas que yo hacía me permitieron establecer que el chino al que pertenecía nuestra *fanza* de Iolayza era una personalidad muy conocida en la región entera. Todos los autóctonos del valle del Fudzin recibían de este hombre crédito en provisiones, tales como opio, alcohol, víveres y el material necesario para la vestimenta. En compensación, ellos estaban obligados a remitirle todos los productos de sus cazas: cibelinas, cuernos de ciervos, *gin-seng*, etc. Los *udehés* han caído así en el estado de deudores insolventes. Más de una vez ha sucedido que raptasen a sus mujeres e hijas —como rehenes para asegurar sus deudas— y que ellos mismos hayan sido entregados, en carácter de mercancía, a un nuevo propietario, después a un tercero y así sin fin. Estos desgraciados, que habían tomado prestada su cultura a los chinos, fueron sin embargo incapaces de apropiársela, al no saber proseguir una existencia de agricultores y, por otra parte, haber perdido el hábito de sus antiguas profesiones de cazadores y tramperos. Los chinos afortunados aprovecharon esta situación de inferioridad cultural e hicieron de ellos sus esclavos.

Cuando abandoné a estas gentes, extravié mi camino y me encontré en otro lugar de la orilla del Fudzin. Encontré a dos chinos ocupados en pescar perlas al borde del agua. Uno se mantenía sobre la orilla y apretaba con todas sus fuerzas una gran pértiga contra el fondo del río, mientras que el otro se deslizaba a lo largo de esa pértiga hasta el agua, de donde sacaba conchas con la mano derecha, sin soltar de su mano izquierda la pértiga. La rapidez del torrente es la que dicta este método de trabajo. El que se zambulle no queda más de treinta segundos bajo el agua. Reteniendo sabiamente la respiración, podría muy bien demorar más, pero la temperatura del agua lo fuerza a subir pronto a la superficie. La misma razón obliga a los chinos a zambullirse completamente vestidos.

Yo me senté a la orilla para observar su trabajo. Después de cada zambullida, el pescador se calentaba al sol alrededor de cinco minutos.

Como por otra parte los dos hombres se relevaban, cada uno de ellos no ejecutaba más de diez zambullidas por hora. Durante este tiempo, no recogieron en total más que ocho conchas, de las cuales, por añadidura, ninguna contenía una perla.

Los chinos me dijeron que se encontraba por término medio una perla cada cincuenta conchas. Así que ellos obtienen, en el transcurso del verano, alrededor de doscientas perlas, de un valor de quinientos a seiscientos rublos. Estos pescadores baten toda la región y escogen de preferencia corrientes de agua abandonadas y fangosas.

Bien pronto los dos hombres interrumpieron su tarea para ponerse vestimentas secas y beber un poco de vodka caliente. Se sentaron a continuación sobre la orilla y se pusieron a cascar su botín con martillos, buscando perlas. Me acordé de haber

entrevisto previamente, en los bordes de los ríos, montones de esas conchas rotas, sin saber la explicación. En aquel momento la tenía. Es evidente que esta pesca de perlas reviste un carácter de pillaje. Las conchas se rompen y se arrojan en el acto. Sobre un total de ochenta piezas que tenían entre manos, los chinos pusieron de lado dos, preciosas. En vano las examiné; no pude ver las perlas hasta que me las mostraron. Eran pequeñas excrescencias brillantes, de un gris sucio. La capa de nácar era mucho más resplandeciente y más bella que la perla misma. Cuando estas dos conchas estuvieron secas, los chinos tomaron dos cuchillos para desprender cuidadosamente cada una de las perlas de su valva y las pusieron en pequeños sacos de cuero.

Al día siguiente, abandonamos Iolayza muy temprano. Una senda muy pequeña nos indicó la dirección a seguir, pero ella empeoró a medida que nosotros nos alejábamos de la *fanza*.

Cada vez que se entra en una selva que se extiende centenares de kilómetros, se experimenta un sentimiento que se parece al miedo. Una selva virgen que alcanza estas proporciones representa algo así como un elemento cósmico. A medida que nos adentramos, la selva está más obstruida por árboles desgajados. En la montaña, la capa del suelo propicia a la vegetación es insignificante; a causa de ello las raíces de los árboles no se hunden profundamente en la tierra, sino que se extienden a lo largo de la superficie. Los troncos, poco sólidos, son fácilmente derribados por el viento. Esto explica la cantidad de árboles desgajados que se ven en la taiga ussuriana. Los árboles derribados enderezan sus raíces con la tierra y las piedras que se adhieren, formando barricadas que alcanzan a menudo una altura de cuatro a seis metros. Esto hace los senderos forestales muy sinuosos, ya que siempre hay que ir sorteando árboles derribados. Hay que tenerlo bien en cuenta y prever que toda distancia sobrepasa prácticamente en un cincuenta por ciento a la que está indicada en los mapas.

Por el contrario, los árboles que crecen en los valles se arraigan mucho más sólidamente en la capa profunda de las tierras aluviales. Se pueden observar gigantes de la selva que alcanzan treinta o cuarenta metros de altura y dos metros de circunferencia. Viejos álamos sirven a menudo de resguardo a los osos. Sucede a veces que dos o tres de estos animales se ubican en un solo hueco. La vegetación de los valles es a veces tan espesa que no se llega a ver el cielo a través de las ramas. En la espesura del bosque reinan siempre la penumbra, la frescura y la humedad. Las horas del alba y del crepúsculo son diferentes en la selva y en los espacios descubiertos. Por otra parte basta que una nubecilla tape el sol para oscurecer en seguida el bosque y volver el tiempo completamente gris. En un día límpido, en cambio, los troncos de los árboles iluminados por el sol, el follaje de un verde luminoso, las coníferas brillantes... las flores, musgos y líquenes multicolores, componen un decorado único. Lo que es lamentable es que todos los beneficios del

buen tiempo se encuentren emponzoñados por estos insectos atroces que se llaman *gnouss*. Es difícil dar una idea de las torturas que el hombre soporta en la taiga durante el verano. No se las puede describir; hay que haberlas experimentado.

Marchamos alrededor de tres horas sin parar, hasta que escuchamos un ruido de agua. El sol era ardiente. Los caballos avanzaban resoplando, con la cabeza baja. El aire era tan caliente que incluso la sombra de los grandes cedros no proporcionaba frescura. No se escuchaban ni bestias salvajes ni pájaros; sólo los insectos revoloteaban por el aire, manifestando una actividad creciente, a medida que el sol iba calentando más.

Yo había pensado hacer un largo alto, pero los caballos rehusaban la comida, prefiriendo dejarse lamer por el humo de nuestro fuego. En esas condiciones, la marcha es mejor que el reposo y ordené pronto volver a ensillar para partir sin dilación.

Más tarde, instalamos un campamento regular cerca de una *fanza* de tramperos adonde nos condujo el sendero. Estaba vacía. Como el crepúsculo no había llegado todavía, partí con mi carabina para explorar un poco los alrededores. A un kilómetro aproximadamente del campamento, me senté sobre un tocón para escuchar los ruidos de la selva. Dedicado por entero a la contemplación de la naturaleza, olvidado de mi aislamiento y de mi alejamiento del campamento, escuché súbitamente, viniendo de muy cerca, un ruido que me pareció muy fuerte en medio de aquella calma profunda. Pensé en la proximidad de algún gran animal y me preparé a la defensa. Pero era solamente un tejón, que avanzaba dando saltitos y se paraba a veces para buscar alguna cosa en la hierba. Pasó tan cerca de mí que habría podido tocarlo con el cañón de mi arma. El animal fue a abreviar en el arroyo y continuó su camino. La selva volvió a la calma.

Pero he aquí que de repente resonó detrás de mí un grito agudo, penetrante y corto, parecido a un fuerte tijeretazo. Me volví y percibí un *burunduk*, la ardilla siberiana estriada. Multicolor, alerta y graciosa, corría hábilmente por el ramaje caído, trepaba a los árboles y descendía para esconderse de nuevo en la hierba. Su piel presenta varios matices de amarillo y tiene cinco rayas negras que se extienden a lo largo del lomo y los flancos.

Noté que esta ardilla volvía a menudo al mismo sitio y volvía a partir cada vez con una pequeña carga. Cuando se iba, sus carrillos acusaban siempre una hinchazón sensible, pero se encontraban otra vez hundidos en el momento de volver a la superficie. Me interesé en este juego y me aproximé para observarla. Sobre el ramaje caído estaban dispuestos pequeños champiñones secos, raíces y piñas de cedro. Como en el bosque no había todavía ni champiñones, ni piñas de cedro, era evidente que la ardilla los había sacado de su madriguera. Pero, ¿por qué motivo? Recordé entonces haber oído decir a Dersu que la ardilla acumula provisiones abundantes, a veces para

un período de dos años. Para evitar su deterioro, las saca de vez en cuando a secar sobre el ramaje seco, listas para llevarlas por la noche a su madriguera.

Tras haberme detenido un poco en este lugar, avancé de nuevo. Viendo por todas partes árboles desgajados y revueltos recientemente, reconocí la obra de un oso, ya que es ésa su ocupación favorita. Él vagabundea por la taiga, divirtiéndose en levantar los troncos abatidos para buscar alguna cosa debajo. Los chinos aseguran en broma que el oso hace secar las ramas derribadas por el viento, exponiendo sus diferentes superficies al sol.

En mi camino de regreso, pasé sin pensarlo demasiado por los mismos lugares. Volví a ver el cedro inmenso que me había servido de abrigo, volví a atravesar el arroyo marchando sobre el mismo árbol derribado, caminé por el borde de un barranco pedregoso y llegué finalmente al lugar donde la ardilla había secado sus provisiones. En lugar de su madriguera, no quedaba más que un agujero profundo; las piñas y los champiñones estaban desparramados, mientras que en el suelo, francamente removido, se notaban las huellas de un oso. La escena se me representó muy clara: «el señor Oso» acababa de saquear la madriguera de la ardilla y de comer sus provisiones, y quizá también a su propietaria.

Se acercaba la noche. El silencio era perfecto. Avancé con prudencia para no enredarme al marchar. De repente, un ruido me clavó en el lugar: una gran bestia estaba resoplando delante de mí. Me abstuve de disparar para no provocar al animal, en el cual reconocí en seguida a un oso.

El oso olfateó el aire. Yo no soñaba; el tiempo me parecía infinitamente largo. Finalmente, sin poder aguantar más, me desplazé hacia la izquierda. Apenas había dado dos pasos, el animal emitió un gruñido y se escuchó un ruido de ramas rotas. Con el corazón encogido, obedeciendo a un movimiento instintivo... hice fuego. El ruido se alejó. El oso se batía en retirada.

Escuché en seguida un tiro de fusil disparado desde el campamento en respuesta al mío.

Al cabo de una media hora, divisé las luces del campamento.

Tras la puesta del sol, cuando desaparecieron los insectos del día —de volumen por lo menos apreciable— aparecieron otros, imperceptibles a la vista, llamados *mokretz*. Una picazón ardiente, que se instala en las orejas, es el primer índice de la aparición de esos horribles e ínfimos seres. La segunda impresión es la de una tela de araña que se posa sobre vuestro rostro y donde más se la sufre es en la frente. Pero los insectos penetran también en los cabellos, las orejas, la nariz y la boca. Los hombres no cesaban de jurar, escupir, frotarse el rostro con las manos. Nuestros cosacos pusieron pañuelos sobre sus gorras para protegerse un poco el cuello y la nuca.

—No hay forma de beber —me dijo uno de ellos, presentándome una copa.

Yo la llevé a los labios y noté que toda la superficie del té estaba cubierta de

polvo.

—¿Qué significa esto? —pregunté al cosaco.

—*Gnouss* —respondió—. Se queman revoloteando en el vapor caliente; luego caen a pique en la caldera.

Traté de apartar esos menudos cadáveres de un soplido; traté también de sacarlos con mi cuchara, pero apenas coronados mis esfuerzos, otros bichitos venían a llenar mi copa. El cosaco tenía razón. No pude tragar mi té, lo vertí por tierra y fui a refugiarme bajo mi redecilla protectora.

Después de cenar, los soldados prepararon sus camas. Algunos se olvidaron de colgar sus mosquiteros y se acostaron al aire libre sin tomar esa precaución, abrigados solamente por sus mantas. Durante mucho tiempo, se revolvieron hacia un lado y otro, quejándose, gimiendo, arrebujándose hasta la cabeza, pero sin poder preservarse de los insectos que penetraban por las hendiduras y los pliegues más minúsculos. Por fin, uno de los tiradores no aguantó más:

—¡Hala! ¡Picad, y que se os lleve el diablo! —gritó, descubriéndose y apartando el brazo.

Esta exclamación provocó un estallido general de risa. Parece que los otros soldados celaban también como sus camaradas, pero que la pereza les impedía a todos levantarse el primero para hacer fuego y humo. Diez minutos después, una hoguera se puso a llamear. Los soldados se burlaron unos de otros, pero pronto volvieron a quejarse y a escupir. Poco a poco, no obstante, la calma acabó por imperar en nuestro campamento.

9. El paso del Sijote-Alin y la marcha hacia el mar

Por la mañana fui despertado por un ruido de voces. Eran las cinco. Los relinchos de los caballos, el alboroto que producían sacudiendo sus colas, los juramentos de los cosacos, todo aquello acabó por hacerme adivinar una abundancia de insectos. Me vestí rápidamente y abandoné mi mosquitero. Nubes innumerables de mosquitos torbellineaban por encima del campo. Los desgraciados caballos trataban de meter sus cabezas en la humareda. Una capa de insectos recubría la hoguera apagada. Mientras el fuego estuvo encendido, no habían cesado de sucumbir en masa.

Sólo dos medios podían asegurar contra estos insectos: una gran cantidad de humo y movimientos rápidos. Realmente, en estos casos, no es recomendable quedarse quietos en el sitio.

Ordené ensillar los caballos y me aproximé a un árbol para tomar mi carabina, pero no pude reconocerla, bajo una capa espesa, de color gris ceniciento: se trataba de insectos que se habían pegado a la grasa. Reuní mis instrumentos y tomé la ruta sin esperar a que los caballos estuvieran cargados. A un kilómetro de la *fanza*, el sendero se bifurcaba en dos direcciones opuestas: la derecha seguía el curso del Ula-khé, mientras que la izquierda se dirigía hacia el macizo del Sijote-Alin.

A medida que nos adentrábamos en aquellas montañas, el torrente se hacía más impetuoso. Nuestro sendero pasaba a menudo de una orilla a la otra. Árboles abatidos nos servían de puentes naturales. Como de costumbre, esto probaba que el sendero estaba destinado a los hombres y no a los caballos.

Hacia la noche, llegamos a una *fanza* de caza, la tercera en el curso de esa jornada. Estaba habitada por dos chinos. El más joven era cazador y el mayor, un viejo, recogía *gin-seng*. Grande, delgado, el rostro arrugado y curtido, parecía más una momia que un ser humano. El chino joven llevaba ropa nueva e incluso elegante; la del viejo estaba usada y remendada. El sombrero de paja del primero era seguramente una prenda comprada, mientras que el tocado del viejo, hecho de corteza de árbol, tenía que haber sido confeccionado en la casa.

Los dos hombres parecieron primero asustados, pero se calmaron al saber de qué se trataba. En seguida nos ofrecieron granos de cereal y té. La conclusión de nuestra entrevista fue que nos encontrábamos al pie mismo del Sijote-Alin y que no había otro camino que atravesar para llegar al litoral.

El viejo era muy digno y hablaba poco; por el contrario, el joven se mostró muy locuaz. Me dijo que ellos poseían en la taiga una plantación de *gin-seng*, adonde irían inmediatamente. Yo les seguí, y estaba tan interesado por los relatos del joven que no observaba la dirección de nuestra marcha; sin la ayuda de los chinos, no habría

podido encontrar probablemente el camino de regreso. Avanzamos alrededor de una hora, a lo largo de vertientes, escalando un acantilado y volviendo a descender al valle. Divisé cascadas que formaban los torrentes y barrancos profundos de donde la nieve no había desaparecido todavía.

Finalmente, alcanzamos la meta de nuestra excursión. Era una vertiente expuesta al norte y cubierta por una selva espesa.

Se equivocaría el lector imaginando una plantación de *gin-seng* como un campo sembrado. Todo lugar donde se encuentran algunas raíces de estas plantas se considera apropiado para el fin, y es allí donde se transplanta cualquier nueva raíz disponible. Lo que vi en primer lugar fueron cobertizos de corteza de cedro, que servían para proteger el *gin-seng* contra los rayos ardientes del sol. Para asegurar la frescura, habían plantado helechos a cada lado, cavando un canal minúsculo que conducía un chorro de agua del arroyo vecino.

Llegado al lugar, el viejo se arrodilló, unió las palmas de sus manos para llevarlas a la frente e hizo dos inclinaciones hasta la tierra. Hablaba solo, probablemente recitando una plegaria. Al levantarse, llevó de nuevo las manos a la cabeza y procedió a continuación a su trabajo. Entretanto, el chino joven se había ocupado en suspender de un árbol papelillos rojos cubiertos de jeroglíficos.

¡Así que ése era el famoso *gin-seng*! No hay ninguna planta en el mundo que esté rodeada de tantas historias y leyendas. Yo no sé si fue a consecuencia de mis lecturas o de los relatos que me habían hecho los chinos, pero experimenté un sentimiento de deferencia por este representante, poco brillante en apariencia, de la familia de las araliáceas. Como me arrodillase para verlo más de cerca, el viejo interpretó este gesto a su manera; creyó que yo rogaba y esto lo volvió en adelante benévolo para conmigo.

Los dos chinos se pusieron a trabajar. Barrieron las ramas secas caídas de los árboles y transplantaron zarzas que regaron con agua. Notando que ésta no llegaba con abundancia a su plantel, hicieron crecer la corriente. Escardaron a continuación las malas hierbas, aunque limitándose a ciertas especies.

Les dejé continuar en su tarea y fui a vagar por la taiga. Temiendo perderme, preferí seguir la corriente de agua, a fin de poder, a mi regreso, marchar a lo largo de ella. Cuando volví a la plantación, los chinos me esperaban, una vez terminado su trabajo. Volvimos a su *fanza* por un camino nuevo, de lo cual me di cuenta al llegar a la casa por otro lado.

Durante la noche, pude persuadir a los chinos para que se avinieran a conducirnos, a través del Sijote-Alin, hacia las fuentes del Vay-Fudzin. Fue el viejo mismo quien aceptó ser nuestro guía. Pero puso como condición que no lo agobiásemos a gritos ni discutiésemos con él. El primero de estos puntos estaba previsto de antemano, y consentimos con mucho gusto también en el segundo.

Al llegar el crepúsculo, los mosquitos hicieron su reaparición. Los chinos ahumaron el interior de la *fanza*, mientras que nosotros instalábamos los mosquiteros. Nos dormimos muy pronto, reconfortados con la idea de poder disponer de aquellos guías para el paso del Sijote-Alin.

No teníamos, en efecto, más que una sola preocupación: la de saber si nuestras provisiones iban a bastarnos para el trayecto.

Al día siguiente, estuvimos prestos para partir a las ocho de la mañana. El viejo marchaba a la cabeza; después venían el joven chino y los dos tiradores provistos de hachas; el resto de los soldados y los caballos avanzaban a continuación. El viejo tenía en la mano una larga caña. Sin decir una palabra, se contentaba con indicar la dirección a tomar. A pesar de buen número de contratiempos, marchamos bastante rápidamente. En la región ussuriana, se encuentran raramente verdaderos bosques de coníferas, con el terreno desprovisto de hierba y sembrado de hojas aciculares. Por el contrario, el suelo es siempre húmedo, cubierto de musgos, de helechos y de carrizos bastante escasos.

Aquel día, por primera vez, hice reducir nuestras raciones a la mitad. Pero, incluso de este modo, nuestras provisiones no podían bastarnos más que para dos días. Íbamos hacia el hambre, a no ser que encontráramos lugares habitados luego de haber atravesado el Sijote-Alin.

Según nuestros chinos, había existido sin duda una *fanza* de tramperos en las fuentes del Vay-Fudzin, pero ellos ignoraban si existía todavía. Como yo quería detenerme y cazar un poco, el viejo insistió en que era preciso evitar todo retraso y proseguir la marcha. Acordándome de la promesa que le había hecho, obedecí a su demanda. Habría que reconocer, por otra parte, que se trataba de un guía muy bueno.

En el transcurso de aquellos últimos días, habíamos desgarrado duramente nuestras vestimentas, que estaban ahora viejas y apedazadas; las redecillas para proteger la cabeza estaban rotas y no podían servirnos más; nuestros rostros sangraban, devastados por los insectos; teníamos eczemas en la frente y en las orejas.

Además, el estado restringido de nuestros alimentos nos forzaba a darnos prisa. El gran alto fue reducido a una media hora y marchamos toda la tarde hasta el crepúsculo. Este largo trayecto derrengó a nuestro viejo guía. Cuando nos detuvimos para acampar, se sentó en tierra gimiendo y no pudo levantarse ya sin ayuda. Yo tenía en el fondo de mi cantimplora algunas gotas de ron, que conservaba en previsión de un caso de enfermedad que pudiera atacar a algún miembro de la expedición. Este caso acababa de presentarse, ya que el viejo chino era ahora uno de los nuestros y debía proseguir la ruta al día siguiente, sin contar con su regreso. Al verter aquel resto de ron en mi copa y tendérsela, pude leer en los ojos del viejo una expresión de reconocimiento. Pero él no quiso beber solo y señaló a mis compañeros. Como todos juntos nos pusimos a persuadirlo, se tragó por fin el ron, se deslizó bajo su

mosquitera y se durmió. Yo no tardé en imitarlo.

A los primeros fulgores de la mañana, el viejo me despertó:

—¡En marcha! —dijo en tono lacónico.

Tras haber comido un poco de cereal frío que nos quedaba de la cena de la víspera, volvimos a ponernos en ruta. Esta vez, el guía torció decididamente hacia el este. Tan pronto como abandonamos el campamento, tuvimos que franquear una serie de alturas, erosionadas por las aguas, que forman los contrafuertes del Sijote-Alin. Eran colinas poco elevadas y de pendientes dulces que atravesaban numerosos arroyos, en diversos sentidos, sin dejar adivinar al instante la dirección definitiva de su corriente.

Cuanto más nos aproximábamos a la cima, más espeso se hacía el bosque, obstaculizado por los árboles abatidos. A la hora del crepúsculo, alcanzamos la línea divisoria de las aguas. Los soldados estaban bastante hambrientos y los caballos tenían también necesidad de reposo, después de haber marchado toda la jornada sin alimento y sin descanso. En los alrededores faltaba absolutamente la hierba. Pero los caballos estaban tan fatigados, que se extendieron por tierra apenas descargados. Nadie hubiera podido reconocer en ellos a los animales bien nutridos y robustos del comienzo de nuestra expedición. Ahora eran bestias enflaquecidas, extenuadas por la falta de alimentación y por los insectos. Los chinos repartieron con los cosacos una especie de poción escasa de hojas de helechos, que hicieron cocer, añadiendo restos de alforfón.

Después de esta parca cena, se acostaron todos para escapar al hambre. Por otra parte, se hizo bien; la hora de partida próxima estaba fijada aún más temprano que la mañana precedente.

De hecho, partimos de aquel campamento a las cinco, para comenzar en seguida la ascensión del Sijote-Alin, que fue lenta y variada, esforzándose nuestro guía por seguir, en lo posible, la dirección recta, pero recurriendo a zigzags para trepar por las escarpaduras.

A medida que trepábamos, los lechos de los arroyos se secaban más y más, para desaparecer por fin completamente. Sin embargo, un ruido sordo escuchado bajo nuestros pies, mostraba que estas fuentes abundaban todavía en agua. Pero poco a poco, éste comenzó igualmente a calmarse. Escuchamos todavía correr bajo tierra pequeños cursos de agua, como vertidos de una tetera; a continuación, se convirtieron en una especie de goteo; después, se hizo el silencio total.

Al cabo de una hora, llegamos a la cima. La ascensión se hizo de pronto muy empinada, pero eso no duró mucho tiempo.

En el collado mismo, un pequeño santuario hecho de corteza de árbol se adosaba al pie de un gran cedro. El viejo se detuvo e hizo un saludo inclinándose hasta tierra. A continuación, levantándose, indicó con la mano el oriente y pronunció solamente

estas palabras:

—El río Vay-Fudzin.

Eso quería decir que nos encontrábamos sobre la línea divisoria entre dos cuencas fluviales. Allá arriba, el viejo chino se sentó y nos hizo comprender con un signo que era necesario reposar.

Nos enjuagamos el estómago con un poco de agua caliente y volvimos a caminar. El descenso de la cresta hacia el Vay-Fudzin fue accidentado. Teníamos ante nosotros una garganta profunda, llena de piedras y de árboles abatidos. Las aguas, precipitándose en cascadas, habían cavado muchos hoyos disimulados por helechos, que representaban verdaderas trampas. Un grueso bloque que yo me divertía en empujar, se desplomó arrastrando a otras piedras, lo que produjo todo un alud. Estas gargantas son muy difíciles de descender y nuestros caballos tuvieron las mayores dificultades en el transcurso de estas dos horas de trayecto. El arroyo que corría por el fondo de esta garganta era apenas visible a través de la maleza, pero sus aguas corrían con un ruido alegre, como si se sintieran felices de haberse abierto por fin un camino para escapar de la tierra y recuperar su libertad. Más lejos, el torrente se calmó poco a poco. Muy pronto se abrió a nuestra derecha otro profundo barranco. La garganta tomó entonces el aspecto de un valle, aunque un poco estrecho. Los chinos del país lo llaman Sine-Kvandagú. La selva, compuesta hasta entonces de especies mezcladas, se despejó bastante pronto de coníferas.

Los pocos espacios libres y unidos desplegaban una abundancia de flores inaudita: iris, con los matices más diversos, desde azul pálido a violeta casi sombrío, toda una serie de orquídeas de tintes variados, murajes amarillos, campánulas de un lila oscuro, lirios de los valles perfumados, violetas de los bosques, modestas florecillas de fresas, brezos rosados, claveles escarlata, lirios rojos, anaranjados y amarillos.

Esta transición del bosque de coníferas espeso a encinares escasos y prados floridos, fue tan súbita que provocó exclamaciones espontáneas de sorpresa. El género de paisaje que se había desplegado al oeste del Sijote-Alin, en una región separada del macizo por tres o cuatro días de marcha, renacía aquí, al pie mismo de las montañas. Advertí también otra particularidad: las plantas que habían ya perdido sus flores sobre las vertientes occidentales no estaban aún en el principio de su floración de este lado de la cresta.

Si la cuenca del Li-Fudzin había abundado en mosquitos en detrimento de los coleópteros, aquí nos encontramos en el verdadero reino de las mariposas. Grandes *makaons* (portacolas) venían todo el tiempo a posarse sobre el agua, dejándose llevar por la corriente y desplegando sus alas oscuras. Se hubiera creído que estas mariposas llegaban al agua solamente por descuido y no podían ya despegarse de ella, pero en varias ocasiones, cuando extendía las manos para cogerlas, se elevaban en seguida

muy fácilmente en el aire para volar un poco más lejos y descender otra vez a la superficie. Por encima de todas las flores aleteaban abejas y avispas, los moscardones velludos, de vientre negro, anaranjado o blanco, remolineaban ruidosamente en el aire. En la profundidad de la hierba corrían ágiles cárabos. Vista su rapacidad, estos lamelicornios podrían ser considerados como los tigres del reino de los insectos. Libélulas de ojos azules y alas transparentes volaban cerca de la superficie del agua y de los caminos húmedos.

A pesar de la fatiga y de la falta de alimentos, marchamos todos con un paso bastante vivo. El pasaje feliz del Sijote-Alin, la transición repentina de la taiga desierta a estos bosques vivificantes y, en fin, la suerte de haber encontrado un pequeño sendero, nos reanimaron a todos.

Habiendo decidido reposar, acampamos cerca de una *fanza* de trampero abandonada.

Al día siguiente, 17 de junio, nuestros dos chinos fueron despedidos. Yo di al viejo mi cuchillo de caza y un saco de cuero.

No teníamos más necesidad de hachas, puesto que un sendero regular descendía de la *fanza* a lo largo del río e iba mejorando cada vez más. Franqueada la selva, un majestuoso panorama alpino se abrió de golpe ante nosotros. Al oeste se destacaba con gran precisión el Sijote-Alin. Pero en lugar del macizo montañoso y de los picos puntiagudos y caprichosos que yo esperaba ver, no vi más que una sucesión de montañas monótonas con la cresta aplanada, y cuyas cimas en forma de cúpulas eran gradualmente reemplazadas por depresiones, donde el tiempo y el agua habían cumplido poco a poco su obra de erosión.

Hacia las diez de la mañana, vimos sobre el sendero huellas de ruedas. Venían muy a propósito, ya que los últimos trayectos habían reventado a nuestros caballos a tal punto, que apenas arrastraban sus piernas y avanzaban titubeando como si estuvieran en estado de ebriedad. Este sendero nos llevó a un río. Una *fanza* china se encontraba en la orilla opuesta, a la sombra de algunos olmos inmensos. Nos sentimos felices al ver esta habitación, como si de un hotel de primer orden se tratara. Cuando los hospitalarios chinos supieron que no habíamos comido nada desde hacía dos días, se apresuraron a prepararnos la cena: buñuelos fritos con aceite de haba y cereal de trigo sarraceno con legumbres saladas; nos parecieron platos más apetitosos que los más rebuscados de las grandes ciudades. Por tácito acuerdo, se decidió dormir en el lugar.

Los chinos levantaron sus lechos y pusieron a nuestra disposición la mayor parte de *kangs*. Aunque éstos estaban calientes en exceso, preferimos exponernos a los sufrimientos del calor más que a los mosquitos. No obstante, el número de gente amontonada en el interior de la habitación nos exponía simplemente a la asfixia, más aún teniendo en cuenta que todas las ventanas estaban tapadas con mantas. Yo me

volví a vestir para ir a tomar un poco el aire.

Estaba muy calmo, verdadera suerte para los insectos nocturnos. Pero lo que vi frente a mí era tan sorprendente que olvidé todos los mosquitos y me entregué encantado al espectáculo que se me ofrecía. El aire entero estaba invadido por un parpadeo de chispas azuladas: eran luciérnagas, y su luz intermitente duraba un solo instante. Observando estas chispas una por una, se podía seguir el vuelo de todas las luciérnagas. No llegaban de una vez, sino que aparecían aisladamente, una tras otra. Me aseguraron que colonos rusos, encontrándose por primera vez en presencia de estos fulgores intermitentes, habían disparado contra ellos huyendo después con espanto. Aquella noche, no se trataba de algunos bichos de luz aislados; se trataba de millones. Había por todas partes, en la hierba, entre las zarzas y por encima de los árboles. A estas chispas vivientes, venía a responder desde el cielo la reverberación de las estrellas. Era una verdadera danza luminosa.

Pero, de repente, un rayo vino a aclarar toda la tierra. Era un meteorito enorme que dejaba una larga estela luminosa a través del cielo. Un instante después, el bólido se quebró en mil chispas y cayó más allá de las montañas. La luz se extinguió. Como por un toque de varita mágica, los insectos fosforescentes desaparecieron. Pero dos o tres minutos más tarde, una chispa se volvió a iluminar en una zarza; a continuación, una segunda y después otras, hasta que el aire se llenó de nuevo, al cabo de treinta segundos, de millares de luces remolineantes.

Por muy bella que me pareciese aquella noche y por imponentes que fueran esos fenómenos de insectos luminosos y de un bólido en plena caída, no pude quedarme mucho tiempo sobre el prado. Los mosquitos me habían cubierto el cuello, las manos, el rostro y acababan de penetrar en mis cabellos. Así que volví a la casa para acostarme sobre el *kang*. La fatiga ganó, y me dormí.

El día siguiente fue un día de reposo. Había que dar un respiro a los hombres y a los caballos. El reciente cansancio había sido tan grande, que todos tenían necesidad de un respiro más prolongado que el de una sola noche de buen sueño.

Al día siguiente, 19 de junio, dijimos adiós a nuestros huéspedes chinos y continuamos el camino. Pero como a partir de allí había una carretera, decidí aligerar un poco a los caballos y alquilé dos carromatos de tiro.

Todo el valle del Vay-Fudzin está sembrado de *fanzas* chinas donde los habitantes se ocupan en verano en la agricultura y en los oficios marítimos, mientras que en invierno se dedican a coger cibelinas y generalmente a cazar.

El más importante de los afluentes del Vay-Fudzin es sin duda el río Arzamassovka, que viene a desembocar por el norte. Un poco hacia arriba de esta desembocadura se encuentra el pueblecito ruso de Fudzin (actualmente Vietkino). En aquella época, el pueblo estaba habitado sólo por cuatro familias, los primeros colonos venidos de Rusia. Esta aldea tenía un carácter particular. Las casitas,

anticuadas pero limpias, tenían aire confortable, y los campesinos eran de una disposición tan alegre como benévola. Nos acogieron con hospitalidad y nos alojamos en su casa.

Por la noche, los más viejos de entre ellos vinieron a rodearnos. Nos contaron todas las adversidades que había tenido que sufrir en aquel país extranjero durante los primeros años de la colonización. Los habían transportado, desembarcándolos en la bahía de Santa Olga, donde los habían dejado desenvolverse solos. Comenzaron por instalarse a un kilómetro del golfo, creando una pequeña colonia llamada Novinka. Pero estos campesinos se dieron pronto cuenta de que, alejándose del mar, las nieblas desaparecían. Entonces se trasladaron al valle del Vay-Fudzin. Por eso no quedaba más que un solo habitante en el pueblo inicial. Por otra parte, se reconocían hasta el presente los antiguos emplazamientos de las casas campesinas. No obstante, la nueva región donde acababan de trasladarse los colonos, les reservaba otras calamidades. Por falta de experiencia, sembraron su trigo en una parte demasiado baja del valle. La primera inundación arrastró todo este trigo y la segunda los privó también del heno. Los tigres hicieron desaparecer todo su ganado y se dedicaron después a atacar a los hombres. Los campesinos no poseían más que un solo fusil, una pobre y vieja arma a pistón. Para no morir de hambre, se dejaron contratar como obreros por los chinos, por el salario de una libra de alforfón por día. El pago se hacía una vez al mes, y los campesinos tenían que ir a buscar los granos, para meterlos en sus alforjas y llevarlos a su casa, a una distancia de setenta kilómetros. Pero la joven generación supo adaptarse muy pronto a su nueva existencia; se hicieron tiradores admirables, y cazadores excelentes. Estos jóvenes no sólo no temieron más los cursos rápidos de agua, sino que se echaron bien pronto a navegar en el mar.

En la Rusia europea se considera un heroísmo ir solo a la caza del oso. Allí, por el contrario, cada joven desafía a esta fiera frente a frente. El poeta Nekrassov había cantado a un campesino vencedor de cuarenta osos. Pero nosotros aprendimos que los hermanos Piatichkine y Miakichev habían abatido cada uno, y siempre aisladamente, más de setenta de estos animales. Después de ellos se alinean los Siline y los Bobrov, cada uno de los cuales mató varios tigres, ignorando incluso el número exacto de osos que figuraban en su palmarás. Pero el día que quisieron divertirse atrapando con cuerdas un oso vivo, estuvieron a punto de pagarlo con su vida.

Todos estos cazadores llevaban huellas de arañazos de tigre y de cuernos de jabalí; todos habían afrontado la muerte y escaparon sólo a ella por una feliz casualidad.

Mientras escuchábamos estos relatos, alguien entró en la isba. Representaba tener unos cuarenta y cinco años, delgado, de talla mediana, con una barbita y cabellos largos. Al entrar, hizo un saludo, se excusó con una sonrisa, y se sentó sobre una caja, en el rincón.

—¿Quién es ése? —preguntó uno de los soldados.

—Kachelev, el «terror de los tigres» —respondieron varias voces a coro.

Quisimos hacerle preguntas, pero él no era hombre de muchas palabras. Tras una corta visita, se levantó diciendo:

—No es difícil matar una fiera, si uno necesita dinero; lo difícil es acorralarla.

Dicho esto, se cubrió y volvió a salir en seguida.

Ahora bien, acabábamos de oír hablar de él a los otros campesinos. Este sobrenombre de «terror de los tigres» se lo habían dado porque, a lo largo de su existencia, había establecido una cifra récord de felinos abatidos. Nadie sabía —nos decían— acosar una fiera mejor que él. Errando siempre solo por la taiga, Kachelev se acostaba al raso, a menudo sin fuego. Nadie conocía las fechas de sus partidas ni de sus regresos. Verdadero vagabundo de los bosques, había encontrado al borde del río Sandagú una roca por donde los tigres acostumbraban pasar, y allí iba él para acecharlos.

Hay campesinos que consiguen reducir tigres vivos sin usar cajas ni trampas. Atrapan a la fiera por las patas, enlazándola con cuerdas. Cuando encuentran huellas frescas de una tigresa y su cría de un año, lanzan en su persecución a una cantidad de perros, y hacen ruido gritando y tirando al aire. Su tarea consiste en hacer huir a los felinos en diversas direcciones. A continuación, las localizan separadamente; pero esta caza exige más que destreza: requiere un valor que linda con la temeridad.

La conversación se prolongó y nuestra curiosidad nos hubiera hecho quedar hasta la mañana para escuchar estos relatos. Pero a medianoche, los campesinos se marcharon cada uno a su isba.

Después del reposo reanudamos la marcha, queriendo alcanzar lo más pronto posible el litoral. Llegamos por fin a un acantilado que las gentes del país llaman la «Roca del Diablo». Todavía un cuarto de hora de marcha y estábamos ya al borde del mar. El lector puede comprender el gozo que sentimos en aquel momento.

Sentados sobre piedras, miramos, encantados, las olas que se estrellaban contra la orilla.

Nuestro camino había terminado.

El 21 de junio, a las dos de la tarde, llegamos al puesto de Santa Olga, donde nuestro destacamento se repartió para alojarse. Como todos nuestros bagajes debían ser traídos todavía por un vapor que se encontraba precisamente navegando, decidí, entretanto, explorar los alrededores.

10. Costeando el litoral

En aquella época había en el puesto de Santa Olga^[14] una pequeña iglesia de madera, un hospital para los colonos, una oficina de correos y telégrafos y algunas tiendecitas. Este puesto ribereño no era ni un pueblo ni una comunidad muy importante. Sus habitantes, la mayoría gentes de humilde condición o soldados de reserva, se aseguraban mediante un contrato lotes de terreno que pudieran servir para levantar construcciones. Como no eran ni hortelanos ni agricultores, todos estrenaban casa, aunque fuera a riesgo de endeudarse. Todos esperaban ver el día en que aquel puesto se transformaría en ciudad, o en que el terreno explotado, convertido en propiedad legal, podría revenderse con ganancia.

Los dos primeros días, reposamos y no hicimos nada en absoluto. A continuación, los fusileros y los cosacos se ocuparon de recomponer sus trajes y su calzado; los caballos fueron dejados en libertad, y yo me fui a ver los alrededores inmediatos del puesto.

A partir del 7 de julio, el tiempo se estropeó de nuevo; no hubo más que lluvia y viento. Yo aproveché para trazar nuestros itinerarios y corregir mis diarios de viaje. Habiéndome librado de ese trabajo al cabo de tres días, me preparé para una nueva excursión, esta vez hacia el río Arzamassovka. El 15 de julio, me puse en camino acompañado de tres cosacos: Murzine, Epov y Kojevnikov.

El primer día llegamos a la *fanza* de un chino llamado Tché-Fan. Según la opinión unánime de todos los campesinos de Perme y de Fudzin, este hombre se distinguía por una bondad sorprendente. Tras las primeras crecidas que vinieron a devastar sus campos, él los socorrió, renovándoles todas las semillas. En caso de necesidad, todos recurrían a Tché-Fan sin que éste los rechazara. En general, sin él, los colonos no hubieran logrado asentarse en el país. Mucha gente poco escrupulosa abusaba de su bondad, pero él no hizo nunca prevalecer sus títulos de acreedor contra los culpables.

Entramos en una selva virgen donde vi huellas que probaban la presencia de grandes cuadrúpedos, tales como jabalíes, ciervos, gamos y corzos. En dos ocasiones, los distinguimos y disparamos sobre ellos, pero sin éxito. Por otra parte, había también profusión de pájaros.

El sendero de tierra, de suelo bien apisonado y desprovisto de plantas, nos llevó a Sijote-Alin, donde instalamos nuestro campamento. Se decidió que dos de nosotros irían a cazar, mientras que los otros dos se quedarían en el campo. En verano, la caza de fieras no es posible más que al alba y al crepúsculo, antes de caer la noche. Durante el día, los animales reposan en alguna parte de la espesura y son muy difíciles de encontrar. Así que, aprovechando el tiempo libre, nos tendimos sobre la hierba para descabezar un sueño.

Al volver a abrir los ojos, quedé sorprendido por la desaparición del sol. Capas de

nubes habían cubierto el cielo, y la tierra parecía envuelta en la penumbra. Sin embargo, no eran más que las cuatro de la tarde, y se podía muy bien ir de caza. Desperté a los cosacos, que se calzaron e hicieron hervir agua. Después del té, provistos de fusiles, Murzine y yo partimos en dos direcciones diferentes. Corrí el riesgo de llevar a mi perro *Liechy*, teniéndolo al principio prudentemente atado. Habiendo localizado bien pronto a los jabalíes, me puse a perseguirlos. Los paquidermos marchaban sin descanso, removiendo continuamente el suelo a medida que avanzaban. De acuerdo con las pistas, su número debía pasar de la veintena. Pude notar que en cierto lugar los jabalíes habían interrumpido sus husmeos para desfilar en abanico, pero que más lejos se habían reunido de nuevo. Iba a acelerar el paso cuando una cosa entrevista súbitamente me impuso el alto y me hizo echar una mirada hacia atrás; era, justo al lado de una charca, la huella fresca dejada en el barro por una pata de tigre. Me representé muy vivamente la marcha de los jabalíes y el deslizarse del felino que los perseguía.

«¿No habría acaso que regresar?», pensé al instante; pero me repuse en seguida y avancé con precaución.

Los jabalíes habían trepado sobre una altura para descender a continuación en una cavidad vecina y escalar por otro flanco. Pero antes de llegar a la cima, habían girado bruscamente para volver a descender al valle. Yo me dejé llevar de tal modo por la persecución, que me olvidé de examinar bien la zona y fijarla en la memoria. Como toda mi atención estaba absorbida por los jabalíes y por las huellas del tigre, continué avanzando así cerca de una hora.

Algunas gotitas cayeron del cielo y me obligaron a defenderme: era el comienzo de una lluvia ligera. Primero fue muy fina y cesó en seguida, pero al cabo de diez minutos volvió a empezar para interrumpirse todavía otra vez. Pero estos intervalos se hicieron cada vez más cortos: desde entonces la lluvia no hizo más que aumentar y acabó por caer copiosamente. «Es tiempo de regresar al campamento», me dije, tratando de encontrar mi camino de regreso, pero no pude distinguir nada en medio de la selva. Entonces, para orientarme, subí a un altozano próximo.

Contra un cielo enteramente cubierto de nubes, y tan lejos como podía alcanzar mi vista, las montañas que veía me parecían desconocidas. ¿Adónde ir? Comprendí mi error: demasiado entusiasmado con los jabalíes no había prestado atención a los lugares circundantes. No se trataba de volver sobre mis propios pasos. Antes de rehacer la mitad del camino, me sorprendería la noche. En aquel momento, me acordé de que no tenía cerillas. No siendo fumador, y pensando en regresar a la hora del crepúsculo, había olvidado llevarlas conmigo. Este era el segundo error. Disparé dos veces al aire, pero no me llegó ninguna señal de respuesta. Entonces tomé la decisión de descender al valle y costear la corriente de agua, esperando vagamente volver a encontrar mi sendero antes de que llegara la oscuridad. Sin perder tiempo comencé el

descenso, seguido dócilmente por mi fatigado perro.

Jamás la lluvia, aunque sea de las más ligeras, perdona al que marcha en una selva. Cada zarza y cada árbol recoge el agua de lluvia en sus hojas y la vierte en gruesas gotas sobre el caminante, mojándolo de pies a cabeza. Bien pronto sentí que mis ropas estaban empapadas.

Al cabo de una media hora, la oscuridad comenzó a envolver el bosque. No había forma de distinguir ya entre un tronco y una piedra, entre los árboles abatidos y el terreno que ellos cubrían. Me puse a dar traspiés. Al cabo de un kilómetro, me paré para tomar aliento. Mi perro estaba tan mojado como yo. Se sacudió con fuerza y gruñó discretamente. Le saqué el lazo. *Liechy* no esperaba más que aquello. Sacudiéndose de nuevo, avanzó corriendo y desapareció en seguida en la noche. Embargado por un sentimiento de soledad absoluta, traté de llamar al animal, pero fue en vano. Tras haber esperado aún dos minutos, me dirigí hacia el lado por donde acababa de huir.

Cuando se marcha por la taiga durante el día, se esquivan los tocones, las malezas y las altas hierbas. Por el contrario, en la oscuridad, uno se mete en los líos más gordos. Las ramas surgen de no se sabe dónde para engancharse sin cesar en vuestras ropas, las plantas vienen a sacaros vuestro cubrecabezas, se tienden hacia vuestra cara y se enredan a vuestros pies.

Encontrarse en una selva llena de fieras, sin fuego, con un tiempo fatal, no es muy divertido. Consciente de mi abandono, marché naturalmente con precaución, prestando oídos a cada sonido, con los nervios tensos en exceso. El crujido sordo de una rama rota o el ruido ligero de un ratón que huía, parecían cada vez más fuertes y me impulsaban a volverme bruscamente del lado de donde provenían. Estuve varias veces a punto de disparar en la dirección de estos sonidos.

Por fin, la oscuridad fue tal que mis ojos no me sirvieron ya para nada. Empapado hasta los huesos, sentía como el agua chorreaba por mi cuello. Deslizándome a tientas en la oscuridad, me metí una vez entre un montón de árboles desgajados tan intrincado que hubiera sido difícil salir de él, incluso en pleno día. Palpando con mis manos los árboles derribados, piedras y ramas, alcancé no obstante a salir de aquel laberinto. Derregado, me senté para reposar, pero pronto comenzó a helar. Si mis piernas fatigadas exigían un descanso, el frío me obligó a moverme.

¿Tregar a un árbol? Esta idea tonta es la primera que se le ocurre siempre a un viajero perdido, pero yo la abandoné pronto. En efecto, al estar sentado sobre una rama sería aún más sensible al frío, y la posición incómoda haría que pronto se me hincharan las piernas. ¿Huir entre las hojas caídas? Aquello no me salvaría de la lluvia y sobre un suelo mojado uno se enfría rápidamente. ¡Cómo me regañaba a mí mismo por haber olvidado las cerillas!

Traté de nuevo de franquear el ramaje caído y me puse a descender una

pendiente. De repente, escuché a mi derecha un aliento entrecortado. Un animal venía derecho hacia mí. Sentí que mi corazón se encogía. Quise disparar, pero justamente el cañón de mi fusil se había enganchado en las lianas. Grité con una voz difícil de reconocer y en el mismo momento que el animal me lamía el rostro: era *Liechy*. Dividido entre dos sentimientos, me enfadé con mi perro por haberme dado aquel susto, pero me alegré al mismo tiempo de su regreso. El fiel animal saltó alrededor de mí, ladró un poco y volvió a partir en la oscuridad.

Avancé de nuevo, con extrema dificultad, costándome cada paso muchos esfuerzos. Al cabo de unos veinte minutos, llegué al borde de un precipicio. En algún sitio del fondo escuché un ruido de agua. Tanteando, encontré una gran piedra y la arrojé abajo. Lanzada en el vacío, acabó por una caída sonora en las ondas. Cambié resueltamente de dirección para ir a la derecha, sorteando este lugar peligroso. En aquel momento, *Liechy* acudió de nuevo corriendo. Ya no tuve más miedo y lo atrapé por la cola. Me tomó suavemente la mano con sus dientes, lanzando aún pequeños aullidos como para rogarme que no lo retuviese. Habiéndose alejado un poco, el perro se acercó a mí de nuevo y no se quedó tranquilo hasta que se persuadió de que yo le seguía. Entonces, marchamos todavía cerca de una media hora.

Pero he aquí que yo resbalé en alguna parte y choqué contra una piedra, haciéndome mal en la rodilla. Dando un gemido, me senté por tierra para frotar ligeramente mi pierna magullada. Al minuto, el perro acudió para sentarse a mi lado. En la oscuridad no lo veía, contentándome con sentir su aliento cálido. Calmado el dolor, me incorporé y fui hacia el lado donde estaba menos oscuro. Pero aún no había dado diez pasos cuando resbalé otra vez y a continuación no hice ya más que tropezar. Comencé entonces a palpar el terreno con mis dos manos y di un grito de alegría: ¡estaba sobre el sendero! A pesar de la fatiga y el dolor de la pierna, me puse a avanzar de nuevo. «De buena me he librado —me decía—; este camino me llevará seguramente a algún lado.» Resolví seguirlo toda la noche, hasta el alba, pero eso no fue tan fácil. En la oscuridad completa, no veía el sendero y no lo reconocía más que tanteándolo con los pies.

También mis movimientos fueron de una lentitud extrema. Cuando perdí la dirección, me volví a sentar en tierra, utilizando mis manos otra vez para palpar el suelo. Lo más difícil era tomar una decisión en los recodos. A veces, me paraba para esperar el retorno del perro. Este volvía, en efecto, y me indicaba la dirección que yo había perdido. Al cabo de una hora y media aproximadamente, llegué a un arroyo cuya agua retumbaba entre las piedras. Hundí la mano en ella para ver de qué lado corría y me persuadí de que la corriente iba hacia la derecha.

Vadeado el torrente, encontré a continuación el sendero. Pero no hubiera tenido esa suerte si no hubiera sido por mi valiente perro. Sentado sobre el mismo sendero, *Liechy* me esperaba pacientemente. Cuando me reuní con él, como de costumbre, dio

varias vueltas alrededor de mí y avanzó de nuevo corriendo. Yo no veía nada, limitándome a escuchar los ruidos del torrente, de la lluvia y del viento, que soplaba en la selva. El sendero me condujo a una ruta, pero allí se planteó el dilema de si había que ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Tras alguna reflexión, esperé al perro, que esta vez no volvió tan pronto. Preferí entonces avanzar hacia la derecha. Marché alrededor de cinco minutos y vi a *Liechy* venir a mi encuentro. Cuando me incliné sobre el animal, éste tuvo a bien sacudirse y me duchó completamente. Esta vez, lejos de gruñir, le acaricié y lo seguí.

La marcha me resultó menos difícil, pues el camino se hacía más recto y se desembarazaba un poco de los montones de árboles caídos. Aún tuve que hacer una travesía vadeando. Al hacerlo, resbalé y caí al agua, lo que por otra parte no podía añadir ya más humedad a mis ropas.

Por fin, me senté sobre un tocón, completamente extenuado, con manos y piernas doloridas por las astillas y las contusiones, la cabeza pesada y los párpados que se cerraban solos. Me amodorré y vi como en sueños un fuego que brillaba entre árboles lejanos. No sin esfuerzo, volví a abrir los ojos. Estaba oscuro y me sentí transido de frío y humedad. Temiendo atrapar una bronquitis, me levanté prestamente y me removí en el sitio; pero, en aquel momento, vi de nuevo una luz entre los árboles. Decidí que no era más que una alucinación. Pero el fuego aparecía una vez más; mi somnolencia desapareció de golpe y abandoné el camino para avanzar directamente hacia aquel resplandor. De noche, cuando se ve una luz, no se puede determinar su proximidad o alejamiento, como tampoco su grado de elevación sobre el nivel de la tierra. Aparece simplemente en algún lugar del espacio.

Al cabo de un cuarto de hora, me encontraba tan cerca del fuego que pude examinar todo lo que había alrededor. Primeramente, comprobé que no era en absoluto nuestro campamento y quedé sorprendido por la ausencia de hombres cerca de la hoguera. Sin embargo, ellos no hubieran podido abandonar el campo en aquella noche lluviosa. Así que los hombres desconocidos debían estar escondidos detrás de los árboles. Aquello no me gustó. ¿Tenía o no que acercarme al fuego? Sería perfecto si se trataba de cazadores. Pero, ¿no caería allí, por azar, en un campo de *hundhuzes*? Mi perro, que se encontraba detrás de mí en la espesura, saltó de repente de su sitio para correr sin temor hacia la hoguera. Se paró, mirando por todos lados y pareciendo a su vez asombrado por esa ausencia de todo ser humano. Después, dio la vuelta al fuego, husmeó el suelo, fue hacia el árbol más próximo y se detuvo allí, removiendo la cola. Aquello probaba que estaba allí alguno de los nuestros, porque si no mi *Liechy* hubiera mostrado cólera e inquietud. Resolví acercarme a la hoguera pero me adelantó el hombre que se había escondido hasta entonces detrás del árbol. Era Murzine. Habiendo perdido por su parte el camino, encendió aquel fuego y se decidió a esperar la llegada de la madrugada. Al escuchar pasos en la taiga y no sabiendo lo

que aquello podía ser, se había protegido detrás de su árbol. Lo que le había turbado sobre todo era la circunspección que yo ponía para avanzar y, más especialmente, mi manera de pararme a una cierta distancia, en lugar de ir en línea recta hasta el fuego.

Comenzamos por secarnos. El vapor se desprendió de nuestras ropas en torbellinos. Como el humo de la hoguera vacilaba a derecha e izquierda, vimos en ello un índice de que la lluvia iba a parar. De hecho, al cabo de una media hora se hizo muy fina, pero continuaron aún cayendo gruesas gotas de los árboles. Al pie del gran abeto donde brillaba el fuego, se estaba un poco más seco. Nos desnudamos para secar nuestra ropa interior. Después de haber cortado madera de pino y arrojarla a la hoguera, dormimos un buen sueño.

Hacia la mañana, me sentí un poco friolento. Al abrir los ojos, vi que el fuego se había extinguido. El cielo estaba aún gris y la niebla recubría una parte de las montañas. Desperté al cosaco; tomamos el té y partimos a la búsqueda del campamento de nuestros camaradas. Como el sendero cerca del cual acabábamos de pasar la noche se hacía oblicuo, lo dejamos en seguida; pero sobre la orilla opuesta encontramos otro que nos llevó a nuestro campamento central.

Por la tarde, el tiempo se estropeó de nuevo. Temiendo el retorno de las largas lluvias, retrasé la exploración del Sijote Alin para un momento más propicio. En efecto, la noche nos trajo una fuerte lluvia que duró todo el día siguiente. También yo di media vuelta y volví al cabo de dos días al puesto de Santa Olga.

Mientras estaba a orillas del río Arzamassovka, los equipajes que esperábamos con impaciencia llegaron muy a propósito de Vladivostok. Como ya habíamos visitado los alrededores de la bahía de Santa Olga, teníamos que continuar nuestra expedición. Los preparativos nos tomaron dos días. Los caballos habían tenido tiempo de descansar y reponerse. El equipamiento de los animales y las ropas de los soldados se encontraban de nuevo en buen estado y las provisiones se habían completado. Partimos la tarde del 28 de julio, a lo largo de la costa, hacia la bahía de San Vladimiro.

Las montañas de este litoral poseen varias cavernas, de las cuales la más importante, la de Mokruchine, ofrece mucho interés y no ha sido aún explorada a fondo. Tiene una entrada, en forma de triángulo, situada a cuarenta o cincuenta metros por encima del nivel de la tierra. El visitante penetra primero en una sala de treinta a cuarenta metros de largo, y cuya altura llega hasta los trescientos. Al final de esta sala se encuentra un pozo profundo donde es fácil caer. Antes de llegar, hay que volver a la izquierda y adentrarse en un nicho donde se abre una larga galería, primero en subida, después en bajada. En el lugar más elevado, la galería se estrecha, flanqueada por dos estalagmitas en forma de pilares. De allí no se puede avanzar ya más que arrastrándose. Esta galería alcanza alrededor de cincuenta metros de longitud. Más allá se encuentra un largo pasillo que conduce hacia una segunda sala,

de una blancura de nieve. Aunque no muy grande, es sin embargo muy bella. Por un nuevo y estrecho pasillo se penetra en una tercera sala, la más majestuosa de todas, que excede en capacidad al conjunto de las dos primeras. Aquí, las estalactitas y las estalagmitas han creado columnatas maravillosas. A lo largo de todos los muros, las capas de concreciones calcáreas parecen cascadas heladas. Algunas de estas cavidades contienen agua tan pura y transparente que el explorador no la nota más que después de haber hundido su pie en ella. Allí también se encuentran un pozo y varios pasajes laterales. Un eco centuplicado responde en esta sala a cualquier palabra pronunciada en alta voz, mientras que la caída de una piedra en el pozo produce un estruendo que hace pensar en un cañonazo, en aludes o en el hundimiento de todas esas bóvedas.

Por la noche, nuestra expedición llegó al estuario del río Vladimirovka e instaló su campo directamente sobre la costa. El día siguiente fue consagrado a la visita de la bahía de San Vladimiro, que los chinos llaman Huluay.

Al borde del golfo, encontramos algunas *fanzas* de pescadores. La profesión de sus habitantes respectivos era fácil de reconocer de acuerdo con los pequeños y diversos montones que había cerca de sus moradas.

Cerca de una de las casas, se amontonaban valvas de conchas llamadas «grandes peines», de las que una parte estaba ya revestida de hierba. Los chinos no arrancan de estos moluscos más que los músculos que ligan las valvas, y esta provisión, una vez desecada, es enviada a la ciudad. Se trata de un manjar muy costoso y muy apreciado en China.

Junto a otra *fanza* había montones de caparzones de cangrejos, desecados y enrojecidos al sol. Muy cerca de allí, se oreaba la carne sacada de las patas y las pinzas de esos crustáceos.

La casa siguiente pertenecía a pescadores de «coles de mar». Este producto estaba secándose bajo cobertizos de hierba instalados al lado de la habitación. Aquí, había una multitud. Unos cogían esas algas del fondo del mar, sirviéndose de ganchos especiales; otros, las exponían al sol, justo el tiempo necesario para no dejarles perder su flexibilidad y su color verde. En fin, un tercer grupo de chinos se ocupaba de atar estas «coles» y amontonarlas bajo los cobertizos.

A lo largo de la costa vi de lejos algunos chinos, metidos en el agua hasta las rodillas, y que iban y venían cerca de la orilla, sosteniendo en las manos largas pértigas. Absorbidos en su ocupación, no advirtieron nuestra presencia hasta el momento en que estuvimos a su lado. Desnudos hasta la cintura, y con el calzón arremangado hasta las rodillas, estos hombres avanzaban con precaución y buscaban algo en el fondo marino. A veces se detenían, hundían suavemente sus pértigas en el agua y retiraban objetos que lanzaban sobre la orilla. Eran mariscos comestibles. Las pértigas de las cuales se servían estos pescadores, llevaban por un lado una redecilla

en forma de copa y, por el otro, un gancho de hierro. Descubriendo una concha de dos valvas, el pescador la despegaba de las piedras con ayuda de su gancho para recogerla a continuación en su red. Los hombres que quedaban sobre la orilla metían en seguida esas conchas en una marmita llena de agua hirviendo. En el momento de perecer, los moluscos abrían por sí mismos sus valvas. El contenido se sacaba entonces con cuchillos para ser preparado mediante una larga cocción. Los chinos estaban diseminados sobre un vasto espacio de la orilla, separadamente o por parejas. Sentado sobre las piedras, miraba yo el mar cuando, de repente, escuché gritos a mi izquierda. Volviéndome de ese lado, pude contemplar una lucha que se desarrollaba en el agua. Los chinos se esforzaban en arrojar sobre la orilla, con sus pértigas, una especie de animal: pero de momento lo pisoteaban entre las olas. Al parecer, experimentaban un cierto miedo de la bestia pero no querían dejarla escapar. Corrí y vi un gran pulpo en pleno combate con los pescadores. Con sus potentes tentáculos se agarraba a las piedras, y a veces los sacudía en el aire; después, se apartaba súbitamente como para meterse en alta mar. Pero otros tres chinos vinieron en auxilio de los pescadores. El enorme pulpo estaba tan cerca de la orilla que pude examinarlo a mi gusto. Su color cambiaba sin cesar, pasando de un azul más bien oscuro a un verde luminoso, para tomar en seguida un tono gris, o más bien amarillento. Cuanto más empujaban los chinos al gran molusco hacia la orilla, más le faltaban las fuerzas al pulpo. Finalmente, lo tiraron a la orilla. Era como un saco inmenso, provisto de una cabeza de donde partían los largos tentáculos, con numerosas ventosas. Levantando dos o tres de sus tentáculos a la vez, el pulpo dejaba entrever una especie de gran pico negro. Este se extendía a veces con fuerza y se retraía a continuación completamente, mostrando nada más una pequeña hendidura. Pero lo más interesante eran los ojos; es difícil encontrar un animal cuyos ojos se parezcan tanto a los de un hombre.

Poco a poco, los movimientos del pulpo se hicieron más lentos. Su cuerpo se sacudió en calambres y su coloración se oscureció, acusando cada vez más un tono uniforme, una especie de grisáceo tirando a violeta. Este espécimen curioso hubiera merecido estar en un museo. Pero como yo no disponía de un recipiente apropiado ni de una cantidad suficiente de solución de formol, me conformé con seccionarle un tentáculo y meterlo en el mismo cacharro donde conservaba conchas y cangrejos ermitaños. Por la noche, examiné el contenido de este recipiente y quedé asombrado al notar que faltaban dos conchas: simplemente, habían sido absorbidas por el fragmento de tentáculo del pulpo. O sea que las ventosas habían funcionado algún tiempo después que el tentáculo fuera cortado y colocado en el cacharro que contenía la solución de formol.

La visita a las pesquerías y la caza del pulpo me habían ocupado casi toda la jornada. Por la noche, los chinos me ofrecieron la carne del pulpo. Cocida al agua de mar, en una marmita, aparecía blanca, elástica al tacto; su gusto recordaba un poco el

de los hongos.

11. Encuentro imprevisto

La salida del sol nos encontró en camino. La bahía de San Vladimiro está unida al valle del río Taduchú por un sendero para caminantes que puede ser utilizado incluso por caravanas que transporten cargas. Atraviesa una región montañosa, cubierta de un hermoso bosque de encinas, abedules, tilos y sauces.

Nuestro camino nos obligó a costear la orilla izquierda del Taduchú. En los alrededores del antiguo estuario, el sendero monta y sigue la cornisa. El tiempo nos era favorable. El sol brillaba, a pesar de las nubes que se estaban acumulando. Pero, por la tarde, las cosas se estropearon sensiblemente; las nubes comenzaron a extenderse y a correr tan bajo, que rozaban las cimas de las montañas. El decorado cambió en seguida y el valle pareció mustio. Las rocas, que resultaban muy pintorescas al sol, tomaron un aspecto gris y el agua del río se ensombreció. Como ya sabía lo que esto significaba, ordené levantar las tiendas y preparar la mayor cantidad posible de madera para la noche.

Acabados todos los trabaos de campamento, los soldados me pidieron permiso para ir a cazar. Les aconsejé no alejarse demasiado y regresar temprano. Dos de ellos partieron. Uno volvió, al cabo de una hora, para informarme que había encontrado al pie de una colina rocosa, a dos kilómetros aproximadamente de nuestro campamento, el campo de un cazador desconocido. Este último le había preguntado quiénes éramos, adonde íbamos y si estábamos en camino hacía mucho tiempo. Al saber mi nombre, aquel hombre se habría apresurado a acomodar su alforja. La nueva me turbó un poco. ¿De quién podría tratarse? Pero el soldado me aseguró que no valía la pena ir, ya que el desconocido había prometido venir a nuestro encuentro. No obstante, yo tomé mi fusil, llamé a mi perro y me fui rápidamente por el sendero.

Al abandonar el resplandor de la hoguera, me pareció que las tinieblas eran más espesas de lo que eran en realidad; pero al cabo de un minuto mis ojos se habituaron y pude distinguir el camino. Volviéndome, no vi ya las luces de nuestro campamento.

De repente, mi perro se arrojó hacia adelante y ladró con rabia. Levanté la cabeza y noté una silueta que no estaba muy lejos.

—¿Quién está ahí? —grité.

Como respuesta, escuché una voz que me hizo sobresaltar:

—¿Quién es este hombre?

—¡Dersu! —grité con alegría, corriendo a darle un abrazo. Un observador mal informado hubiera creído asistir a una agarrada entre dos adversarios. Mi perro *Alpa*, que no comprendía nada, saltó con furor sobre Dersu, pero a continuación lo reconoció y pasó de su ladrido furioso a un amable piular.

—Buenos días, capitán —dijo el *gold*, reponiéndose de sus primeras efusiones. Yo le acribillé a preguntas:

—¿De dónde vienes? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde has estado y adonde vas?

El no tenía tiempo de responderme. Volviendo finalmente a la calma, pudimos establecer una conversación.

—Acabo de llegar al Taduchú —me dijo—. Me han asegurado que cuatro capitanes y doce soldados se encontraban en Chi-Myne (nombre chino del puesto de Santa Olga). Yo me he dicho que había que ir. Hace un momento, he encontrado a este hombre de tu destacamento y lo he comprendido todo.

Después de haber charlado, tomamos el camino de nuestro campamento. Era una suerte inesperada volver a disfrutar de la compañía de Dersu; por eso avanzaba alegre y gozoso. Al cabo de algunos minutos llegamos al campamento donde los soldados nos hicieron lugar y miraron con curiosidad al *gold*. Este no había cambiado en absoluto. Como en otro tiempo, estaba vestido con su chaqueta y su calzón de piel de reno, tocado con la misma banda y armado con su vieja carabina; sólo su pequeño tridente parecía más nuevo. Los soldados comprendieron en seguida que Dersu y yo éramos antiguos conocidos. El *gold* colgó su fusil de un árbol y se puso a su vez a examinarme. Noté en sus ojos y en su sonrisa que estaba contento de nuestro reencuentro.

Después de dar orden de añadir madera al fuego y calentar el té, pregunté a Dersu, con todo detalle, dónde había estado y de qué se había ocupado en el transcurso de aquellos últimos años. Me contó que, después de haberme dejado cerca del lago de Janka, había cazado cibelinas todo el invierno y en la primavera se había dedicado a los *panty*; en verano, había vuelto al río Fudzin. Los chinos que acababan de llegar le habían comunicado que nuestro destacamento se dirigía hacia el norte, a lo largo del litoral. Aquello le impulsó a venir a Taduchú.

Mis compañeros no se quedaron demasiado alrededor del fuego y fueron a acostarse, mientras que nosotros pasamos casi toda la noche cerca de la hoguera. Con la compañía de Dersu asegurada, yo desafiaba ahora sin temor cualquier peligro: *hundhuzes*, fieras, nieves abundantes e inundaciones.

Me desperté a las nueve de la mañana. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía cubierto. Con semejante tiempo la marcha es mala, pero aún es peor quedarse en un lugar. Todo el mundo se puso contento cuando di la orden de ensillar. Una media hora después, estábamos en ruta. Dersu y yo hicimos de nuevo un acuerdo tácito. Yo sabía que él me acompañaría y esto era lo natural; realmente, no podía tomar otra decisión. En nuestro camino, pasamos cerca de la colina rocosa para tomar sus efectos, que estaban todos reunidos, como antes, en su mochila.

Yo tenía una botella de ron que guardaba como medicamento para echar en el té, u ofrecerlo a mis compañeros en una jornada especialmente dura. Entonces, no me quedaban más que cuatro gotas. Para desembarazarme de un recipiente inútil, vertí el

resto del ron en el té y arrojé la botella vacía a la hierba. Dersu saltó en seguida:

—¿Cómo? ¿Vas a echarla? ¿Se encontrará otra botella en la taiga? —exclamó, desatando su mochila.

Si para un ciudadano como yo aquella botella vacía no tenía, en efecto, ningún valor, era en cambio preciosa para el hombre de los bosques. Pero mi asombro no hizo sino crecer a medida que el *gold* sacaba sus efectos, uno a uno, de las profundidades de su mochila. Había una mezcla extraordinaria: un saco vacío que había contenido harina, dos viejas camisas, un rollo de correas delgadas, un ovillo de cuerdas, viejas *untas*, cartuchos usados, una cartuchera, plomo, una caja de cápsulas, lona para tienda de campaña, una piel de cabra, té prensado en forma de ladrillos, alijos de tabaco, una caja de conservas vacía, una lezna, un hacha pequeña, otra caja de hierro blanca, cerillas, un sílex, un encendedor y yesca, alquitrán para servir como astilla de encender el fuego, y también un pequeño recipiente, hilo sólido de venas de animal y dos agujas, una bobina vacía, una especie de hierba seca, hiel de jabalí, dientes y uñas de oso, un cordel donde estaban ensartados cascotes de oso almizclero y uñas de lince; botones de cobre y una cantidad de cosas al parecer inútiles. Entre ellas, reconocí algunas que yo había arrojado en otro tiempo en el trayecto. Evidentemente, Dersu las recogía para llevárselas.

Examiné estos objetos y los seleccioné en dos grupos, aconsejándole tirar una buena mitad. Pero él me imploró no tocar nada y se esforzó en probarme que todas las cosas podrían un día ser útiles. Lejos de insistir, resolví pedirle en el futuro su consentimiento antes de tirar lo que fuese. Como si tuviera miedo de que le quitaran algún objeto, Dersu se apresuró a meterlo todo en su alforja, escondiendo con cuidado particular la botella vacía.

Hacia la noche, el cielo se cubrió de nubes. Temí una nueva lluvia, pero el *gold* afirmó que se trataba de niebla y no de nubes, lo que prometía para el día siguiente un hermoso sol e incluso calor. Seguro de que todas sus predicciones eran bien fundadas, le pregunté sobre el carácter de los índices meteorológicos.

—Yo miro alrededor de mí y percibo que el aire es ligero, que el tiempo no está pesado —dijo, y respiró profundamente, señalando su pecho.

De hecho, él y la naturaleza eran una misma cosa, hasta el punto de que su ser entero experimentaba físicamente todo cambio de tiempo que fuera a sobrevenir; se hubiera dicho que poseía, para este fin, un sexto sentido particular.

Levantamos nuestro campo en un encinar ralo que crecía al borde del río. Algunos cosacos fueron a hacer una batida por los alrededores y me dijeron a su regreso que acababan de encontrar muchas pistas de fieras, pidiéndome permiso para ir a cazar.

Los habitantes cuadrúpedos de la taiga se acantonan durante el día en la espesura para terminar su reposo poco antes del crepúsculo. Entonces, comienzan a errar a lo

largo de los lindes de la selva, y van a pacer sobre los prados después de la caída de la noche. No obstante, los cosacos no esperaron el crepúsculo y partieron en seguida, tras haber descargado los caballos y colocado las sillas. En el campamento quedamos sólo Dersu y yo.

Ahora bien, yo noté que durante toda la jornada el *gold* tenía un aire singular y distraído. Se sentaba aparte, meditando profundamente y mirando a lo lejos, con las manos colgando. Cuando le pregunté si estaba enfermo, el viejo Dersu negó con un simple movimiento de cabeza, tomó en las manos su hacha y pareció esforzarse en alejar pensamientos penosos.

Pasaron dos horas y media. Las sombras se extendían por tierra hasta el infinito, indicando que el sol iba a tocar el horizonte. Era el momento de comenzar la caza. La llamada que lancé a Dersu pareció asustarlo.

—¡Capitán! —me dijo, con una voz donde se notaba un acento de súplica—. Yo no puedo ir a cazar hoy. Es allá (señaló con un ademán la selva) donde perdí a mi mujer y a mis hijos.

A continuación, me dijo que la costumbre del país no permitía ir a las tumbas de los difuntos y que no se podía disparar, ni hacer fuego, ni coger frutos o pisar la hierba en los alrededores, por miedo a turbar el reposo de los desaparecidos.

Comprendiendo la razón de su ansiedad, sentí piedad por el anciano, y le aseguré que no iría desde luego a cazar sino que me quedaría con él en el campamento.

Al crepúsculo, escuché tres tiros de fusil y me alegré al comprobar que los cazadores habían tirado a una gran distancia del emplazamiento de las tumbas. Era completamente de noche cuando los cosacos volvieron al fin, trayendo un gamo. Después de la cena, nos acostamos temprano. Me desperté dos veces durante la noche y noté que Dersu estaba sentado, completamente solo, cerca del fuego.

Por la mañana se me informó que el *gold* se había eclipsado. Pero sus efectos y su fusil habían quedado en su sitio; era evidente que iba a volver. Esperando su regreso, fui a vagar por una pradera y llegué de nuevo, sin ser visto, al curso de agua. Encontré a Dersu inmóvil junto a la orilla, cerca de una gran roca. Estaba sentado en tierra y miraba la corriente. Cuando lo interpele, volvió hacia mí un rostro donde se leía una noche de insomnio.

—Vámonos, Dersu —le dije.

—Es aquí donde he vivido en otro tiempo. Mi choza y mi granero se encontraban por allí. Hace ya mucho tiempo que el fuego los destruyó. Mis padres habían vivido también aquí...

Sin acabar sus palabras, el anciano se levantó, hizo un signo con la mano y me acompañó en silencio al campamento. Prestos ya para la partida, los cosacos esperaban solamente nuestra llegada.

A primera hora de la tarde, llegamos a una *fanza* que ya conocíamos. Un viejo

udehé que se ofreció para acompañarnos un poco, marchó todo el tiempo al lado de Dersu, hablándole a media voz. Supe a continuación que se conocían de hacía tiempo y que el *udehé* planeaba trasladarse al litoral. Al separarse de aquel hombre, Dersu le regaló, en señal de amistad, la botella vacía que yo había tirado. Había que ver la sonrisa de contento del beneficiario.

Dersu y yo avanzábamos sin prisa, observando los pájaros. En la espesura del bosque se percibían algunos pájaros hortelanos en acecho y, aquí y allá, pequeños trepadores usurianos. Entre ellos, el más interesante era el pico-verde de cabeza dorada. Aplicándose con celo a martillar la corteza, no temía en modo alguno la proximidad de los hombres. Por encima del agua revoloteaban las libélulas: una de ellas era perseguida por un aguzanieves, que trataba de atraparla al vuelo, pero el bichito perseguido escapaba ágilmente al peligro. De pronto, escuchamos no lejos de nosotros el grito de alarma de un cascanueces. Dersu me indicó detenerme.

—Espera, capitán —dijo—. El pájaro vendrá aquí.

En efecto, los gritos se aproximaron, estaba claro que aquel pájaro ansioso seguía a alguien por el bosque. Alrededor de cinco minutos después, un hombre salió de la maleza. Al percibirnos, se quedó inmóvil. Al primer golpe de vista, reconocí en él a un buscador de *gin-seng*. Llevaba una camisa y un calzón de *daba* azul, *untas* de cuero y un gorro cónico de corteza de abedul. Un delantal untado de grasa protegía sus ropas del rocío por la parte delantera, mientras que una piel de tejón ajustada a su cintura le permitía sentarse sobre la madera húmeda sin temor a mojarse. También sujetos a su cintura, llevaba un cuchillo, una varita de hueso para extraer del suelo el *gin-seng* y un saquito conteniendo un sílex y un encendedor. El chino tenía en sus manos un largo bastón que le servía para rastrillar la hierba y las hojas caídas.

Dersu le dijo que se acercara sin miedo. Era un hombre de unos cincuenta años, de cabellos grises, con el rostro y las manos tan curtidas que llegaban a ser de un rojo aceitunado. Estaba desarmado.

Cuando se persuadió de que no le queríamos hacer ningún daño, se sentó sobre un tocón y sacó de su pecho un trapito para enjugar su rostro sudoroso. Toda su figura denotaba una fatiga extrema. ¡Por fin tenía delante de mí un auténtico vagabundo y buscador de *gin-seng*! Sin embargo, preguntándole, pudimos saber que poseía una *fanza* en las fuentes del río, aunque para buscar la preciosa raíz se alejaba a una distancia tal de su domicilio que a veces no volvía a él durante semanas. Por lo demás, nos indicó la situación de su morada y nos rogó detenernos en ella. Después de un corto reposo, el chino se despidió de nosotros, tomó su cayado y continuó su camino. Al acompañarlo largo tiempo con la mirada, noté que se bajaba una vez para recoger de la tierra un poco de musgo y depositarlo sobre un árbol.

Hacia la noche, encontramos en efecto una *fanza* minúscula, más bien una de esas chozas indígenas protegidas por un techo a dos aguas que viene a apoyarse

directamente sobre el suelo. Dos ventanas flanqueaban la puerta de entrada; estaban cubiertas de papel roto, pero remendado. No vimos útiles de trampero; en cambio, había azadas, rastrillos, cajas de distinto tamaño hachas de corteza, y esa especie de cayados que sirven para extraer el *gin-seng*. Avanzando más en la espesura de la selva, hicimos un breve alto. Después de comer Dersu y yo continuamos el camino, dejando los caballos atrás. Como muy pronto se presentó una pequeña subida, creí que el torrente franqueaba alguna garganta estrecha y por esa razón hacía torcer nuestra ruta. Pero más tarde noté que no estábamos en nuestro antiguo sendero. Por una parte, el que seguíamos en aquel momento no tenía ya huellas de caballos; por otra, cuando pude volver a ver el agua, me di cuenta de que nuestro nuevo sendero subía ahora a lo largo de un arroyo desconocido. Decidimos entonces volver sobre nuestros pasos y marchar en línea recta hacia el río, esperando que volveríamos a cruzar por alguna parte nuestro antiguo camino. Pero ocurrió que nuestro último sendero nos había obligado a hacer un largo desvío. Ganando entonces la orilla izquierda del arroyo, avanzamos, siguiendo por la parte baja de una colina. Allí, en un desorden pintoresco, crecían robles seculares y poderosos cedros, abedules negros y arces, araliáceas y abetos, álamos y hayas, así como pinos, tejos y alerces. Esta selva tenía algo de especial y la penumbra reinaba en la espesura.

Dersu marchaba lentamente, observando el suelo como de costumbre. De repente, se detuvo para mirar con atención alguna cosa. Se quitó su zurrón, dejó en tierra su fusil y su tridente, arrojó su hacha y se extendió cuan largo era en el suelo, elevando a alguien unas plegarias incomprensibles.

—¿Qué te ocurre, Dersu? —le pregunté.

Se levantó, señaló con la mano la hierba y dijo una sola palabra:

—*Pantzouy*[15].

Ahora bien, había allí muchas hierbas diversas. Como yo no sabía cuál era el *gin-seng*, Dersu me la mostró. Vi una pequeña planta herbosa, de unos veinticinco centímetros de alto, con cuatro hojas. Cada una de ellas tenía cinco dientes: el central, en saliente; los dos vecinos, un poco menos largos y, finalmente, los dos últimos más cortos que los anteriores. Como el *gin-seng* había perdido sus flores, los frutos ya aparecían. Semejaban pequeños estuches redondos, dispuestos como los de las plantas verticiladas. Aquellos estuches no estaban aún abiertos para echar sus semillas. Dersu despejó de todas las otras hierbas el terreno alrededor del *gin-seng*, recogió todos los frutos y los envolvió en un trocito de tela. Después, me pidió que apoyara ligeramente mi mano sobre lo alto de la planta y él se puso a extraerle la raíz. Lo hizo con mucho cuidado, poniendo toda su atención para no arrancar los zarcillos de la raíz. Después, se la llevó al agua para lavarla y limpiarla delicadamente de todo residuo de tierra. Yo le ayudé como mejor pude. La tierra se desprendió poco a poco, y a los pocos minutos se pudo descubrir la raíz. Con un largo de casi diez

centímetros, terminaba en un cabo dividido en dos, signo de su sexo masculino. Dersu cortó la planta, la envolvió con su raíz en el musgo y lo rodeó todo con corteza de abedul. A continuación, volviéndose a poner su zurrón y recogiendo su fusil y su tridente, me dijo:

—Tienes suerte, capitán.

A lo largo del camino, le pregunté al *gold* lo que se proponía hacer con aquella raíz. Me explicó que quería venderla para con el dinero así obtenido, poder comprar cartuchos. Entonces decidí comprarle el *gin-seng* y ofrecerle una suma superior a la que le podrían dar los chinos. Le expresé mis intenciones, pero el resultado fue totalmente imprevisto. Dersu hundió su mano en el pecho y me tendió la raíz, diciendo que me la regalaba. Mi rechazo le asombró y le hirió al mismo tiempo. Más tarde supe que era una costumbre del país hacer regalos, y que había que dar las gracias al donante ofreciéndole a su vez algún objeto de un precio equivalente.

12. «Amba»

Una bruma espesa y pesada envolvía toda la comarca. El día era gris y triste, tan frío como húmedo. Mientras los soldados recogían nuestros efectos y cargaban los caballos, Dersu y yo tomamos rápidamente el té y partimos los primeros, llevando cada uno un pan sin levadura. Por la mañana, habitualmente, yo abandonaba el campamento antes que los otros. El destacamento venía a alcanzarme y a continuación me adelantaba, puesto que yo marchaba lentamente, tomando relevos a lo largo de nuestro itinerario.

Desde la víspera, Dersu me había dicho que por aquella región erraban muchos tigres, y me aconsejó también no quedarme demasiado atrás.

El sendero corría por el borde del río, pero separándose a menudo para adentrarse en el bosque. Quien no ha estado en la taiga ussuriana, no puede imaginar sus espesuras y sus malezas. A una distancia escasa de algunos pasos, no se puede ya volver a encontrar el camino. A veces me ocurrió que hacía huir a una fiera de su lugar de descanso, situado a cuatro o seis metros delante de mí y no adivinar la dirección de su huida más que al escuchar los ruidos y crujidos de las ramas. Por una región de ese tipo avanzábamos desde hacía dos días.

El tiempo nos favoreció poco: caía sin cesar una lluvia fina, la hierba estaba mojada y gruesas gotas aisladas caían de los árboles. La selva, de una paz sorprendente, parecía desierta. Hasta los picos verdes parecían haberla abandonado.

—¡Qué tiempo del diablo! —dije a mi compañero—. No se sabe si se trata de niebla o de lluvia. ¿Qué crees tú, Dersu, esto va a aclararse o va todavía a empeorar?

El *gold* miró al cielo y los alrededores, pero prosiguió su camino en silencio. Sólo se detuvo un minuto más tarde para decirme:

—Yo pienso esto: las colinas y la selva son como los hombres. Ahora están dispuestas a sudar. ¡Escucha...! Respiran como nosotros...

Tras estas palabras, reemprendió la marcha.

Eran casi las once de la mañana. Normalmente, nuestra caravana hubiera tenido que adelantarnos hacía largo tiempo, pero nada se escuchaba todavía en la parte de la taiga que acabábamos de atravesar.

—Hay que esperar —le dije a mi compañero.

Él se detuvo sin responder, posó su fusil, lo apoyó contra un árbol, hundió su tridente en el suelo y se dispuso a fumar.

—¡Maldita sea! He perdido mi pipa —exclamó irritado.

Quiso volver a buscarla, pero le aconsejé tener paciencia, esperando que los soldados que nos seguían pudieran encontrarla y traérsela. Nos quedamos allí unos veinte minutos. Yo veía que el viejo tenía muchas ganas de fumar. Por fin, no aguantó más y volvió a tomar su fusil diciéndome:

—Pienso que mi pipa está muy cerca. Es preciso que la encuentre.

Por mi parte, temiendo que hubiera ocurrido algún accidente a mis caballos, deshice camino con el *gold*. Este me adelantó, sacudiendo la cabeza como de costumbre y hablando para sí mismo:

—¿Cómo he podido perder mi pipa? ¿Me estaré volviendo chocho o mi cabeza se estará debilitando? En tal caso...

Se detuvo justo a la mitad de la frase, retrocedió un poco y se inclinó para examinar algo en el suelo. Me reuní con él. Bastante mohíno, Dersu miraba hacia todos lados. Me cuchicheó:

—Mira, capitán, es *Amba*. Nos persigue, el muy villano. La pista está aún fresca. Estaba aquí ahora mismo.

En efecto, huellas muy recientes de una gran pata de tigre se destacaban claramente sobre el sendero fangoso. Las huellas no estaban antes, cuando lo seguimos en sentido inverso. Yo me acordaba muy bien y Dersu no hubiera dejado ciertamente de verlas. Pero he ahí que aparecían sobre nuestro camino de regreso, en el momento en que pensábamos encontrar a nuestro destacamento. La fiera, evidentemente, nos había perseguido sin cesar.

—Se ha escondido muy cerca de aquí —afirmó el *gold*, apuntando con la mano hacia la derecha—. Estaba por aquí mientras buscábamos mi pipa por allá. Al volver nosotros, habrá dado un salto rápido. Mira, capitán, ni siquiera hay agua en las huellas.

En efecto, en medio de todos los charcos de alrededor, las huellas dejadas por las patas del tigre estaban todavía secas. No había duda: el carnívoro acababa de estar allí y de saltar hacia la espesura al escuchar nuestros pasos para esconderse entre todos aquellos árboles abatidos.

—No ha ido lejos. Lo sé perfectamente. Espera, capitán...

Nos quedamos algunos minutos en el sitio esperando que un estremecimiento, aunque fuera muy ligero, vendría a traicionar la presencia del felino, pero un silencio sepulcral reinaba en todo nuestro contorno.

—Capitán —prosiguió Dersu—, hay que estar muy atentos. ¿Está cargado tu fusil? Marcha despacito, mira bien cada agujero y cada árbol derribado. ¡Nada de prisas! Es *Amba*, ¿comprendes? ¡*Amba*!

Mientras me decía esto, él mismo examinaba cada matorral y cada árbol. Marchamos así cerca de una media hora. Dersu iba siempre a la cabeza, sin perder de vista el sendero.

Por fin, escuchamos voces: primero fue la de un cosaco, que lanzaba invectivas contra su caballo. Los soldados y sus animales se nos reunieron en seguida. Dos caballos estaban completamente embarrados; hasta sus sillas aparecían embadurnadas de tierra. Al parecer, los dos animales acababan de tropezar en el momento de

atravesar una pequeña corriente de agua y se habían atascado en el pantano, causando todo ese retraso. Como yo había previsto, los soldados pudieron devolver a Dersu su pipa, que habían encontrado en el sendero.

Para continuar el camino, fue necesario primero ajustar todo de nuevo; es decir, volver a cargar los fardos y desembarrar aunque fuera un poco a las bestias. Yo tuve la intención de acampar y de hacer hervir agua, pero Dersu me aconsejó que me contentase con reajustar las cargas y seguir la marcha sin dilación. Me aseguró que en las proximidades había una barraca de cazadores, que nos ofrecía la ocasión de instalar nuestro campamento. Después de reflexionar un poco, me plegué a su opinión.

Mientras los soldados se ponían a descargar a los derrengados caballos, volví a tomar el sendero con Dersu. No habíamos hecho aún doscientos pasos, cuando volvimos a dar con la pista del felino. Nos había seguido de nuevo durante nuestro regreso, pero también ahora, como la primera vez, sintió nuestra proximidad y evitó el encuentro. Dersu se detuvo, volvió la cara hacia el lado donde el tigre, aparentemente, se había emboscado, y exclamó con una voz sonora donde se mezclaban notas indignadas:

—¿Por qué nos sigues...? ¿Qué necesitas, *Amba*? Nosotros marchamos por el sendero, sin molestarte. ¿Para qué perseguirnos? ¿No es bastante grande la taiga para ti?

Blandiendo su fusil, el *gold* estaba en un estado de excitación tal, como yo no lo había visto nunca. A juzgar por su mirada, él tenía una fe profunda en que aquel tigre, aquel *Amba*, escuchaba y comprendía sus palabras. Dersu estaba convencido de que la fiera iba a aceptar el desafío o bien nos iba a dejar en paz y marcharse a otra parte. A los tres minutos, el viejo dio un suspiro de alivio, encendió su pipa, se puso su carabina al hombro y volvió a tomar el camino con paso seguro. Su rostro se volvió a la vez indiferente y concentrado, porque acababa de confundir al tigre y obligarlo a partir.

Avanzamos todavía cerca de una hora entre el follaje. Este se hizo súbitamente más raro, dejando ver una vasta extensión. Fatigados de nuestra larga marcha a través de la taiga, nos apetecía precisamente un cuadro reposado y espacioso. Así, se podrá comprender la alegría que tuvimos al abandonar la selva y contemplar esta llanura despejada.

—Es Kvandagú —dijo el *gold*—. Vamos a encontrar pronto una barraca.

El sector que atravesábamos en ese momento representaba uno de esos espacios ribereños descampados, que las gentes del país llaman *yelane*. La planicie estaba cubierta de *orliak*, un helecho poco alto, pero espeso.

A la derecha, se extendía la banda estrecha de un pantano salado, donde, según Dersu, venían cada noche ciervos y gamos golosos de ranúnculos y no desdeñaban el

roer un poco aquella tierra negra y salina.

—Debemos ir hoy de caza —observó el *gold*, designando con su tridente el pantano.

A las tres de la tarde, encontramos, en efecto, una pequeña barraca construida en corteza de abedul, con su primitivo techo a dos aguas. Los cazadores chinos la habían construido de tal manera que el humo de la hoguera encendida en el interior podía escaparse por cada una de las dos aberturas del frontón, impidiendo así a los mosquitos penetrar en el edificio. Un pequeño arroyo corría justo al lado. Se necesitó aún algún tiempo para hacerlo franquear por nuestros caballos, pero aquello acabó por arreglarse.

El tiempo continuaba no obstante «sudando», según la expresión de Dersu. El cielo, que había estado gris por la mañana, comenzó a serenarse; la niebla subió en el aire, dejando aparecer algunos claros; la lluvia fina acabó por parar, si bien el suelo guardaba todavía su humedad. Decidí que nos quedaríamos allí por la noche. Yo tenía tanta más gana de cazar en el pantano cuanto que estábamos desde mucho tiempo privados de carne, no habiendo comido los últimos cuatro días más que pan sin levadura.

A los pocos minutos, el campamento se agitó con ese trabajo alegre y activo que es tan familiar a cualquiera que haya viajado por la taiga. Los caballos fueron desatados y puestos en libertad. Apenas desensillados se revolcaron por tierra, aunque se incorporaron en seguida para sacudirse e ir a pacer en el pasto. Todos los fardos fueron ordenados y cubiertos de toldos para protegerlos de una eventual lluvia. Mientras nos ocupábamos de los caballos y de sus cargas, alguien tuvo tiempo de encender una hoguera y colocar una tetera sobre el fuego.

En cada acampada, Dersu desplegaba una energía sorprendente. Corría de un árbol a otro para procurarse corteza, cortaba pértigas, levantaba la tienda, secaba sus ropas así como las de otros, y se esforzaba en preparar la hoguera de manera que permitiera quedarse en el interior sin sufrir por la humareda. Cuando nosotros llevábamos ya mucho tiempo descalzos y reposando, el *gold* continuaba atareado alrededor de la barraca.

En el mes de agosto, y más especialmente en una jornada gris, el crepúsculo cae muy pronto. Tal fue el caso aquella noche. La niebla no se quedaba más que en las cimas de las montañas, y sólo algunos jirones sueltos continuaban circulando entre los zarzales, como fantasmas. Después de una cena rápida, Dersu y yo fuimos de caza, tomando primero el sendero que nos había llevado al campamento, y volviendo a continuación hacia la salina por el lado de la selva. La llanura entera estaba cubierta de huellas de ciervos y de gamos. El suelo negruzco de la salina estaba casi desprovisto de vegetación. Delgados arbolillos bordeaban la laguna. El terreno por donde marchábamos, a veces muy pisoteado, indicaba que los ciervos venían

constantemente, solos o en manadas.

Eligiendo un lugar apropiado, nos sentamos a esperar la presa. Apoyado contra un tocón, me puse a mirar a mi alrededor. La oscuridad se hacía rápidamente más densa alrededor de los zarzales y bajo los árboles. Dersu no pudo recuperar su tranquilidad tan fácilmente. Rompió ramas —para facilitar una buena puntería— y se entretuvo en doblar un pequeño abedul que crecía detrás de él. La calma oprimente que reinaba en el bosque y en la pradera estaba turbada solamente por el bordoneo de los mosquitos. Cada vez estaba más oscuro. Los zarzales y los árboles tomaban contornos imprecisos, recordando a seres vivientes que parecían moverse cambiando de lugar. A veces, creía que se trataba de ciervos y me entregaba a mis sueños. Ajustaba mi arma, presto para disparar, pero me retenía cada vez, mirando la cara tranquila del *gold*. La ilusión se desvanecía y la sombría silueta entrevista se convertía en el zarzal o el árbol que era en realidad. Dersu se quedó sentado, calmo como una estatua. Examinando con atención las malezas que bordeaban la laguna, esperaba apaciblemente su botín. Una sola vez se puso al acecho, enderezando lentamente su fusil y tendiendo su mirada. Sentí mi corazón latir más fuerte y miré hacia el mismo lado que Dersu, pero sin ver nada. Notando en seguida que el *gold* recuperaba su calma, hice otro tanto.

Bien pronto se hizo noche cerrada, hasta el punto de que no se veía ya, a algunos pasos, ni el suelo negruzco del pantano ni las siluetas oscuras de los árboles. Los mosquitos nos picaban sin piedad, y yo me puse una redecilla sobre la cara. Dersu no la usaba, pareciendo ignorar las picaduras.

De repente, percibí un vago estremecimiento. Esta vez no había error. El ruido venía de las zarzas situadas al otro lado del estrecho pantano, justo frente a frente de donde nosotros estábamos sentados. Miré de nuevo a Dersu. Con la cabeza inclinada, parecía aguzar su vista para taladrar la oscuridad y saber la causa de los sonidos. Estos iban creciendo por momentos y se hacían muy precisos, para calmarse más tarde y cesar completamente. No había duda: alguien franqueaba prudentemente la maleza, dirigiéndose hacia nosotros. Era sin duda un ciervo que venía a roer o a lamer la tierra salina. Yo me imaginaba ya un animal esbelto, con buenos cuernos ramificados. Arrojando mi redecilla y olvidando los mosquitos, tendí mi oído y mi vista para localizar el ciervo que yo suponía estaba a una distancia de setenta u ochenta pasos como máximo.

Pero de golpe resonó en el aire un gruñido sordo, que recordaba a un trueno lejano. Dersu me cogió de la mano.

—¡Amba, capitán! —dijo con voz asustada. Yo sentí una especie de lasitud pesada deslizarse a lo largo de mis piernas. Era como si me vertieran plomo en las rodillas. Pero al mismo tiempo, un sentimiento diferente, donde se entremezclaban la curiosidad y la pasión por la caza, se apoderó de mi espíritu.

—¡Está mal! Nos hemos equivocado al venir aquí. *Amba* se enfada: este lugar es el suyo —afirmó Dersu, sin dejarme comprender si se dirigía las palabras a sí mismo o me las dirigía a mí. Me pareció aterrado.

En el aire tranquilo de la noche, se dejó escuchar de nuevo un «r-r-r-r» amenazante. El *gold* se incorporó súbitamente. Creí que iba a hacer fuego. Pero cuál no sería mi asombro cuando le vi sin fusil y le escuché dirigir al tigre este discurso:

—¡Está bien, *Amba*, está bien! No tienes que enfadarte, no hay motivo. Este lugar es tuyo, lo sabemos y nos iremos en seguida a otra parte. La taiga es grande, no tienes que enfadarte...

El *gold* permanecía de pie, con las manos extendidas en dirección al felino. De repente se arrodilló, se prosternó dos veces y comenzó a mascullar algo en su propia lengua. Sin saber por qué, tuve piedad del viejo. Este acabó por incorporarse, se aproximó al tocón y volvió a tomar su fusil.

—Partamos, capitán —dijo resueltamente, y no esperó mi respuesta para ir rápido a través de la maleza en dirección al sendero. Yo le seguí maquinalmente, apaciguado a mi vez por el aire tranquilo del *gold* y por esta seguridad que le permitía avanzar sin echar miradas temerosas hacia atrás; sentí que el tigre no iba a seguirnos y que no se decidiría a atacarnos. Después de haber dado unos doscientos pasos, me detuve y traté de persuadir al viejo de esperar todavía un poco.

—No —dijo Dersu—, yo no puedo. Y te prevengo, por otra parte, que jamás iría a cazar a *Amba* en compañía. Tienes que saberlo bien: cuando se tratara de tirar sobre *Amba*, yo no sería de la partida.

Volvió a tomar el sendero en silencio. Yo quise primero quedarme atrás, pero me invadió una especie de angustia y alcancé a Dersu. Marchamos todo el tiempo, entregado cada uno a sus propios pensamientos y recuerdos. Sin embargo, yo lamentaba no haber visto al tigre y expresé esta reflexión a mi compañero.

—¡Ah, no! —repuso el *gold*—. Es malo verlo. Yo creo que el hombre que no ha visto jamás a *Amba* es afortunado y tendrá siempre una vida feliz.

Dersu dio un profundo suspiro y continuó después de una corta pausa:

—Yo he visto a menudo a *Amba*. Una vez, le disparé encima y ahora tengo mucho miedo. Todavía me llegará una desgracia.

Las palabras del viejo revelaban un estado de alma tan profundamente turbado, que lo compadecí de nuevo y traté de calmarlo, pasando a otros temas. Al cabo de una hora, llegamos al campamento. Asustados por nuestra proximidad, los caballos se arrojaron de costado y relincharon. Los hombres se agitaron alrededor del fuego y dos cosacos vinieron a nuestro encuentro.

—Los animales no han cesado de tener miedo esta noche —nos dijo uno de ellos—. En lugar de comer, miran todo el tiempo a lo lejos. ¿Hay quizá alguna fiera en las proximidades?

Dije a los cosacos que embridaran los caballos, que encendieran varios fuegos y que emplazaran un centinela armado. Dersu calló toda la jornada, muy impresionado de haber vuelto a encontrar al tigre. Después de cenar, se acostó en seguida, pero noté que tardó mucho tiempo en dormirse, revolviéndose de un lado a otro y pareciendo monologar.

Ahora bien, él y yo teníamos habitualmente largas conversaciones sobre la caza, las fieras y los fuegos de la selva. Él me había dicho un día que, unos veinte años antes, los tigres habían emigrado, durante dos inviernos consecutivos, del oeste al este. Todas sus huellas seguían entonces la misma dirección. Según él, fue un éxodo masivo de felinos, trasladándose de la región de Sungari hacia el Sijote-Alin.

Después, traté en varias ocasiones de preguntar a Dersu las circunstancias en las cuales él había abatido un tigre, pero el *gold* evitó obstinadamente responderme, tratando cada vez de llevar la conversación sobre cualquier otro tema. Finalmente, acabé por saber lo que quería. Aquello había pasado en el mes de mayo, sobre la orilla del Fudzin. Acompañado de su perrito, Dersu atravesaba un encinar ralo que se extendía a lo largo del valle. El perro, que corría al principio alegremente, se revolvió después, inquieto. No viendo nada de sospechoso y creyendo que el perro estaba simplemente alarmado por la pista de un oso, el *gold* continuó marchando sin preocuparse. Sin embargo, el animalito no cambió de actitud y se estrechó contra su amo hasta el punto de trabar su marcha. De hecho, había muy cerca de allí un tigre, que se había emboscado detrás de un tronco, ante la proximidad del hombre. Por casualidad, Dersu iba precisamente en dirección a ese árbol. Cuanto más se acercaba el hombre, más se escondía el felino, encogiéndose como un ovillo. Sin figurarse el peligro, el *gold* empujó con el pie al perrito; en ese momento, se abalanzó el tigre. Saltando primero de costado y golpeándose con la cola, el felino rugió con furor.

—¿Por qué aúllas? —le gritó Dersu—. Yo no te toco. ¿Por qué te enfadas?

El tigre reuló entonces algunos pasos y se detuvo, sin dejar de rugir. El *gold* le gritó todavía que se fuese. Pero la fiera no cesó de moverse y lanzó un nuevo rugido. Comprendiendo que el terrible felino no quería marcharse, Dersu le lanzó este desafío:

—¿Así que no quieres marcharte? Pues entonces, disparo, y la culpa no será mía...

Levantó su fusil y apuntó, pero el tigre cesó de rugir y se retiró entre la maleza de la cuesta vecina. Entonces, hubiera tenido que abstenerse de dispararle. Sin embargo, Dersu no se conformó con esto y disparó el tiro en el momento en que el tigre alcanzaba lo alto de la cuesta. La fiera se zambulló en la maleza, mientras Dersu reanudaba su camino. Unos cuatro días más tarde, cuando volvía sobre sus pasos y pasaba cerca de la misma pendiente, el *gold* percibió en la cima de un árbol tres cornejas, una de las cuales se limpiaba el pico contra una rama. Entonces, el espíritu

del *gold* quedó embargado por la idea de que había podido verdaderamente matar al tigre. Apenas franqueada la cresta, tropezó en efecto con el cadáver del felino, cuyo flanco estaba enteramente roído por los gusanos. Dersu tuvo mucho miedo: puesto que el tigre se alejaba, ¿por qué le había disparado...? Él huyó, pero desde entonces quedó obsesionado por la idea de que había matado al felino sin motivo. Toda su obsesión consistía en creer que un día u otro tendría que pagar por su delito.

—Y ahora, tengo mucho miedo —dijo, para concluir su relato—. Antes circulaba siempre solo, sin ningún temor. Ahora, cuando percibo alguna cosa, cuando veo una pista o duermo solo en la taiga, estoy constantemente asaltado por estos pensamientos...

Se calló y miró atentamente el fuego.

13. El lugar maldito

Hacia la noche logramos llegar a las fuentes del río. Este país está justamente considerado como el más desértico de toda la región ussuriana. Pero nosotros encontramos algunas chozas indígenas abandonadas y cobertizos derruidos, y levantamos allí nuestro campamento.

En el transcurso del camino, Dersu miraba siempre atentamente al suelo. Lo hacía simplemente por hábito, sin buscar nada en particular. Una vez, se inclinó para recoger una varita. Esta llevaba las huellas de un cuchillo indígena, pero la superficie tallada estaba ya ennegrecida por el tiempo. Las chozas desplomadas, los tocones que habían servido de soporte a los cobertizos, esa varita tallada, todo indicaba que los *udehés* habían estado allí el año anterior.

El crepúsculo llegó cuando estábamos ya en el campamento. A propósito, nos instalamos sobre los gujarros, esperando que la proximidad del agua nos haría sufrir menos de los mosquitos.

Nuestra provisión de carne de corzo tocaba a su fin; era necesario proveerse de más carne. Dersu y yo nos pusimos de acuerdo para ir a cazar. Se convino que cuando llegáramos al afluente, bastante próximo, de dos corrientes de agua, yo debía seguir el más ancho, mientras que el *gold* remontaría el pequeño arroyo que se dirigía hacia la montaña.

La taiga ussuriana se anima dos veces por día: antes de la salida del sol y a la hora de la puesta. Cuando abandonamos el campamento, el sol declinaba sobre el horizonte. Sus rayos dorados pasaban entre los troncos de los árboles, penetrando hasta los rincones más perdidos de la taiga. La selva, en este momento, era de una belleza admirable. Los cedros majestuosos parecían querer proteger con su follaje tupido a los jóvenes árboles. Los álamos, inmensos, tres veces seculares, de ramas nudosas, tenían la apariencia de disputar a las viejas encinas la supremacía de la solidez a toda prueba. Cerca de ellos, crecían tilos gigantes y palmeras de troncos enlazados. Más lejos, se advertía la silueta rechoncha de un tejo, después había abedules negros, alcornoques, arces amarillos y otros árboles, escondidos entre la maleza donde se entremezclaban cambrones, saúcos y cerezos silvestres.

Yo andaba lentamente y me detenía a menudo para ponerme a escuchar. En cierto momento, me llegaron sonidos que parecían un graznido. Evité hacer ruido y advertí bien pronto un cuervo. Este dentirrostro, cuya talla sobrepasa mucho la de la corneja, da gritos muy variados, que pueden ser incluso agradables. El cuervo que tenía delante de mí estaba encaramado en lo alto de un árbol, donde parecía ejecutar un solo vocal; pude distinguir nueve motivos vocales diferentes. Pero cuando el pájaro advirtió mi presencia, tuvo miedo y se desprendió ágilmente de la rama para volar lejos.

En otro lugar, encontré primero un nido de pájaro carpintero, discretamente instalado entre la corteza del tronco de un árbol. A continuación, noté que este mismo pajarillo gris, alegre y animado, corría a lo largo del árbol para tantear la corteza con su pico largo y delgado. A veces, avanzaba volviéndose sobre el dorso y agarrándose con las patas a las ramas. Dos trepadores del Amur se agitaban al lado. Con un suave piar, examinaban ágilmente cada repliegue del árbol. Cada uno se servía de su pico para dar golpes, siempre oblicuos y no directos, tan pronto de un lado como de otro.

La sombra vino a envolver la selva súbitamente. Los rayos del sol no alcanzaban más que las cimas de las montañas y las nubes del cielo, cuyo fulgor alcanzó toda vía a iluminar la tierra por algún tiempo. Pero aun esta luz indirecta se hizo más y más pálida. La actividad de los pájaros se atenuó para dar lugar a otra; la de los grandes cuadrúpedos.

De pronto, escuché un crujido de ramas, seguido de gruñidos. Inmóvil en mi lugar, vi dos masas negras que salían de la espesura. Reconocí en seguida a dos jabalíes. Iban hacia el río y su actitud, poco apresurada, me hizo comprender que no me habían advertido. Uno de los animales era más voluminoso que el otro y fue éste el que elegí como presa. En este momento, el más grande dio un gruñido estridente, pero yo apreté el gatillo. El eco repitió la detonación y la llevó a lo lejos a través de la selva. El enorme jabalí saltó de costado. Creí haber fallado mi tiro y quise avanzar, cuando percibí al animal herido que se incorporaba. Tiré de nuevo; el jabalí cayó de hocico y contra la hierba, pero trató aún de sostenerse sobre las patas. Después de un tercer tiro de fusil, la bestia quedó inmóvil. Me aproximé en seguida a ella.

Para no dejar que la carne se pudriese, destripé el jabalí, pensando en ir a buscar a los soldados al campamento, cuando escuché de nuevo en la espesura otro estremecimiento. Era Dersu que acudía al ruido de mis disparos. Me quedé muy asombrado cuando me preguntó de qué clase era la presa abatida. Después de todo, yo podía haber fallado.

—No —objetó él riendo—. Sé perfectamente que tienes tu presa.

Me explicó que se había dado cuenta de todo lo que acababa de pasar, no por los disparos en sí, sino por los intervalos entre los tres. Y es que sucede raramente que se pueda abatir una fiera al primer disparo. Habitualmente, se abate al segundo o tercer disparo. Si Dersu hubiera escuchado uno solo, habría deducido que yo había fallado. Por otra parte, tres golpes repitiéndose con poco intervalo, habrían indicado la huida de la presa y la precipitación del cazador enviando las balas en su persecución. Por el contrario, los tiros a intervalos desiguales prueban que la bestia está herida y que el cazador la remata.

Decidimos dejar el jabalí en la selva hasta el alba y no tomar por el momento más que el hígado, el corazón y los riñones. Habiendo encendido un fuego al lado, tomamos el camino de regreso. Era completamente de noche cuando nos

aproximamos al campamento. La luz de las hogueras se reflejaba en la corriente de agua, como una banda clara, que parecía removerse e interrumpirse algunas veces para reaparecer cerca de la orilla opuesta. Golpes de hacha y voces de hombre, mezcladas de risas, nos llegaban del campamento. Los mosquiteros instalados por tierra e iluminados en el interior, parecían linternas gigantescas. Los cosacos habían escuchado bien mis tiros de fusil y esperaban el resultado. Los pedazos de carne de jabalí que llevábamos, sirvieron en seguida para preparar la cena, después de la cual tomamos el té y fuimos a acostarnos. Solamente quedó para velar el centinela encargado de guardar los caballos.

A medida que se avanzaba hacia el Sijote-Alin, la selva de altas arboledas, que ofrece maderas para la construcción, desaparece gradualmente y es sustituida por árboles que sólo pueden servir para trabajos menos importantes. Finalmente, en las fuentes mismas de los ríos, no crecen más que alerces y diversas especies de abetos; son árboles delgados y cubiertos de musgos. Sus raíces no se hunden bastante profundamente en la tierra y se extienden, bajo su capa de musgos ligeros, a lo largo de la superficie, lo que disminuye la longevidad y la solidez de estos árboles. Por otra parte, incluso cuando alcanzan la edad de veinte años, es suficiente la fuerza de un solo hombre para derribarlos. Es por la cima por donde comienzan a alterarse. Ocurre también que un árbol muerto continúa mucho tiempo en pie, pero en cuanto se lo toca se desploma, reduciéndose a polvo.

Las selvas de este género están siempre desiertas. No se ven pistas de animales, ni pájaros; no se escuchan tampoco bordoneos de insectos. La masa de troncos tiene un tinte gris leonado monótono. No se encuentra ya ni espesura ni siquiera helechos o carrizos. La mirada no tropieza más que con musgo que lo reviste todo: la tierra, las piedras y las ramas. Esta taiga no inspira más que angustia. Reina allí una calma de muerte, que viene a turbar solamente el silbido del viento en las cimas desecadas. Los indígenas creen que semejantes regiones son habitadas por malos espíritus.

Hacia la noche, fuimos a poca distancia del paso e instalamos nuestro campamento cerca de los contrafuertes del Sijote-Alin. El 12 de agosto, Dersu me despertó al alba. Después de tomar a prisa una taza de té, ordené a los cosacos ensillar los caballos y seguir adelante con el *gold*, queriendo tomar medidas para establecer la altura del paso del Sijote-Alin. Los cosacos debían esperarnos en la parte profunda mientras nosotros dos íbamos a realizar la ascensión de la montaña.

Allá arriba se abría una vista circular espléndida. La tierra parecía una superficie marítima en donde las montañas formaban como olas inmensas y petrificadas. Las cimas más próximas tenían contornos caprichosos; detrás de ellas, se elevaban otras cimas, con siluetas veladas de una niebla azulosa; para el que llegaba aún más allá, no se sabía ya seguro si lo que se veía eran montañas o gruesas nubes envolviendo el horizonte. Desde la altura en que me encontraba, podía sin embargo distinguir

fácilmente ciertos repliegues montañosos y las direcciones de comentes de agua.

Acabado el trabajo, descendimos al valle de Vangú para recorrer aún cerca de cinco kilómetros y hacer en seguida un corto alto con la intención de esperar la llegada de nuestra caravana. Pero como Dersu se sentó al borde del río para descalzarse, yo continué solo el camino. En este lugar, el sendero se desviaba en un ángulo de 120°. Después de haber franqueado una corta distancia, miré hacia atrás y vi a mi compañero todavía sentado en la orilla.

Con la mano me hizo ademán de no esperarlo.

Apenas llegado al linde del bosque, me encontré con jabalíes, pero no tuve tiempo de tirar. Noté la dirección de su huida y corrí a cortarles el camino. En efecto, al cabo de algunos minutos, conseguí alcanzarlos. Percibiendo vagamente una silueta oscura en la espesura, esperé a que se detuviese, le apunté e hice fuego. En el mismo momento, escuché un grito humano, seguido de un gemido de dolor. Presa de pánico, comprendí que acababa de tirar sobre un hombre y corrí hacia él a través de la maleza. Lo que vi me sacudió como un mazazo: era Dersu, que yacía por tierra.

—¡Dersu, Dersu! —grité con una voz irreconocible, y me arrojé sobre mi amigo.

Apoyándose con el brazo izquierdo en tierra y levantándose un poco sobre el codo, el *gold* se cubría los ojos con la mano derecha. Le atormenté apresurándome a preguntarle, con una voz que traicionaba mi susto, en qué sitio le había tocado la bala.

—Me hace daño la espalda —respondió.

Rápidamente, le saqué las ropas de encima. La chaqueta y la camisa estaban rasgadas. Cuando acerté a desnudarlo, suspiré con alivio. La bala no había penetrado en el cuerpo. Sólo la piel estaba levantada a la altura de una de las vértebras dorsales. El lugar contusionado estaba rodeado de una equimosis. En ese momento noté que yo mismo temblaba como si estuviese atacado de fiebre. Cuando expliqué a Dersu la especie de su herida, se calmó en seguida y quiso a su vez tranquilizarme:

—Bueno, capitán, tú no tienes la culpa. Yo estaba detrás. ¿Cómo habrías podido adivinar que me había entrometido delante?

Habiéndolo incorporado y hecho sentar, le pregunté cómo había llegado a colocarse entre los jabalíes y yo. Parecía que Dersu los había descubierto en el mismo momento que yo y se había arrojado en su persecución, impulsado por su instinto innato de cazador. Ahora bien, yo describía una curva mientras que los animales avanzaban en línea recta. Así es que el *gold*, que los seguía directamente, pudo adelantarme muy pronto. Su chaqueta era de un color que se prestaba a confundirse con el pelaje de esas fieras. Además, se deslizaba a través de la espesura con el cuerpo encorvado. Tomándole por un jabalí, yo disparé. Mi bala fue a desgarrar sus ropas, rozándole la espalda y privándole de andar.

Nuestro destacamento llegó al cabo de diez minutos. Friccioné la contusión de

Dersu con una solución de yodo e hice sacar la carga a uno de los caballos, que fue en seguida distribuida entre los otros animales. Colocamos a Dersu sobre la silla que estaba libre y partimos de este lugar maldito.

Hacia la noche, el *gold* recobró un poco su calma. Por el contrario, yo me quedé angustiado. La idea de haber tirado sobre este, hombre que me había salvado la vida, no me dejó reposar. De hecho, si hubiese llegado a apuntar un solo centímetro más a la izquierda o si mi mano hubiera tropezado, habría matado a Dersu. No pude dormir en toda la noche. En una pesadilla reviví la selva, los jabalíes, mi tiro, el grito del *gold* y los matorrales donde estaba tendido. Aterrado, salté de mi *kang* y salí varias veces; traté de calmarme diciéndome que todo había terminado bien, puesto que Dersu estaba con vida y se encontraba cerca de mí, pero nada conseguí. Acabé por encender el fuego y me puse a leer. Sin embargo, noté en seguida que mi pensamiento no seguía el texto impreso, preocupado por una imagen distinta...

La luz comenzó por fin a despuntar. Felizmente para mí, el soldado de servicio se despertó e hizo los preparativos de la comida. Yo me puse a ayudarlo.

Por la mañana, Dersu se sintió mejor. Como su espalda no le hacía sufrir ya, se puso de nuevo a andar, pero no cesó de quejarse de su mal de cabeza y de su debilidad. Yo ordené de nuevo poner un caballo a la disposición del enfermo.

Descendiendo a lo largo del río Vangú, encontramos una antigua *ludeva*[\[16\]](#). Para instalarla, se habían servido más bien de árboles desgajados que de árboles frescos, y las ramas derribadas estaban consolidadas por pilares que no permitían que las bestias las dispersaran con las patas. En algunos pasajes se cruzan con troncos profundos, hábilmente ocultos por las hierbas y las hojas secas. Por la noche, los ciervos van al agua, pero tropiezan con la barrera. Queriéndola sortear, caen en estos hoyos. Algunas de estas cercas tienen una longitud de varias decenas de kilómetros y poseen hasta doscientos agujeros que sirven así de trampas eficaces. No obstante, la *ludeva* que encontramos sobre el río Vangú estaba abandonada. Se notaba que los chinos no habían estado allí mucho tiempo. Sin embargo, encontramos un ciervo en una de las trampas. El pobre animal había permanecido ya cerca de tres días. Hicimos alto para discutir la forma de salvarlo. Uno de los cosacos quería descender al hoyo, pero Dersu lo disuadió; el ciervo podía en efecto matarse él mismo y romper al mismo tiempo las piernas del cazador y salvador. Decidimos entonces retirar al animal con nuestros lazos. Con las piernas tomadas con dos nudos y la cabeza enlazada por un tercero, que fue hábilmente lanzado, el ciervo pudo ser subido en seguida a la superficie. Tenía el aspecto de estar estrangulado; pero cuando los nudos fueron deshechos, los ojos del animal se movieron hacia todos lados. Habiendo tomado aliento, se enderezó y retrocedió titubeando; pero, antes de llegar al bosque, volvió a ver el arroyo y fue a abreviar con avidez, sin prestarnos la menor atención. Dersu, entretanto, hablaba pésimamente de aquellos chinos que habían abandonado su cerca

sin tener cuidado de rellenar los hoyos.

Al cabo de una hora, llegamos a la *fanza* de los tramperos. El *gold*, completamente restablecido, quería ir él mismo a demoler la cerca, pero le aconsejé que no se moviera y esperara hasta el día siguiente. Después de comer, convoqué a todos los chinos al trabajo y di orden a los cosacos de velar rigurosamente para que se hiciera tabla rasa de todas esas trampas. Mis hombres volvieron al crepúsculo y me informaron que acababan de encontrar, en otros tres de esos agujeros, dos ciervos muertos y un corzo vivo.

Nos quedamos allí todo el día siguiente. El tiempo era variable, pero más bien gris y lluvioso. Los soldados se ocuparon de lavar su ropa, repasar su vestimenta y limpiar las armas. Tuve el gozo extremo de ver a Dersu definitivamente restablecido.

14. Regreso al mar

Tras haber franqueado el paso, seguimos una nueva corriente de agua y llegamos así al río Inza-Laza-Gú[17]. Como éste abundaba en *malmas*[18], los soldados se convirtieron en seguida en pescadores con línea, mientras yo tomaba mi fusil para ir a explorar un poco la montaña. No tuve suerte para levantar la caza. Regresando a lo largo del río, escuché de repente un ruido parecido al que se hace al enjuagar algo, que provenía de una cavidad vecina. Cuando me aproximé para dar un vistazo, advertí en el fondo dos ratoncitos «lavadores». Enteramente ocupados en su pesca, estos animales no notaban mi presencia. Con las patas delanteras hundidas en el agua, se aplicaban a atrapar con sus pequeños dientes los peces que desfilaban en profusión delante de ellos. Pude observar a placer estas dos bestezuelas. A veces abandonaban el agua para arrojarse hacia atrás y perseguir a los *compañoles*[19], escarbando ágilmente el suelo. Pero uno de estos ratones levantó de repente la cabeza, arrojó una mirada atenta hacia mí y emitió un sonido que se parecía al gañido de un perrito. A continuación, huyeron los dos entre las hierbas y no reaparecieron ya en la orilla.

En el campamento, encontré a todo el mundo reunido. Después de cenar, cada uno se ocupó aún de su trabajo durante una hora y media; luego tomamos el té y fuimos a acostarnos, cada uno donde quiso. Al día siguiente, continuamos la marcha a lo largo del Valle de la Roca de Plata.

A unos dos kilómetros antes del río Inza-Laza-Gú, se llega a unos pantanos que están cerca de una serie de colinas arenosas, salpicadas de charcos de agua, indicando la antigua conformación del río.

Aluviones marítimos tanto como fluviales han contribuido a ensanchar la costa. Un lago estrecho que se extiende entre las colinas de arena, a un kilómetro de la orilla actual del mar, fue probablemente, en otro tiempo, el lugar más profundo de la bahía. En la actualidad, su superficie está casi por completo cubierta de hierbas.

Los patos nadaban en profusión. Yo me quedé con Dersu, dejando avanzar al destacamento. Pero no tenía ningún sentido matar estos pájaros mientras estaban en el agua, ya que no podíamos recogerlos de ninguna manera por falta de una embarcación. Así que nos pusimos a acechar a los que estaban tratando de abordar la costa. Yo me serví de mi fusil de caza, mientras que Dersu no disponía más que de su carabina; pero no falló casi ninguno de sus tiros. Observando su puntería, no pude evitar elogiarlo.

—En otro tiempo, yo era un buen fusil —me respondió—. Jamás mi bala fallaba. Ahora, esto va peor.

En este momento, un pato voló por encima de nosotros, a una gran altura. Dersu levantó su arma e hizo fuego. Tocado por la bala, el pájaro se dio vuelta en el aire y vino, como una piedra, a estrellarse pesadamente en el suelo. Muy asombrado,

miraba yo tan pronto a Dersu tan pronto al pato. El *gold*, divertido, me propuso arrojar al aire piedras del grosor de un huevo de gallina. Yo lancé diez, de las cuales él hizo estallar ocho con sus balas. Quedó satisfecho, pero no fue en absoluto por vanidad; era simplemente feliz al comprobar que la caza le permitía todavía ganarse la vida.

Errando cerca del lago y matando patos, no notamos que el tiempo pasaba rápidamente. El valle quedó pronto inundado por los últimos rayos dorados del sol poniente. Las arenas se extendían delante de nosotros en una vasta lengua de terreno que alcanzaba cerca de tres kilómetros. Nuestro destacamento se advertía a lo lejos, semejante a una caravana en el desierto. Recogimos rápidamente los pájaros abatidos y seguimos a la tropa. Ésta se detuvo al borde del mar y un hilillo de humo blanco que ascendió casi en seguida en el aire nos indicó que el fuego se había encendido en el campamento. Al cabo de una media hora, nos reuníamos con los nuestros.

Los cosacos eligieron para su campamento las proximidades de una pequeña *fanza* construida en madera, a flote junto a la orilla escarpada. Estaba habitada por dos chinos, cuyo trabajo consistía en recoger, cuando las aguas bajaban, mariscos comestibles. En ninguna parte encontré una acogida más hospitalaria que la de estas gentes.

Todos estábamos fatigados después de nuestro último recorrido. Yo tenía, además, una rozadura bastante desagradable en el talón. Como era tan necesario tomar reposo, decidí quedarme allí al día siguiente. Pero a la noche, mi pie magullado me impidió dormir y estuve encantado con la llegada del alba. Sentado cerca del fuego, observé el retorno de la naturaleza a su vida diurna. Los cuervos marinos se despertaron los primeros y volaron con una lentitud indolente por encima del mar, todos en la misma dirección, probablemente a la búsqueda de su alimento. Bandadas de patos dieron vueltas por encima del lago cubierto de hierba. El mar, la tierra y el aire estaban en una profunda calma.

Dersu, levantado antes que los demás, calentó el té. Era el momento en que el sol empezaba a aparecer. Al principio, como un ser viviente, el astro pareció emerger de las aguas, contemplándonos, para destacarse a continuación en el horizonte y ascender lentamente en el cielo.

—¡Qué hermoso! —exclamé.

—Es el hombre principal —respondió el *gold*, señalando al sol—. Si él pereciese, todo perecería alrededor. —Después de un corto intervalo, prosiguió—: El fuego y el agua son también hombres poderosos. Si ellos desapareciesen, sería el final de todo.

Estas sencillas palabras no revelaban más que un animismo elemental, pero el pensamiento del *gold* no carecía de profundidad. Al sonido de nuestra conversación, los soldados se despertaron poco a poco. Yo me quedé toda la jornada sin moverme. Los soldados reposaron igualmente, teniendo como único cuidado el no dejar que los

caballos se fueran demasiado lejos del campamento.

Durante aquellos días, el tiempo era variable, con vientos bastante violentos del oeste y noches más bien frescas: era el comienzo del otoño. Mi pie se repuso pronto y pudimos así reanudar nuestro camino.

El estuario del río Tuti-khé no constituye una bahía y ni siquiera un pequeño golfo. La orilla no forma más que una curva insignificante, cuya superficie está por otra parte obstruida por gran cantidad de algas marinas. Estos montones de hierbas acuáticas sirven siempre de abrigo a becasas de diferentes especies. Entre esta multitud, reconocí primero los *griazoviki* de la Siberia Oriental, que corrían alegremente sobre un banco de arena y entraban a veces en el agua, sin prestar atención, al parecer, a las olas. Pero estaban, por otra parte, las pequeñas becasas parleras llamadas *travniki*[\[20\]](#), pajarillos tranquilos, de patas rojas, paseándose sobre las algas en pequeños grupos y buscando su alimento. Estos pájaros chillaban espantados ante la proximidad del hombre y se largaban volando, para dar media vuelta y volver a bajar sobre la orilla todos juntos, como obedeciendo a una orden. En los lugares en donde alternaban las algas y las lenguas de arena, se percibían los *zuiki* del Ussuri, graciosos pajarillos que inspeccionaban todas las grietas, todas las piedras e incluso todas las conchas. Entraban constantemente en el agua y no se elevaban en el aire más que en los momentos en que alguna ola potente venía a sumergirse un sector de la orilla más vasto que de ordinario. Los cuervos marinos del Pacífico se mantenían fuera de allí. Estos se zambullían muy profundamente en el mar, para reaparecer a continuación en la superficie, lejos del lugar de la zambullida. Se veía también una cantidad de gaviotas, cuya especie más singular, extendida en Siberia Oriental, se llama en ruso *khokhotunia*[\[21\]](#). Posándose sobre el agua, aquellos pájaros armaban a veces tal alboroto, que recordaban efectivamente las risas humanas. Todas las gaviotas cambiaban a menudo de lugar y abandonaban el agua para pasar unas por encima de otras; después, se posaban al costado opuesto, tratando cada una de dar a su vecina un picotazo o de quitarle una presa ya recogida. Justo por encima del estuario, dos *orlani*[\[22\]](#) de colas blancas, describían curvas, acechando con sus agudas miradas alguna buena presa.

Cuando esta pareja vino de repente a posarse en la orilla, las cornejas, gaviotas y becasas le cedieron el lugar sin protestar.

Tras un reposo de algunos días, nuestra expedición se dividió en dos grupos. Acompañado por Dersu y por cuatro cosacos, remonté el Tuti-khé, mientras el resto del destacamento se encargó de explorar el litoral.

Tuvimos la suerte de llegar a las orillas del Tuti-khé en la época en que los peces llamados *ketas* (*salmo lagocephalis*) entraban desde el mar a los ríos y remontaban la corriente para poner sus huevos. Imagínese a millares de esos peces, de un peso de tres a cinco kilos cada uno, que llenan el río y suben aguas arriba hacia los rápidos,

con una fuerza irresistible que parece obligarlos a ir contra la corriente y sobreponerse a todos los obstáculos. Durante este período, los peces no consumen nada, mantenidos únicamente por la reserva de fuerzas vitales adquirida en el mar.

Desde lo alto de los terraplenes de la orilla, podíamos ver todo lo que pasaba en el agua. La masa de peces era tal que impedía a veces percibir el fondo del río. Es curioso observar la manera en que esos *ketas* franquean los rápidos. Van en zigzag, volviéndose de un lado y de otro, dando volteretas y avanzando de todos modos. Si encuentran una caída de agua, dan saltos y tratan de adherirse a las piedras. Magullados y heridos, alcanzan por fin las fuentes del río, deshovan y perecen en seguida, mientras nuevos cardúmenes llegan a continuación como si fueran al asalto.

Al principio las comimos con avidez, pero pronto estuvimos saturados e incluso asqueados.

Tras nuestro largo alto al borde del mar, hombres y caballos avanzaban muy a gusto. Pero ya las montañas lejanas se revestían de la capa azul de la niebla vespertina. Era el comienzo de la noche, portadora de la paz. Noté, sin embargo, que con el aumento de la sombra, el valle se llenaba de ciertos sonidos indistintos. Se percibían voces humanas y ruidos metálicos, tan pronto lejos como cerca.

—¿Qué es esto, Dersu? —pregunté al *gold*.

—Los *manzas* cazan jabatos.

Comprendí mal sus palabras y las interpreté en el sentido de que los chinos hacían entrar sus cerdos por la noche. Pero Dersu me objetó que nadie dejaba salir a estos animales del establo antes de la cosecha del maíz y de las legumbres. Tras unos veinte minutos de marcha, noté que se habían encendido luces del lado de las *fanzas*, pero a una cierta distancia.

—Los *manzas* cazan jabatos —repitió el *gold*, sin darme a entender aún lo que quería decir con esta frase.

Por fin, en el momento en que sorteábamos las rocas para llegar hasta un prado, los sonidos se hicieron de repente más precisos. Un chino dirigía sonoras llamadas a alguien que se encontraba a lo lejos y, al mismo tiempo, golpeaba con un bastón una pequeña cubeta de cobre. Oyendo la proximidad de nuestra tropa, lanzó gritos más fuertes y encendió leños amontonados cerca del sendero.

—Espera, capitán —me dijo el *gold*—. Es peligroso avanzar así. Este hombre puede tirar sobre nosotros. Nos toma por jabatos.

Esta vez comencé a ver claro. El chino podía, en efecto, imaginar que éramos jabalíes y disparar. Dersu le gritó algo. El otro respondió en seguida y corrió a nuestro encuentro. Se podía ver que estaba a la vez asustado y contento de nuestra aparición. Resolví acampar en este lugar. Mientras los cosacos desensillaban los caballos, entré en la *fanza* e hice algunas preguntas a los chinos. Ellos se quejaron de su suerte, explicando que, las tres últimas noches, los jabalíes venían continuamente a devastar

sus campos y sus huertos. Casi todas las legumbres habían sido aniquiladas en cuarenta y ocho horas. No quedaba más que maíz. Pero como los paquidermos habían sido ya vistos en las proximidades a lo largo de la jornada, se podía imaginar que reaparecerían a la noche. El primero de los chinos me rogó tirar al aire, prometiendo remunerarme al contado. Tras estas palabras salió corriendo, para volver a sus gritos y su tamborileo sobre la cubeta. Un segundo chino le respondió del otro lado de la montaña; de más lejos aún, llegaba un tercer eco. Estos sonidos, poco acordados, se expandían por el valle e iban a morir en el aire calmo de la noche.

Después de cenar, decidimos ir de caza. Cuando la oscuridad sucedió al crepúsculo, el chino corrió hacia el campo de maíz para encender la hoguera. Armados de nuestros fusiles, Dersu y yo partimos a cazar. Como el chino que nos hacía compañía no cesaba de gritar, Dersu le hizo observar que era inútil, ya que los jabalíes vendrían de todos modos al campo de maíz. Nosotros llegamos al cabo de unos minutos. Yo me instalé en uno de los lindes de este campo y me senté entretanto sobre un tocón. Dersu se instaló en el límite opuesto. Una columna de humo subía de la hoguera cuya luz roja chispeaba por tierra en rayos caprichosos, iluminando el maíz, la hierba, las piedras y todos los alrededores.

Nuestra espera no fue larga. Un ruido resonó detrás del campamento, justo frente a nosotros, aumentando por momentos. Los jabalíes batían con sus patas el herboso suelo, y manifestaban con gruñidos su descontento al husmear la presencia humana. A pesar de los gritos del chino y del fuego encendido, los animales iban derecho hacia el maíz. Los vimos uno o dos minutos más tarde, cuando los primeros paquidermos habían comenzado ya su saqueo. Dersu y yo hicimos fuego casi simultáneamente, abatiendo cada uno a una de las bestias. El rebaño se retiró hacia atrás, pero volvió al cabo de un cuarto de hora. Dos nuevos disparos nos aportaron todavía un par de animales. Un jabalí saltó hacia nosotros, con el hocico partido, pero una bala del *gold* lo dejó tieso. Entretanto, el chino bombardeaba a los paquidermos con tizones. Nuestros disparos se multiplicaron aún, pero no sirvieron de nada; los jabalíes parecían ir al ataque. Quise aproximarme a las bestias abatidas, pero Dersu me detuvo diciéndome que era peligroso, porque podía haber alguno que solamente estuviese herido.

Después de una nueva y corta espera, volvimos a entrar en la *fanza* para tomar el té y acostarnos. Pero nuestro sueño no fue muy profundo, ya que el chino no cesó de gritar y de hacer alboroto con su cubeta de cobre.

Despertado a las nueve de la mañana, me informé de la composición de nuestro cuadro de caza y supe por Dersu que estaba compuesto de cinco jabalíes. Pero, los sobrevivientes habían vuelto todavía al campo después de nuestra partida para devastar todos los restos del maíz, por lo cual el chino estaba muy apenado. Nosotros no nos llevamos más que una sola de nuestras presas, dejando allí el resto. Los

indígenas nos afirmaron que en otro tiempo había muchos menos jabalíes en esos parajes. Los animales se habían multiplicado en el curso de los diez últimos años, y habrían inundado la taiga entera si no estuvieran los tigres para matarlos.

Nos despedimos de nuestro huésped y continuamos el camino. Hacia el mediodía, como siempre, Dersu y yo fuimos solos por delante. Sobre la orilla opuesta al curso de agua, el sendero comenzó a subir una pendiente. En el momento de un pequeño alto, hecho a mitad de la cuesta, reajusté mi calzado y Dersu iba a encender su pipa, cuando detuvo bruscamente su ademán y arrojó una mirada atenta al bosque. Un minuto después, dijo con una franca risotada:

—¡Ah, el astuto! ¡Se hace escuchar bien!

—¿A quién te refieres? —pregunté al *gold*.

Sin decir palabra, señaló con la mano la espesura. Miré del lado indicado, pero no distinguí nada. Dersu me dijo que observara los árboles y no el suelo. Noté entonces que uno de los árboles estaba sacudido por un estremecimiento repentino y que aquello se repetía varias veces. Nos incorporamos en seguida, y, avanzando muy lentamente, tuvimos bien pronto la explicación: un oso de pecho blanco, sentado en lo alto de un árbol, se deleitaba con bellotas. Los osos de esta especie son más pequeños que sus compañeros pardos. Instalan sus guaridas en los huecos de los viejos álamos. Este animal comienza muy pronto su sueño invernal. Con sus dientes, abre por encima de los árboles huecos una pequeña abertura, que vienen más tarde a rodear témpanos de escarcha y que les sirve de ventilador. Por este dato los cazadores llegan a detectar la presencia de la fiera en un hueco.

Nos aproximamos al oso a una centena de pasos y pudimos así observarlo. «El patizambo» estaba encaramado en lo alto de la encina donde había dispuesto una especie de depósito. Pero quedaban todavía muchas bellotas prendidas a las ramas, que el animal no podía alcanzar. Así que el oso se aplicaba a sacudir fuertemente el árbol, mientras examinaba el suelo. Su cálculo parecía fundado, ya que las bellotas estaban bastante maduras para poder soltarse con una sacudida. Bien pronto «el compadre Martín» descendió de la encina para recogerlas por tierra.

—¿Qué especie de hombre eres? —le gritó Dersu.

El animal se volvió rápido, enderezó las orejas y aspiró profundamente el aire. Como no nos movíamos, él se calmó y estuvo presto a reanudar su comida. Pero el *gold*, en este momento, silbó. El oso se enderezó de cuerpo entero y se escondió detrás del árbol, donde se puso a mirar de reojo los alrededores. En este momento el viento nos sopló de espaldas. El animal lanzó en seguida un gruñido y se fue al galope, con las orejas erguidas. Los cosacos se nos reunieron bien pronto con los caballos.

Por la noche, después de cenar, estábamos todos charlando alrededor del fuego. De repente, un ser gris blancuzco vino a rozarnos con su vuelo lento y silencioso. Los

soldados creyeron que era un gran oso, mientras que yo lo tomé por un grueso murciélago. El extraño animal reapareció pronto. Sin batir las alas, seguía una línea casi horizontal, desviándose ligeramente hacia la tierra. Posándose sobre un álamo, trepó a lo largo del árbol. El color de esta bestezuela era tan parecido a la corteza, que hubiera sido absolutamente imposible percibirlo si hubiera estado inmóvil. Después de haber escalado seis metros, el animal se detuvo y pareció petrificarse. Yo tomé mi fusil de caza para enviarle plomo, pero Dersu me lo impidió. Cortó rápidamente algunas ramas pequeñas, las ató en una gavilla espesa a la punta de un bastón y se aproximó al árbol, levantando este dispositivo luego de encenderlo en la hoguera. Cegado por el fuego, el animal se quedó en su sitio. Cuando la escoba estuvo a la altura de la bestezuela, Dersu la empujó contra el árbol y dijo a un cosaco que sostuviese el bastón. El mismo trepó al álamo, se sentó sobre la rama más próxima y se apoderó de la víctima, sirviéndose de la escoba como de una fregona. La bestezuela se zarandeó chillando. Era un roedor perteneciente a la especie de las ardillas llamadas «volantes», que poseen en el flanco, entre las patas delanteras y las traseras, una membrana cutánea que les permite volar de árbol en árbol. Todo el cuerpo de esta «ardilla volante» está cubierto de pelos suaves y lisos, de color gris claro, con una raya a lo largo de la cola. Este animal se encuentra en toda la región ussuriana y habita las selvas de especies mezcladas, prefiriendo siempre el abedul y el álamo. Los soldados rodearon en seguida al roedor volante y lo observaron con curiosidad. Lo que tiene de más original es su cabeza, con grandes bigotes y enormes ojos negros, adaptados para absorber un máximo de rayos de luz durante la noche. Cuando todo el mundo hubo examinado a placer el animalito, Dersu lo levantó por encima de su cabeza, pronunció en alta voz algunas palabras incomprensibles y le devolvió la libertad. El bicho voló casi a ras del suelo y desapareció en la oscuridad. Pregunté al *gold* por qué lo había dejado irse.

—No es ni un pájaro ni un ratón —respondió Dersu—; no hay que matarlo.

Discutimos mucho tiempo sobre este tema y me habló también de otros animales. Cuando le pregunté cuál era, a su juicio, la bestia más nociva, Dersu reflexionó un poco y me dijo:

—Es el topo.

Interrogado sobre los motivos de este desprecio especial, el *gold* me respondió:

—¡A fe mía! Nadie quiere dispararle ni tampoco comérselo.

Con este juicio, me hacía comprender que el topo no servía para nada.

15. Bramidos de ciervos

En la taiga, el fin de agosto y el comienzo de septiembre representan el período más interesante de todo el año. Es entonces cuando los ciervos se ponen a bramar y cuando se entablan entre los machos esas luchas en las que se decide la posesión de las hembras. A fin de atraer a un ciervo hay que proveerse de un pequeño cuerno que se fabrica uno mismo con corteza de abedul. Basta con arrancar al árbol una larga banda de unos diez centímetros de ancho y enrollarla en espiral, para obtener así un cuerno que alcanza casi medio metro. El sonido se produce por aspiración del aire. Nada es más fácil que abatir un ciervo mientras brama. Cegados por la pasión y embaucados por los sonidos del cuerno, los machos no se imaginan el peligro y se acercan al cazador casi a quemarropa.

Provistos de estos cuernos, Dersu y yo trocamos el campamento por la selva y franqueamos juntos cerca de un kilómetro antes de separarnos. Yo elegí un lugar un poco despejado y me senté, como de costumbre, sobre un tocón, esperando la presa. A medida que la luz desaparecía, la selva se hacía cada vez más silenciosa. De repente, en la dirección sur, escuché el bramido de un ciervo. Su grito de llamada se esparció por toda la selva y provocó en seguida una respuesta. Ésta resonó próxima a mí; debía provenir de un viejo macho. Empezando por notas bajas, el ciervo hizo resonar una serie de modulaciones que iban hacia un registro elevado para terminar por una octava vibrante. Le respondí a mi vez, sirviéndome para este fin de mi cuerno. No pasó más de un minuto antes de que escuchase un crujido de ramas; percibí, a continuación, al esbelto ciervo. Avanzaba con una actitud segura y graciosa, sacudiendo la cabeza y cuidando mucho sus cuernos, que por momentos llegaban a chocar con las ramas de los árboles. Me quedé callado. El ciervo se detuvo, echó la cabeza hacia atrás y resopló en el aire, tratando de adivinar con la ayuda del olfato el lugar en que se encontraba su adversario. Durante algunos minutos admiré al bello animal, sin tener la menor intención de matarlo. Pero el ciervo estaba muy excitado, presintiendo la presencia de un enemigo. Se sirvió de sus cuernos para remover el suelo y a continuación, con la cabeza levantada, dio un potente bramido que le hizo exhalar un ligero vapor. Antes que hubiera resonado un eco, una respuesta llegó de la orilla opuesta. El ciervo se estremeció e hizo escuchar una especie de gemido que se transformó bien pronto en un bramido corto y furioso.

Escuché de repente a mi izquierda un ligero ruido. Miré de ese lado y percibí una cierva. Cuando me volví, los dos machos habían ya entablado la lucha. Se coceaban con rabia uno al otro. Escuché los choques de sus cuernos y los soplidos profundos, cortados por quejidos. Las patas de atrás bien extendidas, los animales habían retraído las de delante sobre el vientre. En un momento dado, sus cuernos se entrelazaron a tal punto, que los combatientes no pudieron por mucho tiempo

desasirse uno del otro. Pero uno alcanzó a romper, con una fuerte, sacudida de su cabeza, la extremidad de la cornamenta de su adversario, lo que fue el único medio de desprenderse.

Este combate duró unos diez minutos. Al fin, era evidente que uno de los dos ciervos debía ceder. El más débil respiraba penosamente y abandonó paso a paso. Notando esta retirada, su adversario redobló el furor. Las bestias desaparecieron pronto de mi vista y el ruido de su lucha fue disminuyendo gradualmente. Estaba claro que el más fuerte perseguía a su enemigo. La cierva los seguía a cierta distancia.

Un tiro lejano que estalló en la selva me hizo comprender que Dersu estaba manos a la obra. Hay que reconocer que los machos combatían por todas partes y producían un verdadero estrépito en la selva entera.

La noche caía rápidamente. Los últimos fulgores del sol luchaban aún en el cielo con la oscuridad, que llegaba rápidamente por el este.

Una media hora después, regresé al campamento. Dersu estaba ya instalado cerca del fuego, limpiando su arma. Hubiera podido muy bien abatir algunos ciervos, pero se había contentado con una ortega[23]. Nos quedamos todos alrededor del fuego, escuchando los bramidos, que nos impidieron dormir aquella noche. Por mi parte, cuando comencé a dormitar, los bramidos de los ciervos me despertaron de nuevo. Los cosacos permanecían junto al fuego y no dejaban de blasfemar. Las chispas se elevaban en el cielo como fuegos de artificio, girando algún tiempo hasta extinguirse en la noche.

El alba llegó por fin y los bramidos se apaciguaron poco a poco. No quedaron más que ciervos aislados que no llegaban a calmarse. Erraban sobre las laderas sombreadas de la montaña dando bramidos pero nadie les respondía ya. Después de la salida del sol, la taiga volvió a quedar silenciosa.

Aquel día, los ciervos más impetuosos se pusieron a bramar cuando había aún bastante claridad; sus bramidos resonaron primero en las alturas y se repitieron bien pronto en los valles. Resolví volver otra vez a la taiga e invité a Dersu a acompañarme. Habiendo atravesado el río, nos alejamos alrededor de un kilómetro y medio del campamento, para detenernos a escuchar cerca de un arroyo apacible. Al hacerse más espesa la oscuridad, los animales dieron gritos más fuertes y bien pronto la selva resonó con ellos. Tratamos sin éxito de acercarnos a los ciervos. Pudimos atisbarlos bien raras veces, y de una manera insuficiente; tan pronto se notaba una cabeza guarnecida de sus cuernos como no aparecía más que la parte trasera y las patas. Una sola vez alcanzamos a ver un hermoso macho, ya flanqueado por tres ciervas. Como los animales avanzaban sin prisa, seguimos su pista. Pero, sin el *gold*, hubiera yo perdido pronto de vista esta tropa. El ciervo marchaba siempre a la cabeza y respondía a cada desafío que se le lanzaba, sintiéndose superior a sus rivales.

De repente, el *gold* se detuvo para escuchar algo, dio media vuelta y se quedó

como helado. Por mi parte, en ese momento escuché el bramido de un viejo macho, pero pude notar que las notas de su voz alternaban en una serie poco parecida a la de los bramidos ordinarios.

—¡Caramba! ¿Conoces tú esa especie de hombre? —me preguntó Dersu en voz baja.

Respondí que en mi opinión se trataba de un ciervo, pero al parecer muy viejo.

—Es *Amba* —cuchicheó el *gold*—. Es muy astuto y es así como engaña al ciervo. Este no sabe distinguir quién es el hombre que lo llama. *Amba* va a atrapar bien pronto a una cierva.

Como para confirmar sus palabras, el ciervo respondió con una voz sonora a la pérfida llamada del tigre. El felino respondió de nuevo sin dilación, imitando hábilmente al rumiante, pero dejando escapar, hacia el final, una especie de corto maullido. El tigre se aproximaba e iba a pasar probablemente cerca de nosotros. Dersu pareció agitado y mi corazón batió más fuerte. A pesar mío, sentí que el miedo me invadía a mi vez. Pero de repente, Dersu se puso a dar un grito prolongado:

—¡Ah-ta-ta, ta-ta-ta...!

A continuación, disparó al aire, saltó hacia un abedul y arrancó un poco de corteza para encenderla en seguida. La madera seca se prendió con una llama viva que hizo aparecer los alrededores más negros todavía.

Asustado por el tiro de fusil, los ciervos se arrojaron de lado y reinó un silencio completo. El *gold* tomó un bastón y ató el haz de corteza inflamada. Al cabo de un minuto, deshicimos el camino al resplandor de esta antorcha improvisada. Después de atravesar el pequeño río, ganamos la senda que nos llevó al campamento.

Uno de nuestros soldados acababa de encontrar en la vecindad los esqueletos de dos ciervos con los cuernos entrelazados. Seguí la dirección que me indicaba y encontré, en efecto, después de una corta marcha, estos restos curiosos esparcidos por el suelo. Se podía notar que pájaros y fieras se habían dedicado a limpiar los cadáveres. Eran las cabezas de los ciervos o más bien los cráneos los que ofrecían más interés. En el curso de la batalla, los dos combatientes habían cruzado tan bien las armas, que no pudieron separarse más y perecieron de hambre. Nuestros soldados trataron de desunir estos dos pares de cuernos, poniéndose tres de cada lado. Pero fue en vano. Se puede imaginar el encarnizamiento de la lucha. Un choque particularmente violento había sin duda hecho ceder los cuernos, proporcionando así a los animales la ocasión de este supremo abrazo. Si bien nuestros caballos estaban ya sobrecargados, decidí llevarme este raro hallazgo hasta el primer albergue para depositarlo en casa de los chinos.

Por la noche, después de la cena, se habló de caza. A decir verdad, fue Dersu quien habló, mientras nosotros le escuchábamos. La vida de este hombre estaba llena de aventuras de lo más interesantes. Nos contó que, diez años atrás, cazaba el ciervo,

justo en el momento más propicio para recoger los *panty* de jóvenes machos. Aquello sucedía en las fuentes mismas de uno de los afluentes del Daubi-khé. Las aguas alpinas habían cavado barrancos profundos y largos en las laderas boscosas. Dersu disponía de su carabina, de un cuchillo de caza y seis cartuchos. Cerca de su campo, levantó un pequeño ciervo pero sólo lo hirió levemente. El animal cayó, pero se enderezó pronto sobre sus patas y huyó hacia el bosque. El *gold* lo alcanzó y le envió otras cuatro balas, ninguna de las cuales fue mortal. El ciervo huyó de nuevo y Dersu tiró su sexto y último cartucho. A continuación, la bestia acosada se escondió en el fondo de un barranco que estaba comunicado con otra garganta. El ciervo se encontraba justamente en el lugar donde las cavidades venían a reunirse. El animal herido estaba en el agua, no dejando aparecer más que una parte de sus espaldillas, su cuello y su cabeza, que reposaban sobre piedras. Enderezaba a veces la cabeza y parecía próximo a expirar. Dersu se sentó sobre una piedra y comenzó a fumar, esperando la muerte del ciervo. Pero tuvo tiempo de consumir dos pipas antes de sorprender el último estertor de su presa. Se aproximó a continuación al animal para cortarle la cabeza adornada con sus hermosos cuernos. El sitio era poco cómodo: un aliso macizo que crecía justo al borde del agua. A pesar de todos sus esfuerzos, Dersu no podía colocarse de otra manera que arrodillándose del lado derecho, apoyando el pie izquierdo contra una piedra del arroyo. Carabina en bandolera, se puso a desollar su pieza. Pero apenas había hecho dos incisiones, escuchó detrás de él, a pesar del ruido del agua, un estremecimiento súbito. Al instante, antes que tuviera el tiempo de volverse, vio a su lado un tigre. Queriendo posar una de sus patas sobre una piedra, el felino acababa de hacer un falso movimiento sumergiéndola en el agua. El *gold* sabía que el menor gesto de su parte lo llevaría a la muerte. No rechistó más y retuvo la respiración. El tigre no hizo más que echar una mirada del lado de Dersu y continuó su camino, percibiendo esta silueta inmóvil. Adivinaba, sin embargo, que este objeto, si bien estaba quieto, no era ni un tocón ni una piedra, sino un ser viviente. El felino se volvió dos veces para aspirar el aire con fuerza. Felizmente, la dirección del viento era favorable al cazador, ya que la corriente de aire iba del tigre hacia Dersu y no en sentido inverso; o sea que el felino no sintió el olor del animal muerto y comenzó a trepar por el escarpado, haciendo rodar piedras y arena en el arroyo. Pero, llegado a la cima, percibió de golpe el olor de hombre. Con los pelos del lomo erizados, rugió y se golpeó con la cola. Dersu no pudo hacer otra cosa que dar un grito y huir a lo largo del barranco. El tigre se arrojó hacia el lugar que el *gold* acababa de dejar y se puso a husmear el ciervo abatido. Aquello salvó a Dersu, que acertó a salir del barranco y continuó su loca carrera, como un cordero perseguido por el lobo.

Comprendió entonces que el ciervo que acababa de abatir, no le pertenecía a él, sino al tigre. En su opinión, era la razón por la cual seis cartuchos le habían apenas bastado para terminar con esa presa. Acabó por asombrarse de no haber adivinado la

cosa desde el principio. En lo sucesivo, Dersu no fue más por aquellos barrancos, que consideró desde entonces como un lugar prohibido. Había pagado para saberlo.

16. La caza del oso

Se puede considerar que el valle del Mutu-khé es la región más abundante en caza de todo aquel litoral. Ciervos, corzos y jabalíes salían constantemente de la maleza mientras avanzábamos por el río. Los cosacos no hacían más que gritar y agitarse y tuve bastante trabajo para prohibirles disparar, lo cual hubiera significado la destrucción inútil de aquellos animales. Una tarde, hacia las tres, di orden de interrumpir la marcha.

Yo tenía muchas ganas de matar un oso. «Otros afrontan a estas fieras cara a cara, ¿por qué no haría yo otro tanto?», pensé.

Este pensamiento, en el que se entremezclaban mi pasión por la caza y mi vanidad, me hizo tomar la decisión de intentar la suerte.

Son numerosos los cazadores que afirman haber abatido osos sin experimentar el menor miedo y que se limitan a destacar los aspectos cómicos de esta caza. Unos pretenden que el oso huye al primer golpe de fusil; según otros, por el contrario, el animal se encabrita para ir delante del cazador, dejando a éste todas las facilidades para enviarle varias balas. Dersu no compartía ninguna de estas opiniones. Cada vez que escuchaba contar historias de este género, se irritaba hasta el punto de escupir, pero desdeñaba toda controversia. Cuando supo que yo quería ir solo a cazar el oso, me aconsejó prudencia y me ofreció sus servicios. Pero estas reflexiones no hicieron más que excitarme más aún y mi decisión de afrontar a «los patizambos» cara a cara se hizo más firme todavía.

Desde el primer kilómetro que recorrí al abandonar el campamento, tuve tiempo de levantar dos corzos y un jabalí. La abundancia de caza era tal que aquello recordaba un poco esos jardines zoológicos donde se ve pasear libremente animales traídos de todas partes.

Atravesé un arroyo y me detuve al acecho en un bosque despejado. A los pocos minutos, vi un ciervo que corría a lo largo de los lindes; jabalíes, acompañados de sus jabatos aulladores, hacían ruido en el avellanar vecino.

Pero he aquí que escuché, frente a mí, un crujido de ramas, seguido de un ruido de pasos. Alguien avanzaba con una marcha media y pesada. Me asusté y estuve a punto de retroceder, pero mi miedo predominaba y no me moví. La masa negra de la silueta de un gran oso apareció pronto, caminando oblicuamente por la ladera, un poco por encima del lugar en que yo me encontraba. Parándose a menudo y escarbando la tierra, el animal dio vuelta al ramaje caído para examinar con atención lo que había debajo. Esperé que la fiera estuviera a unos cuarenta pasos, apunté lentamente e hice fuego. A través de la humareda, vi al oso volverse con un rápido alarido y apretar con los dientes la parte de su cuerpo donde acababa de alojarse mi bala. No me acuerdo bien de lo que ocurrió luego, ya que todo había pasado tan

rápidamente que no podía darme cuenta de la sucesión exacta de los acontecimientos. Poco después de la detonación, el oso se arrojó sobre mí con furor. Sentí un choque violento, y un segundo disparo explotó en el mismo instante. Jamás pude comprender ni cómo ni cuándo había tenido tiempo de recargar mi arma. Creo que caí a la izquierda. El oso dio una voltereta y rodó a la derecha, precipitándose a lo largo de la ladera. Ya no sé cómo pude incorporarme sin dejar mi carabina. Corriendo por la pendiente escuché un ruido de persecución. En efecto, el oso me perseguía, pero sus movimientos eran ahora amortiguados. Entonces, me acordé de que mi fusil estaba otra vez descargado y me detuve para reajustar lo más pronto posible la culata. «Hay que tirar: mi vida depende de una buena puntería», tal fue el pensamiento que atravesó mi mente. Con la culata del fusil apoyada contra la espalda, no vi sin embargo ni el alza ni la guía, no percibiendo en aquel momento más que la cabeza peluda del oso, su boca abierta y sus ojos llenos de rabia. Cuando estuvo muy cerca, tiré casi a quemarropa. El animal se desplomó, mientras yo escapaba de nuevo. Echando una mirada hacia atrás, vi a la bestia que rodaba por tierra. Pero en el mismo instante, escuché un nuevo ruido a mi derecha. Me volví instintivamente de aquel lado y quedé petrificado, al advertir otro oso que asomaba su cabeza desde la maleza. Pero éste desapareció rápidamente, mientras yo huía hacia la derecha, haciendo el menor ruido posible. Llegado al río, paseé durante unos veinte minutos sin otra finalidad que recobrar la calma. Se tiene vergüenza de regresar al campamento con las manos vacías. Si yo podía estar seguro de que el oso estaba verdaderamente abatido, sería una lástima abandonarlo. Pero había allí un segundo oso, y éste, indemne. ¿Qué hacer? Erré así hasta la puesta de sol. Cuando el astro desapareció detrás del horizonte, sus rayos abandonaron la tierra para no alumbrar más que el cielo. Entonces, decidí dar un rodeo para ver al oso de lejos. Pero mi miedo creció a medida que me aproximaba al lugar peligroso. Mis nervios, extremadamente tensos, me hacían volver con terror a cada pequeño ruido. Pensaba constantemente ver osos y notar su persecución. Después de haberme detenido varias veces para escuchar, percibí finalmente el árbol del cual mi oso había caído por última vez. Este árbol me parecía ahora particularmente pavoroso. Decidí sortearlo, caminando a lo largo de la ladera para mirarlo desde lo alto del valle. Así que hice de nuevo un gran rodeo, deteniéndome en los lugares que me parecían sospechosos y lanzando piedras a derecha e izquierda.

De repente, noté que algo se removía entre las zarzas. «Un oso», pensé retrocediendo instantáneamente. Pero al instante resonó una voz humana: la de Dersu. Transportado de alegría, corrí hacia él. El *gold* me vio y se sentó sobre un árbol abatido, encendiendo su pipa. Cuando me acerqué para preguntarle cómo había venido allí, Dersu me dijo que él se encontraba en el campamento en el momento en que habían sonado mis tiros. Partiendo en socorro mío, supo establecer, de acuerdo

con las pistas, el lugar desde donde yo había tirado y la manera en que había sido atacado por el oso. Había visto también el lugar de mi caída. Otras trazas le indicaron que el oso me había perseguido y así hasta el final. En resumen, me contó todo lo que acababa de pasarme.

—Sin duda, el animal herido se ha marchado —dije a mi camarada.

—No, se ha quedado aquí —objetó Dersu, mostrándome un gran montón de tierra.

Recordando ciertos relatos de cazadores, lo comprendí todo. Según ellos, un oso tiene la costumbre de enterrar a cualquier bestia muerta que encuentre, para relamerse más tarde con ella, cuando la carne comienza a pudrirse. Pero lo que yo ignoraba en absoluto es que un oso fuera capaz de enterrar a uno de sus propios hermanos. Para Dersu también esto era nuevo. Procedimos rápidamente a desembarazar al animal abatido, cubierto no solamente de tierra sino de una cantidad de piedras y de ramas rotas.

Yo encendí fuego mientras Dersu se ponía a despellejar a la fiera. El oso que yo acababa de matar tenía pelaje oscuro, tirando a negro, y era muy voluminoso, midiendo dos metros por uno. Su peso sobrepasaba los trescientos kilos. Provisto de músculos de gigante, disponía además de colmillos sólidos y de largas garras. Es curioso advertir que la piel de oso, negra en el mediodía, palidece a medida que se remonta hacia el norte, donde acaba por tener un tono leonado claro. Este animal tiene un carácter bastante bonachón mientras se lo deja en paz, pero se vuelve realmente terrible cuando está herido. Se alimenta principalmente de vegetales, pero no desdeña el relamerse, si tiene ocasión, con carne y pescado. El oso de pelaje leonado instala su madriguera bajo las raíces de los árboles, en hendiduras pedregosas, es decir, bajo tierra. Como a sus congéneres de antaño, le gusta huir a las cavernas para vivir no solamente en invierno sino también en la estación cálida. Estos animales, por otra parte, no comienzan su sueño invernal hasta una época avanzada y a veces les ocurre que vagan por la taiga hasta diciembre, evitando trepar a los árboles, quizás a causa de su gran peso.

Mis tres balas habían alcanzado a la fiera: una en el flanco, otra en el pecho y la tercera en la cabeza. Cuando Dersu acabó su trabajo, era ya de noche. Echamos en la hoguera bastante madera húmeda para que se quemara hasta por la mañana y fuimos lentamente hacia el campamento. La noche era calma y fresca. Mientras volvíamos, todavía levantamos jabalíes que se dispersaron por todos lados con mucho ruido. Finalmente, percibimos entre los árboles los fuegos del campamento.

Después de cenar, los cosacos fueron a acostarse pronto. Yo había estado tan agitado durante la jornada pasada que no pude dormirme. Levantándome, me senté cerca del fuego para revivir mentalmente mis experiencias recientes. La noche era clara y apacible. Animales salvajes erraban por los linderos del bosque somnolientos.

Algunos llegaban bastante cerca del campamento, revelándose los corzos como los más curiosos de todos. Sintíendome al fin invadido por el sueño, me acosté al lado de los cosacos.

Al alba, Dersu se despertó el primero; yo fui el segundo, después les llegó el turno a los soldados. El sol acababa de salir, no iluminando todavía más que las cimas de las montañas. Tras un ligero desayuno, ajustamos los fardos y reanudamos la marcha. El camino, extremadamente pedregoso, que seguimos hasta el paso del valle del Mutu-khé, no fue nada fácil. Hendiduras entre las rocas y hoyos entre las raíces, representaban verdaderas trampas. Las bestias de carga estaban constantemente expuestas a romperse las patas y apenas si avanzaban penosamente. Asombra, no sin motivo, ver los caballos indígenas chinos, sin herraduras y soportando pesadas cargas, franquear un recorrido como aquél. Hicimos alrededor de cinco kilómetros a lo largo del río antes de volver hacia el mar, en la dirección este.

Noté desde la mañana un cambio desfavorable de la atmósfera. Una bruma, que vino a revestir con su velo blanco el azul del cielo, escondió completamente las montañas lejanas. Llamé la atención del *gold* sobre aquello, comunicándole muchas cosas que la meteorología me había enseñado sobre el capítulo de la niebla seca.

—Yo creo que se trata de humo —respondió él—. Pero como no hay viento, no sé dónde está el incendio.

Apenas llegados sobre la altura, vimos de qué se trataba. Una humareda blanca subía en gruesos torbellinos del otro lado de la cuesta situada a la derecha del Mutu-khé. Más lejos, al norte, otras colinas estaban también llenas de humo todavía. Evidentemente, el incendio se había apoderado ya de un vasto espacio. Tras haber admirado ese cuadro durante algunos minutos, fuimos hacia el mar; pero en cuanto estuvimos cerca de la costa, volvimos a la izquierda para evitar los barrancos profundos y los promontorios elevados.

Sorprendiendo sonidos extraños que nos traía de abajo el viento y que parecían ladridos roncós y prolongados, fui lentamente al borde del precipicio y vi un espectáculo de lo más interesante: al borde del mar estaban acosadas una gran cantidad de pequeñas *otarias* (leones marinos), mamíferos que representan una variedad de la familia de las focas orejudas.

Este animal, más bien voluminoso, alcanza una longitud de cuatro metros y un diámetro de seis, llegando su peso hasta los seiscientos u ochocientos kilos. He aquí sus características principales: orejas de pabellones finos, hermosos ojos negros, grandes mandíbulas y colmillos poderosos, cuello más bien alargado y provisto de pelos más largos que los del resto del cuerpo, extremidades traseras con las plantas completamente descarnadas. Los machos tienen habitualmente el doble de volumen que las hembras. En la Primorié rusa (provincia del litoral), las *otarias* se encuentran a todo lo largo de la costa del Mar del Japón. Los indígenas las cazan sobre todo por

su piel gruesa, de la cual hacen calzado y correas que sirven para enjaezar a los perros.

Estos animales parecían encontrar un placer particular el dejarse acariciar por las olas, que venían a salpicar las piedras con su espuma. Se estiraban, sacudían la cabeza, levantaban las extremidades traseras, se daban vuelta sobre el lomo y se deslizaban súbitamente de sus piedras para sumergirse en el agua. Pero jamás la piedra así abandonada quedaba libre: una nueva cabeza emergía en seguida y otro animal se apresuraba a tomar la plaza vacante. Las hembras reposaban al borde del mar en compañía de jóvenes animales, mientras que los machos adultos dormitaban apartados, cerca de las cavernas socavadas por las aguas. El pelaje de los viejos era de un color leonado bastante claro; los jóvenes tenían un tinte más oscuro. Estos últimos desplegaban una fiereza especial. Levantaban la cabeza y la giraban lentamente de un lado a otro. A pesar de su cuerpo torpe, no podía discutírseles una cierta gracia. Merecían bien el nombre de leones marinos que se da a sus parientes de las orillas californianas.

Fiel a la costumbre que es innata de los cosacos cazadores, Murzine apoyó y apuntó su fusil hacia la *otaria* más próxima, pero Dersu lo detuvo, apartando suavemente el cañón.

—No hay que tirar —dijo—. Yo no podría siquiera llevar el animal. Es malo disparar sin motivo.

Fue entonces cuando nos dimos cuenta de la inaccesibilidad absoluta del lugar donde se encontraban los animales. Sobre los dos flancos, estaba defendido por promontorios que avanzaban en el mar, mientras que las escarpaduras alcanzaban una cincuentena de metros de altura y lo hacían inabordable del lado de la tierra. Solamente en barco nos podíamos aproximar a las *otarias*. Así que no podíamos llevarnos una bestia abatida; ¿para qué, pues, matar un animal y dejarlo en su sitio? Durante unos veinte minutos, observamos estos seres curiosos de los cuales yo no podía apartar mis ojos. Pero, de repente, sentí a alguien que me tomaba por el hombro:

—Capitán, hay que avanzar —me dijo el *gold*.

Es siempre más fácil seguir por una cresta que por una ladera, ya que existe el recurso de sortear en línea horizontal los puntos salientes. Cuando pudimos ganar nuestro sendero, la noche había caído ya. Teníamos entonces que escalar la altura más importante, antes de volver a descender a un vallecito encajonado. Comprobé que el paso estaba a 740 metros por encima del nivel del mar.

El cuadro que percibí desde este punto elevado me asombró de tal manera que dejé escapar una exclamación de sorpresa. Los restos del incendio rodeaban la montaña con una especie de cintura luminosa. Era a la vez un espectáculo grandioso y angustiante. Las luces centelleaban y parecían a veces apagarse, pero se volvían a

encender con una fuerza mayor. Habían ya sobrepasado la garganta y descendían en aquel momento al valle. El incendio formaba un movimiento general concéntrico que subía al asalto en un círculo bastante regular. Había en el cielo dos llamaradas rojas, al oeste y al este, de las cuales una temblaba y la otra permanecía calma.

La luna comenzó a levantarse, mostrando primero un pequeño extremo por encima del horizonte. Lenta e indecisa, emergió poco a poco del agua para elevar cada vez más alto su largo disco rodeado de una aureola púrpura.

—Hay que andar, capitán —me cuchicheó Dersu por segunda vez.

Descendimos al valle, donde hicimos alto en medio de un encinar despejado en cuanto encontramos agua. Dersu nos hizo cortar la hierba a fin de preservar el campamento y se puso a preparar un nuevo incendio para contrarrestar el de la selva. La hierba seca y las hojas muertas se inflamaron como la pólvora. El fuego se esparció rápidamente, sin obedecer siempre a la dirección del viento. Los bosques tomaron un aspecto fantástico y yo seguí con interés la marcha de las llamas. Estas lamían el follaje con una cierta lentitud, pero daban saltos súbitos cuando alcanzaban la hierba. El calor hacía elevarse en el aire desperdicios secos que volaban ardiendo. El fuego se propagaba así cada vez más. Cuando llegó a las zarzas, una llama inmensa se elevó ruidosamente. Había en la proximidad un abedul amarillo cuya corteza colgaba en jirones. Instantáneamente, se transformó por entero en una antorcha, pero esto no duró más que un momento, apagándose a continuación la corteza consumida. Viejos árboles con la médula seca se quemaban sin tambalearse. Pasado el fuego, hilillos de humo blanco montaban de aquí y de allá provenientes de tizones que ardían por tierra.

Los animales y los pájaros, asustados, buscaban su salvación en la fuga. Una liebre pasó a mi lado; una ardilla saltaba sobre el ramaje caído que comenzaba a inflamarse. Un pájaro carpintero de plumaje abigarrado, se lanzaba de árbol en árbol con gritos estridentes. Yo iba cada vez más lejos siguiendo el fuego, sin temor a perderme. Avancé hasta el momento en que mi estómago me recordó que era tiempo de entrar. Suponía que la hoguera me indicaría el emplazamiento de nuestro campo. Pero cuando me volví, vi muchos fuegos distintos: era la madera de las ramas desgajadas la que acababa de consumirse. No pude distinguir cuál de aquellos fuegos era el nuestro. Como uno me parecía más importante que los otros, me dirigí hacia allí, pero era simplemente un tocón seco que estaba en llamas. La misma aventura se repitió aún. Continué así, pasando de un fuego a otro, sin encontrar el campamento. Me puse entonces a gritar y una respuesta me llegó del lado completamente opuesto. Di de nuevo media vuelta y acerté pronto a reunirme con los míos.

Las apreciaciones del *gold* eran justificadas. Durante la segunda mitad de la noche, el fuego progresó directamente de nuestro lado, pero se alejó, falto de cualquier presa que pudiera consumir. Contrariamente a las previsiones, la noche fue

cálida, a pesar del cielo sin nubes. Acostumbrado a dirigirme a Dersu en cada circunstancia que me parecía incomprensible, lo consulté también en esta ocasión, seguro de obtener una explicación satisfactoria.

—La helada es ahora impotente —me respondió—. Mira, capitán, hay mucho humo en todo alrededor.

Me acordé entonces de que los jardineros tenían la costumbre de ahumar sus cultivos para preservarlos contra las heladas matinales.

Al día siguiente, vimos un ciervo pastando cerca de un montón de ramas secas que ardían todavía. El animal lo franqueó tranquilamente para ir a morder lo que quedaba allí de una zarza. Los incendios frecuentes habían, aparentemente, familiarizado tan bien a las bestias con el fuego que ya no lo temían.

17. Fuego en el bosque

Durante la jornada, Dersu encontró sobre el sendero huellas humanas que escrutó con atención. Recogió en alguna parte una colilla y un pedacito de tela china azul. En su opinión, dos hombres habían pasado por allí. Pero no eran chinos trabajadores, sino gente desocupada, ya que un pedazo de trapo completamente nuevo, por estar simplemente manchado, no lo hubiera arrojado ciertamente un trabajador; éste hubiera guardado incluso un viejo trapo hasta que estuviera completamente usado. Además, los trabajadores fuman en pipa; los cigarrillos son demasiado costosos para ellos. Dersu prosiguió sus observaciones y encontró el lugar donde los dos paseantes habían reposado y donde uno de ellos había cambiado de calzado. Un cartucho caído en el suelo permitió establecer que aquellos chinos estaban provistos de carabinas. Hallazgos más variados se hicieron en el curso de nuestra marcha. El *gold* se detuvo súbitamente.

—Otros dos hombres han marchado por aquí —dijo—. Esto hace cuatro en total. Pienso que son hombres malos.

Después de haber deliberado, decidimos abandonar el sendero para adentrarnos en plena taiga. Habiendo escalado la primera altura que se presentaba, miramos todo alrededor. Al frente, a algunos kilómetros, aparecía la bahía de Plastoun; a nuestra izquierda, se levantaba una cresta elevada; detrás nuestro, estaba el lago de Dolgoyé, y, finalmente, a nuestra derecha, se veía una serie de colinas cortadas por las aguas, más allá de las cuales se extendía el mar.

No viendo nada sospechoso pensé en volver al sendero, pero Dersu me aconsejó descender hacia un pequeño arroyo que corría en dirección norte y seguirlo hasta el río. Después de una hora de marcha, llegamos a los linderos del bosque. El *gold* nos dijo que esperáramos su regreso para reconocer el país.

Al acercarse el crepúsculo, el pantano se tiñó de un amarillo leonado monótono, y se transformó en un desierto inanimado. Las montañas se revistieron con el velo azul de la niebla vespertina y se ensombrecieron. Pero a medida que se hizo más oscuro, el resplandor rojizo del cielo, producido por el fuego del bosque, se hizo más y más deslumbrador. Así pasó una hora, y después otra, sin que el *gold* regresara. Comencé a inquietarme.

De repente, se escuchó a lo lejos un grito, al que siguieron primero cuatro disparos de fusil, después otro grito y, por fin, una nueva detonación. Mi primer impulso fue correr en aquella dirección, pero me dije que eso no conduciría más que a una dispersión de nuestras fuerzas. De hecho, el *gold* volvió al cabo de unos veinte minutos. Con aspecto muy alarmado, nos contó lo más brevemente posible lo que acababa de sucederle.

Marchando sobre las huellas de cuatro desconocidos, llegó a la bahía de Plastoun.

Allí, vio una tienda donde había una veintena de chinos armados. Reconociendo en ellos a *hundhuzes*, se dio prisa para deslizarse en la maleza y volver hacia nosotros, pero un perro lo husmeó y se puso a ladrar. Tres chinos cogieron sus armas y corrieron en su persecución. Al huir, Dersu se atascó en el suelo movedizo de un pantano. Los *hundhuzes* le gritaron que se detuviera e hicieron fuego. Habiendo llegado a un lugar seco que le permitía arrodillarse, el *gold* apuntó bien e hizo fuego a su vez. Entonces, vio claramente a uno de sus atacantes que se desplomaba. Como los otros dos se quedaron cerca de su compañero, Dersu pudo reemprender su carrera. Pero, para engañar a los *hundhuzes*, se largó a propósito, mientras estos hombres pudieran seguirlo con la mirada, en una dirección opuesta a aquella en que nosotros estábamos acantonados y volvió hacia nosotros recorriendo todo un circuito.

—Los *hundhuzes* me han hecho un agujerito en la camisa —dijo, mostrando su chaqueta agujereada por una bala. Para concluir su relato, agregó aún esta reflexión —: Debemos marcharnos rápidamente.

A continuación, cargó su mochila a la espalda.

Avanzamos con precaución, absteniéndonos de hacer ruido. El *gold* evitó seguir senderos y nos condujo por escarpaduras arenosas, costeano el lecho desecado de un torrente. Hacia las diez de la noche, llegamos al río Yodzy-khé; pero en lugar de entrar en las *fanzas*, nos instalamos al aire libre. Por la noche, tuve mucho frío y me envolví lo mejor que pude en una lona de tienda. Pero la humedad se infiltraba por todas partes y nadie cerró los ojos. Esperamos con impaciencia el alba, pero, como a propósito, el tiempo se hizo particularmente largo.

Cuando apareció la luz, nos volvimos a poner en ruta. Dersu estimó de nuevo que era preferible no servirnos del sendero y adentrarnos en la montaña. Así se hizo. Vadeamos el río, encontramos a continuación un sendero y estábamos a punto de deslizarnos en las altas hierbas, cuando un *udehé*, carabina en mano, salió de la maleza y se encontró frente a frente con nuestro destacamento. Al principio, se asustó y nos dio a su vez bastante miedo; pero cuando advirtió mi gorra de oficial, sacó de su bolsillo interior un pliego que se apresuró a entregarme. Era una carta por la cual se me informaba que una compañía de cazadores mandada por el jefe chino Tchan-Bao, acababa de abandonar el río Sanhobé, en persecución de los *hundhuzes*. Mientras leía este mensaje, Dersu y el *udehé* se plantearon una serie de preguntas. Supimos así que Tchan-Bao y sus treinta cazadores habían pasado la noche no lejos de nosotros y debían llegar probablemente dentro de poco al Yodzy-khé. En efecto, los encontramos unos veinte minutos más tarde.

Tchan-Bao, que debía tener unos cuarenta y cinco años, era de talla robusta y llevaba la ropa azul tan corriente en China, si bien la suya estaba un poco más limpia que la de un obrero ordinario. Su rostro móvil traicionaba las pruebas que había sufrido. Su bigote negro, un poco canoso ya, le caía a los lados, al estilo chino. El

rostro de este hombre, con sus ojos negros que chispeaban de gracia y la sonrisa que no desaparecía de sus labios, sabía, sin embargo, guardar siempre sus buenos modales. Antes de dar cualquier respuesta, meditaba lo que tenía que decir y hablaba suavemente, sin prisas.

El destacamento que comandaba Tchan-Bao se componía de chinos y de *udehés*. Eran todos jóvenes, musculosos, sólidos y bien armados. Noté en seguida la disciplina rigurosa que reinaba en esta tropa: Todas las órdenes del jefe eran rápidamente ejecutadas, sin que tuviera jamás necesidad de repetirlas. Tchan-Bao me saludó con corrección y dignidad. Cuando supo que Dersu había sido atacado por la noche por los *hundhuzes*, le preguntó en detalle dónde había pasado aquello y esbozó con una varita un croquis topográfico sobre la mesa.

Supimos que el grupo de bandidos encontrados en nuestro camino se había servido de barcos para llegar a la bahía de Plastoun, con la intención de saquear las embarcaciones acostumbradas a refugiarse allí por el mal tiempo.

Una vez obtenidas las informaciones necesarias, Tchan-Bao declaró que tenía prisa por partir, pero que volvería al río Sanhobé dentro de dos o tres días. A continuación se despidió de mí y continuó su camino a la cabeza de su destacamento.

No teníamos ya que escondernos de los chinos, así que entramos en la primera *fanza* para tomar el té y acostarnos. Alrededor de esta casa, habitada por chinos, no había ni huertos ni campos labrados. Pero la mirada penetrante del *gold* percibió una sierra rectangular, hachas de grandes mangos, cestas hechas en cáñamo trenzado y largas *kangs*, cuyo número no respondía al de los habitantes de la *fanza*. Supimos que estos chinos se ocupaban de recoger los champiñones de los árboles y los líquenes de las piedras. Los champiñones, que no se recogen más que sobre las encinas, tienen un aroma especial y contienen mucha agua. Para cultivarlos, los chinos abaten una cantidad de encinas. Cuando estos árboles comienzan a pudrirse crecen en ellos champiñones cuya apariencia es la de los corales blancos y que los chinos llaman *tueres*. Después de haberlos recogido, los dejan secar, primero al sol y más tarde en el interior de la *fanza*, poniéndolos luego en *kangs* bien calientes.

Por su parte, los líquenes tienen el tono verde oscuro de una aceituna, pero se hacen negros después del secado. Los chinos los llaman *chihei-pi*, lo que significa «piel de piedra». Se los arranca de las rocas calcáreas y esquistosas para embalarlos en cestas trenzadas y enviarlos a Vladivostok en calidad de golosina selecta.

Los chinos están dotados de un espíritu de empresa que no deja de sorprender. Unos cazan el ciervo, otros buscan el *gin-seng*, los otros acosan a las cibelinas. Después vienen los que se procuran la sustancia olorosa que proporcionan los «almizcleros»; a continuación, los pescadores de coles marinas, de cangrejos y de *trepangs*[24]. Hay también cultivadores de adormidera, de la cual se saca el opio. Cada *fanza* representa alguna industria nueva, que puede consistir en pesar perlas,

producir algún aceite vegetal, fabricar *hanchine* o recoger raíces de astrágalo. En resumen, no es posible enumerar todas estas profesiones especiales.

La jornada nos había fatigado de tal manera que no fuimos más lejos, decididos a quedarnos allí por la noche. El interior de la *fanza* era limpio y cuidado. Los chinos, hospitalarios, nos cedieron sus camas y se esforzaron en prestarnos todas las atenciones posibles. Fuera, estaba sombrío y frío; el ruido de las olas nos llegaba del mar, pero la casa era cálida y confortable. Por la noche, los chinos nos ofrecieron la «piel de piedra». Pero estos líquenes viscosos, de color castaño oscuro, no tenían ningún gusto, se pegaban a los dientes como cola de pescado y no podían realmente parecer apetitosos más que a los chinos.

Nuestros huéspedes nos dijeron que necesitábamos más de un día para llegar al Sanhobé. Como queríamos llegar antes de la puesta del sol, partimos al día siguiente, temprano. El río Sanhobé representaba el último límite del recorrido que planeábamos a lo largo de la costa. De allí, debíamos andar hacia el Sijote-Alin, y a continuación ir a la orilla del Iman. Se decidió, después de algunas consultas, que nos quedaríamos cerca del Sanhobé el tiempo necesario para restaurar nuestras fuerzas y equiparnos con vistas a una campaña de invierno. El caso era que la proximidad de las heladas hacía muy difícil el aprovisionamiento para los caballos. Así que reexpedí todos los animales y una parte del destacamento hacia la bahía de Santa Olga. Para emprender la campaña de invierno a través del Sijote-Alin, no quedaron más que seis hombres y yo, que hacía el séptimo.

Tchan-Bao, que había regresado la misma noche, nos informó que él no había encontrado a los *hundhuzes* en la bahía de Plastou. Después de su ataque contra Dersu, habían subido a bordo de una barca y se largaron, aparentemente hacia el sur.

Los tres días siguientes, del 28 al 30 de septiembre, me dediqué a establecer nuestros itinerarios, a redactar notas en mis diarios de ruta y a escribir cartas. Los cosacos abatieron un ciervo del cual hicieron secar la carne, mientras se ocupaban de preparar su calzado de invierno. No queriendo en absoluto distraerlos de su tarea, no les hice participar de mis excursiones a los alrededores.

El río Sanhobé nace de la confluencia de dos cursos de agua: el Sitza y el Duntza, que son de la misma importancia. Las informaciones que pude obtener me hicieron considerar la oportunidad de una marcha hacia el Iman, a lo largo del Duntza. En consecuencia quise explorar primero, mientras tuviera tiempo libre, el río Sitza. El primero de octubre, Dersu y yo, con las mochilas a la espalda, abandonamos nuestro «cuartel general». A mitad de camino entre el mar y la confluencia de los dos ríos, se encuentra el peñón de Dah-Laza. La leyenda afirma que un viejo chino habría encontrado un día, cerca del peñón, un *gin-seng* de dimensiones enormes; cuando la raíz fue llevada a la *fanza*, se habría producido un terremoto, en el curso del cual todo el mundo habría escuchado que el peñón gemía durante la noche. Según los chinos, el

río Sanhobé forma el límite norte hasta donde puede crecer el *gin-seng*, que nadie ha encontrado más allá de esta corriente de agua. La cuenca inferior del Sitza representa una región de vallecitos rodeados de altas montañas. Allí crecen bosques magníficos, donde se encuentran muchos cedros. Cerca del río, un caminante no muy emprendedor había abatido los troncos, de los cuales no pudo, sin embargo, exportar más que la cuarta parte, y todo el resto tuvo forzosamente que ser abandonado sobre el lugar. Árboles gigantes, en el momento de caer, habían abatido una gran cantidad de otros árboles, que no estaban destinados a la explotación. Como resultado, hay allí más madera estropeada y seca que árboles verdeantes. Así que no se puede franquear este bosque por donde se quiere. Cuando tratamos una vez de apartarnos del sendero... no dimos más que unos pasos y nos enredamos en un montón de árboles abatidos del cual nos costó mucho trabajo salir. El sendero atraviesa aproximadamente por el centro del bosque. Para trazarlo, había sido necesario aplicar muchos esfuerzos y estropear no pocas sierras y hachas. Encontramos cada vez más raramente pistas humanas, pero las de fieras se hicieron cada vez más numerosas. Dersu avanzaba en silencio y observaba los alrededores con mirada indiferente. Yo me extasiaba delante del paisaje, mientras que el *gold* examinaba cualquier pequeña rama rota, sabiendo establecer, de acuerdo con su posición, la dirección que había seguido el paseante. Igualmente, definía el tiempo del pasaje, según el aspecto más o menos reciente de la rotura, y podía adivinar la clase de calzado, etc. Cada vez que yo no alcanzaba a comprender algo, o expresaba alguna duda, Dersu me repetía:

—¿Cómo no lo comprendes, después de haber marchado tantos años por la montaña?

Todo lo que para mí era incomprensible, le parecía a él simple y claro. A veces le sucedía encontrar pistas en un lugar donde yo no podía percibir nada, a pesar de todos mis esfuerzos. Él, por el contrario, sabía notar que había pasado por allí una vieja cierva con su cría de un año. Estos dos animales —explicaba— habían ramoneado brotes de espírea (reina de los prados), pero habían huido precipitadamente, asustados, según las apariencias, por algo. Estas observaciones no las hacía por vanidad, ya que nos conocíamos demasiado íntimamente para eso. Dersu las exponía simplemente por ese hábito inveterado de no descuidar ningún detalle y de considerarlo todo con atención. Si él no se hubiera aplicado desde su infancia a estudiar las pistas, hacía tiempo que se hubiera muerto de hambre. Burlándose levemente de mí, Dersu sacudía la cabeza y me decía:

—Mira, tú eres un verdadero niño; te paseas con la cabeza colgando, sin ver nada, a pesar de tus ojos, y sin comprender las cosas. ¡Están bien los ciudadanos en su ciudad! Allí no tienen ninguna necesidad de cazar el ciervo; si quieren comerlo, lo compran. Pero cuando viven solos en la montaña perecen.

A decir verdad, tenía razón. Miles de peligros acechan al viajante solitario en la

taiga, y no se puede salir victorioso de esta lucha constante más que sabiendo conocer las pistas.

En el curso de este trayecto, tuve la mala suerte de poner el pie sobre un árbol espinoso. Una espina perforó mi calzado y me pinchó en la planta del pie. Me descalcé rápidamente y retiré la espina, pero seguramente no la saqué entera; un pequeño trozo había quedado probablemente en la herida. Al día siguiente, tuve mal en el pie y pedí a Dersu que examinara mi herida, cuyos bordes estaban ya inflamados. Continué andando aquel día. Por la noche, el dolor aumentó y no pude cerrar los ojos hasta el alba. Por la mañana, una gran llaga apareció claramente en mi pie. Sin embargo, la falta de provisiones nos forzaba a avanzar. No teníamos más pan y no vivíamos más que del producto de la caza. Todo lo que poseíamos en cuestión de vendajes y medicamentos había quedado en el campo. Nos arriesgábamos a ser sorprendidos en la taiga por el mal tiempo y no se podía prever cuántos días iba yo a pasar eventualmente sin moverme. Así que decidí avanzar, por más dolor que aquello pudiera causarme. Pero únicamente mi pie derecho me servía de apoyo firme, pues el izquierdo no hacía más que arrastrarse. Dersu tomó su fusil y mis dos bolsas. Cuando se trataba de descender al fondo de un barranco, me sostenía y se desvivía por aligerar mis sufrimientos. Tuvimos así mucha dificultad para franquear justo ocho kilómetros en el curso de la jornada entera y nos quedaban aún veinticuatro para llegar hasta el campamento.

Por la noche, yo tuve el pie extremadamente malo, y la planta entera estaba entonces hinchada. Me preguntaba si podría aún arrastrarme, aunque sólo fuera para llegar a la primera *fanza*. Dersu parecía preocupado por el mismo pensamiento. Miraba a menudo el cielo, lo que me hizo creer que esperaba la lluvia. Pero tenía en realidad preocupaciones de otro orden. En verdad, el cielo estaba cubierto de una bruma que se espesaba cada vez más. La luna no estaba más que en primer cuarto creciente, pero su superficie, en vez de ser luminosa como de ordinario, era de un color mate y desaparecía a veces enteramente. De repente, un resplandor rojizo vino a aparecer por encima de la cresta de las montañas.

—Hay humo en abundancia —observó mi compañero.

Los primeros rayos del sol nos encontraron ya de pie. De todos modos, yo era incapaz de dormir y debía avanzar mientras me quedara la menor posibilidad. Jamás olvidaré esta jornada. Al cabo de una centena de pasos, estaba obligado a volver a sentarme en tierra. Para aliviar la presión de mi calzado, deshice simplemente las costuras. La selva donde entramos bien pronto estaba obstruida por los árboles abatidos y completamente envuelta en humo. A cincuenta pasos, no se podía ya distinguir los árboles.

—Capitán, hay que darse prisa —insistía Dersu—. Yo sigo teniendo miedo. No es la hierba la que se quema, es el bosque.

Reuniendo mis últimas fuerzas continué avanzando, metiéndome a cuatro patas cuando había que escalar la menor cuesta. Cada raíz, una piña, una piedrecita o un tallo tierno sobre el cual apoyaba por precaución mi pie herido, me obligaba a dar un grito de dolor y extenderme por tierra. El humo, por su parte, venía a irritarnos el gaznate y nos hacía la marcha más y más difícil. Parecía evidente que no tendríamos tiempo de franquear ese montón de árboles abatidos, secados por el sol y el viento, y que no anticipaban más que una inmensa hoguera.

Se sabe que una gran llama acaba por crear un torbellino. La oreja experimentada de Dersu supo pronto percibir el rumor de ese peligro que se aproximaba. La única salvación consistía en ganar la orilla opuesta de la corriente de agua. Pero, para hacerlo, había que tener aplomo en las piernas, lo que para mí era imposible. ¿Qué hacer, entonces? Dersu, sin decir una palabra, me tomó súbitamente en sus brazos y atravesó así el vado del río. Del otro lado, se extendía un espacio bastante ancho y pedregoso. Depositándome al borde del lago, el *gold* corrió aún a buscar nuestros fusiles, pero el humo, que se había hecho muy espeso, me impedía ver cualquier cosa.

Cuando recobré mis sentidos, Dersu reposaba a mi lado sobre los guijarros, protegiéndonos a los dos una lona húmeda. Las chispas caían sobre esta cobertura y la humareda acre no nos permitía apenas respirar. Era la primera vez en mi vida que veía un incendio de bosque tan terrible. Cedros enormes, prendidos por las llamas, se quemaban como antorchas. Por otra parte, a ras del suelo, había un verdadero mar de fuego: hierbas secas, hojas muertas, madera desgajada, todo se consumía a la vez. Al mismo tiempo, se veían los árboles verdeantes estallar bajo la acción del calor, escuchándose una especie de gemidos. La humareda amarilla subía en grandes torbellinos al cielo. Olas de fuego corrían por tierra, lamiendo sus llamas los troncos de los árboles y las piedras completamente enrojecidas.

De repente, el viento cambió de dirección, separando la cortina de humo. Dersu se enderezó y me obligó a ponerme de pie. Traté de andar sobre los guijarros pero noté en seguida que esto sobrepasaba mis fuerzas. Mi talón, sobre el cual me apoyaba principalmente durante las últimas marchas, se encontraba fuertemente desollado. Por otra parte, mi pierna sana estaba muy fatigada y experimentaba dolores en la rodilla. Cuando el *gold* comprendió que no podía ya avanzar, me levantó la tienda y trajo madera, declarando que iba a procurarme un caballo en casa de los chinos. Era el único medio de salir de la taiga. Así que Dersu partió, dejándome solo.

Las llamas continuaban torbellineando del otro lado del río. Multitud de chispas iluminaban la humareda, que se agitaba en el cielo. El fuego no cesaba de propagarse. Los árboles ardían a una cadencia desigual. Vi un jabalí atravesar torpemente la corriente de agua y a un pico-negro revolotear de árbol en árbol como un loco. A los gritos incesantes de un cascanueces, respondí con mis propios gemidos. Después, vino la oscuridad. Comprendí que Dersu no podía ya volver la misma noche. Como

mi pie enfermo se había hinchado mucho, me lo desnudé y palpé el absceso. Había madurado bien, pero la piel de la planta estaba endurecida por las largas marchas y no podía reventar. Acordándome de que tenía un cortaplumas, me puse a afilarlo con la ayuda de piedras. Después añadí leños al fuego, esperé a que estuviesen bien inflamados y abrí la llaga. El dolor me nubló por un momento la vista. La sangre negra y el pus brotaron de la herida en espesa masa. Esfuerzos extremos me permitieron reptar hasta el agua para lavar mi herida, sirviéndome de una manga que arranqué a mi camisa. Hecho esto, puse una compresa en mi pie y volví hacia la hoguera. Al cabo de una hora, sentí un alivio; aunque el dolor persistía, era menos fuerte que antes.

El resplandor rojizo del incendio se veía ahora por el lado donde se habían corrido las grandes llamas. En la proximidad, las luces centelleaban todavía en la selva, proviniendo de los árboles abatidos que acababan de consumirse. Me quedé largo rato sentado bajo la tienda y pasé suavemente la mano sobre mi pie enfermo. Reconfortado por el fuego de la hoguera, me adormecí poco a poco.

Cuando me desperté vi a Dersu acompañado de un chino. Me encontraba abrigado por una manta; una tetera estaba suspendida por encima del fuego y al lado había un caballo ensillado. Mi dolor se había calmado, la hinchazón había empezado a disminuir. Lavé aún mi herida con agua caliente, tomé té y un poco de aquel pan seco cocido al estilo chino, sin levadura, y después me vestí. Dersu y mi compañero me ayudaron a izarme sobre el caballo y nos volvimos a poner en ruta.

El incendio se había alejado durante la noche, pero la selva estaba aún envuelta en humo. Tuve que estar inmovilizado hasta el momento en que mi herida se cicatrizó completamente. Al cabo de tres días, pude marchar de nuevo y una semana bastó para restablecerme completamente. Entretanto, Tchan-Bao me hizo varias visitas.

Observando a los chinos, noté la popularidad que rodeaba a este hombre en su medio. Sus palabras se propagaban de boca en boca. Todas sus órdenes eran ejecutadas de buen grado y sin dilación. Aunque mucha gente venía a consultarlo, parecía que no había jamás un asunto, por complicado que fuera, al cual no pudiera él encontrar solución.

Pero Dersu, no obstante, pasaba todas sus jornadas en casa de sus amigos indígenas. Encontró en aquel país a un anciano que él había conocido ya en su juventud. Por otra parte, tuvo tiempo de trabar conocimiento con todos y estuvo invitado en todas las *fanzas*.

Dos días antes de mi partida, Tchan-Bao vino a decirme adiós. Asuntos urgentes reclamaban su presencia en otra parte. Puso a mi disposición a dos chinos que debían acompañarme hasta el Sijote-Alin y volver junto a él por otra ruta, a fin de transmitirle todo lo que ellos hubieran observado durante su trayecto.

18. Campaña de invierno

No pudimos partir el 16 de octubre a causa de que nuestros guías chinos no se presentaron en mi casa hasta el día siguiente a mediodía. Los *udehés* de la vecindad nos acompañaron de *una fanza* a otra y nos rogaron entrar en cada una, aunque no fuera más que un minuto. En el momento de la partida, Dersu fue colmado de demostraciones de simpatía; las mujeres y los niños le hicieron señales con la mano, que él respondió de igual forma. A decir verdad, estuve contento cuando, tras estas repetidas detenciones en todas las *fanzas*, llegamos por fin a la última de las habitaciones indígenas. Después, nuestro camino nos condujo sobre la orilla izquierda de una corriente de agua, a lo largo de la cual debimos hacer todavía cerca de tres kilómetros. A continuación, tuvimos que subir hacia un paso. El crepúsculo iba a caer e instalamos nuestro campamento en cuanto un nuevo descenso nos permitió encontrar agua.

Por la mañana, fui despertado por una lluvia fina y persistente. Sin tardar, recogimos nuestras mochilas para reemprender el camino. A mediodía, aumentó la lluvia y tuvimos que acampar temprano. Disponiendo de una media tarde libre, Dersu y yo tomamos nuestros fusiles para ir a reconocer los alrededores. Los troncos desnudos y envueltos en una bruma fría, la hierba amarillenta, las hojas caídas por tierra, los helechos esmirriados y ennegrecidos, todo aquello indicaba que había llegado ya el crepúsculo del año.

Un ruido extraño resonó súbitamente a alguna distancia. Dejando en seguida el sendero, fuimos al borde del río, donde un cuadro curioso se ofreció a nuestros ojos. El curso de agua estaba literalmente obstruido por las *ketas*. Se formaban a veces verdaderos montones de peces muertos. Obstruían por millares las partes estancadas y también las oleadas movientes del río. Estos pobres seres de aletas estropeadas y de cuerpos completamente magullados tenían entonces un aspecto lamentable. La mayoría no daba señales de vida, pero otros podían aún moverse y se esforzaban en ir agua arriba, como si esperaran encontrar un medio de escapar a sus sufrimientos. La naturaleza misma se había encargado de enviar sus higienistas para hacer tabla rasa de todos estos peces. Los pájaros se alimentaban principalmente de los muertos, mientras que los cuadrúpedos trataban de recoger a los sobrevivientes. Sendas regulares habían sido batidas a lo largo del río. Vimos un oso sentado sobre los guijarros, al borde del agua, esforzándose por atrapar con sus patas la presa que se le ofrecía. Anotemos que el oso pardo y su pariente de Kamtchatka tragan la cabeza del pescado y abandonan la carne, mientras que el oso manchú de pecho blanco, hace todo lo contrario y es la cabeza lo que rechaza. En otro sitio, dos jabalíes se regalaban a su vez con estos peces, pero no comían más que las colas. Avancé y percibí a un zorro. Este saltaba las altas hierbas para atrapar un solo *keta*, pero se abstuvo de

tragarlo sobre el campo y lo llevó por precaución a la maleza.

Sin embargo, eran los pájaros los que formaban la gran mayoría de la asamblea. Las águilas, posadas sobre la orilla, remataban sin prisa, con algunos picotazos perezosos, lo que quedaba del festín del oso. Las cornejas daban saltitos torpemente y escogían con preferencia los peces ya un poco descompuestos. Los arrendajos daban vueltas por las zarzas, buscando querella a todos los otros pájaros, pegando gritos estridentes.

El agua comenzaba ya a congelarse en ciertos canales. Los peces que quedaban en el hielo, estaban condenados a pasar allí todo el invierno. Pero ya en primavera, en cuanto el sol venía a calentar la tierra, iban a ser transportados, al mismo tiempo que los témpanos, hacia el mar, donde tocaría el turno a los animales marítimos para ocuparse de su aniquilamiento.

—Unos matan a los otros —monologó Dersu a propósito de esto—. Los peces comen cualquier cosa; después, los jabalíes vienen a comer a los peces; nosotros, a nuestra vez, comemos al jabalí.

Al decir esto, apuntó a uno de los paquidermos presentes e hizo fuego. El animal herido dio un aullido y saltó hacia el bosque, pero se desplomó, hocico en tierra, sacudido por espasmos. Los pájaros se elevaron en el aire con gritos aterrorizados y espantaron a su vez a los peces, que se pusieron a hacer en el agua zigzags desenfrenados.

Regresando al campamento a la hora del crepúsculo, nos acostamos pronto para levantarnos por la mañana temprano. Cuando los rayos del sol vinieron a dorar las cimas de las montañas, habíamos ya franqueado tres o cuatro kilómetros. Nuestro destacamento llegó hacia mediodía a una pequeña *fanza* situada en la confluencia de tres torrentes de montaña; nosotros debíamos seguir el torrente central. Todos estos últimos días, el tiempo había permanecido tan bueno como calmo. La temperatura era tan cálida que podíamos caminar en camisa de verano y ponernos las ropas más pesadas hacia la noche. Yo admiraba este buen tiempo; pero Dersu expresó una opinión completamente opuesta:

—Mira un poco, capitán, esta prisa que los pájaros se dan para alimentarse. Saben bien que va a hacer mal tiempo.

Como el barómetro indicaba buen tiempo, yo sonreí ante las reflexiones del *gold*, pero él se limitó a decirme:

—Los pájaros lo saben ahora; yo lo sabré algo más tarde.

La distancia entre la última *fanza* habitada y el paso del Sijote-Alin era de unos ocho kilómetros. Nuestras mochilas eran bastante pesadas, pero avanzábamos todos a un paso vivo y no hacíamos muchos altos. Llegados hacia las cuatro de la tarde a la montaña, no teníamos ya más que ascender a la cresta. Yo quería seguir el camino, pero Dersu me retuvo por el brazo:

—Espera, capitán —dijo—. Pienso que debemos acostarnos aquí.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Esta mañana, los pájaros tenían prisa por comer; ahora, como ves, no queda ni uno solo.

De hecho, es siempre antes de acostarse cuando los pájaros muestran más animación. Pero en la selva había en este momento una calma sepulcral. Los pájaros habían desaparecido todos de golpe, como siguiendo una orden. Dersu nos aconsejó plantar sólidamente las tiendas y, más especialmente, preparar tanta madera como fuera posible, a fin de tener suficiente, no solamente para la noche sino también para el día siguiente. Evitando toda discusión, fui al bosque en busca de combustible. Pasaron aproximadamente dos horas antes del crepúsculo y nuestros soldados tuvieron tiempo de aportar madera en una cantidad que parecía más que suficiente. Pero el *gold* fue obstinado. Escuché que hacía esta advertencia a los chinos:

—Los soldados no entienden nada. Somos nosotros los que debemos trabajar.

Como ellos reemprendían la tarea, puse a su servicio a mis dos cosacos. No cesamos así de trabajar hasta el momento en que se extinguieron los últimos resplandores del sol. La luna se elevó derramando sobre la tierra su fulgor pálido y claro, que penetró a fondo en las negras espesuras y se extendió en largos rayos sobre la hierba seca. El cielo y la tierra estaban calmos; nada parecía presagiar el mal tiempo. Sentados cerca del fuego, tomábamos el té y embromábamos al *gold*: —Por una vez, nos has mentido —le azuzaban los cosacos. Sin responder, Dersu reafirmaba la tienda. Fue a protegerse bajo una roca, contra la cual apoyó un grueso tocón. Apuntalando éste con varias piedras, el *gold* cuidó también de tapar todos los agujeros con musgo. Recubrió el conjunto con su lona y encendió una hoguera delante de la entrada. Su instalación me pareció tan confortable que me apresuré a trasladarme cerca de él con todos mis efectos. El tiempo transcurrió sin que la calma fuera interrumpida. Por un momento pensé a mi vez que Dersu se había equivocado; pero, de repente, la luna se circundó de un halo opaco, con el borde exterior irisado. Poco a poco, el disco lunar se volvió mate y el contorno se hizo cada vez más vago. Una especie de bruma se extendió rápidamente en el cielo, sin que se pudiera definir el origen ni la dirección.

Creí que no íbamos a tener más que un poco de lluvia y me dormí, acunado por este pensamiento nada alarmante. No sé cuánto tiempo duró mi sueño. Despertado por alguien, abrí los ojos y percibí a Murzine:

—Nieva —me anunció.

Retirando mi manta, noté que estaba oscuro, que la luna había desaparecido completamente y que caía una nieve fina. Nuestro fuego iluminaba alegremente las tiendas, los hombres dormidos y las provisiones de madera. Desperté a mi vez al *gold*. Azorado, entreabrió los ojos para observar en seguida los alrededores y el cielo,

y a continuación, encendió su pipa.

—Calma chicha —apuntó—. Pero no ha habido viento desde hace algunos soles (es decir, desde hace algunos días). Y bien, tendremos una tempestad de nieve.

En efecto, la gran paz que nos rodeaba parecía encerrar una amenaza. Al cabo de pocos minutos, la nieve aumentó y cayó a tierra con un rumor ligero. Todos los otros compañeros se despertaron a continuación y se ocuparon de ordenar sus efectos. Súbitamente, la nieve se puso a remolinear.

—Esto comienza —dijo Dersu.

Como para responder a sus palabras, un ruido resonó en la montaña, seguido de una violenta ráfaga de viento, cuya dirección era completamente imprevista. Los leños lanzaron grandes llamas. Tras esta primera ráfaga, vino una segunda, una tercera y así sin interrupción, cada una más prolongada que la precedente. Nos sentimos contentos de haber sujetado bien nuestras tiendas, sin lo cual hubieran sido arrastradas por el viento.

Observé a Dersu. Fumaba tranquilamente su pipa y observaba el fuego con mirada indiferente. La tormenta de nieve no lo asustaba. En el curso de su vida, el *gold* las había visto tan a menudo que ésta no tenía para él nada de nuevo. Pareciendo adivinar mi pensamiento, hizo de pronto esta observación:

—Hay mucha madera y las tiendas están bien plantadas. ¡Todo va bien!

Una hora después, el día empezó a despuntar. Pero el cuadro que contemplamos era inimaginable. El viento impetuoso rompía las ramas y las hacía revolotear como copos. Viejos e inmensos cedros vacilaban como jóvenes tallos. No se distinguía ya nada: ni montañas, ni cielo ni tierra. El conjunto torbellineaba en medio del huracán de nieve. A través de este velo blanco, se podía percibir a veces las siluetas de los árboles más próximos, pero nada más por un instante. Una nueva ráfaga borraba en seguida el cuadro apenas entrevisto. Mudos de terror, nos atrincheramos bajo nuestras tiendas.

Fue por la tarde cuando la tempestad alcanzó todo su vuelo. Aunque protegidos por las rocas y por la tienda, sentimos que ese abrigo no era bastante seguro: tan pronto nos asfixiábamos por el calor y el humo, viniendo el viento a soplarnos en el rostro, tan pronto tiritábamos cuando las llamas se apartaban en el sentido opuesto. En lugar de ir a buscar agua, llenábamos nuestras teteras de nieve, de la cual teníamos más de la necesaria. La tempestad alcanzó su punto culminante hacia el crepúsculo, tomando un aspecto tanto más terrible cuando la oscuridad se hizo más espesa. Aquella noche no se pudo realmente dormir; sólo se pudo pensar en calentarse.

El 21 de octubre tuvimos aún que luchar contra el huracán de nieve. El viento cambió y tomó la dirección sudoeste, pero las ráfagas no hicieron más que redoblar. Incluso los alrededores inmediatos al campamento eran invisibles. Fue muy difícil mantener la hoguera, pues cada ráfaga de viento se llevaba los tizones, cubriéndolos

de nieve. Verdaderos montículos blancos se levantaron alrededor de nuestras tiendas. Los torbellinos fantásticos que se elevaron por la tarde hicieron subir en el aire nubes de nieve y la arrojaron por tierra en forma de polvo blanco. Renovándose sin fin, llenaron con sus aullidos el bosque, atravesándolo en una loca carrera, derribando cada vez gran cantidad de árboles.

Al mismo tiempo, el cielo se aclaró poco a poco, si bien la temperatura bajó todavía. A través del velo espeso de nubes, se vio aparecer el disco impreciso del sol. Hubo todavía que aprovisionarse de madera. Corrimos a recoger la madera desgajada tirada por el suelo próximo y trabajamos hasta el momento en que Dersu lanzó el orden de alto. No nos lo dejamos repetir. Todos volvieron al galope hacia las tiendas para calentarse las manos al fuego. Esta segunda noche valió bien la precedente.

Al día siguiente por la mañana, el tiempo no mejoró mucho. El viento continuó, penetrante e irregular. Tras haber deliberado, resolvimos intentar el pasaje del Sijote-Alin, con la esperanza de encontrar un tiempo más calmo sobre la vertiente oeste. La voz del *gold* fue decisiva:

—Pienso que esto acabará pronto —dijo, mostrando con su ejemplo que había que ponerse en ruta.

Nuestros preparativos no fueron largos. Apenas pasados veinte minutos, comenzamos a escalar la montaña, con las mochilas a la espalda.

Una parte escasa de vegetación se presentó al principio de este trayecto. La nieve que había caído durante aquellos dos últimos días, tenía a veces un metro de profundidad. Llegados al paso, hicimos un corto alto. La observación barométrica indicó que este punto sobrepasaba en novecientos metros el nivel del mar. Llamamos a este lugar el Paso de la Paciencia.

Las alturas del Sijote-Alin ofrecían un espectáculo terrible. El viento había abatido sectores enteros del bosque, lo que nos obligó a hacer grandes rodeos. Las raíces de los árboles que crecen en las montañas se extienden a ras del suelo, apenas protegidas, por musgos. Algunas de estas raíces habían sido arrancadas y los árboles se balanceaban y arrastraban en su movimiento a toda la red de sus bases sacudidas. Hendiduras negras se entreabrían y volvían a cerrarse alternativamente, como fauces gigantes, en el sudario blanco de la nieve.

Un cosaco se divirtió sirviéndose de una de esas raíces como de un columpio. Pero una ráfaga repentina hizo inclinar el tronco con todo lo que estaba enlazado a él y apenas tuvo tiempo el hombre de saltar de costado cuando el árbol entero se desplomó con gran estrépito, proyectando todo alrededor terrones congelados.

19. Hacia el Iman

La bajada del Sijote-Alin se presentó en pendiente suave, si bien trabada por montones de piedras y cubierta de bosques espesos. Un pequeño arroyo que encontramos en la parte baja de la montaña nos condujo hacia un río. Un sendero primitivo, batido por tramperos chinos, se extendía tan pronto a lo largo del valle como por las colinas de los alrededores. La nieve, aún fresca, hacía destacar netamente cada pista. Patas de alces, de almizcleros, de cibelinas y de turones, habían dejado sus huellas. Dersu, que marchaba a la cabeza, las examinaba con atención. Se paró súbitamente, miró a todos lados y acabó por preguntar:

—¿De quién tiene miedo?

—¿A quién te refieres? —le pregunté.

—Al almizclero —respondió.

Miré las huellas y no encontré nada de particular. Eran huellas como las que se veían por todas partes, pequeñas y numerosas. Pero el *gold* era maestro en todo lo que se refería a indicios. La menor irregularidad de las pistas le permitía establecer si tal animal había sido turbado. Así que rogué a Dersu me dijese en qué consistían las pruebas de este terror súbito de la bestia en cuestión. Como de costumbre, su respuesta fue tan sencilla como lúcida.

El almizclero, que marchaba primero con un paso igual, se detuvo y avanzó con precaución, para arrojar en seguida de costado y volver a partir a saltos. La nieve reciente permitía ver todo este cuadro con la misma precisión que las líneas de la mano. Yo quise reanudar la marcha, pero Dersu me detuvo con estas palabras:

—¡Espera, capitán! Hay que ver quién era el hombre del cual tenía miedo el almizclero.

Al cabo de un minuto, me gritó que el animal había sido asustado por una cibulina. Me reuní con él en seguida y, en efecto, percibí huellas sobre un gran árbol derribado y recubierto de nieve. Se podía advertir que el pequeño carnicero, después de trepar lentamente al abrigo de una rama, se había precipitado sobre el cévido. Dersu encontró también el lugar donde el almizclero se había desplomado por tierra. Gotas de sangre indicaban que la cibulina había mordido con sus dientes la piel del animal perseguido, sin duda muy cerca de la nuca. Otras huellas venían a mostrar que la bestia atacada había conseguido desprenderse de su agresor y huir, mientras que la cibulina, cansada pronto de la persecución, había terminado por irse en otro sentido para trepar a continuación sobre un árbol.

Estoy seguro de que si hubiera tenido un contacto más prolongado con Dersu, o si éste hubiera sido más comunicativo, yo hubiera aprendido, por mi parte, a desenvolverse con las pistas, no tan bien como el *gold*, pero mejor que la mayor parte de los cazadores. Pero este hombre no decía todo lo que veía. A menudo

guardaba silencio, sin dignarse explicar lo que le parecía simplemente accesorio y entablando sus monólogos sólo en el momento de percibir algún hecho realmente interesante.

Aproximadamente a veinticinco kilómetros del Sijote-Alin se encuentra la confluencia del curso de agua que nosotros seguíamos y de otra, que venía del norte. A partir de allí, empieza el río llamado propiamente el Kuliumbé, que teníamos que costear para llegar al Iman. Las aguas del Kuliumbé iban ya a congelarse, formando delgadas capas de hielo a lo largo de las orillas. Pero pudimos pasar fácilmente a la orilla opuesta para continuar nuestra marcha.

Encontramos un pajarillo al que nuestros cosacos dieron el sobrenombre de «el jovial», por lo juguetón que les pareció su carácter. Llamado normalmente «mirlo de agua», tiene la talla del mirlo ordinario, pero posee disposiciones acuáticas. Pude aproximarme a uno de estos pájaros y me detuve a observarlo. En constante acecho, se volvía a menudo, piando y sacudiendo la cola al ritmo de su música. Después, de repente, iba a darse una gran zambullida. Los indígenas aseguran que este pájaro se pasea fácilmente por el fondo del río, sin preocuparse de la rapidez de la corriente. Cuando remonta a la superficie y advierte a los hombres, el pájaro remonta el vuelo gritando y busca un refugio en las partes del río despejadas de témpanos. Yo le seguí hasta el momento en que llegamos a un meandro del Kuliumbé.

A lo largo de la noche, el río se congeló suficientemente como para permitirnos marchar sobre el hielo, lo que facilitó mucho nuestro avance. Además, el viento impetuoso había barrido la nieve y el hielo se consolidó cada día más. No obstante, quedaban aún muchos lugares del río que no estaban congelados y de los cuales se desprendía una niebla espesa.

Tras haber franqueado cerca de cinco kilómetros, llegamos a dos *fanzas* cuyos propietarios, dos viejos y dos jóvenes coreanos, eran cazadores y tramperos. Sus habitaciones, todas nuevas y limpias, me gustaron tanto que decidí quedarme allí esa noche.

Por la tarde, como dos de estos coreanos iban a ver su *ludeva*, instalada en la taiga, con la intención de cazar «almizcleros», me uní a ellos. Situada a un medio kilómetro de la *fanza* esta cerca de trampas tenía más de un metro de altura. Estaba construida de madera desgajada. Para asegurar este material contra el desgaste, los coreanos la habían apuntalado con estacas. Estos sistemas de trampas son habitualmente preparados en la montaña, cerca de sendas frecuentadas por los «almizcleros». En el cercado, se reservan algunos pasajes donde se encuentran instaladas trampas de cuerda. Cuando la cabeza del «almizclero» se encuentra cogida por el nudo, el animal comienza a debatirse, pero esto no hace más que cerrar más aún el lazo.

Había allí veintidós de aquellos lazos. En cuatro de ellos encontramos animales

muertos: tres hembras y un macho. Los coreanos arrastraron a un lado los cadáveres de las hembras, abandonándolas como pasto para las cornejas. Les pregunté por qué arrojaban así los animales atrapados. Los tramperos me explicaron que sólo los machos facilitaban el almizcle precioso, vendido a los mercaderes chinos por tres rublos la pieza. En cuanto a la carne, la del macho iba a bastarles. Uno de estos hombres me dijo que ellos atrapaban cada invierno hasta ciento veinticinco almizcleros, constituyendo las hembras las tres cuartas partes de esa cantidad.

Las selvas, compuestas exclusivamente de coníferas, dieron lugar poco a poco a árboles tales como álamos, olmos, abedules, tiemblos (álamos temblones), encinas y mimbres. En la montaña, las diversas especies de abetos fueron reemplazadas por magníficos bosques de cedros.

En el curso de la jornada, pudimos franquear alrededor de cuarenta kilómetros. El crepúsculo acababa de caer cuando los soldados descubrieron una cabaña indígena, solitaria, situada al borde de un brazo del río. El humo que salía por una abertura del techo, indicaba la presencia de seres humanos. Cantidad de pescado se secaba sobre caballetes colocados al lado de la cabaña. Esta estaba construida de raíces de cedro y recubierta de hierbas secas; un trenzado de corteza de abedul hacía de cortina delante de la puerta de entrada. Sobre la orilla, se encontraban dos embarcaciones volcadas del revés; una, bastante grande, con una original proa en forma de copa, y la otra, muy ligera, cuya proa, lo mismo que la popa, se terminaba en punta. En ruso, esta última clase de embarcación, se llama *omorotchka*[\[25\]](#).

Al acercarnos, dos perros se pusieron a ladrar. Viendo salir de la cabaña una especie de antropoide, creí primero que era un muchacho. Pero el anillo característico que adornaba su nariz me hizo comprender que tenía delante de mí a una mujer. Con la talla de una jovencita de doce años, llevaba una camisa de cuero que le descendía hasta las rodillas, un calzón de piel de reno teñida, rodilleras bordadas en tonos diversos, calzado siberiano adornado y, finalmente, manguitos de bordados multicolores, bastante pintorescos. Su cabeza estaba cubierta de un velo blanco.

Asombrada, esta mujer nos miró, sin poder ocultar su ansiedad repentina. ¿Quiénes eran aquellos rusos que se aventuraban hasta su país? ¡Gentes de bien no hubieran venido! Tomándonos por *tcheldones*[\[26\]](#), se retiró en seguida a su cabaña. Para disipar las dudas de esta indígena, Dersu le dirigió la palabra en *udehé* y me presentó a ella como jefe de expedición. Apaciguada, pero fiel a la etiqueta, que le prohibía toda manifestación de curiosidad indiscreta, la mujer nos examinó en silencio y a hurtadillas. La cabaña, pequeña por fuera, parecía aún más exigua en el interior. Había muy justo el lugar para sentarse o acostarse. Así que di orden a los cosacos de montar nuestras tiendas.

El contraste entre los indígenas de la orilla, ya asimilados a los chinos, y estos *udehés* tan primitivos, era extremadamente marcado. Nuestra huésped comenzó a

preparar la cena sin decir palabra. Colocó la marmita sobre el fuego, vertió agua y puso dos grandes pescados. Tras de haber llenado y encendido su pipa, hizo algunas preguntas a Dersu. El patrón llegó cuando la cena estaba presta. Llevaba igualmente una larga camisa, negligentemente cerrada por un cinturón, que dejaba flotar una parte de esta sumaria vestimenta. Un calzón, rodilleras y *untas*, de piel de pescado, constituían el resto de su traje; estaba cubierto con un gorro de piel de corzo, que se adornaba además con una cola de ardilla. Su rostro, rubicundo y curtido, su traje abigarrado, aquella cola de ardilla y, en fin, los anillos y brazaletes que llevaba en las manos, le asemejaban mucho a un piel roja. Esta impresión no hizo más que acrecer cuando se sentó cerca del fuego y encendió la pipa, sin pronunciar una palabra, y sin casi advertirnos. Según el protocolo, correspondía a los visitantes romper el silencio. Al corriente de los usos, Dersu pidió a nuestro huésped informaciones concernientes al camino y a la profundidad de la nieve. La conversación se entabló así con facilidad. Al enterarse de quiénes éramos y de dónde veníamos, el *udehé* observó que ya conocía nuestro deseo de costear el Iman. Lo había sabido por nuestros congéneres, que habitaban abajo del río y que, según su parecer, nos esperaban desde hacía largo tiempo. Yo me quedé muy asombrado.

Por la noche, su mujer reacomodó nuestras ropas y reemplazó nuestro calzado usado por *untas* nuevas. Como nuestro huésped me había prestado una piel de oso a guisa de somier, yo me metí rápidamente bajo mi manta y me dormí. Pero fui despertado en medio de la noche por un frío atroz. Sacando mi cabeza de debajo de la manta, vi que no había nada de fuego en la cabaña. Sólo algunos tizones ardían aún en el rescoldo del brasero. Por la abertura del techo se apercibía un fragmento de cielo estrellado: evidentemente, los *udehés* habían extinguido el fuego, a sabiendas, antes de acostarse, a fin de evitar un incendio. Yo quise envolverme más cuidadosamente, pero de nada me sirvió, ya que el frío venía a penetrar por cada pliegue de mi manta. Me levanté, encendí un fósforo y miré el termómetro: indicaba 17° bajo cero. Entonces, sin dudar, arranqué un poco de corteza de abedul, que formaba parte de mi cama, y la arrojé al fuego, soplando sobre los tizones. Una llama se elevó al cabo de un minuto. Empujando al fuego los tizones esparcidos, me vestí y abandoné la cabaña. Los cosacos dormían, protegidos por su tienda, al lado de la hoguera encendida. Me calenté algún tiempo con este fuego y pensé en volver cuando percibí sobre la orilla el resplandor de otra hoguera, que me atrajo inmediatamente. Encontré a Dersu, protegido por una escarpadura de la orilla. Como el agua socavaba el terreno, se había formado un cobertizo natural bastante sólido, por debajo del cual Dersu había tenido la idea de prepararse una capa de hierbas secas. Ante esta alcoba improvisada, estaba encendida la hoguera del *gold*. Este, si bien estaba dormido, guardaba su pipa en la boca. Su fusil estaba depositado justo a su lado. Cuando desperté a Dersu, se levantó muy rápidamente y recogió su mochila, imaginándose

que había dormido demasiado tiempo. Pero al saber de qué se trataba, me cedió su plaza y se extendió al lado mío. Al cabo de algunos minutos, me sentí más abrigado y dormí mucho mejor que en el interior de la cabaña.

Cuando me desperté, todo el mundo estaba ya en pie. Los cosacos se disponían a hacer hervir la carne del almizclero. Cuando quisimos partir, nuestro anfitrión se vistió y se declaró presto para acompañarnos hasta Sidatun.

Aquel día no hicimos demasiado camino. Aunque la disminución de provisiones hacía más ligeras nuestras mochilas, nos dio trabajo llevarlas, ya que las correas rozaban nuestras espaldas con fuerza cada vez mayor. Me daba cuenta de que no era el único en experimentarlo. Por otra parte, el viento frío había secado y pulverizado la nieve, lo que hacía notablemente más lento nuestro avance. Era sobre todo al subir las cuestas, cuando nos caíamos con frecuencia y nos precipitábamos hacia abajo. Nuestras fuerzas disminuían, nos sentíamos agotados y teníamos necesidad de un reposo más prolongado que un simple alto de un día.

Encontramos al borde del agua una cabaña abandonada. Los cosacos se instalaron en ella, mientras los chinos resolvieron dormir al aire libre, cerca del fuego. Dersu quería primero hacerles compañía, pero se dio cuenta de que ellos recogían la primera madera que les venía a las manos, y decidió dormir separadamente.

—No comprenden nada —dijo—. No quiero que mi camisa se prenda fuego. Hay que buscar buena madera.

En apariencia, esta cabaña abandonada había servido a menudo de abrigo nocturno a cazadores. Toda la madera seca de los alrededores estaba desde hacía tiempo abatida y quemada. Pero Dersu no se arredró por esto. Fue más allá, a la taiga, y trajo un arce seco. No contento con aquello, recogió todavía madera hasta el crepúsculo y yo le ayudé lo mejor que pude. Así pudimos dormir hasta la saciedad, sin temblar por la seguridad de nuestra tienda o de nuestra ropa.

Por la noche un resplandor púrpura y una bruma que subió hasta el horizonte antes del alba, indicaron con certeza que helaría por la mañana. Aquello se confirmó, en efecto, puesto que el sol apareció velado, derramando alguna claridad, pero nada de calor. Los rayos luminosos se proyectaban verticalmente en los dos sentidos, mientras que sobre los dos flancos del disco se percibían esos fulgores irisados que en el lenguaje de las poblaciones árticas se denominan «las rejas solares».

El *udehé* que nos acompañaba conocía bien estos parajes y sabía encontrar sendas para acortar el camino. A unos dos kilómetros antes de la desembocadura del Kuliumbé, nuestro sendero se desvió hacia la selva, por donde tuvimos que marchar todavía cerca de una hora. Pero la vegetación se terminó tan bruscamente como el sendero mismo, y nos encontramos delante del Iman, que no estaba aún congelado y sólo arrastraba hielos a lo largo de las dos orillas. Sobre la orilla opuesta, justo frente a nosotros, hormigueaban toda clase de seres humanos. Eran niños *udehés*. Un poco

más allá, se veía una cabaña situada en un vallecito y flanqueada por un granero que se apoyaba sobre tablas.

Dersu gritó a los muchachos que nos trajeran una embarcación. Pero ellos nos echaron miradas asustadas y se largaron. Un hombre salió a continuación de la cabaña, fusil en mano. Después de haber cambiado algunas palabras, llegó en barca a nuestro lado. El género de embarcación que usan los *udehés* es una barquilla alargada, de fondo llano y bastante ligera como para poder ser fácilmente retirada del agua por un solo hombre. La parte delantera es achatada, pero el fondo de la barca forma un saliente ancho y arqueado que recuerda una copa o una pala, lo que da al conjunto un aspecto más bien extraño. Esta estructura de la barquilla le permite escalar, por decirlo así, la corriente, en lugar de surcarla. Como el centro de gravedad se encuentra muy elevado, la embarcación parece extremadamente vacilante. Cuando nosotros subimos a ella, se sacudió tan fuertemente que yo me así sin querer a los dos bordes. Pero en cuanto nos instalamos cómodamente y arrancamos, me pude persuadir de la solidez de esta barca. El remero *udehé* permanecía de pie y maniobraba con la ayuda de una larga pértiga. La manera firme en que aplicaba sus golpes hacía avanzar la embarcación aguas arriba, mientras que la corriente la inclinaba de lado y así la llevaba poco a poco hacia la orilla opuesta.

Acabamos por aproximarnos al lugar donde se encontraba la cabaña e hicimos pie sobre el hielo. Una mujer vino a nuestro encuentro, acompañada de tres niños atemorizados, que se escondían detrás de su madre. Habiéndonos hecho entrar en la cabaña, ella nos siguió, se sentó cerca del fuego y encendió su pipa, mientras que los pequeños se quedaron fuera y se pusieron a amontonar pescado en el granero. La cabaña estaba llena de hendiduras por donde el viento entraba silbando. El fuego estaba encendido en el centro de la habitación. Los niños entraron a veces para calentar sus manos desnudas, trabajaban sin tener aspecto de pasar frío. Si uno de ellos se retrasaba más que los otros cerca del fuego, el padre refunfuñaba y lo perseguía.

—Pero el pequeño tiene frío —dije una vez a Dersu, rogándole tradujera mis palabras al anfitrión.

—No tiene más remedio que habituarse —objetó el *udehé*—. Si no, morirá de hambre.

Este hombre tenía razón. Cuando se trata de la naturaleza y se está obligado a explotar los productos naturales, hay que tomarla como es, incluso si es dura.

Tras haber consultado a los indígenas a propósito del camino, nos volvimos a poner en marcha y llegamos pronto a una aldea de cazadores chinos, situada sobre la misma orilla del Iman y habitada por cinco familias que se repartían las tres cabañas. Allí fue donde detuve mi destacamento.

El 31 de octubre, la helada aumentó sensiblemente y el río acarreó hielos. No

obstante, los *udehés* decidieron conducirnos en barca tan lejos como la vía fluvial lo permitiera.

20. Situación difícil

A una hora muy mañanera del primero de noviembre, comenzamos a descender en barca la corriente del Iman. Los *udehés* se habitúan desde la infancia a navegar por estos ríos de montaña. Todo el tiempo se está obligado a mirar hacia delante, para reconocer exactamente tal lugar donde se ha de hacer más lenta la marcha de la embarcación o tal otro donde hay que virar para volver a colocarla contra la corriente. Pero se debe también aprovechar el momento que exige franquear rápidamente un pasaje peligroso. La menor falta permitiría al torrente impetuoso llevarse la barca a la deriva y estrellarla contra las rocas. La embarcación vacila, evidentemente, al franquear los rápidos, lo que hace aún más difícil mantener el equilibrio necesario. Nuestro viaje se complicaba por el hecho de que la corriente acarrea hielos, y porque el canal navegable se encontraba reducido por las capas congeladas que se extendían a lo largo de las dos orillas. El hielo nos impedía elegir la dirección a nuestro gusto, y nos imponía otra, que era la única practicable. Esto se manifestaba especialmente cuando un rápido coincidía con un remolino. Por otra parte, la corriente se hacía más fuerte en el centro del río, a medida que se ensanchaban las superficies congeladas sobre los dos flancos.

Como cualquier otro torrente de montaña, el Iman abunda en rápidos. Uno de ellos, considerado como el más peligroso, deja oír su ruido a una gran distancia. El declive del fondo del río es inmediatamente perceptible a la vista. Sobre una de sus riberas se levanta una roca inclinada hacia el agua, cuya base, siempre embestida por el torrente, estaba entonces cubierta de espuma helada.

Tras haber parado la embarcación, los *udehés* se consultaron y la colocaron a través de la corriente. Después, la dejaron lentamente progresar en esa posición. Pero en el momento en que una oleada más fuerte nos llevó hacia las rocas, un golpe hábil les permitió sacar la embarcación del remolino. Noté en sus ojos que acabábamos de escapar a un serio peligro. Dersu permanecía más calmo que todos nosotros y le comuniqué mis impresiones.

—Está bien, capitán —me respondió—. Un *udehé* es como un pez. Nosotros no podríamos hacer otro tanto.

Pero las dificultades aumentaron en el curso de la ruta. Los hielos se amontonaban cada vez más y las capas congeladas no hacían más que crecer por los dos lados. Los *udehés* volteaban más ágilmente en medio de estos bloques, empujándolos con golpes de pértiga. En un recodo especialmente difícil, estos bloques se habían acumulado en gran cantidad, no dejando en el centro más que un pasaje estrecho. No sabiendo si éste era franqueable o iba a terminar en un callejón sin salida, nuestros remeros pararon la embarcación para preguntarme si era necesario o no correr el riesgo. Como ya estaba verdaderamente harto de este viaje fluvial, con

mi mochila a la espalda, resolví tentar la suerte. Dersu trató de disuadirme, pero yo no era de su misma opinión, suponiendo que, en caso de fracasar, podríamos de todas maneras alcanzar la orilla.

Ciertamente, no podíamos quedarnos mucho tiempo en el mismo lugar. Era forzoso avanzar; pero apenas hubimos franqueado unos cuarenta metros, vimos el pasaje obstruido: más allá, no había más que hielo compacto, al cual era imprudente acercarse. En efecto, si la corriente hubiera llevado allí nuestra sobrecargada embarcación, ésta se hubiera llenado de agua inmediatamente. Había, pues, que volver lo más pronto posible, pero esto no era tan fácil. No pudiendo ya hacer virar la embarcación en aquel estrecho pasaje, tuvimos que ir retrocediendo, con la popa delante. Como si fuera a propósito, éste era el lugar más profundo del canal, donde las pértigas alcanzaban apenas el fondo sólido. Con grandes esfuerzos, pudimos franquear la mitad de la distancia. En este momento, uno de los *udehés* dio un grito de angustia, que me reveló la inminencia del peligro. Me volví y vi un bloque de hielo enorme, que venía a nuestro encuentro con una rapidez que no nos permitía ya salir del estrecho canal. Los remeros aplicaron todas sus fuerzas, pero el bloque no dio tregua. Golpeando con estrépito contra uno de los bordes del pasaje, fue a continuación rechazado hacia el otro. El resultado fue imprevisto: estos choques violentos pusieron en movimiento todos los bloques a la vez y el pasaje se redujo.

—¡Los hielos van a romper la embarcación! —gritó Dersu, con voz irreconocible—. ¡Hay que utilizar rápidamente las piernas!

Saltó del barco y corrió sobre aquel hielo flotante hacia la orilla, teniendo en sus manos la amarra. Por dos veces, dio zambullidas involuntarias, pero consiguió remontar cada vez sobre el hielo. Felizmente, la orilla no estaba lejos. Imitando el ejemplo del *gold*, los cosacos saltaron a su vez. Dos de ellos ganaron la orilla sanos y salvos, pero Murzine se hundió. En el momento en que iba a volver a trepar sobre un bloque de hielo, éste se dio vuelta. Toda la acrobacia del cosaco no sirvió sino para hundirlo más aún en el agua. Un solo minuto más hubiera bastado para que pereciese. Pero Dersu fue en su socorro, arriesgando su propia vida. Durante este tiempo, habíamos logrado —los bateleros y yo— pasar de un bloque de hielo a otro, tirando siempre del barco y agarrándonos a la vez. La proa llegó casi a rozar a Dersu y a Murzine, lo que les salvó a los dos. Pero la embarcación se encontró de nuevo bloqueada a través de la corriente y fue arrastrada por los hielos. No tuvimos otro remedio que lanzar nuestras mochilas sobre la orilla y trepar a continuación nosotros mismos.

Unos minutos después, nuestro barco fue proyectado contra el gran peñasco. Como un ser viviente, la embarcación tropezó aún algún tiempo, resistiendo los bloques de hielo, pero se partió de golpe con estrépito, como cortada en dos. Un último crujido, un despojo emergiendo de las aguas, y después, todo desapareció.

No bien nos encontramos en la orilla, nuestro primer movimiento fue encender un fuego para secarnos. Alguien opinó que sería necesario hacer el té y comer un poco. Pero cuando nos pusimos a buscar el saco de provisiones, no pudimos encontrarlo. Faltaba también una de nuestras carabinas. A falta de otros comestibles, cada uno comió lo poco que tenía en su bolsillo; después, continuamos nuestro camino, pero a pie. Los *udehés* nos aseguraron que llegaríamos hacia la noche a una *fanza* donde esperaban encontrar pescado congelado.

En efecto, llegamos a esa vivienda a la caída del crepúsculo. Estaba vacía, pero los cosacos descubrieron en el granero grandes pescados secos y tuvimos que contentarnos con esa escasa cena.

En este lugar, el Iman forma un vasto meandro y recoge a uno de sus principales afluentes, que viene a desembocar del lado norte y que se llama Armu. El 2 de noviembre, hacia el mediodía, llegamos a un río cuya corriente tuvimos que costear para remontar hacia el paso de la cresta que obliga al Iman a hacer esta gran curva. Pero he aquí que se nos presentaron a la vez dos fuentes: una, corriendo hacia el norte y la otra, hacia el oeste. Probablemente, hubiéramos tenido que seguir la segunda. Pero, por temor, yo me metí en la otra dirección. Habiendo al menos franqueado el paso, instalamos nuestro campamento en cuanto encontramos el combustible necesario y un espacio más o menos llano.

En la mañana del 3 de noviembre, comimos los restos de nuestro *yukola*[\[27\]](#) y partimos con nuestras mochilas aligeradas. Como no podíamos ya contar más que con los productos de la caza, se decidió que Dersu debía ir delante y que nosotros íbamos a seguirle a una distancia de unos trescientos pasos, a fin de no asustar a la caza. Cada uno de nosotros esperaba que el *gold* mataría algún animal, pero fue en vano. No se escuchó ni un solo disparo.

El valle se hacía más espacioso. A mediodía, encontramos un sendero muy pequeño, apenas visible, y que se desviaba hacia la izquierda, hacia el norte, franqueando un pantano lleno de mogotes. Como el hambre se hacía sentir cada vez más, todo el mundo guardó silencio durante la marcha. De repente, vi al *gold* que iba a derecha e izquierda, inclinándose y recogiendo algo de tierra. Le interpelamos en seguida:

—Bueno, ¿qué has encontrado allí? —le preguntó uno de los cosacos.

—Los osos han venido aquí para comer pescado —respondió el *gold*—. Pero han tirado las cabezas y eso es lo que yo recojo.

En efecto, había muchas cabezas de pescado esparcidas sobre la nieve. Era evidente que los osos habían pasado por allí después que la tierra fuera cubierta por el sudario del invierno.

A falta de pan, buenas son tortas. ¿Por qué, pues, desdeñar, cuando se tiene hambre, los restos de un festín de osos? Cada uno se aplicó con la mejor disposición,

y al cabo de un cuarto de hora, todos nuestros bolsillos estaban repletos de cabezas de pescado. Ocupados en esta tarea, no nos dimos cuenta de que nuestro valle, tan insignificante, nos había llevado a una corriente de agua bastante importante. Era el río Sinantza. Según las afirmaciones de los *udehés*, debíamos llegar al Iman al día siguiente hacia el mediodía. Pasamos a la orilla opuesta para instalar nuestro campamento en medio de un bosque espeso de coníferas. ¡Qué regalo nos parecieron las cabezas de pescado! Algunas de ellas, que contenían todavía bastante carne, constituyeron verdaderos hallazgos; nos las repartimos en porciones iguales y comimos una cena excelente, aunque poco copiosa. La noche fue fría, pero pudimos dormir muy bien gracias a la abundancia de combustible. Sin embargo, al alba del 4 de noviembre, nos levantamos con hambre. Como no era fácil adelantar, hundiéndonos hasta las rodillas en la nieve, no alcanzamos a hacer más que dos kilómetros por hora. Fallaron nuestras previsiones de caza abundante, así como nuestra esperanza de encontrar todavía algunas cabezas de pescado. Uno de los cosacos entrevió un almizclero y le disparó, pero sin éxito.

De acuerdo con la duración de nuestra marcha, hacía tiempo que deberíamos haber llegado al Iman. A cada recodo, contaba con percibir la desembocadura del Sinantza, que estábamos dispuestos a costear, pero solamente se veía el bosque; después, un nuevo recodo, otra vez el bosque, y así indefinidamente.

A la hora del crepúsculo, encontramos una pequeña barraca, construida de raíces. Me puse contento, pero Dersu no la encontró de su agrado. Me hizo notar que había en torno a ella vestigios de hogueras. Esta circunstancia y la ausencia total del utillaje habitual de que se sirven los habitantes de la taiga, indicaban que la barraca no era utilizada por los caminantes más que como abrigo para la noche; resultó, pues, que el Iman debía encontrarse todavía a una jornada de marcha, como mínimo. Ahora bien, los hombres sufrían mucho el hambre. Los cosacos estaban tristes cerca del fuego, sin hablar apenas. Para engañar el hambre, se acostaron más pronto que de costumbre. Toda la noche estuve obsesionado por dudas e inquietudes. Si al día siguiente no encontrábamos nada para cazar ni íbamos tampoco a alcanzar el Iman, sería realmente fatal. En verano, se puede pasar sin comer durante varios días; pero en invierno, el hombre hambriento puede sucumbir rápidamente al frío.

Por la mañana, Dersu estuvo en pie antes que los otros y me despertó el primero. Según él, había que avanzar tanto como fuera posible, mientras nuestras piernas pudieran llevarnos. Pero apenas estuvimos en ruta, sentí que mis fuerzas disminuían; mi mochila me pareció tener doble peso que la víspera. Cada media hora, hicimos un alto para sentarnos y reposar. Teníamos ganas de tendernos y no hacer nada, lo que era una mala señal. Avanzamos hasta el mediodía, haciendo muy poco camino. En estas condiciones no íbamos ciertamente a alcanzar el Iman en la jornada. En el transcurso de la ruta, disparamos algunos tiros de fusil, abatiendo tres trepadores y un

pico-verde. Pero, ¿qué significaba aquello para cinco hombres? Entretanto, el tiempo se ensombreció y el cielo se cubrió de nubes. Súbitas ráfagas de viento hicieron elevar la nieve en el aire, disipándola en polvo blanco y formando torbellinos por encima del río. Este presentaba tan pronto superficies llanas, enteramente barridas por las ráfagas, como grandes montones de nieve que el viento había acumulado. En el curso de la jornada, sufrimos todos el frío, pues nuestras ropas usadas no llegaban a protegernos lo suficiente.

Una colina rocosa, que se encontraba a nuestra derecha, levantaba sus acantilados escarpados por encima del río. Encontramos una especie de pequeña caverna, donde encendimos pronto una hoguera. Dersu suspendió por encima del fuego una marmita e hizo hervir agua. A continuación, sacó de su mochila una pieza de piel de ciervo, la calentó al fuego y la cortó con su cuchillo en mil bandas finas como cintas. Después de haberla cortado así, la arrojó en la marmita y la hizo hervir largo tiempo. A continuación, nos dirigió las siguientes palabras:

—Cada uno debe comer para engañar a su vientre y recuperar algunas fuerzas. Después, habrá que avanzar rápido, sin tomarse reposo. En ese caso, antes de la puesta del sol, encontraremos el Iman.

La primera de estas reflexiones era superflua, ya que cada uno de nosotros estaba dispuesto a tragar cualquier cosa. Si bien la piel había estado sometida a una larga cocción, quedó bastante dura para resistir la acción de los dientes. El *gold* nos aconsejó, es cierto, no abusar, deteniendo a los muy ávidos con esta simple indicación:

—No hay que comer demasiado. Es malo.

A la media hora, levantamos el campo. Sin habernos saciado, esta piel consumida activó no obstante el funcionamiento mecánico de nuestros estómagos. Dersu no se privó de decir pestes de los retrasados. La jornada había terminado, pero nosotros continuamos todavía caminando. El río Sinantza parecía interminable; a cada uno de sus meandros, no percibíamos más que nuevas superficies heladas. Arrastramos con pena nuestras piernas, avanzando como ebrios. Sin la persuasión del *gold*, hubiéramos acampado hacía tiempo. Por fin, hacia las seis de la tarde, aparecieron indicios de una vivienda próxima: huellas de esquís y pequeños trineos, entalles frescos de madera serrada, y así sin parar.

—El Iman no está lejos —afirmó Dersu en tono contento, y al mismo tiempo el ladrido lejano de un perro pareció hacerse eco de sus palabras. Después de un último recodo, vimos centellear luces. Era el pueblo de Sian-Shi-Kheza. Un cuarto de hora más tarde, estuvimos muy cerca de él. Jamás yo me sentí tan fatigado como aquel día. Llegados a la primera *fanza*; entramos para acostarnos vestidos sobre el *kang*. No quisimos ni comer ni beber ni hablar; nuestro único deseo fue tendernos.

Nuestra aparición provocó naturalmente emoción entre los chinos y fue nuestro

anfitrión el que se mostró más agitado de todos. En secreto, despidió hacia algún sitio a dos de sus obreros. Poco tiempo después, otro chino llegó a la *fanza*. Mejor vestido que los otros hombres, se mostró muy desenvuelto, nos habló en ruso y me preguntó quiénes éramos y de dónde veníamos. Su lenguaje, lejos de ser elemental, era puro y regular, a menudo, incluso amenizado con proverbios rusos. Nos rogó en seguida que nos trasladáramos a su morada, y se presentó ante nosotros con el nombre de Li-Tan-Kui, hijo de Li-Fine-Fu. Nos explicó que su casa era la más bella del pueblo, mientras que la *fanza* donde nosotros estábamos pertenecía a un miserable, etcétera. Después, volvió a salir y habló largo tiempo en voz baja a nuestro anfitrión. Este vino a su vez a rogarme que me trasladase a casa de Li-Tan-Kui. A pesar mío, debí consentir. No se sabe de dónde llegaron varios obreros que habían ya tenido tiempo de transportar nuestros efectos. Cuando nos encontramos en el sendero, Dersu me tiró suavemente de la manga y me dijo:

—Es un taimado; creo que quiere embaucarnos. Yo no dormiré esta noche.

Yo también había encontrado sospechoso a este chino. Y su obsequiosidad no me había gustado en absoluto.

Por la noche alguien me sacudió por la espalda, despertándome. Me levanté en seguida y encontré al *gold* sentado a mi lado. Me hizo señal de evitar todo ruido y me contó que Li-Tan-Kui le había ofrecido dinero, rogándole que me desaconsejase toda visita a los *udehés* establecidos en Vangubé y que me hiciera alejar de sus viviendas. Con esta condición, el chino prometía poner a nuestra disposición guías y portadores especiales. Dersu le había respondido que aquello no dependía de él y se había vuelto a acostar en el *kang*, simulando dormir. Li-Tan-Kui esperó el momento en que Dersu, según todas las apariencias, estaba realmente dormido, para salir disimuladamente de la *fanza* y marcharse a caballo.

—Tenemos que ir mañana a Vangubé. Yo creo que hay allí algo malo —tal fue la conclusión del relato que me hizo el *gold*.

En este momento, resonó fuera como un galope de caballo; nosotros volvimos a nuestros sitios sobre el *kang* y simulamos los dos estar durmiendo. Li-Tan-Kui entró, pero se detuvo a escuchar sobre el dintel y no fue a desnudarse ni acostarse hasta después de haberse convencido de que todo el mundo dormía. En efecto, yo me dormí en seguida y no me desperté hasta una hora en que el sol estaba ya alto en el cielo. A decir verdad, fue un cierto ruido el que interrumpió mi sueño. Al preguntar lo que había pasado, los cosacos me anunciaron la llegada de algunos *udehés*. Me vestí para presentarme delante de ellos y quedé sorprendido de la enemistad que reflejaban sus miradas.

Después del té, declaré que me marchaba. Li-Tan-Kui trató de persuadirme para quedarme todavía en su casa un día, prometiendo hacer matar un cerdo en mi honor, etc. Dersu me guiñó en ese momento un ojo para hacerme comprender que no

aceptase. El chino comenzó a importunarme, ofreciéndome un guía, pero yo decliné también este género de servicio. Todas estas mañan de nuestro anfitrión fueron inútiles para embaucarnos.

Los chinos del Iman, todos bien armados y llevando una vida muy holgada, fueron muy hostiles con nosotros. Cuando les pedíamos informaciones concernientes a la ruta o al número de pobladores del país, respondían con un grosero *But-chi-dao* («No lo sé») mientras que otros decían sin rodeos:

—Yo lo sé, pero no lo diré.

La comunidad de Vangubé, donde habitaban, según nuestras informaciones, ochenta y cinco *udehés*, y que comprendía cuatro *fanzas* y varias *yurtas*[\[28\]](#), estaba situada más lejos y se encontraba un poco aislada. Cuando llegamos a aquel pueblo, todos sus habitantes salieron a nuestro encuentro, pero estuvieron lejos de ser amables y no nos invitaron siquiera a entrar en sus casas. La primera pregunta que me hicieron fue para averiguar el motivo de haber pasado la noche en la casa de Li-Tan-Kui. Yo respondí en seguida a este asunto y les pregunté a mi vez por qué me manifestaban tanta hostilidad. Los *udehés* me replicaron que ellos me habían esperado mucho, pero que acababan de enterarse, al mismo tiempo, de mi llegada y de mi visita a casa de los chinos.

La situación se aclaró pronto. Se trataba de una verdadera tragedia. Aquel chino llamado Li-Tan-Kui era el *tzaidun* del valle del Iman, lo que le permitía explotar a los indígenas e inflingirles castigos crueles, si ellos no le entregaban, dentro de un plazo, una cantidad determinada de pieles. Había arruinado así a muchas familias, mofándose de ellas hasta el colmo y quitándoles a sus niños, a los que vendía después para resarcirse de sus deudas. Finalmente, dos de estos *udehés*, los llamados Massenda y Samo, de la familia Ghialondiga, perdieron la paciencia y fueron a Khabarovsk para elevar una queja contra Li-Tan-Kui. En esta ciudad se les prometió ayudarles y se les mencionó que yo iba a llegar próximamente al Iman, viniendo del borde del mar. Se les dijo que se dirigieran a mí, porque se suponía que una vez en el lugar yo podría desenvolverme fácilmente en todo este asunto. Los dos *udehés* volvieron a sus casas para informar a sus congéneres de los resultados de su viaje, y se pusieron a esperar pacientemente mi aparición. Pero Li-Tan-Kui llegó a conocer las gestiones de los dos querellantes y los hizo apalear para establecer un castigo ejemplar. Uno sucumbió en el suplicio, el otro alcanzó a soportarlo, pero quedó malparado para toda la vida. Entonces, un hermano del *udehé* ejecutado se presentó a su vez en Khabarovsk. Li-Tan-Kui le hizo igualmente prender para someterlo al suplicio del frío sobre el río helado. Los *udehés* lo supieron y decidieron recurrir a las armas para defender a su cantarada. El resultado fue un verdadero estado de sitio. Desde hacía dos semanas, los *udehés* se quedaban en sus casas, no iban más a la caza, estaban faltos de víveres y sufrían de privaciones. Y he aquí que, en estas

condiciones, supieron que, apenas llegado, yo no había encontrado nada mejor que alojarme en casa de Li-Tan-Kui.

Les expresé entonces que no estaba enterado en absoluto de todos estos acontecimientos del Iman y que había llenado a Sian-Shi-Kheza en un estado fatal de fatiga y de hambre que me impulsó a aprovechar, sin examen previo, la primera *fanza* que se me había ofrecido.

Aquella misma noche, todos los ancianos de la comunidad decidieron celebrar asamblea en una de sus cabañas.

21. Última etapa

Nos volvimos a poner en ruta el 8 de noviembre. Todos los *udehés* vinieron a acompañarnos. Aquella multitud de hombres, de vestimenta abigarrada, y de rostros curtidos, con las colas de ardillas sujetas a sus gorros, producía una impresión curiosa. Todos los vaivenes de esa multitud tenían algo de salvaje y primitivo. Marchamos por el centro, flanqueados por los viejos, mientras que la juventud corría por los lados, apartándose a menudo para seguir las pistas de nutrias, zorros y liebres. Llegados al fin del prado, los *udehés* se detuvieron para dejarme avanzar solo. Pero, en el mismo momento, un anciano de cabellos blancos salió de sus filas para tenderme una uña de lince, rogándome que la metiera en el bolsillo a fin de no olvidar su ruego concerniente a Li-Tan-Kui. En ese momento nos separamos y los indígenas entraron en sus casas mientras nosotros continuábamos la marcha.

Cuando se atraviesa un bosque en verano, hay que prestar atención para no perder el camino. Cubiertos de nieve, en invierno, todos los senderos se hacen muy visibles en medio de las zarzas. Aquello me facilitó mucho la toma de relevos.

Muy fatigados de nuevo por estas últimas y movidas jornadas, teníamos muchas ganas de hacer alto para reposar un poco. Según el parecer de los *udehés*, el gran pueblo chino de Kartun debía encontrarse en nuestro camino. Contábamos quedarnos allí un día, a fin de restaurar nuestras fuerzas y de alquilar, si fuera posible, caballos. Pero estas previsiones no iban a cumplirse. Cuando llegamos a Kartun, la jornada estaba terminada. Los rayos del sol, que acababa de desaparecer en el horizonte, brillaban aún entre las nubes, proyectando sobre la tierra solamente un reflejo. Las viviendas chinas se protegían detrás de los abetos de la orilla, como para esconderse a los ojos de los caminantes inesperados. Cuando fuimos, pude comprobar que no había visto en ninguna parte *fanzas* que reflejaran más bienestar. Pero cuando entré en una de aquellas viviendas, encontré una acogida hostil por parte de los chinos. Ellos sabían ya quiénes éramos y por qué estábamos acompañados de los *udehés*. Como no es agradable alojarse en una casa donde los huéspedes son poco amables, pasé a otra *fanza*, donde se nos recibió con una hostilidad aún más marcada. En la tercera, no se nos abrió incluso la puerta y este juego se repitió en todas las otras. Nadie está obligado a lo imposible. Yo me dediqué a echar maldiciones igual que los cosacos y que el *gold*; pero no hubo nada que hacer y tuvimos que tomar partido. No queriendo pasar la noche cerca de esas *fanzas*, decidí avanzar hasta el primer lugar que conviniera para el campamento.

Llegó la noche y aparecieron algunas estrellas. Las *fanzas* chinas estaban ya lejos, pero nosotros seguíamos explorando el camino. De pronto, el *gold* se detuvo para olfatear el aire, con la cabeza levantada hacia atrás:

—Escucha, capitán —me dijo—. He percibido ahora mismo el olor del humo.

—Al cabo de un minuto, añadió—: Son los *udehés*.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Kojevnikov—. ¿Por qué no pueden ser aún *fanzas* chinas?

—No, son *udehés* —insistió Dersu—. Una *fanza* china posee siempre una gran chimenea y la humareda se remonta en el aire, mientras que el humo que sale de una *yurta* se extiende a lo largo del suelo. Estos son los *udehés*, que asan su pescado.

Tras estas palabras avanzó con seguridad, parándose a veces para aspirar más profundamente el aire. Franqueamos así cincuenta pasos, después cien e incluso otros doscientos, pero la *yurta* prometida no aparecía todavía. Los hombres, fatigados, se pusieron a burlarse del bueno de Dersu, que se sintió ofendido.

—¡Si queréis, dormid aquí! Pero yo quiero ir a la *yurta* y comer pescado —replicó con dignidad.

Yo le seguí, imitado, por otra parte, por los cosacos. Al cabo de unos tres minutos, llegamos en efecto a un campamento *udehé*, compuesto de dos *yurtas*. Entré en una y encontré a una mujer que asaba sobre el fuego pescado desecado. El olfato del *gold* era aparentemente muy superior al nuestro, puesto que él había presentado la humareda y el pescado asado a una distancia por lo menos de doscientos cincuenta pasos.

Unos minutos después, sentados en torno al fuego, comíamos pescado y tomábamos té. Me encontraba tan fatigado por el trayecto que apenas pude escribir las notas necesarias en mi diario. Como rogué a los *udehés* que encendieran fuego durante la noche, me prometieron velar por turno y comenzaron en seguida a cortar leña. La noche fue fría y brumosa. A decir verdad, yo hubiera estado muy contento de verse desencadenar el mal tiempo por la mañana. Aquello nos habría al menos permitido reposar y dormir a placer; pero, en seguida de levantarse el sol, la bruma se disipó. Las zarzas y los árboles de la orilla se cubrieron de escarcha y parecían corales. Sobre el hielo limpio, la escarcha formó rosetas donde jugaron los rayos del sol, semejando diamantes esparcidos sobre la superficie del río. Pero yo noté que los cosacos estaban con prisa de regresar a sus domicilios y me adelanté a su deseo. Uno de los *udehés* se ofreció para servirnos de guía.

Había un hecho bastante curioso: cuanto más nos acercábamos al Ussuri, más incómodos nos sentíamos. Nuestras mochilas estaban casi vacías, pero nos costaba más trabajo llevarlas que al principio de la expedición, cuando cada una pesaba más de quince kilos. Nuestras espaldas estaban tan doloridas por las correas que nos hacía mal el tocarlas; el esfuerzo continuo nos causaba dolores de cabeza y una debilidad general.

A medida que avanzábamos hacia el ferrocarril, la población nos trataba con una creciente malevolencia. En verdad, el mal estado de nuestras ropas y nuestro calzado hacía que los campesinos nos considerasen como vagabundos. Nuestros hombres

avanzaban con pereza y tomaban reposo a menudo.

A la caída del crepúsculo, llegamos a un puesto llamado Parovosy[29], nombre bastante original del cual yo no pude saber el origen, a pesar de mis esfuerzos. Habitaba allí un cierto Sarl Kimunka, jefe *udehé*, rodeado de su familia. Era él quien había remontado en 1901 el curso del Iman hasta el Sijote-Alin, acompañando a un funcionario del departamento de Colonización. Kimunka, que conocía así, por experiencia profesional, las dificultades a las que se expone cada explorador del Sijote-Alin, nos reservó en su *fanza* una acogida muy hospitalaria, ofreciéndonos una cena copiosa, compuesta de grano y trigo sarraceno y pescados oreados.

Al día siguiente, después de habernos levantado tarde, comimos aún pescado antes de partir. Nuestro huésped nos acompañó hasta las habitaciones de ciertos coreanos, que se habían instalado recientemente en la vecindad de Parovosy. Tuvimos que atravesar en barca el río Iman, cuyo curso inferior no estaba aún congelado; pero, habiendo recorrido todas las *fanzas*, no encontramos un solo hombre. Las mujeres nos echaron miradas aterradas y se apresuraron a esconder a sus niños. Viendo que no había nada que hacer, yo tomé partido y ordené a mis hombres que se aproximaran al agua. Nuestro *udehé* encontró, no obstante, un barco de fondo llano, escondido en alguna parte entre las zarzas. Se sirvió de él para transportarnos uno a uno y volvió después a su casa.

Sobre la orilla izquierda del Iman, cuatro cabañas de tierra desleída estaban instaladas al pie de una colina aislada: era una aldea rusa llamada Kotelnoyé. Los colonos acababan de llegar de Rusia y no habían tenido todavía tiempo de construir los edificios necesarios. Entramos en una de las viviendas, pidiendo hospitalidad para la noche. Los huéspedes fueron acogedores, nos hicieron las preguntas habituales concernientes a nuestra ocupación y a nuestra procedencia, para continuar con las lamentaciones sobre su propia suerte.

Fue para mí una voluptuosidad poder gustar el pan de campaña. Por la noche, todos los campesinos se reunieron en esta isba primitiva. Nos hablaron, con muchos suspiros, de su existencia en ese nuevo país. Tenían el aspecto de haber sufrido de lo lindo en el curso de la colonización. Sólo el *keta* los había sostenido y preservado de la muerte por hambre.

A partir de Kotelnoyé, había una ruta provista de mojones que indicaban las distancias. El que estaba situado a la entrada del pueblo, llevaba la cifra de setenta y cuatro verstas. No teníamos más dinero para alquilar caballos y yo quería, costara lo que costase, llevar a buen término mis relevos, lo cual sólo podía hacer yendo a pie. Además, nuestras ropas usadas hacían que prefiriéramos el ejercicio de la marcha, que nos permitía entrar en calor.

Temprano, casi al alba, partimos del pueblo. A mediodía, llegamos a la aldea de Lukianova, que cuenta con cincuenta *fanzas* muy espaciadas. Después de un pequeño

alto, volvimos a partir y fuimos sorprendidos por el crepúsculo cuando marchábamos, todos derrengados, hambrientos y helados. Pronto no pude ya distinguir las cifras marcadas por mi instrumento, si bien la ruta era aún visible. Continué trabajando al resplandor de las cerillas que un cosaco acercaba hacia el instrumento, a una señal de mi parte. Durante esta corta iluminación, llegaba a percibir la cifra que indicaba el aparato y anotarla sobre mi tablero.

Por fin, una luz brilló delante de nosotros.

—¡Un pueblo! —gritaron mis hombres a coro.

—De noche, una luz engaña siempre —replicó Dersu.

En efecto, una luz se percibió a lo lejos en la oscuridad. Tan pronto parecía más alejada de lo que estaba en realidad, como parecía estar muy cerca, se diría que al lado mismo. Avanzábamos continuamente, pero la luz parecía irse a su vez y distanciarse de nosotros. Cansado de esta carrera, pensé hacer un alto para acampar; pero, en ese momento, el fuego apareció en nuestra inmediata vecindad. A pesar de la oscuridad, percibimos una isba, después una segunda, y así hasta ocho. Era el pueblo de Verbovka. Muchos paisanos estaban ausentes, habiéndose marchado a la ciudad para buscar trabajo. Las mujeres, atemorizadas, nos tomaron por *hundhuzes* y no quisieron abrirnos sus puertas. Hubo que recurrir a la ayuda del *staroste*, que nos recogió, a Dersu y a mí, en su morada, y alojó al resto de nuestros hombres en casa de su vecino. Como habíamos hecho treinta y tres kilómetros en el curso de la jornada, estábamos terriblemente fatigados. El cansancio me impidió dormir por mucho tiempo, obligándome a revolverme de un lado a otro.

Nos quedaban cuarenta y dos kilómetros por hacer para llegar a la vía férrea. Consulté con mis compañeros de ruta y me decidí a tratar de franquear esta distancia en una sola etapa. Para realizar ese proyecto, partimos a una hora tan temprana que tuve que comenzar a trabajar cerca de una hora con luz artificial. Al salir el sol, llegábamos ya a Golavka. Como la mañana era fría, el pueblo entero echaba humo: blancas columnas salían de todas las chimeneas, yo no tenía la intención de detenerme, pero uno de los habitantes supo quiénes éramos y nos invitó a entrar en su casa para tomar té. Nos regaló leche, pan y miel. No me acuerdo ya del nombre de este hombre, pero le di las gracias cordialmente por su amistosa acogida. Por añadidura, nos proporcionó provisiones de ruta y dio a los cosacos tabaco y pan de especias. Habiendo restaurado nuestras fuerzas con esta comida, agradecemos al patrón su hospitalidad y volvimos a ponernos en ruta.

No nos quedaban más que veintidós kilómetros para llegar al ferrocarril. ¿Qué podía significar esta distancia, después de una buena comida, tratándose de los últimos kilómetros y estando seguros de llegar, antes de terminar la noche, al término de la expedición?

A pesar del buen sol, hacía frío. Como mis relaciones detalladas habían terminado

por aburrirme, solamente mi obstinado deseo de llevar este trabajo a buen fin, me animó a continuarlas, pese a todo. Con mi aliento, tuve que recalentar mis manos, que se habían helado en la tarea. Al cabo de una hora de ruta, encontramos a un hombre que iba en la misma dirección, conduciendo a la estación un carromato cargado de pescado.

—¿Cómo puede trabajar así? —me preguntó—. ¿Es posible que no tenga frío?

Le respondí que mis guantes se habían gastado en el curso de la expedición.

—Entonces, tome los míos —dijo el conductor—. Yo tengo un par de recambio.

Diciendo esto, sacó del carromato unos guantes gruesos tejidos y me los tendió; así que continué trabajando enguantado. Hicimos juntos cerca de dos kilómetros. Mientras yo proseguía mis trazados, este hombre me habló de su vida, echando pestes contra todo el mundo. Lanzó invectivas contra los habitantes de su pueblo, contra el funcionario encargado de los colonos y, por fin, contra el maestro. Me fastidió este raudal de maledicencia. Como su jamelgo avanzaba muy lentamente, me di cuenta de que, a ese paso, no se podría llegar al Iman antes de la noche. Así que me quité los guantes, los devolví al conductor con mi agradecimiento y mis deseos de buena suerte, y aceleré el paso:

—¿Cómo? —exclamó él persiguiéndome—. ¿No vas a pagarme?

—Pero, ¿por qué?

—Por los guantes, desde luego.

—Pero yo te los he devuelto —repliqué.

—¡Ésta sí que es buena! —observó el falso bienhechor, con voz descontenta y rastrera—. Yo he tenido lástima de ti y he aquí que tú no quieres ni siquiera pagarme.

—¡Bonita lástima la tuya! —intervinieron los cosacos. Pero Dersu se enfadó más que los demás. En el curso del camino no hizo más que escupir y vituperar en términos caprichosos al conductor.

—Es un hombre pernicioso —aseguró—. Yo no quisiera habérmelas con otro como éste. Es un sinvergüenza.

Ser sinvergüenza significaba para Dersu la pérdida de toda conciencia.

—¿Cómo puede existir un ser semejante? —continuó el *gold* irritado—. Creo que él no debe existir y que se morirá pronto.

Habiendo alcanzado al mediodía el río Vakú, hicimos alto. En línea recta, no había más que dos kilómetros hasta el ferrocarril, pero el mojón marcaba en este sitio la cifra 6. Y es que la ruta describe una vasta curva para contornear un pantano. No obstante, el viento venía ya desde entonces a traernos los silbidos de las locomotoras y podíamos incluso percibir los edificios de la estación.

En secreto, me dejé mecer por la idea de que Dersu, esta vez, vendría conmigo a Khabarovsk. Lamentaba vivamente tener que separarme de él. Había notado que en el curso de aquellas últimas jornadas me prodigaba una especie de atención creciente y

que parecía querer decirme o pedirme algo, sin llegar, no obstante, a atreverse. Sobreponiéndose a su timidez, me pidió cartuchos. De esto deduje su decisión de partir.

—¿No irás a marcharte, Dersu? —le pregunté.

Él suspiró y me repitió que temía la ciudad, donde no tendría nada que hacer. Le rogué entonces que me acompañara, aunque sólo fuera a la estación, donde yo podría, al menos, darle dinero y provisiones para la ruta.

—Es inútil, capitán —me respondió el *gold*—. Cazaré cibelinas; esto equivale al dinero.

Fue en vano que tratara de persuadirle. El se mantuvo firme, explicándome que iba a remontar hasta las fuentes del Vakú para cazar las cibelinas y pasar a continuación, durante el deshielo, al río Daubi-khé. Allí, cerca de un lugar llamado Anutchino, habitaba otro viejo *gold* a quien él conocía y quería pasar en su casa dos meses de primavera. Quedamos de acuerdo en que, al principio del verano, en el momento de emprender una nueva expedición, yo enviaría por él a un cosaco, o iría yo mismo a buscarlo. Cuando Dersu consintió y me prometió esperar esta llegada, le di todos los cartuchos que me quedaban. Estábamos sentados juntos y discutíamos sin fin el mismo tema. En tres ocasiones me empeñé en fijar exactamente el lugar del reencuentro futuro, queriendo prolongar nuestra conversación.

—Bueno, hay que partir —observó el *gold*, endosándose la mochila.

—Adiós, Dersu —le dije, estrechándole muy fuerte la mano—. Gracias por haberme ayudado. Adiós, no olvidaré todo lo que has hecho por mí.

Dersu quiso decir algo, pero se sintió confuso y se puso a limpiar con su manga la culata de su arma. Pasamos todavía un minuto en silencio, antes de estrecharnos de nuevo la mano y separarnos. El se alejó a la izquierda, hacia el curso del agua, mientras que nosotros proseguimos la ruta.

Después de haber marchado un poco, me volví y percibí al *gold*, detenido sobre un banco de guijarros, examinando huellas en la nieve. Le llamé y agité mi gorra. Él me respondió con un ademán de la mano.

«Adiós, Dersu», pensé todavía, continuando adelante, mientras los cosacos me seguían con pena. En la estación, se encendieron luces blancas, rojas y verdes.

Esta jornada fue para nosotros la más fatigosa de toda la expedición. Los hombres se escalonaron en la fila, sin orden. Los dos kilómetros que nos faltaba aún franquear fueron más penosos que si hubieran sido veinte al principio de nuestro viaje. Reunimos nuestras últimas fuerzas para arrastrarnos hasta la estación, pero acabamos por sentarnos aún a unos doscientos o trescientos metros del final, sobre las traviesas de la vía férrea, para reposar un poco. Los obreros que pasaban se asombraron de vernos hacer este alto tan cerca de la estación y uno de ellos llegó hasta a decir a su camarada, con una risa bonachona:

—¡Vaya! La estación debe estar lejos.

Llegamos por fin, renqueando, hasta la pequeña aglomeración, para entrar en la primera hospedería. Un hombre de ciudad se hubiera sin duda indignado del desorden, del precio y de la suciedad de aquel establecimiento, pero a mí me pareció un paraíso. Ocupamos dos habitaciones, instalándonos como ricachones.

Todas las dificultades y las privaciones habían pasado y nuestro interés por los diarios se despertó en el acto. Sin embargo, yo me acordaba sin cesar de Dersu. «¿Dónde estaría en aquel momento?», pensaba. «Habrá instalado su tienda en un abrigo de la orilla, adonde habrá llevado madera y encendido su fuego, para dormir después, con la pipa en la boca.» Con estas reflexiones, me quedé dormido.

Al día siguiente, me levanté temprano. El primer pensamiento que me vino a la cabeza fue placentero: no tenía que llevar más la mochila. Por la noche fuimos al baño y tomamos a continuación el té todos juntos. Fue ésta la última vez. El tren llegó pronto y nos dispersamos en los distintos vagones. La noche del 17 de noviembre llegamos a Khabarovsk.

TERCERA PARTE

22. Partida y primer trayecto

De enero a abril, trabajé en mi informe concerniente a la expedición precedente y por eso no pude empezar los preparativos del nuevo viaje antes del mes de mayo.

Esta vez, se trataba de explorar, partiendo del lugar donde se habían terminado los trabajos del año transcurrido, la parte central del Sijote-Alin, en la dirección del litoral.

La organización de esta expedición se pareció mucho a la que había tenido lugar un año antes. Pero los caballos fueron reemplazados por mulos, Estos tienen el paso más seguro y avanzan fácilmente en la montaña; además, no son demasiado exigentes con el forraje, aunque, por otra parte, tienen el defecto de atascarse en los pantanos más fácilmente que los caballos. Mi adjunto, M. A. Merzliakov, recibió la orden de ir a Vladivostok a comprar los animales necesarios para la expedición. Era importante elegir mulos de cascotes sólidos y sin herraduras. Mi adjunto fue el encargado de embarcarlos a bordo de un vapor que iba de Vladivostok al golfo de Djiguite, y de dejarlos al cuidado de tres de nuestros cazadores, mientras que él mismo debía ir delante para organizar cinco bases de aprovisionamiento a lo largo de la costa.

Por otra parte, envié al tirador Zakharov a Anutchino en busca de Dersu. A partir del pueblo de Ossinovka, el soldado se sirvió de caballos de posta. Entró en todas las *fanzas* y preguntó también a los viandantes si alguno de ellos había encontrado por casualidad a un viejo *gold* de la tribu de los Uzala. Un poco antes del lugar llamado Anutchino, en una pequeña *fanza* situada justo al borde de la ruta, el tirador encontró a un cazador indígena que estaba preparándose y atando su mochila, mientras pronunciaba un soliloquio. Interrogado por mi emisario sobre el *gold* Dersu Uzala, el cazador respondió brevemente:

—Soy yo.

Zakharov le explicó el motivo de su visita y los preparativos del *gold* no fueron muy largos. Los dos hombres durmieron en Anutchino y volvieron a partir al día siguiente por la mañana. Muy contento con la llegada de Dersu, pasé la jornada conversando con él. Según su relato, había cazado durante el invierno dos cibelinas, que entregó a los chinos, obteniendo a cambio una manta, un hacha, un calentador, una tetera, más una cantidad de dinero. Empleó este dinero en procurarse tela china, con la que se fabricó una nueva tienda, así como cartuchos, que le vendieron unos cazadores rusos. Además, unas mujeres pertenecientes al pueblo *udehé* le cosieron el calzado, un calzón y una chaqueta. Cuando la nieve comenzó a fundirse, el *gold* se trasladó a Anutchino, donde se estableció en casa de su viejo compatriota que era al mismo tiempo un antiguo amigo. Viendo que yo no llegaba todavía, se ocupó aún de cazar y alcanzó a matar un ciervo, cuyos cuernos depositó en casa de unos chinos, en calidad de crédito. Pero en Anutchino, donde encontró a uno de esos hombres a los

que llaman «buscadores», fue víctima de un robo. En su simplicidad, Dersu le contó al «buscador» que había tenido la suerte de cazar en invierno cibelinas y venderlas a un precio ventajoso. A continuación, aquel individuo le propuso ir a beber una copa a la taberna, y el *gold* aceptó. Pero sintió que el alcohol se le subía a la cabeza y cometió la imprudencia de confiar su dinero a ese nuevo amigo. Cuando Dersu despertó, al día siguiente, ¡el «buscador» se había eclipsado! El *gold* no comprendió nada, dado que la gente de su propia tribu tenían la costumbre de confiarse unos a otros sus pieles y su dinero, sin que nada desapareciese jamás.

En aquella época, no existía aún servicio marítimo regular a lo largo del litoral del mar del Japón. El Departamento de Colonización había fletado, a título de primera prueba, el vapor *Eldorado*, pero éste no iba más que al golfo de Djiguite. Los viajes de vencimiento fijo no estaban generalmente establecidos y la misma administración no sabía exactamente las fechas de las partidas y llegadas de este barco.

Nosotros no tuvimos suerte, ya que llegamos a Vladivostok dos días después que *Eldorado* hubiera abandonado aquel puerto. Pero yo salí del engorro gracias a la oferta que se me hizo de aprovechar la partida de algunos torpederos. Estos debían trasladarse a las islas de Chantar y sus comandantes nos prometieron desembarcarnos, en el curso de la ruta, en el golfo de Djiguite.

En alta mar, nos encontramos ballenas a rayas (en ruso, *polossatiks*) y marsopas. Las primeras avanzaban lentamente en línea recta, sin prestar mucha atención a los torpederos, mientras que las marsopas siguieron a los barcos y comenzaron a saltar en el aire tan pronto como se encontraron con nosotros. Uno de mis compañeros les disparó. Falló los primeros tiros, pero el tercero dio en el blanco. Una gran mancha enrojeció el agua y todas las marsopas desaparecieron a la vez.

Al crepúsculo llegamos a la bahía llamada Americana, donde hicimos escala. Por la noche, un viento violento se desencadenó sobre el mar. A pesar del mal tiempo, los torpederos levaron anclas al día siguiente por la mañana y continuaron viaje. No pudiendo quedarme en la cabina, me trasladé al puente. El torpedero *Grozny*, a bordo del cual me encontraba, iba a la cabeza, seguido por los otros, en fila india. Inmediatamente después nos seguía el *Bezchumny*. Este se sumergía en los remolinos profundos formados por las olas, y después trepaba de nuevo sobre las cimas coronadas de espuma blanca. Cuando una de estas grandes olas atacaba la pequeña embarcación por la proa, parecía que iba a ser tragado irremediabilmente por el mar, pero el agua se retiraba en cascadas desde el puente y el torpedero remontaba a la superficie para avanzar con persistencia.

Era ya oscuro cuando entramos en la bahía de Santa Olga. Por la noche, el mar se calmó un poco, el viento se apaciguó y la niebla comenzó a disiparse.

A la salida del sol, los acantilados grises de la costa se iluminaron. Hacia la noche, los torpederos llegaron al golfo de Djiguite. El comandante me propuso

acostarme a bordo de su buque y no proceder a descargar nuestros efectos hasta la mañana. Si bien el torpedero estaba anclado, un fuerte oleaje lo balanceó de babor, a estribor durante toda la noche, así que esperé el alba con impaciencia. ¡Qué alegría volver a poner los pies en tierra firme! Cuando los torpederos levaron anclas, las ondas aéreas nos transmitieron, en señal de adiós, un voto de «buena suerte» lanzado por los altavoces. Diez minutos después, los torpederos se habían perdido de vista.

Cuando hubieron partido, nos pusimos a plantar nuestras tiendas y a recoger leña. Uno de los soldados, que fue enviado hacia el río para traernos agua, nos dijo a su regreso que los peces retozaban en masa en el estuario. Los soldados echaron una red y recogieron tantos peces que no pudieron retirarlos todos a la vez. La redada era de *gorbuchas*^[30]. Estos pescados eran jóvenes y no habían adquirido todavía el aspecto deforme que los caracteriza a una edad más avanzada, pero sus mandíbulas estaban ya un poco curvadas y una joroba comenzaba a apuntar en su lomo. Yo ordené que no se tomase más que una parte de la pesca y se tirase el resto al agua. Todo el mundo comió con avidez, pero bien pronto quedamos ahítos y no le prestamos ya más atención. Era a bordo, en ese golfo, donde debíamos esperar nuestros mulos, y no podíamos ponernos en ruta sin estas bestias de carga. Yo aproveché el tiempo libre para tomar medidas del golfo de Djiguite, así como del de Rynda.

Después de una larga espera nuestros mulos llegaron por fin, transportados por el vapor *Eldorado*. Este feliz acontecimiento puso fin a nuestra ociosidad y nos permitió emprender la expedición. El barco echó el ancla a unos cuatrocientos pasos del estuario y los mulos fueron desembarcados directamente en el agua. Se orientaron inmediatamente y nadaron en línea recta hacia la orilla donde les esperaban nuestros soldados.

Dos días tardamos en acomodar las sillas a nuestros mulos y reajustar las cargas. Después de lo cual pudimos por fin partir.

En el momento en que llegamos a las últimas *fanzas*, Dersu vino a pedirme permiso para quedarse todavía un día entre los indígenas, prometiendo reunirse con nosotros a la noche del día siguiente. Como le expresé mi temor de que le fuera difícil reencontrarnos, el *gold* estalló en una sonora carcajada y me tranquilizó en el acto:

—Tú no eres ni un alfiler ni un pájaro; tú no puedes volar. Marchando sobre la tierra y posando en ella tus pies, dejas tus huellas, y yo tengo dos ojos para mirar.

No objeté nada más, conociendo su talento para reconocer las pistas. Proseguimos el camino, dejando a Dersu en el lugar; pero nos alcanzó a la mañana siguiente. Las huellas le habían enseñado cada detalle de nuestra marcha; notó los lugares de nuestros altos y sobre todo el sitio donde nos habíamos retardado como consecuencia de una brusca interrupción del sendero. Adivinó que yo había enviado soldados en diversas direcciones para localizar el buen camino y que uno de los tiradores había cambiado de calzado. Un trapito ensangrentado permitió al *gold* comprobar que uno

de nosotros tenía el pie un poco lastimado... y aquello era el cuento de nunca acabar. Semejante análisis, al cual yo estaba ya habituado, fue una revelación para los soldados. Asombrados, miraron a Dersu con curiosidad.

Uno de nuestros mulos dio prueba de una cierta pereza. Los soldados se retardaron por eso constantemente. Dersu y yo tuvimos que detenernos a menudo para esperarlos. En uno de los altos se convino que íbamos a poner señales en cada bifurcación del sendero para indicar la dirección a seguir. Los soldados se pusieron a reajustar las sillas mientras que nosotros dos proseguimos el camino.

Pronto llegamos a una bifurcación, en la que uno de los senderos remontaba el río y el otro iba hacia algún sitio a la derecha; había, pues, que poner la señal prevista. Dersu tomó un pequeño palo, afiló un extremo y lo plantó en tierra. Justo al lado, fijó también una estaca ligeramente rota, cuidando de que el extremo roto señalara la buena dirección. Habiendo instalado estas señales, avanzamos de nuevo, persuadidos de que los soldados comprenderían las indicaciones y seguirían la vía conveniente. Al cabo de dos kilómetros, nos detuvimos por un motivo que no recuerdo con exactitud; probablemente fue para retirar de nuestros bagajes algún objeto necesario. Habiendo esperado vanamente a los soldados, regresamos para ir a su encuentro. Unos veinte minutos nos bastaron para llegar a la bifurcación, donde vimos que los soldados no habían notado nuestra señal y se habían metido por el otro camino. Dersu se puso a protestar:

—¡Qué gente! —decía con cólera—. Se pasean como títeres, con la cabeza colgando. Tienen ojos y no saben mirar. Cuando vienen a vivir a la montaña, están condenados a perecer.

Lo que le asombraba no era el error cometido por los soldados. Aquello no lo veía tan mal. Pero, ¿cómo podían obstinarse en proseguir sobre un sendero donde no encontraban ya nuestras huellas? Más aún, ellos habían volcado el bastón plantado en tierra. Dersu notó que aquello había sido hecho no por un casco de caballo sino por una bota de hombre.

Pero como una simple conversación no podía arreglar las cosas, yo disparé al aire dos tiros de fusil. Un minuto después, una detonación lejana me respondió desde alguna parte. Tiré aún dos veces; después, hicimos fuego y esperamos a los soldados, que volvieron al cabo de una media hora. Para disculparse, alegaron que las señales puestas por Dersu eran tan pequeñas que era fácil no darse cuenta de ellas. El *gold* no opuso ninguna objeción ni hizo controversia. Comprendió que las cosas que eran claras para él podían quedar completamente vagas para los otros. Tomamos el té y avanzamos de nuevo. En el momento de partir, ordené a los soldados mirar bien por tierra, a fin de no repetir su error. Alrededor de dos horas después, llegamos a otro lugar donde el sendero se bifurcaba. Dersu se sacó la mochila y empezó a recoger ramas desgajadas.

—Es demasiado temprano para acampar —le dije—. ¡Avancemos todavía un poco!

—No es combustible lo que yo recojo —me respondió en tono serio—. Es para cerrar la ruta. Comprendí en seguida. Como los soldados le habían reprochado el poner signos imperceptibles, él había decidido erigir una barrera frente a la cual iban a sentirse acorralados. Aquello me hizo reír de buena gana. Dersu amontonó sobre el sendero una gran cantidad de ramas desgajadas, cortó zarzas, entalló e hizo inclinar algunos árboles vecinos; en resumen, levantó una verdadera barricada. Este atrincheramiento produjo el efecto deseado: al llegar los soldados, prestaron atención y siguieron el buen camino.

El Yodzy-khé merecería el nombre de «Río de los Corzos»; en ninguna parte vi tantos como en aquella región. Los pelos del corzo, que se tiñen en verano de un rojo oscuro, recordando el color de la herrumbre, toman en invierno un color gris leonado. Pero los pelos de las ancas, cerca de la cola del animal, permanecen blancos y forman lo que los cazadores llaman «el espejo». Cuando el corzo se pone a correr, su parte trasera se agita en fuertes sacudidas. El colorido general de los pelos hace que el animal se confunda con el lugar circundante y lo protege así completamente contra la vista; sólo el «espejo» parpadeante queda visible.

Los corzos se acantonan con preferencia en los bosques pantanosos, donde faltan las coníferas. Sólo por la noche van a pacer a los prados. Pero incluso allí, en medio de una calma y un silencio completos, estos animales no dejaban de mirar a todos lados y de estar al acecho. Cuando huían, atemorizados, franqueaban barrancos, malezas y montones de árboles abatidos, ejecutando saltos de una altura prodigiosa. Lo que es curioso es que el corzo no soporta la proximidad del ciervo. Cuando estos dos cérvidos están situados juntos en una ganadería organizada, el corzo acaba por sucumbir. El mismo hecho se observa especialmente en las regiones salinas. Si los corzos son los primeros en encontrarlas, van con placer todo el tiempo hasta que aparecen los ciervos.

Nosotros percibimos a menudo corzos, saliendo de las altas hierbas, pero desaparecían de nuevo en la maleza tan rápidamente que no alcanzamos a abatirlos.

Tras haber sobrepasado el confluente del Sinantza y del Yodzy-khé, entramos en la verdadera taiga. Por encima de nuestras cabezas, las ramas de árboles se entrelazaban hasta el punto de ocultar completamente el cielo. Los álamos y los cedros dominaban, por sus dimensiones sorprendentes, el resto de la vegetación. Árboles de una cuarentena de años, que crecían al abrigo de gigantes, parecían vegetación baja y sin importancia. Las lilas, que tienen habitualmente el aspecto de zarzas, tomaban en esta región carácter de árboles, alcanzando diez metros de altura y un metro treinta de brazada. Viejos troncos abatidos, adornados de musgos abundantes, tenían un aspecto muy decorativo y se encontraban en armonía completa

con el esplendor de la flora circundante. Malezas espesas, donde se entremezclaban «el árbol del diablo», viñas salvajes y lianas, contribuían a hacer estos parajes muy difíciles de franquear. Así que nuestro destacamento avanzaba muy lentamente. Había que detenerse a menudo para ver dónde se encontraban menos ramas desgajadas y obligar a hacer rodeos a nuestros mulos. Cuanto más avanzábamos, más obstruida estaba la selva por los árboles abatidos, y menos utilizable era el sendero para las bestias de carga. A fin de evitar todo retraso, nos hicimos preceder por una vanguardia a las órdenes de Zakharov. Estos hombres fueron encargados de limpiar el bosque de ramas desgajadas y encontrar los rodeos necesarios. Ocurría a veces que un árbol zapado no llegaba a caer, enredándose en las cimas vecinas; entonces, nos contentábamos con recortar las ramas inferiores, abriendo así como una puerta cochera y cortando también las ramas puntiagudas de todos estos árboles desgajados para preservar las patas y los vientres de los mulos.

Cerca de la desembocadura del Sinantza encontramos, sobre una orilla llana y pedregosa, a un *udehé* jorobado, rodeado de su familia. Todos se ocupaban de la pesca. Al lado de donde estaban instalados, un barco se arrastraba sobre las piedras, con la cala al aire. La blancura de la madera y la frescura de las huellas del trabajo, visibles en los dos bordes de la embarcación, probaban que ésta acababa de ser construida y no había sido todavía botada. El *udehé* jorobado nos explicó que él no sabía nada de construir barcos y había encargado ese trabajo a su sobrino Tchan-Line, un habitante de las orillas del Takema. Como esta embarcación estaba ya acabada, ofrecimos a Tchan-Line que nos acompañara, lo que él aceptó de buena gana.

Al día siguiente, partimos temprano. Teníamos por delante un largo trayecto; antes que nada, había que llegar lo más pronto posible al río Sanhobé, donde debían comenzar realmente mis trabajos. Como de costumbre, Dersu y yo partimos delante y dejamos a M. Merzliakov el cuidado de reunirse más tarde con nosotros, trayendo los mulos.

Habíamos llegado —Dersu y yo— a un segundo vallecito. Yo acababa de sentarme y Dersu estaba reajustándose su calzado, cuando escuchamos sonidos extraños, que recordaban a la vez aullidos, gañidos y gruñidos. Dersu me tomó por la manga, se puso a escuchar y declaró:

—Un oso.

Poniéndonos de pie, avanzamos lentamente y pudimos ver pronto al autor de los ruidos. Era un oso de una talla mediana, muy atareado alrededor de un gran tilo que crecía inmediatamente al pie de un acantilado. Un entalle hecho con un hacha en la superficie del árbol, del lado que se exponía a nuestra vista, indicaba que la presencia de un enjambre de abejas había sido localizada por alguien antes que nosotros y antes que el oso.

Vi en seguida que la fiera estaba ocupada en buscar miel. Encabritado, se

enderezaba tanto como podía, pero las piedras le impedían pasar su pata delantera por el hoyo. Impaciente y gruñendo, el animal sacudía el árbol con todas sus fuerzas. Las abejas revoloteaban cerca de la colmena y venían a picar al oso en la cabeza. El animal se frotaba el hocico con sus patas, se revolcaba por tierra y reemprendía después su tarea. Sus actitudes eran muy cómicas. Al fin se cansó, se sentó por tierra en una actitud humana y midió el árbol de arriba abajo, como si meditara algo. A los dos minutos de reposo, se levantó bruscamente, corrió rápido hacia el tilo y trepó a la cima. Tan pronto como llegó, acertó a colocarse entre el acantilado y el árbol. Apoyándose entonces con sus cuatro patas contra la roca, empujó fuertemente con su lomo el tilo, que cedió un poco bajo su peso. Pero a la fiera le dolió aparentemente el lomo y cambió de posición; entonces se adosó contra las piedras y empujó con sus dos patas delanteras el gran árbol. Este se desplomó con un crujido. Era lo que el oso quería. No le quedaba sino apartar las tiernas capas de la albura para apoderarse de los paneles de miel.

—Es un hombre de lo más astuto —observó Dersu—. Hay que cazarlo; si no, se comerá pronto toda la miel. A continuación, se puso a gritar:

—¡Eh! ¿Qué haces ahí, ladrón de miel?

El oso se volvió y huyó de nuestra vista, desapareciendo detrás del acantilado.

—Hay que asustarlo —añadió el *gold*, disparando un tiro al aire.

Precisamente, nuestros animales se aproximaban. M. Merzliakov escuchó la detonación, detuvo el destacamento y vino a preguntar de qué se trataba. Decidimos dejar allí a dos soldados para recoger la miel. Había que dar a las abejas tiempo para calmarse. Entonces, sería fácil aniquilarlas con el humo y llevarse la miel. Si nosotros no la tomábamos, el oso volvería sin falta y se comería toda la reserva. Reanudamos el camino al cabo de cinco minutos y llegamos sin dificultad al Sanhobé. Hacia las cuatro de la tarde, alcanzamos la bahía de Terney, donde se nos reunieron una hora más tarde nuestros dos soldados, que habían quedado cerca del tilo, y que nos aportaron cerca de diez kilos de miel en paneles, de una calidad excelente.

A bordo del río Sanhobé, volvimos a ver a Tchan-Bao, el jefe de la compañía de tiradores indígenas, y pasamos juntos toda la jornada. Estaba al corriente, como pude comprobar, de muchas cosas que nos habían ocurrido el año precedente en la cuenca del Iman. Me sentí muy contento al saber que se proponía acompañarme hacia el norte. Aquello ofrecía una doble ventaja: primero, él conocía bien la geografía del litoral; por otra parte, la autoridad de que él gozaba entre los chinos y la influencia que ejercía sobre los indígenas, iban a facilitar sensiblemente el cumplimiento de mis tareas.

Llovía. Descendimos la cresta e instalamos el campamento en cuanto encontramos un arroyo con bastante agua. Los soldados se pusieron a descargar los mulos. Dersu y yo fuimos, según nuestra costumbre, a hacer un reconocimiento,

descendiendo el *gold* a lo largo del arroyo, mientras yo lo remontaba.

Cuando cae agua en el bosque, esto supone una doble lluvia. A la menor sacudida, cada zarza y cada árbol riegan al caminante. Cinco minutos de marcha me empaparon tanto como si me hubiese tirado de cabeza al río. Iba a regresar, cuando percibí un animal extraño que descendía de un árbol. Apunté e hice caer a la bestia. Se desplomó en el suelo y con un segundo tiro de fusil puse fin a sus sufrimientos. Era un gato salvaje, cuyas dimensiones me asombraron. Primero lo tomé por un lince, pero la ausencia de pelos en las orejas y la longitud de la cola me hicieron comprender que se trataba realmente de un gato salvaje, y comprobé que alcanzaba un metro de longitud. Este animal se distingue del gato doméstico no sólo por su tamaño, sino también por sus dientes fuertes, por sus largos bigotes y sus pelos espesos. El gato salvaje lleva una existencia solitaria, prefiriendo las espesuras tupidas de sombra, ricas en acantilados pedregosos y en árboles huecos. Este animal, muy prudente y temeroso, es no obstante capaz de pasar a un contraataque furioso cuando se trata de defenderse.

Los cazadores han tratado de domesticar a jóvenes gatos, pero sin ningún éxito. Los *udehés* afirman que las crías de una gata salvaje, aunque sean recogidas en edad temprana, no se dejan domesticar jamás. Es un puro azar el abatir a una de estas bestias, que nadie quiere cazar especialmente. Sin embargo, los chinos del país emplean su pelo para confeccionar cuellos de invierno y gorros.

Llevé mi presa al campamento, donde todo el mundo estaba ya reunido para instalar las tiendas, encender las hogueras y preparar la cena. La lluvia cesó hacia las ocho, pero el cielo permaneció gris. De repente nos vimos rodeados de una especie de charla muy ruidosa. Algo me vino a golpear muy dolorosamente el rostro y sentí un cuerpo extraño posarse en mi cuello. Llevé en seguida la mano a él y cogí un objeto duro y picante, que lancé no sin temor a tierra. Era un escarabajo enorme, parecido a los coleópteros que se llaman *ciervos*, pero desprovistos de cuernos. Rechacé otro que se había posado sobre mi mano y percibí todavía un tercero sobre mi camisa y dos sobre mi ropa. Numerosos de ellos subían alrededor del fuego y caían incluso entre los tizones brillantes. Pero los que volaban y trataban de posarse sobre nuestras cabezas, parecían los más espantosos. Yo salté de mi cama y traté de apartarme. Los soldados se servían de sus brazos para deshacerse de los insectos y lanzaban juramentos. Durante mucho tiempo, los escarabajos se encontraron sobre las mantas, los capotes, en una mochila o en el fondo de un gorro. El *gold* se mantenía de pie y nos decía, designando uno de aquellos escarabajos:

—Jamás he visto a estos hombres en masa. A veces me ha ocurrido encontrarlos de uno en uno. ¿De dónde pueden haber salido en tal cantidad?

Atrapé uno de aquellos insectos y pude convencerme de que era un representante muy raro de esta fauna del período terciario, que sobrevive todavía en la región

ussuriana. Pardo, con el dorso peludo, con mandíbulas desarrolladas y curvadas hacia arriba, recordaba mucho al coleóptero llamado *leñador*, pero tenía los bigotes más curvos. Su longitud era de 9,5 centímetros, con una anchura de 3 centímetros a la altura del tórax. Empleamos bastante tiempo en luchar contra estos insectos y no recobramos la paz hasta después de medianoche.

23. Inundación

Proseguimos nuestra marcha hacia el norte andando a lo largo de la cresta. Después, volvimos a descender el monte Ostraya y encontramos una pequeña fuente que nos condujo hacia el río Bilihe. Después de haber hecho pacer a nuestros mulos, remontamos ese curso de agua, que alcanza una longitud de alrededor de noventa kilómetros y cuyas fuentes se encuentran en los montes del Sijote-Alin. De los dos lados, los bosques son tan espesos que el río parece correr por un pasillo verde. En muchos sitios, los árboles inclinados se entrelazan por encima de la corriente y forman arcadas pintorescas. Todos esos días hizo un tiempo desapacible, frío y húmedo. Los árboles tenían el aspecto de llorar; gruesas gotas caían de sus ramas y hasta los mismos troncos estaban mojados.

En el valle, que se estrechaba cada vez más, encontramos varias *fanzas* abandonadas. La clase de instalación demostraba que servían solamente de asilo de invierno a los cazadores de cibelinas. Hicimos un corto alto en la última de esas casitas y llegamos hacia mediodía a las fuentes del río. Nuestro sendero hacía largo tiempo que había desaparecido y avanzábamos sin rumbo, pasando a menudo de una orilla a la otra.

Yo tenía la intención de franquear el Sijote-Alin para descender a lo largo del río Kuliumbé, pero Dersu y Tchan-Bao me dijeron que había que esperar lluvias violentas. Así que el *gold* me aconsejó que tratáramos de regresar a las *fanzas* de caza. Aquello me pareció razonable y regresamos el mismo día. Desde la mañana, una espesa niebla cubría el paso de la montaña, transformándose después en nubes gruesas que venían lentamente a franquear la cresta. Dersu y Tchan-Bao avanzaban los primeros, elevando a menudo miradas hacia el cielo y hablando entre ellos. La experiencia me había enseñado que Dersu se equivocaba raramente. Si estaba inquieto, no podía ser más que por una razón seria.

Hacia las cuatro de la tarde, alcanzamos la primera de las *fanzas*. En aquel momento, una nueva bruma vino a envolvernos, y era tan espesa que parecía infranqueable. Aceleramos el paso y llegamos hacia el crepúsculo a una segunda *fanza*, más confortable y espaciosa. En pocos minutos, la hicimos habitable. Los objetos esparcidos por el suelo se pusieron en un rincón, el suelo fue barrido y se encendió fuego en el hogar. Pero, sea a causa de la bruma, sea porque hacía tiempo que no se había encendido fuego, no se estableció corriente de aire en la chimenea y la *fanza* entera se llenó de humo. Hubo que empezar por servirse de tizones ardientes para dejar la chimenea en buen estado. Solamente a la noche, cuando la oscuridad se hizo completa, la chimenea tiró a pedir de boca, calentando poco a poco los *kangs*. Los soldados encendieron también una gran hoguera al aire libre, prepararon té y se entretuvieron charlando y riendo. Dersu y Tchan-Bao se sentaron cerca de otra

hoguera, fumando en silencio sus pipas. Después de haberlos consultado, resolví proseguir nuestro camino al día siguiente, en el caso de que no lloviera demasiado fuerte. Era necesario, costara lo que costase, franquear el paso denominado *Los Carrillos*, si no, en caso de crecida, nos veríamos forzados a hacer un largo rodeo a través de las colinas rocosas llamadas *Oncu Tchugdnyi*, lo que en *udehé* significa «la morada del diablo». La noche pasó tranquilamente. Era todavía oscuro cuando Tchan-Bao despertó a todo el mundo. Tenía el talento de adivinar la hora sin consultar el reloj.

Tomamos de prisa el té y partimos antes de salir el sol. Por otra parte, a juzgar por la hora, el astro debía haber salido hacía algún tiempo, pero el cielo permanecía gris y tristón. Las montañas estaban veladas por una niebla que podía también ser una bruma lluviosa. En efecto, pronto cayó la lluvia, pero el chapoteo fue además acentuado por otro ruido, que venía de no sé dónde.

—Esto empieza —acotó Dersu, mostrando el cielo. A través de un desgarrón súbito de la niebla, vi distintamente el movimiento de nubes que corrían rápidamente hacia el noroeste. Muy pronto estuvimos literalmente empapados. Como no había nada que hacer y la lluvia no podía detenernos más, preferimos no contornear los acantilados y descendimos hacia el río, para costearlo marchando sobre un banco pedregoso. Todos estaban de buen humor; los soldados no hacían más que reír y empujarse unos a otros en el agua. A las tres de la tarde, salimos por fin del estrecho desfiladero, dejando así detrás nuestro la región peligrosa. En el bosque, no tuvimos que sufrir el viento; pero cada vez que nos aproximábamos al río, nos resentíamos del frío. A las cinco, encontramos la cuarta *fanza*, construida al borde de un pequeño brazo del río. Corría del lado izquierdo, paralelamente al curso de agua principal. Vadeando éste, instalamos nuestro campamento por la noche. Mientras los soldados se atareaban cerca de la *fanza*, Tchan-Bao y yo ascendimos a una colina vecina, desde donde se podía ver lo que pasaba en el valle del Bilihe. Un viento fuerte e irregular, que venía del mar, nos traía una niebla que rodaba por tierra, formando torbellinos parecidos a olas gigantes, para ir a mezclarse en la montaña con las nubes lluviosas.

Al crepúsculo, volvimos a la *fanza*, donde una hoguera estaba ya encendida. Me extendí sobre el lecho, pero no pude dominarme en seguida. El viento azotaba las ventanas; en algún sitio, por encima de mí, sin duda sobre el techo, se escuchaban los crujidos de la corteza; el ulular del viento y una especie de gemido, que podían provenir sea de la lluvia, sea de las zarzas y los árboles, invadidos por el frío, se amplificaban. La tempestad siguió desenfrenada toda la noche.

La mañana del 10 de agosto, fui despertado por un ruido violento, y no tuve necesidad de salir para comprender lo que era. Llovía torrencialmente; ráfagas de viento impetuoso sacudían la *fanza* hasta los cimientos. Me vestí de prisa y abandoné la casa. Afuera pasaba algo inimaginable. La lluvia, la niebla y las nubes iban al

unísono. Cedros inmensos se balanceaban a derecha e izquierda, pareciendo lamentarse sobre su suerte. Percibí a Dersu andando por el borde del río y examinando con atención el agua.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté.

—Miro las piedras; el agua sube —respondió, y prorrumpió en invectivas contra aquel chino que había construido su *fanza* tan cerca del río. Sólo en aquel momento, me di cuenta de que la vivienda estaba efectivamente situada sobre la orilla baja del curso de agua y podía fácilmente ser sumergida por una crecida del río.

Hacia mediodía, Dersu y Tchan-Bao tuvieron una corta conversación y fueron al bosque. Me endosé mi impermeable para seguirlos y los encontré cerca de la colina que yo había escalado la víspera. Recogían leña, y la amontonaban. Me asombró verles preparar este combustible tan lejos de la *fanza*, pero no quise estorbarles y trepé a la colina. En vano había contado con ver otra vez el valle del Bilihe; no percibí nada, salvo la lluvia y la niebla. Cortinas lluviosas, avanzando en el aire como trombas, atravesaban el bosque. Después de un momento de calma, la tempestad parecía recuperarse y redoblaba su furor. Transido de humedad y de frío, regresé a la *fanza* y envié a Dersu mis soldados para traer la leña recogida. Pero, a su regreso, me anunciaron que Dersu y Tchan-Bao habían rehusado su ayuda. Sabiendo que cada acto del *gold* tenía un motivo justificado, fui yo mismo, acompañado de mis soldados, a remontar el brazo del río para buscar combustible. Al cabo de unas dos horas, Dersu y Tchan-Bao volvieron a la *fanza* con las ropas empapadas y se desnudaron para secarse cerca del fuego.

Antes del crepúsculo, salí todavía una vez para observar la crecida. Como el agua subía lentamente, no era de esperar el desborde del río antes de la mañana. No obstante, ordené embalar todos nuestros efectos y ensillar los mulos. Esta medida de precaución mereció la aprobación del *gold*. Por la noche, al hacerse completamente oscuro, se desencadenó una lluvia torrencial con un estrépito realmente preocupante.

De repente, la *fanza* entera fue iluminada por un relámpago, seguido de un trueno seco, cuyo eco ruidoso atravesó todo el cielo. Los mulos trataron de desprenderse de sus bridas y los perros aullaron. Dersu escuchaba lo que pasaba fuera. Tchan-Bao, sentado cerca de la puerta, cambiaba con él breves palabras. Yo dije algo, pero Tchan-Bao me hizo signo de callarme. Reteniendo el aliento, me puse igualmente a escuchar y pude percibir un sonido ligero que se parecía al de un chorro. Dersu saltó del lecho para arrojarle afuera. Reapareció un minuto después con la nueva de que había que despertar pronto a todo el mundo, ya que el río se había desbordado y el agua venía a circundar la casa. Los soldados saltaron de sus lechos para vestirse deprisa. Dos de entre ellos confundieron sus zapatos y se pusieron a reír.

—¿De qué os reís? —exclamó el *gold* con cólera—. Bien pronto vais a llorar.

Antes incluso de que estuviéramos calzados, el agua había tenido tiempo de

filtrarse a través de un muro y sumergir el hogar. Al pálido resplandor del fuego expirante, pudimos recoger pronto nuestras sábanas y mantas e ir hacia nuestros mulos. Ellos estaban ya con agua hasta las rodillas y arrojaban miradas asustadas hacia todos lados. Encendiendo cortezas y alquitrán para alumbrarnos, ensillamos los animales. ¡Ya era hora! El agua había cavado un canal profundo detrás de la *fanza* y el menor retraso ulterior nos hubiera impedido franquearlo. Dersu y Tchan-Bao acababan de partir corriendo y confieso que me sentí muy asustado. Ordené a los hombres juntarse unos contra otros y me dirigí con ellos hacia la colina a la que había trepado en la jornada. Apenas traspasado el ángulo de la casa, chocamos contra la oscuridad, el viento y el frío. Nuestros rostros fueron azotados por el agua, no pudimos abrir los ojos, y por otra parte todas las cosas eran invisibles. En esta noche completa, parecía que la selva, la colina y el río eran arrastrados por el viento a un precipicio, formando el todo una masa compacta que avanzaba a una velocidad monstruosa. La confusión se produjo entre los soldados. Pero en este momento percibí una pequeña hoguera y adiviné que habría sido encendida gracias al cuidado de Dersu y de Tchan-Bao. Como íbamos a lo largo del nuevo canal que se había formado detrás de la *fanza*, ordené a los soldados que se confiaran al instinto de los animales y marcharan cerca de ellos, colocándose del lado de tierra firme. Teníamos apenas ciento cincuenta pasos a hacer para llegar a la hoguera, pero aquello nos tomó bastante tiempo. La oscuridad nos hizo meternos primero entre los árboles desgajados; a continuación, nos enredamos entre la maleza, y acabamos por encontrarnos en el agua, que se precipitaba con rapidez. Deduje que hacia la mañana iba a sumergir todo el bosque. Por fin, alcanzamos la colina.

Fue entonces cuando me di cuenta de toda la previsión de mis guías y de la razón por la cual ellos habían recogido madera en el curso de la jornada. Dos grandes piezas de corteza de cedro habían sido fijadas por ellos sobre dos pértigas: era un cobertizo primitivo, que les había permitido encender la hoguera. Comenzamos sin tardar a instalar las tiendas. La alta escarpadura, al pie de la cual acabábamos de resguardarnos, nos protegía contra el viento. Pero fue imposible dormir. Sentados cerca del fuego, empleamos mucho tiempo en secarnos, mientras la tempestad bramaba con una furia cada vez mayor y el ruido del río aumentaba sin cesar.

El alba llegó al fin. A la luz del día, no reconocimos el lugar donde se encontraba nuestra *fanza*: no quedaba nada de ella. El bosque entero estaba sumergido. El agua iba a alcanzar nuestro campamento y llegó el momento de transportarlo más alto. Una palabra fue suficiente para informar a los soldados sobre lo que tenían que hacer. Unos se ocuparon de transportar las tiendas y otros se dedicaron a abatir ramas de coníferas para esparcir por el suelo húmedo. Dersu y Tchan-Bao volvieron a recoger leña. El transporte del campamento y la búsqueda de combustible duraron cerca de hora y media. Entretanto, la lluvia pareció calmarse un poco, pero no fue más que un

pequeño intervalo. Una nueva espesa bruma se elevó enseguida para producir un nuevo aguacero. En mi vida había visto una cosa semejante. Los montes y los bosques vecinos fueron tapados por una muralla de agua. Nosotros nos agazapamos de nuevo en nuestras tiendas.

Pero de repente resonaron unos gritos: se presentaba aún otro peligro como consecuencia de una circunstancia que no habíamos previsto en absoluto. El agua bajaba entonces a lo largo de la garganta en cuya desembocadura estaba nuestro campamento. Felizmente, una parte de esta cavidad era más baja que el resto y el agua se trasladó allí enseguida, cavando rápidamente una profunda torrentera. Tchan-Bao y yo preservamos el fuego contra la lluvia, mientras que Dersu y los soldados luchaban contra el agua. Nadie pensó ya en secarse; todos nos considerábamos muy felices de poder calentarnos un poco de cuando en cuando. Apercibiendo, en raros intervalos, un rincón sombrío de cielo, se notaba que las luces no seguían la dirección del viento.

—Es malo —declaró el *gold*—. El fin no está próximo.

Antes del crepúsculo, fuimos todos a recoger leña, a fin de aprovisionarnos para la noche entera.

Al alba del 12 de agosto, se elevó un viento nordeste. Si bien se calmó poco tiempo después, la lluvia continuó sin interrupción. Estábamos todos tan derrengados que nuestras piernas apenas podían sostenernos. Tan pronto había que mantener una tienda amenazada de ser llevada por el viento, como proteger la hoguera o aportar una nueva reserva de combustible. Como el agua se abría a menudo camino hacia nuestro vivac, tuvimos también que levantar diques para desviar las oleadas que venían a embestirnos. Las hogueras, empapadas, en vez de hacer fuego nos enviaban humo. Éste, unido al insomnio prolongado, nos hacía mal a los ojos y nos daba la sensación de tenerlos llenos de arena. Los desgraciados perros se quedaban acostados, al pie del acantilado, sin levantar cabeza.

El río era terrible de ver. Su corriente impetuosa daba vértigo; las orillas parecían correr, con la misma rapidez del agua, en sentido inverso. La extensión entera del valle, hasta el pie mismo de las montañas circundantes, se encontraba ya sumergida. Gigantes del bosque, con las raíces socavadas por el agua, caían en el río, donde arrastraban con ellos montones de tierra y vegetación baja. Todos los árboles abatidos eran inmediatamente atrapados y llevados por la corriente. El agua se precipitaba por todas partes en movimientos furibundos. Cuando encontraba un montón de maderas flotante, se formaban torbellinos de espuma amarilla. En cada charca danzaban burbujas, que se elevaban con el viento, estallaban y reaparecían sin cesar.

La jornada tocó a su fin, pero la lluvia y el viento volvieron a empezar con nueva furia. Pasamos la noche en un estado de alelamiento. Cuando uno de nuestros hombres conseguía enderezarse, otros se desplomaban agotados. Así pasó la cuarta

noche de tempestad.

El alba que le siguió no modificó en nada la situación. Agazapados bajo las tiendas y envueltos en sus capotes, los soldados permanecían inmóviles. Sólo Dersu y Tchan-Bao, aunque cediendo también a la fatiga, permanecían cerca del fuego. Yo me sentí completamente rendido y no experimentaba ya deseo de comer, beber o dormir, deseando sólo tenderme y no moverme más.

Hacia el mediodía, el cielo pareció aclararse, pero sin que la lluvia disminuyese. De repente, sobrevinieron ráfagas intermitentes de viento, tan cortas como violentas, todas ellas seguidas de calma. Estas ráfagas se esparcieron cada vez más, pero su vehemencia no hizo sino aumentar.

—Esto va a acabar pronto —saltó Dersu.

Sus palabras tuvieron el don de poner un fin súbito a la apatía general. Todos se animaron y se levantaron. El agua cayó del cielo por rachas y los chaparrones alternaron con la más fina de las lluvias. Aquello nos aportó una cierta variedad de impresiones y nos hizo esperar un cambio atmosférico. Al crepúsculo, la lluvia disminuyó sensiblemente y paró del todo durante la noche. El cielo se serenó poco a poco y las estrellas aparecieron aquí y allá. Tuvimos un placer infinito en poder secarnos, tomar el té y extendernos sobre literas no mojadas para gozar de un buen sueño. Aquel fue un verdadero reposo.

Al día siguiente, nos levantamos tarde. El sol había reaparecido en medio de nubes, pero parecía esconderse aún detrás de su cortina, para no tener que mirar la tierra y ver todos los estragos que la tempestad había producido. El agua turbia continuaba precipitándose en cascadas ruidosas desde todas las alturas; el follaje y las hierbas no habían tenido tiempo de secarse y brillaban como barnizados; el sol se reflejaba en cada gota, irisándola con todos los colores del arco iris. La naturaleza volvía a la vida. Las nubes se habían retirado hacia el este. En aquel momento, la tempestad debía hacer estragos cerca de las costas del Japón o en la extremidad sur de la isla de Sakhaline.

Nos quedamos allí todo el día, secando nuestros efectos y reposando. Pero el ser humano olvida pronto las adversidades. Los soldados volvieron a reír y a burlarse unos de otros. El resplandor del sol tomó un tinte púrpura y el crepúsculo fue largo. Nos acostamos temprano; necesitábamos el sueño para librarnos del pasado y asegurar el porvenir.

El 15 de agosto nos levantamos al alba. Una banda de nubes sombrías se extendía todavía en el horizonte, por el este. Según mis cálculos, M. Merzliakov y el resto del destacamento no podían encontrarse muy lejos, ya que la inundación los había sin duda detenido cerca del río Bilihe. Para reunimos con nuestros compañeros, debíamos pasar sobre la orilla derecha y hacerlo tanto más rápidamente cuanto que la corriente iba aumentando aguas abajo, lo que hacía la travesía más difícil en la región

inferior. Para realizar ese proyecto, seguimos al principio el borde del valle, pero pronto nos vimos obligados a detenernos, ya que el río socavaba la base de los acantilados. El agua había aportado montones de ramas desgajadas, que formaban una gran barrera. Del otro lado, se percibía una pequeña colina emergiendo del agua, que debía ser explorada. Tchan-Bao fue el primero en hacer la travesía. Hundiéndose en el agua hasta la cintura, provisto de una estaca, siguió la orilla opuesta, sondeando el fondo de la corriente. Su examen le permitió establecer que el río, en este lugar, se dividía en dos brazos, separados uno del otro por una distancia de treinta metros. El segundo de estos brazos era ancho, más profundo que el primero y desprovisto de madera flotante. Arrastrada por la corriente, la pértiga no tocaba fondo. Dersu y Tchan-Bao se pusieron a abatir un gran álamo. Los soldados se apresuraron a venir en su ayuda, sirviéndose de una sierra transversal. Trabajaron con mucho celo, si bien el agua les montaba por encima de las rodillas. Al cabo de un escaso cuarto de hora, el árbol crujió y cayó ruidosamente en el agua. La copa del álamo fue primero llevada por la corriente, pero se enganchó enseguida con un obstáculo, impidiendo que el árbol entero fuera arrastrado. Nos servimos de él como de un puente para atravesar el segundo brazo. Después no quedaba más que franquear unos cincuenta metros de esa selva sumergida. Como estábamos convencidos de que no iban a surgir más canales, volvimos cerca de nuestros compañeros. Es cierto que los hombres eran capaces de emprender la travesía y que se podían transportar efectos y sillas; pero ¿qué hacer de los mulos? Si los obligáramos a ir a nado, la fuerza de la corriente los llevaría hacia las ramas desgajadas antes de que pudiéramos retirarlos con una cuerda. Tomamos el más sólido de los cabestros y le atamos una cuerda, cuyo otro cabo fue tendido por encima de todos los obstáculos formados por la madera flotante. Estando todo presto, la primera de nuestras bestias fue descendida, con precaución, en la corriente; tropezó en el agua turbia y se zambulló completamente. La corriente impetuosa se apoderó del animal y lo llevó hacia el montón de madera, mientras las ondas azotaban por todas partes la cabeza del pobre mulo. Este mostró los dientes y perdió el aliento. En ese momento, tiramos de él hacia la orilla. Esta primera experiencia no tuvo demasiado éxito y entonces elegimos otro lugar donde el descenso hacia el agua ofrecía una pendiente más suave. El trabajo subsiguiente tuvo más éxito.

Pero tuvimos aún mucha dificultad para franquear el bosque inundado. Hundiéndose por encima de las rodillas en el lúgamo del suelo aluvial, los mulos tropezaron, cayeron en profundos agujeros y se extenuaron completamente. Sólo hacia el crepúsculo pudimos por fin llegar a las alturas que dominaban el valle a nuestra derecha. Si los mulos estaban derrengados, los hombres lo estaban más aún. El frío venía a añadirse a la fatiga y nos costó bastante entrar en calor. No obstante, lo esencial estaba hecho y habíamos conseguido atravesar el río.

El buen tiempo cesó pronto de complacernos. En la noche del 16 de agosto hubo

de nuevo niebla, acompañada de una lluvia fina. Ésta continuó toda la noche y todo el día siguiente, obligándonos a andar durante aquel día con el agua casi hasta las rodillas.

La oscuridad iba a instalarse y yo perdía ya la esperanza de llegar al estuario antes de la noche, cuando escuchamos súbitamente el ruido de las olas del mar. La niebla que nos rodeaba al llegar a la ribera marítima, nos lo había ocultado hasta el momento en que vimos a nuestros pies algas marinas y la espuma blanca de la marea alta.

Yo quería ir a la izquierda, pero Dersu me aconsejó tomar la dirección opuesta, porque él acababa de notar huellas de pies humanos que se extendían en los dos sentidos a lo largo de la costa que se sitúa entre los estuarios del Chakira y del Bilihe. Aquello le hizo presumir que el campamento de M. Merzliakov debía encontrarse a nuestra derecha. Yo disparé dos tiros al aire y la respuesta me llegó inmediatamente del lado del río Chakira. Unos minutos después, nos reuníamos con el resto del destacamento. De una parte y de otra nos hicimos preguntas sobre las aventuras y las experiencias de aquellos últimos días. Nos retardamos cerca del fuego para cambiar en detalle nuestras impresiones. La noche era fría y los soldados se levantaron a menudo para acercarse más a las hogueras. Al alba, el termómetro no indicó más que 7°. Cuando el sol hubo caldeado un poco la tierra, todo el mundo se volvió a dormir, para no levantarse hasta las nueve de la mañana.

Teníamos necesidad de reposo; los mulos parecían rendidos; había que acomodar nuestras ropas y nuestro calzado, reparar las sillas, limpiar las armas. Además, nuestras reservas de provisiones estaban a punto de agotarse. Yo decidí cazar y envié a dos soldados para hacer ciertas compras entre los chinos de la vecindad. Mientras estos dos hombres se preparaban, regresé hacia el Bilihe para examinar la disminución de la marea, que había tenido lugar durante la noche. Pero, apenas andados cien pasos, escuché que me llamaban y volví al campamento, donde vi llegar a dos chinos con caballos cargados. Eran precisamente dos obreros que venían de la *fanza* de Dun-Tavaiza, donde yo quería que fuesen a buscar las provisiones. Estos hombres me dijeron que sus patrones, figurándose nuestra impotencia para atravesar en aquel momento el Bilihe, habían resuelto enviarnos algunas mercancías. Agradecido por esta atención de los chinos, quise ofrecer a los enviados algunos regalos, pero ellos no quisieron aceptarlos. Los dos trabajadores pasaron la noche con nosotros y me contaron que había también una fuerte crecida del Yodzy-khé, en el curso de la cual varias personas se habían ahogado. Por otra parte, el río Sanhobé arrastró en su corriente algunas *fanzas*, sin que hubiera que deplorar vidas humanas, si bien perecieron muchos caballos y otras bestias.

Acompañé a los chinos y llegué al estuario del Bilihe. El mar tenía un aspecto extraño: cerca de la costa, sobre una anchura de dos o tres kilómetros, se extendía una

superficie de agua amarilla y embarrada, toda cubierta de madera flotante. De lejos, parecía una flotilla de barcos de diversas especies, veleros, chalupas y otros. Ciertos árboles mantenían todavía su verdor. Era el cambio de viento el que había empujado toda aquella madera hacia el litoral.

Dos días más tarde, el agua del río comenzó a bajar y pudimos planear su travesía. Mis compañeros se pusieron contentos al recibir la orden de partida. Todos se afanaron, poniéndose a ordenar y embalar sus efectos.

Después de la tempestad, la atmósfera había recobrado su equilibrio y la naturaleza entera se había vuelto apacible. Las tardes fueron particularmente calmas, pero seguidas de noches bastante frías.

Cuando los últimos resplandores nocturnos se extinguieron y reinó la oscuridad completa, tuvimos ocasión de observar un fenómeno meteorológico producido por la electricidad: era un fulgor marítimo, que se acompañaba esa vez de un estallido excepcional de la Vía Láctea. No se veía el menor remolino sobre el mar y su superficie lisa proyectaba una especie de luz mate. A veces, esta luz irradiaba de un extremo al otro como si un relámpago viniera a atravesar el océano entero. Los estallidos súbitos desaparecían en uno de los sectores para renacer en otro e ir a extinguirse en el horizonte. Al mismo tiempo, el cielo estaba sembrado de tantas estrellas que semejaba una inmensa nebulosa compacta en medio de la cual destacaba con resplandor especial la Vía Láctea. Todavía hoy me pregunto si aquello era un simple resultado de la transparencia del aire o si existía entre estas dos apariciones simultáneas, resplandor marítimo y claridad celeste, alguna relación directa. No nos acostamos hasta muy tarde, admirando tan pronto el cielo como el mar. Aquel resplandor, según me dijeron por la mañana nuestros centinelas, duró toda la noche y no cesó hasta un poco antes del alba.

24. Travesía peligrosa

La tempestad fue seguida de un hermoso tiempo que nos permitió avanzar bastante rápido. Pero cada vez que el sendero se aproximaba a la corriente de agua, veía que mis guías cambiaban impresiones, reflejando una cierta inquietud. Todo se explicó pronto: las lluvias recientes habían hecho subir las aguas del río Takema por encima del nivel ordinario, lo que nos impedía vadearlo. Tras una corta deliberación, decidimos intentar la travesía con ayuda de una balsa. Sólo en el caso de fracasar estábamos dispuestos a considerar la necesidad de hacer un rodeo. Para el éxito del proyecto, era necesario primero buscar un lugar del río que ofreciese aguas calmas y bastante profundas. No tardamos en encontrar lo que nos convenía, un poco más arriba del último de los rápidos. El lecho permanente del curso de agua se extendía precisamente, en este lugar, por la orilla opuesta, mientras que nuestra orilla representaba un banco extendido y, en aquel momento, sumergido. Abatimos tres grandes abetos que desgajamos de sus ramas y cortamos cada uno en dos para hacer una balsa bastante sólida, atada con cuerdas. Terminado este trabajo antes del crepúsculo, reemprendimos la travesía al día siguiente por la mañana. La misma noche en el curso de nuestra deliberación se decidió que, en el momento en que la balsa fuera acarreada a lo largo de la orilla izquierda, Arinin y Tchan-Bao serían los primeros en abandonarla, saltando a tierra, y yo tendría que lanzarles nuestros efectos, mientras que Tchan-Lin y Dersu se encargarían de dirigir la balsa. A continuación, deberíamos saltar a nuestra vez, observando el orden siguiente: primero yo, después Dersu y, por fin, Tchan-Lin.

Al día siguiente, procedimos a la realización de nuestro plan. Habiendo depositado nuestras mochilas en medio de la balsa, colocamos nuestras armas encima y tomamos plaza nosotros mismos sobre los bordes. Cuando la balsa fue empujada desde la orilla, la corriente se apoderó de ella y, pese a todos nuestros esfuerzos, la arrastró aguas abajo, bastante más abajo del lugar donde queríamos desembarcar. Apenas nos acercamos a la orilla opuesta, Tchan-Bao y Arinin se apoderaron cada uno de dos fusiles y ganaron de un salto la tierra firme. Como consecuencia de este choque, la balsa se desvió de nuevo hacia el medio de la corriente. Mientras era llevada a lo largo del río, comencé a lanzar nuestros efectos. Dersu y Tchan-Lin aplicaron todas sus fuerzas a empujar la balsa lo más cerca posible del borde del río para facilitarme el descenso. Pero cuando estaba todo preparado, la pértiga de Tchan-Lin se rompió y él cayó de cabeza al agua. Reapareciendo en la superficie, el *udehé* nadó hacia la orilla. Yo tomé entonces una pértiga de recambio para ayudar a Dersu. Una saliente rocosa se levantaba delante de nosotros, y el *gold* me gritó que saltara muy rápidamente. Yo no comprendí sus intenciones y continué manejando mi pértiga. De improviso, me cogió con toda la fuerza de su brazo y me arrojó al agua. Me pude

agarrar a una zarza ribereña y trepar hasta la orilla. En ese mismo instante, la balsa chocó con una piedra, se dio vuelta y se apartó de nuevo hacia el centro de la corriente. Entretanto, Dersu permanecía solo a bordo.

Galopamos a lo largo del curso de agua, queriendo tender al *gold* una pértiga, pero una curva del río nos impidió alcanzar la embarcación. Dersu hizo esfuerzos desesperados para acercarse de nuevo a la orilla. Pero ¿qué valía su fuerza en comparación con los embates del agua? El rápido retumbaba a la distancia de unos treinta metros aguas abajo. Pareció evidente que el *gold* no podría dominar la balsa y sería llevado hacia la cascada. Por encima del rápido, un álamo derribado y sumergido, dejaba sobresalir hacia el agua una de sus ramas. Ahora bien, cuanto más se aproximaba la balsa al rápido, más ganaba en velocidad; o sea, que el fin de Dersu parecía inevitable. Yo seguí costeando la orilla a paso de carrera, gritándole algo al *gold*. De repente, a través de la espesura, le vi arrojar su pértiga y colocarse al borde mismo de la balsa. Después, en el momento de rozar el álamo, Dersu saltó como un gato hacia la rama enderezada y se aferró a ella con sus dos manos.

Un minuto después, la balsa llegó al rápido. Los extremos de sus leños emergieron por dos veces de la superficie; después, se dispersó por todos lados. Di una exclamación de alegría. Pero un nuevo y angustioso problema se planteó enseguida: ¿Cómo retiraríamos a Dersu de su árbol y cuánto tiempo podrían mantenerle sus fuerzas? La rama que emergía del agua se inclinaba hacia abajo, en un ángulo de unos 30°. Dersu se aferraba fuertemente, rodeándola con brazos y piernas. Desgraciadamente, no disponíamos más que de una sola cuerda, pues todas las que poseíamos se habían empleado para atar la balsa y estaban ya perdidas. ¿Qué hacer? El menor retraso sería fatal. Las manos de Dersu podrían helarse o debilitarse: ¿qué ocurriría entonces?

Mientras consultábamos, Tchan-Lin concentró su atención sobre el *gold*, que nos hacía signos con la mano. Pero el estruendo del torrente nos impidió oír lo que nos gritaba. Al fin, acabamos por comprender: nos decía que abatiéramos un árbol. Hubiera sido peligroso hacer caer uno en la dirección del *gold*, que se arriesgaba en tal caso a ser barrido de su rama. Había que elegir, evidentemente, un árbol que creciera aguas arriba. Nos pusimos, pues, a abatir un gran álamo que parecía convenir a nuestro fin. Pero Dersu nos hizo un signo negativo. Pasamos a un tilo y ocurrió lo mismo. Por fin, el *gold* nos señaló su aprobación cuando fuimos hacia un abeto. Comprendimos su idea: desprovisto de ramas gruesas, este árbol no podía quedar bloqueado en la corriente y llegaría hasta Dersu más fácilmente. En aquel momento noté que el *gold* nos mostraba su cinturón. Tchan-Bao comprendió el gesto; Dersu nos daba a entender que había que atar el abeto. Yo me apresuré a desatar nuestras mochilas, tratando de encontrar todo lo que pudiera reemplazar, bien que mal, a las cuerdas. Reunimos así bandoleras, cinturones y cordones de zapatos. En la mochila

de Dersu se encontró también una correa de reserva. Atando todo junto fijamos un cabo en la base del abeto. Después, utilizamos las hachas para zapar el árbol. Este vaciló enseguida y nos bastó un pequeño esfuerzo para hacerlo inclinar sobre el agua. Cogiendo la extremidad libre de la larga tira, Tchan-Bao y Tchan-Lin la anudaron sólidamente alrededor del tronco. La corriente llevó inmediatamente el árbol hacia el rápido y el tronco describió una curva desde el centro del río hasta su borde. Aquello permitió a Dersu aprovechar el momento en que la cima pasaba a su altura: con las dos manos, atrapó las ramas y, a continuación, para trepar sobre la orilla, se sirvió de la pértiga que yo me apresuré a tenderle.

Di las gracias a Dersu por haberme empujado al agua en el momento justo. Confuso, el *gold* explicó que había sido necesario; si él se hubiera escapado, abandonándome sobre la balsa, yo hubiera seguramente perecido, y así todos estábamos sanos y salvos. Este razonamiento era justo; pero, con todo, él acababa de arriesgar su vida para evitar que yo arriesgara la mía.

Cuando el peligro ha pasado, se lo olvida pronto para volver a las bromas. Tchan-Lin lanzó una carcajada e imitó a Dersu sentado sobre la rama. Tchan-Bao afirmó que la manera de aferrarse al árbol que tenía el *gold* le había hecho comprender que existía un parentesco entre el salvado y un oso. Dersu, a su vez, se burló de la zambullida involuntaria sufrida por Tchan-Lin, mientras que yo fui objeto de bromas por la manera en que me había encontrado, a pesar mío, en tierra firme.

A continuación nos pusimos a recoger nuestros efectos desperdigados y no acabamos esta tarea hasta después de la puesta del sol. Por la noche, cuando nos reunimos alrededor de la hoguera, Tchan-Bao y Tchan-Lin nos contaron sus inmersiones y salvamentos de otros tiempos. Poco a poco, la conversación languideció; los narradores fumaron sus pipas en silencio y todo el mundo se acostó mientras que yo trabajaba aún en mi diario.

Al día siguiente, proseguimos nuestro camino a lo largo del valle del Takema. Sin nuevas aventuras, anduvimos tres días y medio para llegar, el 22 de septiembre, al borde del mar. Fue para mí una delicia extenderme sobre la cama preparada en una *fanza*. Los hospitalarios indígenas nos rodearon de toda clase de cuidados posibles: unos aportaron carne; otros, té o pescado seco. Pude lavarme, cambiarme de ropa y trabajar.

En la mañana del 25 de septiembre, dejamos el Takema para ir al norte. Quise comprometer a Tchan-Lin para que nos siguiera, pero él declinó la oferta. La caza de la cibulina iba a comenzar y él debía preparar sus redes, sus instrumentos y, en general, todo lo que le hacía falta para cazar durante el invierno entero. Le regalé una pequeña carabina y nos separamos como buenos amigos.

De las dos rutas que parten del Takema hacia el norte, una sigue la cornisa que se extiende a una cierta distancia de la costa, mientras que la otra recorre los terrenos

aluviales del borde inmediato del mar. M. Merzliakov se adentró en la primera, acompañado de nuestras bestias. Yo seguí la segunda ruta.

Nos hicieron falta dos horas y media para llegar al río Kuliumbé. Habiéndolo vadeado, escalamos una terraza para hacer fuego y secarnos. Desde aquella altura, se podía fácilmente observar todo lo que pasaba en los cursos de agua. Los *ketas* acababan de emprender su emigración de otoño. Millones de peces recubrían literalmente el fondo del río. Quedándose a veces inmóviles, se apartaban súbitamente como espantados; después, retrocedían con lentitud. Tchan-Bao mató a dos, disparándoles, y aquello fue suficiente para nuestra cena.

En el extremo norte del valle, el camino está obstruido por un gran peñón que forma como un puente entre el acantilado del litoral y la montaña. Al trepar sobre este peñón, no hay que aferrarse a las piedras, ya que éstas acaban por bambolearse y desprenderse de sus bases. Franqueado este primer obstáculo, se encuentra el sendero que bordea la costa, a una altura de veinte metros. Pero éste no es más que una especie de cornisa, estrecha y peligrosa, donde solamente se puede avanzar de costado, volviéndose hacia el acantilado y agarrándose con las manos a sus salientes. Además, este pasaje estrecho y poco uniforme está inclinado hacia el mar. Mucha gente ha perecido allí. Los *udehés* llaman a este peñón Kulé-Gapani, mientras que los chinos le han dado el sobrenombre de Van-Sine-Laza, en memoria de su compatriota Van-Lin, que habría sido la primera víctima de este trayecto. Es mejor no meterse en él calzado con botas. Habitualmente, se pasa con los pies descalzos, a menos que se lleven zapatos blandos y secos. No hay que pasarlo tampoco en tiempo lluvioso, ni a las horas del rocío matinal, ni después de una helada.

Después de haber vadeado el Kuliumbé, teníamos los zapatos aún mojados, lo que nos hizo aplazar hasta el día siguiente el paso del peñón de Van-Sine-Laza. Mientras buscábamos un lugar bueno para acampar, un animal salió del agua, no lejos de la costa, y se puso a observarnos con una curiosidad manifiesta, con la cabeza echada hacia atrás. Era un ternero marino, anfibio perteneciente a la familia de los pinípedos. Este mamífero permanece habitualmente en el agua, pero trepa a veces sobre las rompientes para descansar. Tiene el sueño inquieto, despertándose a menudo y poniéndose al acecho. La vista y el oído son sus sentidos más desarrollados. Todo lo que tiene de torpe en tierra, lo tiene de ágil en su elemento natural, donde despliega un valor que llega hasta la audacia, permitiéndole incluso atacar al hombre. Este animal se caracteriza por su gran curiosidad y por su gusto por la música. Los cazadores indígenas saben atraer al ternero marino silbando o haciendo resonar, con golpes de varita, algún objeto metálico.

Dersu lanzó un grito al animal. Este se zambulló pero reapareció al cabo de un minuto. El *gold* le arrojó entonces una piedra, lo que causó una segunda zambullida. Pero la bestia emergió del agua para enderezar bien la cabeza y examinarnos con

insistencia. Aquello hizo perder la paciencia a Dersu; apoderándose del primer fusil que encontró a mano, disparó. La bala rebotó sobre el agua, justo al lado del animal.

—¡Eh, viejito, fallaste el tiro! —dije al *gold*.

—Sólo quería asustarlo, no matarlo —me respondió.

Le pregunté entonces por qué había hecho huir a la bestia. Dersu me aseguró que ella (la bestia) había contado el número de personas que había sobre el litoral. Ahora bien, el ser humano tiene todo el derecho de contar los animales, pero que un ternero marino tenga la ocurrencia de reaccionar así hacia los hombres, ¡ah, eso no! El amor propio de cazador de Dersu se sentía herido.

Distribuimos las ocupaciones para el resto de la jornada: Tchan-Bao y Dersu irían a explorar el peñón, a fin de hacer rodar algunas piedras oscilantes para disponer de ellas, si era posible, a manera de escalones; por mi parte, pasé casi todo mi tiempo trazando nuestros itinerarios.

Cuanto más se adentra uno en el norte, más elevados se vuelven los acantilados de la costa. Al pie de los del Naina, volvimos a encontrar una *fanza* coreana, situada totalmente al borde del mar, cuyos habitantes se ocupaban de recoger cangrejos cuando no cazaban cibelinas. Cerca de esta casa, vimos precisamente trampas de cibelinas de las llamadas «puentes».

Para instalarlas, los coreanos comienzan por unir las dos orillas de un curso de agua, empleando para esta obra ramajes caídos. Si faltan en la vecindad, abaten árboles expresamente con este fin. A través del madero que sirve de puente, se prepara un cerco formado de pequeñas estacas, dejando en medio un pasaje estrecho donde se coloca un lazo vertical, hecho de crines. Como el madero está cepillado por los dos lados, la cibulina no puede evitar este cerco. Un extremo del lazo está fijado a una estaca, cuya prolongación reposa precariamente sobre un pequeño soporte y a la cual se ata un peso, representado simplemente por una piedra de dos o tres kilogramos. Corriendo sobre el puente, la cibulina choca con el cerco y trata primero de sortearlo, pero los bordes lisos de la viga se lo impiden. El animal trata entonces de saltar a través del lazo, se encabestra y lo tira detrás de ella, arrancando la estaca de su soporte.

Los coreanos consideran esta forma de atrapar las cibelinas como la mejor de todas, funcionando la trampa con una precisión que no ha permitido jamás escapar a un animal. Además, el agua preserva a la presa contra todo ataque por parte de las cornejas o de los arrendajos.

Al día siguiente, continuamos la marcha hacia el norte.

El 4 de octubre, ordené hacer los preparativos necesarios para nuestra campaña de invierno. Me proponía remontar el río Amagú hasta sus fuentes para franquear a continuación la cresta del Cartú y redescender hacia el mar a lo largo del Kuliumbé.

Los viejos creyentes rusos establecidos en esta región me aseguraron que esos dos

cursos de agua abundaban en rápidos y que había muchos desprendimientos en la montaña. Así que nos aconsejaron dejar los mulos y partir a pie, con la mochila a la espalda. Resolví entonces emprender esta expedición solo con el *gold*. Sólo Tchan-Bao y el tirador Fokin debían acompañarnos durante los dos primeros días. Nosotros tomaríamos a continuación una parte suplementaria de provisiones y proseguiríamos la marcha solos, mientras que ellos tendrían que regresar.

Los productos de que disponíamos debían bastarnos, en mi opinión, para los dos tercios de toda la duración de nuestro trayecto. Me puse de acuerdo, pues, con M. Merzliakov para que él enviara a un cierto *udehé*, llamado Salé, así como a dos de nuestros soldados, hacia el peñón de Van-Sine-Laza, a fin de depositar el revituallamiento en algún lugar muy visible.

Al día siguiente, 5 de octubre, nos pusimos en ruta, provistos de pesadas mochilas. Un sendero apenas perceptible conducía al lugar donde el río Dunantza desemboca en el Amagú. Hicimos aún cerca de un kilómetro antes de acampar sobre un banco cubierto de piedras. Como nos quedaba todavía más de una hora hasta la puesta del sol, aproveché aquel tiempo para ir a cazar, remontando el Dunantza. Era la plena estación de la caída de las hojas. Cada día, el bosque se revestía más de ese tinte monótono, gris e inanimado, que indica la proximidad del invierno. Sólo los robles conservaban aún su follaje, pero incluso éste parecía amarillento y triste. Despojadas de sus soberbias galas, las zarzas se parecían todas de una manera sorprendente. La tierra, negra y fría, cubierta de hojas caídas, entraba en un sueño profundo; la vegetación se preparaba a la muerte con resignación humilde, sin protestar.

Me dejé llevar de mis reflexiones hasta el punto de que olvidé completamente por qué había venido allí a la caída de la noche. Pero de repente oí un gran ruido que resonó a mi espalda. Me volví inmediatamente y vi un animal indecoroso y jorobado, de patas blancas, que franqueaba el bosque al trote, echando hacia delante su gruesa cabeza. Levanté mi fusil, apunté e hice fuego. El animal cayó, abatido por la bala. Al mismo instante, percibí a Dersu que descendía una pendiente escarpada para ir hacia el lugar donde la bestia había caído. Yo acababa de matar un alce macho, de unos tres años, que pesaría unos trescientos kilos. De aire torpe, este animal tiene un cuello muy poderoso; su cabeza, proyectada hacia adelante, se caracteriza por un grueso hocico curvado hacia abajo. Sus pelos largos, brillantes y lisos, son de un castaño oscuro, casi negro, salvo los de las patas, que son blanquecinos. El alce es muy meticoloso; el menor contratiempo basta para hacerle abandonar su región preferida. Perseguido, se va al trote; jamás al galope. Uno de sus grandes placeres consiste en bañarse en los pequeños lagos pantanosos. Cuando está herido, se escapa. En otoño, no obstante, se vuelve muy agresivo y no se limita a defenderse, sino que se dedica también a atacar al hombre. En tal caso, enderezándose sobre las patas traseras, trata

de derribar al adversario con las delanteras, para patearlo a continuación con furor. Por su apariencia, el alce usuriano difiere poco de su compañero europeo, salvo por los cuernos, que carecen completamente de superficies planas y se parecen más bien a los de los ciervos que a los de sus propios congéneres. Dersu se ocupó de despellejar al animal y tajar la carne. Si bien esta tarea no es agradable, no pude dejar de admirar el arte de mi amigo. Manejaba el cuchillo a la perfección, evitando todo corte inútil y todo movimiento superfluo. Se podía ver en seguida que sabía hacerlo con maña. Nos pusimos de acuerdo en que íbamos a llevar una pequeña parte de esta carne, encargando a Tchan-Bao y a Fokin de llevar el resto a nuestro destacamento. Después de cenar, Fokin y yo fuimos a acostarnos, mientras los dos guías se instalaban aparte y se encargaban de mantener la hoguera.

Me desperté a medianoche y noté que la luna estaba rodeada de un círculo opaco, anunciando con certeza helada para la mañana siguiente. En efecto, antes del alba, la temperatura bajó rápidamente y el agua se congeló en los charcos. Tchan-Bao y Dersu se levantaron los primeros. Añadieron leña al fuego, prepararon el té y vinieron después a despertarnos, a mí y al soldado.

Las cornejas son asombrosas. Olfatean enseguida la presencia de carne. Cuando los rayos del sol habían dorado ya las cimas de las montañas, varios de estos pájaros aparecieron alrededor de nuestro campamento. Interpelándose con gritos estridentes, revolotearon de árbol en árbol. Una de las cornejas se detuvo muy cerca de nosotros y se puso a graznar.

—¡Ah, la mala bestia! ¡Te voy a atizar una...! —gritó el soldado, aprestándose a coger su carabina.

—No hay que tirar —dijo Dersu—; no hace ningún mal. La corneja debe comer como todo el mundo. Ella viene a ver si hay alguien aquí o no. Si no tiene nada que hacer, se va. Y cuando nosotros, a nuestra vez, nos vayamos, volverá para comer los restos.

Estos argumentos parecieron concluyentes a los ojos de Fokin; depuso su arma y dejó de injuriar a los pájaros, incluso cuando ellos se acercaron más.

Yo tenía mucha sed y me puse a tragar ávidamente las airelas heladas que acababa de encontrar. El *gold* me miró con curiosidad.

—¿Cómo se llama esto? —me preguntó, poniendo varias bayas sobre la palma de su mano.

—Airelas —le respondí.

—¿Y estás seguro de que puede comerse? —volvió a preguntar.

—Desde luego —repliqué—. ¿Cómo es posible que no conozcas este fruto?

El *gold* me respondió que él lo había visto a menudo, pero no sabía que fuera comestible.

Había lugares donde las airelas abundaban a tal punto que espacios enteros

parecían teñidos cié un rojo burdeos.

Por la noche, anoté en mi diario mis observaciones, mientras Dersu asaba al espetón la carne del alce. En el curso de nuestra cena, arrojé a la hoguera un trozo de esta carne. El *gold* se dio cuenta y se apresuró a retirarla del fuego y ponerla de lado.

—¿Por qué tiras la carne al fuego? —me preguntó, en tono descontento—. ¿Cómo puede quemársela sin motivo? Nosotros partiremos mañana y otros hombres vendrán aquí y querrán comer. Pero la carne echada al fuego se habrá perdido.

—Pero ¿quién va a venir por aquí? —le pregunté a mi vez.

—¡Bueno, quien sea! —exclamó muy asombrado—. Vendrá una ratita, un tejón, o una corneja; a falta de cornejas, un ratoncillo o, en fin, una hormiga. La taiga pulula de hombres.

Esta vez me di cuenta de que Dersu pensaba no solamente en seres humanos sino también en animales, e incluso en bestezuelas tan diminutas como las hormigas. Amando la taiga y todo lo que la poblaba, cuidaba de ella tanto como podía.

25. Trayecto difícil

Al alba hizo de nuevo mucho frío y la tierra húmeda se congeló hasta el punto de crujir bajo nuestros pies. Antes de partir, contamos nuestras provisiones. No me inquieté en absoluto al comprobar que no nos quedaba pan más que para dos días, puesto que la mar no debía estar muy lejos y nuestro reavituallamiento debía sin duda haber sido depositado sobre la costa, cerca del peñón de Van-Sine-Laza, por el *udehé* Salé, asistido de nuestros soldados. Tras la salida del sol, Dersu y yo no tardamos en vestirnos y partimos con paso ligero.

Encerrado entre las montañas, el Kulumbé corre en meandros continuos y entre peñas. Se hubiera dicho que las crestas circundantes se habían aplicado en crear sin cesar un nuevo obstáculo al agua, tomando por fin esta última la ventaja para abrirse a la fuerza un camino hacia el litoral.

Como el viaje no nos ofrecía el menor sendero, debimos avanzar de cualquier manera. No queriendo vadear el Kulumbé, tratamos de seguir siempre la misma orilla, pero nos vimos pronto en la imposibilidad de seguir. Desde el primer peñasco, estuvimos obligados a atravesar el curso de agua. Después, quise cambiar de calzado, pero Dersu me aconsejó proseguir la marcha, a pesar de mis botas mojadas, y entrar en calor mediante una marcha acelerada. Apenas hubimos hecho medio kilómetro, fue necesario pasar a la orilla derecha para repetir aún aquellas travesías un buen número de veces. Como el agua estaba fría, sentí un dolor en las rodillas como si tuviera agujetas.

Las montañas escarpadas que se levantaban a los dos lados del valle, terminaban hacia el río por acantilados a pico. No podíamos rodearlas, ya que eso representaba un retraso de cuatro días. Así que resolvimos los dos avanzar directamente, esperando encontrar el valle despejado al fin de estos acantilados. Pero la realidad no tardó en demostrarnos lo contrario; más allá, no encontramos más que la continuación de estos acantilados y estuvimos todavía obligados a pasar de una orilla a la otra.

—¡Uf! —exclamaba Dersu—. Nosotros hacemos como las nutrias. Marchamos un poco sobre la orilla, después nos zambullimos, y apenas hemos vuelto a trepar, ¡nueva zambullida!

Comparación muy justa, ya que las nutrias avanzan efectivamente de esta manera. Quizá fuese porque nos acostumbremos al agua, o porque nos reconfortara el sol, o tal vez por el concurso de las dos circunstancias a la vez, el hecho es que los vados acabaron por parecernos menos temibles y el agua nos pareció menos fría. Yo dejé de maldecir y Dersu de refunfuñar. En lugar de seguir una línea recta, no hicimos más que zigzags. Aquello duró hasta mediodía, pero hacia la noche llegamos a un verdadero desfiladero que alcanzaba poco más o menos medio kilómetro de longitud. Tuvimos que seguir directamente el lecho del curso de agua, subiendo a veces sobre

un banco de la orilla donde nos calentamos al sol, para descender de nuevo al agua. Acabé por sentirme fatigado. Una superficie llana se presentó, por fin, entre las rocas, obstruida por una cantidad de madera flotante que las aguas habían arrojado. Trepamos encima para encender antes que nada un gran fuego y preparar a continuación la cena. Por la noche, hice la cuenta de nuestras travesías al vado y pude establecer treinta y dos, sobre un recorrido de quince kilómetros, además de nuestra marcha por el desfiladero.

Por la noche, el cielo se había cubierto de nubes, y antes del alba tuvimos una lluvia fina pero intensa. Nos levantamos más pronto que de costumbre para volver a partir después de un ligero desayuno. A lo largo de los seis primeros kilómetros, marchamos por el agua más a menudo que por la orilla, pero acabamos por franquear el sector estrecho y rocoso. Las montañas parecieron retroceder y yo me alegré mucho pensando que el mar no estaba ya lejos. Sin embargo, Dersu me mostró un pájaro que, según él, no habitaba más que en las selvas desiertas alejadas del litoral. Me di en seguida cuenta de la exactitud de sus razonamientos, puesto que las travesías del vado se multiplicaron de nuevo, presentando cada vez mayor profundidad. Dos veces hicimos fuego, sobre todo para poder calentarnos un poco. A mediodía llegamos a un gran peñasco, al pie del cual una senda recientemente apisonada atravesaba el río, dirigiéndose hacia el norte. Más allá de este peñón, Dersu encontró un vivac abandonado y pudo comprobar, según las trazas, que era Merzliakov quien había acampado durante su trayecto desde el Takema al Amagú.

Nos aseguramos de que este sendero nos conduciría hacia el río Naina, donde habitaban los coreanos, mientras que una marcha en línea recta nos debía llevar a la costa, hacia el peñón de Van-Sine-Laza. Ahora bien, el camino del Naina nos era desconocido y no estábamos en situación de calcular la longitud; por otra parte, contábamos con alcanzar el mar a lo largo de la jornada o al día siguiente a mediodía lo más tardar.

Comimos algunos restos de carne y reemprendimos nuestro camino. Hacia las dos de la tarde, la lluvia fina se transformó en aguacero, forzándonos a detenernos más pronto de lo que pensábamos y abrigarnos bajo nuestra tienda. Helado, con las manos transidas de frío y los dedos rígidos, mis dientes castañeteaban. Por desgracia, nuestra leña estaba húmeda y apenas si se quemaba. Yo me caía de fatiga y sentía escalofríos. Dersu sacó de su mochila la última rebanada de pan, aconsejándome probarlo. A mí no me gustó en absoluto; tragué el té y me acosté cerca del fuego, pero ya no pude entrar en calor. Hacia las once de la noche, la lluvia paró y le sucedió la escarcha. Dersu no durmió en toda la noche, atizando todo el tiempo la hoguera.

Hacia la mañana, el cielo se aclaró de golpe, pero la temperatura bajó tan velozmente que el agua de lluvia no tuvo tiempo de escurrirse de las ramas y quedó transformada en carámbanos. El aire se hizo claro y transparente. El sol salió

revestido de una púrpura glacial. Yo me desperté con dolor de cabeza, todavía con escalofríos y con los huesos molidos. Dersu se quejaba a su vez de su falta de fuerzas. No teníamos nada para comer y por otra parte no teníamos ningún apetito. Después de haber bebido agua caliente, nos volvimos a poner en ruta. Pronto tuvimos que entrar otra vez en el agua, que yo encontré entonces excepcionalmente fría. Habiendo ganado la orilla opuesta, no pudimos entrar en calor en mucho tiempo. Sin embargo, cuando el sol hubo traspasado la cresta de las montañas, sus rayos vivificantes suavizaron el aire helado.

Por muy constantes que fuesen nuestros esfuerzos por evitar los vados, no pudimos evitarlos, aunque se hicieron cada vez menos frecuentes. Al cabo de cinco kilómetros aproximadamente, el río se dividió en varios brazos. Las islas allí formadas estaban cubiertas de gruesas cañas, donde abundaban las ortegas. Tiramos sobre ellas sin abatir una sola; nuestras manos temblorosas no nos permitían apuntar con firmeza. Seguimos marchando mohínos uno detrás del otro, sin hablarnos apenas.

Percibiendo súbitamente un claro del bosque, creí que estábamos cerca del mar. Pero cuando avanzamos, tuve una gran desilusión. No se veía más que madera abatida, como resultado del ciclón del año precedente. Se trataba del mismo huracán que nos había sorprendido en la noche del 22 al 23 de octubre, en el momento del paso del Sijote-Alin. El centro del ciclón había evidentemente asolado aquella región.

Teníamos que rodear aquel montón de ramas desgajadas, o bien meternos en el cañaveral de las islas. Ignorando la extensión de la superficie obstruida por los árboles abatidos, preferimos la segunda alternativa. Como el río estaba enteramente cubierto de madera flotante, en una extensión de por lo menos cinco kilómetros, pudimos atravesarlo sin importarnos por dónde. Pero avanzábamos bastante lentamente, haciendo altos frecuentes para reposar. Por fin, los obstáculos se terminaron y la superficie del agua volvió a quedar libre. Conté todavía nuestras travesías del vado; pero después de haber anotado las veintitrés primeras, me olvidé de la cifra y ya no pensé más en ello.

Por la tarde, apenas podíamos arrastrar ya nuestras piernas. Yo me sentía destrozado; Dersu estuvo, a su vez, enfermo. Un jabalí encontrado en el camino no nos incitó a la caza. Nos detuvimos temprano para acampar. Pero, en aquel momento, llegué definitivamente al fin de mis fuerzas; sacudido por una fuerte fiebre, tenía, por añadidura, el rostro, las piernas y los brazos hinchados. Dersu debió trabajar solo. Pronto caí sin conocimiento, aunque pude aún sentir que me aplicaban agua fría en la cabeza. No sé cuánto tiempo quedé en aquel estado. Recobrando el sentido, vi que estaba cubierto por la chaqueta del *gold*. Era de noche, las estrellas brillaban en el suelo y Dersu permanecía sentado junto al fuego, con aspecto agotado. Me enteré de que yo había delirado alrededor de doce horas. Durante todo ese tiempo, Dersu no se había acostado, ocupado en cuidarme, poniéndome compresas en la cabeza y

calentándome los pies cerca del fuego. Pedí de beber. El *gold* me ofreció una especie de tisana de hierba dulzona y repulsiva, pidiéndome encarecidamente que bebiera lo más posible. A continuación, nos acostamos en la misma tienda y nos dormimos en seguida.

Al día siguiente, 13 de octubre, Dersu se sintió un poco reconfortado por el sueño, mientras yo seguía tan extenuado como antes. Pero no podíamos quedarnos en el lugar, ya que no nos quedaba ni una miga de pan. Así que nos levantamos con dificultad para continuar descendiendo penosamente el curso de agua.

El valle se ensanchó poco a poco. Habíamos dejado ya los espacios cubiertos de árboles abatidos o quemados. Por otra parte, en lugar de abetos, cedros y pinos, encontrábamos, cada vez más a menudo, abedules y sauces blancos, así como plantas diversas y enormes, algunas de las cuales tenían dimensiones de árboles y podían servir como madera de construcción. Yo andaba con fatiga, como un beodo. Dersu, por su parte, debió hacer esfuerzos extremos para continuar el camino. A nuestra izquierda se elevaban grandes peñascos, que nos obligaban a pasar de vez en cuando a la otra orilla, facilitándose la travesía por la división del curso de agua en ocho canales. Dersu hizo todo lo posible por estimularme, si bien la expresión de su rostro traicionaba sus propios sufrimientos.

—*Kanza* (gaviota) —exclamó súbitamente, indicándome una vaga silueta blanca revoloteando en el cielo—. El mar ya no está lejos.

La esperanza de llegar pronto al término de todos estos sufrimientos me volvió a dar fuerzas. Sin embargo, tuvimos aún que volver a pasar a la orilla izquierda del Kuliumbé, que no ofrecía de nuevo más que un solo lecho. Un gran alerce arrojado a través del río vacilaba tan fuertemente, que perdimos mucho tiempo en efectuar ese pasaje. Dersu comenzó por transportar nuestros fusiles y mochilas y volvió para ayudarme durante el trayecto. Acabamos por reposar en la linde de un bosque de encinas, que crecían al pie de un acantilado. El mar estaba a un kilómetro y medio. Pero fue necesario reunir el resto de nuestras fuerzas para poder franquear esta distancia. Los cardos y la maleza se hicieron pronto más escasos y vimos centellear el mar. Nuestro penoso viaje había terminado. Dentro de poco contábamos con encontrar las provisiones aportadas por nuestros soldados, para inmovilizarnos a continuación hasta nuestro completo restablecimiento. A las seis de la tarde, llegamos al peñón de Van-Sine-Laza. Pero, ¡cuál no fue nuestra decepción al no encontrar allí las vituallas esperadas! Registramos todos los rincones, caminando por todos lados entre las ramas desgajadas y las grandes piedras: ¡no había nada! Una sola esperanza subsistía aún y era que los tiradores hubieran dejado nuestras provisiones al otro extremo del peñón. El *gold* tomó la iniciativa de ir y trepó penosamente por él. Pero, llegado a la cornisa, encontró el peligroso sendero cubierto de hielo y no se decidió a avanzar más allá. Por otra parte, pudo observar desde aquella altura la costa entera y

no percibió nada en absoluto. Volvió a descender junto a mí y me comunicó la triste nueva, tratando en seguida de consolarme:

—Está bien, capitán —dijo—; en el litoral siempre se puede encontrar de comer.

Al ir hacia la orilla del mar, dimos vuelta a una piedra. Salieron de debajo de ella una cantidad de cangrejos, que se escaparon en abanico para esconderse bajo otras piedras. Atrapándolos con nuestras manos, recogimos pronto dos docenas, sin contar dos mariscos y un centenar de mejillones marinos. Después, elegimos un buen lugar para acampar e hicimos un gran fuego. Comimos los mariscos y los mejillones crudos, prefiriendo en cambio hervir los cangrejos. La comida no fue copiosa pero sí suficiente para aplacar las primeras embestidas del hambre.

Aunque no tenía ya más fiebre, mi agotamiento seguía siendo el mismo. Dersu, que quería ir a cazar de buena mañana, se acostó primero. Derregado por el trayecto y debilitado por la fiebre, me reuní pronto con él y no tardé en dormirme.

El alba iluminaba apenas con su incierto resplandor el mar en calma y la costa desierta y nuestra hoguera se había casi extinguido, cuando despertó al *gold*; los dos a una soplamos sobre los tizones.

En ese momento, escuché a lo lejos dos sonidos seguidos, que más bien parecían aullidos.

—Es un ciervo —dije a mi compañero—. Ve pronto, quizá tengas suerte.

Dersu se vistió en silencio, pero se detuvo para reflexionar, y a continuación dejó caer esta observación:

—No, no es un ciervo. No pueden bramar en esta estación.

Los sonidos se repitieron otra vez y entonces pudimos distinguir netamente que venían del lado del mar. Creí reconocerlos, sin acordarme de dónde los había escuchado antes. Sentado frente al *gold*, volví la espalda al mar. De repente, Dersu saltó de su sitio y me dijo, con la mano tendida hacia delante:

—¡Mira, capitán!

Me volví y vi el torpedero *Grozny*, que doblaba el cabo vecino. Sin concertarnos, disparamos al aire dos tiros de fusil y saltamos hacia la hoguera para arrojar en ella unas hierbas, que hicieron elevarse un humo blanco.

El torpedero lanzó una serie de pitidos penetrantes y cambió de dirección para acercarse a nosotros, o sea que habíamos sido percibidos. Nos sentimos muy contentos, como si nos hubieran quitado un peso de encima.

Unos minutos después, éramos acogidos con hospitalidad por el comandante del *Grozny*. Nos enteramos de que volvía de las islas Chantar y había hecho escala en el estuario del Amagú, donde M. Merzliakov le señaló mi partida para la montaña y mi intención de volver hacia el mar en los alrededores del Kuliumbé. Por otra parte, el comandante sabía por los viejos creyentes que el *udehé* Salé y los dos soldados encargados de aportar provisiones hacia el peñón de Van-Sine-Laza, habían sido

sorprendidos por una tempestad y que su barco se había estrellado contra los escollos, yéndose a pique toda la carga. Entonces, volvieron a partir en seguida por el Amagú, a fin de aprovisionarse de nuevo y venir a nuestro encuentro una segunda vez. El comandante resolvió a continuación ir a buscarnos. Después de llegar por la noche al estuario del Takema, viró de bordo y finalizó a esa hora matinal, en la desembocadura del Kuliumbé, haciendo funcionar la sirena, cuyo ulular había tomado yo por bramidos de ciervo.

Una comida copiosa y un buen té nos hicieron olvidar por unos momentos que llegábamos ya al Amagú. Volví a ver a M. Merzliakov, quejándose de reumatismo y pidiéndome permiso para ir a Vladivostok. Consentí de buen grado e hice partir con él a dos tiradores, a los que encargué traer provisiones y ropas de abrigo, viniendo al encuentro nuestro a lo largo del río Bikine.

Una hora después, el *Grozny* se preparó a levar anclas. Yo permanecí en la orilla, siguiendo con la mirada al comandante. Este, desde su puente, me saludó agitando su gorra.

En nuestro reducido destacamento no quedaban entonces, excepto yo mismo, más que Dersu, Tchan-Bao y cuatro tiradores que no querían volver a Vladivostok, prefiriendo quedar vinculados hasta el fin a la expedición.

26. El curso inferior del Kussún

Dediqué los cinco días siguientes a reposar un poco y a preparar nuestra marcha hacia el norte, a lo largo del litoral. El invierno se aproximaba. El hermoso follaje del estío no ofrecía más que desperdicios apilándose sobre el suelo en montones grises y amarillos; los árboles se levantaban como esqueletos despojados en la selva inanimada. Como se hacía cada vez más difícil alimentar a los mulos, decidí confiarlos hasta la primavera al cuidado de los viejos creyentes.

Partimos la mañana del 20 de octubre y no alcanzamos el río hasta las dos de la tarde. Un viento bastante fuerte, que venía del lado del mar, levantaba olas que se estrellaban ruidosamente sobre la orilla y derramaban su espuma sobre la arena. Un banco se extendía desde el estuario hacia el mar. Metiéndome allí por distracción, sentí como un peso a mis pies. Cuando quise retroceder, me fue imposible moverme; lentamente; me hundía en el agua.

—¡Arenas movedizas! —grité aterrado, tratando de apoyarme sobre mi fusil; pero éste se hundió también.

Los soldados no comprendían nada y miraban con aire perplejo mis extraños gestos. Por el contrario, Dersu y Tchan-Bao vinieron a socorrerme; el primero, para tenderme su tridente; el segundo, para arrojar sobre la arena pedazos de madera. Yo me aferré con la mano a una rama y acerté a sacar un pie detrás del otro, llegando así a ganar penosamente el suelo firme. Tchan-Bao me explicó que esas arenas movedizas eran muy frecuentes sobre el litoral. Las olas ablandaban el suelo arenoso y lo volvían peligroso para el caminante. Por otra parte, después de una calma momentánea del mar, el mismo terreno se afirmaba hasta el punto de poder sostener no solamente a un hombre sino también a un caballo con su carga. No teniendo otra alternativa, debimos esperar que se cumpliese el viejo refrán: después de la tempestad, viene la calma.

El mar se calmó, en efecto, en el curso de la noche, y yo comprobé al día siguiente por la mañana la exactitud de las palabras de Tchan-Bao: la arena se había hecho tan sólida que nuestros pies no dejaban la menor huella. Nuestro sendero nos llevó al borde de un gran acantilado, resto de una antigua terraza ribereña. Como por allí no había ya más árboles ni maleza, vimos extenderse frente a nosotros el vasto valle del Kussún. Enfrente, a un kilómetro apenas, aparecían algunas *fanzas* chinas. Cuando, tras un largo trayecto, encontramos viviendas, los hombres y los caballos aceleraron el paso.

Mi perra corría a la cabeza, examinando con atención los matorrales que bordeaban el camino. Pronto llegamos a unos campos cuyo trigo estaba ya cosechado y almacenado. De repente, *Alpa* se detuvo al acecho. «¿Serán faisanes?», pensé, empuñando mi fusil. Pero noté que el animal estaba muy desconcertado y se volvía a

menudo como para pedirme si debía o no continuar su caza. Cuando le hice un signo afirmativo, avanzó con precaución, olfateando el aire. Pude comprender por su actitud, que no debía tratarse de faisanes sino de otra cosa. Y he ahí que tres pájaros se elevaron ruidosamente. Hice fuego y fallé el tiro. Estos pájaros tenían sin embargo movimientos demasiado pesados, batiendo rápidamente las alas y volviendo a descender a tierra en un vuelo bastante torpe. Les seguí con la mirada y observé que se posaban en el patio más próximo de una de las *fanzas*: eran gallinas ordinarias, obligadas a buscar su alimento en los campos, lejos de su gallinero, ya que los indígenas no lo tenían en sus casas.

Nuestro camino nos llevó, en seguimiento de las gallinas, hacia la *fanza* de un viejo *udehé* llamado Lurl. Su familia se componía de cinco hombres y cuatro mujeres. Los indígenas de esta región no se ocupan por sí mismos de sus huertos, prefiriendo contratar para esta tarea a hortelanos chinos. Sus ropas son medio chinas, medio *udehés*, el lenguaje que hablan es habitualmente el chino, pero recurren a su propio idioma para contarse sus secretos. Hacía unos cuarenta años, los *udehés* habían pululado sobre el litoral. Según una frase pintoresca del viejo Lurl, los cisnes blancos se volvían negros durante su vuelo desde el Kussún a la bahía de Santa Olga, como consecuencia del humo que salía de las tiendas de todo el poblado.

Sobre la orilla del Kussún encontramos un viejo remero manchú que respondía al nombre de Khei-Ba-Tú, que significa «el decano marítimo». Era un marino hábil, habituado desde su infancia a navegar por el Mar del Japón. Su padre, que se ocupaba igualmente de trabajos marítimos, había enseñado la navegación al hijo adolescente. Este, instalado anteriormente sobre la costa meridional de la región ussuriana, se había trasladado en aquellos últimos años hacia el norte. Tchan-Bao persuadió a aquel viejo para que nos acompañase a lo largo del litoral, acordándose que los *udehés* aportarían al día siguiente nuestros efectos al estuario del Kussún para embarcarlos por la noche a bordo del barco de Khei-Ba-Tú.

Me levanté a primera hora y empecé inmediatamente a organizar la partida, conociendo por experiencia la lentitud de los indígenas para ponerse en ruta, si no se les estimula un poco. No me equivoqué. Los *udehés* procedieron primero a reparar sus zapatos y después sus barcos; así que no pudimos partir hasta el mediodía.

En los bordes del Kussún, tuvimos que despedirnos de Tchan-Bao, llamado nuevamente por ciertos motivos hacia Sanhobé. Rehusó toda remuneración pecuniaria y me prometió su ayuda para el año siguiente, si yo volvía por el litoral. Nos estrechamos la mano antes de separarnos y de partir, yo hacia el oeste y él hacia el sur.

En otoño, las jornadas al borde del mar son tan cálidas, que se puede marchar simplemente en camisa; pero por la noche, hay que envolverse en mantas forradas. Ordené, pues, embarcar todas nuestras vestimentas abrigadas para expedirlas por

mar; así no teníamos que llevar más que nuestras raciones para un día y nuestras armas. Khei-Ba-Tú debía conducir su barco a la desembocadura del Tahobé, donde nos proponíamos reunimos con él.

Las orillas de ese estuario están cubiertas de una selva rala donde crecen el olmo, el tilo, la encina y el abedul negro. Un poco aguas arriba, aproximadamente a dos kilómetros de la costa, hay espacios más despejados, llanos y aptos para la colonización. Fue allí donde encontramos una pequeña *fanza* cuyos habitantes me parecieron *udehés*, si bien por la noche me explicaron que pertenecían a la tribu de los *solones*.

El aspecto de mis nuevos amigos no los distinguía mucho de otros indígenas usurrianos. Me parecieron solamente un poco más pequeños y huesudos, siendo también más móviles y expansivos. Aquellas gentes hablaban sea el chino sea un dialecto especial donde se mezclaban el *solón* y el *gold*. Su vestimenta no difería tampoco de la *udehé*, siendo quizá menos abigarrada y adornada. La familia de nuestros huéspedes estaba formada por diez miembros. Les preguntamos cómo se habían trasladado desde Manchuria a esta región, y nos hicieron el relato siguiente:

Instalados primero sobre el Sungari, abandonaron ese río y fueron al río Khor, afluente del Ussuri, para cazar allí. Pero cuando las numerosas bandas de *hundhuzes* hicieron su aparición, el gobierno chino envió tropas para combatir a esos bandidos. La familia de los *solones* se encontró entonces entre dos fuegos: por una parte, estaba atacada por los *hundhuzes* mientras que por la otra las tropas gubernamentales se complacían en ensañarse en todo el mundo, sin distinción. Nuestros amigos huyeron entonces hacia el Bikin, para franquear a continuación el Sijote-Alin e instalarse finalmente sobre la costa.

Nosotros dedicamos las cuatro jornadas siguientes a explorar los ríos Tahobé y Kumukhú. El más joven de nuestros huéspedes, llamado Datzarl, robusto e imberbe, nos ofreció sus servicios de guía. Tenía una actitud orgullosa y consideraba a nuestros tiradores con cierta altanería. No pude dejar de notar la ligereza de su marcha, así como la agilidad y soltura de sus movimientos.

En la mañana del 23 de octubre, nos pusimos en ruta y costeamos la orilla izquierda del curso de agua. Yo marchaba a la cabeza con Dersu y Datzarl; los dos soldados, Zakharov y Arinin, venían a continuación. Una ardilla se cruzó en nuestro camino. Sentada sobre las patas traseras, la cola levantada sobre el lomo, el animalillo roía una piña de cedro. Al acercarnos, trepó rápidamente sobre un árbol, llevándose su comida, y nos miró de arriba a abajo con curiosidad. El *solón* se deslizó con pasos cautelosos hacia el cedro y golpeó violentamente el tronco con su bastón, dando un grito. La ardilla, atemorizada, dejó caer su piña y trepó aún más arriba. Era lo que esperaba Datzarl; recogiendo la piña, siguió su camino sin ninguna consideración por la bestezuela ofendida. Esta saltaba de rama en rama, agitándose

para expresar su protesta contra aquel acto de pillaje cometido en pleno día. Todos nos reímos de buena gana y Dersu resolvió que en adelante recogería nueces según esa moda que no conocía todavía. Pero antes dirigió a la ardilla palabras de consuelo:

—No debes enfadarte. Nosotros andamos por tierra. ¿Cómo podríamos encontrar piñas? Mientras que tú, encaramada allá arriba, estás rodeada de ellas.

Ya continuación señaló con la mano el follaje del gran cedro.

Durante toda la jornada, el aire estuvo velado de bruma; las nubes, tan pronto pesadas y sombrías como vaporosas, cubrían el cielo como un encaje. Las «coronas» que aparecieron alrededor del sol se redujeron cada vez más para fundirse en una mancha opaca. El bosque quedó en calma, si bien el viento se puso a agitar las cimas de los árboles. Dersu y Datzarl parecieron inquietarse por esto y se hablaban a menudo, observando el cielo.

—Es malo —hice notar yo—, este viento que comienza a soplar del mediodía.

—No —rectificó gravemente el *gold*—. Aquélla es su dirección —agregó, indicando el nordeste.

Creí que se equivocaba e hice objeciones.

—¡Pero, mira los pájaros! —exclamó Dersu—. Ya ves que vuelven el pico al viento.

En efecto, una corneja, encaramada sobre un abeto vecino, tenía la cabeza vuelta hacia el nordeste. Para ella, era la posición más ventajosa, ya que el viento venía a deslizarse sobre sus plumas. Si ella le hubiera presentado el flanco o la cola, el viento habría penetrado bajo su plumaje y hubiera helado al pájaro.

Hacia la noche, el cielo se oscureció completamente, mientras la temperatura subía de dos a veinte grados. Este era otro síntoma desfavorable. Para prepararnos a cualquier eventualidad, instalamos muy sólidamente nuestras tiendas y recogimos más madera que de costumbre. Pero nuestras aprensiones fueron inútiles y la noche transcurrió en paz.

Cuando me desperté al día siguiente, mi primer impulso fue mirar al cielo. Las nubes se extendían en bandas paralelas, que iban de norte a sur. Como no había que retrasarse, tomamos pronto nuestras mochilas y subimos a lo largo del Tahobé. Yo me proponía llegar el mismo día al Sijote-Alin, pero nos lo impidió el mal tiempo. Una bruma espesa reapareció en el aire hacia mediodía. Las montañas se colorearon de un azul oscuro y lóbrego. Hacia las cuatro, primero llovió y después cayó una nieve espesa y aguada. El sendero se hizo en seguida blanco y quedó visible a lo lejos, a pesar de la maleza y de los árboles abatidos. El viento sopló violento e irregular. Hubo que resignarse a acampar. Llegamos precisamente a un peñón que se levantaba solitario sobre la orilla derecha, no lejos del curso de agua. Parecido a una fortaleza, estaba flanqueado de un bosquecillo de abedules. Los soldados aportaron combustible, mientras Datzarl se adentraba en la espesura buscando unas buenas

«horquillas» (soportes) para nuestra tienda. Pero, un minuto después, lo vi volver a la carrera. A unos cien pasos del peñón, se detuvo para echar una ojeada y emprendió de nuevo su huida. De regreso en el campamento, habló ansiosamente con Dersu. Este miró a su vez el peñón, lanzó un salivazo y arrojó su hacha por tierra. Después, vinieron los dos hacia mí y me rogaron que hiciera instalar el campamento en cualquier otra parte. Les pregunté la razón y Datzarl me contó esto: desde que había comenzado a partir un árbol al pie del peñón, un espíritu se había divertido, por dos veces, lanzándole algunas piedras desde lo alto. Dersu y el *solón* me rogaron con tanta persistencia que abandonara aquellos lugares que acabé por ceder y ordené transportar las tiendas más abajo. Por otra parte, no tardamos en encontrar un lugar aún mejor situado que el primero.

Todos a una, realizamos el trabajo requerido; se trajo madera y se encendieron grandes hogueras. El *gold* y el *solón* emplearon mucho tiempo en instalar una especie de cercado, abatiendo algunos árboles, cuyos extremos hundieron en la tierra, apuntalándolos con soportes y poniendo incluso mantas. Cuando interrogué a Dersu sobre esto, me explicó que la cerca se había levantado para impedir al espíritu que observara desde lo alto lo que pasaba en el campamento. Encontré esto ridículo, pero me abstuve de decírselo a mi amigo para no ofenderlo. Mis soldados se preocuparon muy poco por saber si el espíritu los miraba o no desde su altura y se interesaron mucho más por cenar.

Como el tiempo empeoró por la noche, todos se escondieron en las tiendas para tomar té hirviendo. Hacia las once, cayó súbitamente una espesa nieve y en seguida brilló en el cielo un resplandor.

—¡Una tormenta! —exclamaron a coro los soldados.

Iba a responderles, cuando resonó un trueno violento.

Esta tormenta, acompañada de nieve, duró hasta las dos de la madrugada. El rayo estalló a menudo, caracterizándose por una luz roja. Los truenos eran potentes y resonaban a lo lejos, sacudiendo la tierra y la atmósfera. Dada la estación, aquel fenómeno era tan nuevo y extraordinario que no dejábamos de observar con curiosidad el cielo. Pero éste permanecía sombrío, y sólo al fulgor del rayo pudimos ver las pesadas nubes que se dirigían hacia el sudoeste. Uno de los truenos fue especialmente ensordecedor. El rayo acababa de caer precisamente del lado de la altura rocosa y el ruido del trueno se acompañó de otro producido por un desprendimiento. ¡Había que ver la emoción de Datzarl! Encendiendo una nueva hoguera, se abrigó detrás de su cerca. Yo eché un vistazo a Dersu. El *gold* tenía el aire confuso, asombrado, incluso espantado. El espíritu del peñón, lanzador de piedras, la tormenta mezclándose con la nieve, aquel desprendimiento en la colina, todo se confundía en la mente de mi amigo, pareciéndole relacionado entre sí.

—Es Enduli que persigue al diablo —advirtió con voz contenta, y a continuación

se puso a hablar animadamente con Datzarl. Digamos de paso que este Enduli es una divinidad de los indígenas situada, según su opinión, en una esfera tan elevada que no desciende casi nunca entre los humanos.

La tormenta terminó pronto, pero los truenos continuaron aún mucho tiempo. Cuando el vasto resplandor de un relámpago venía a aclarar el horizonte, se distinguían muy netamente los contornos de las montañas lejanas y las gruesas nubes que derramaban a la vez agua y nieve.

Retumbos lejanos y amortiguados, pero que hacían temblar la tierra y el aire, no cesaron hasta mucho más tarde. Los soldados tomaron otra vez té antes de acostarse, mientras yo velaba con Dersu cerca del fuego y le preguntaba sobre los espíritus y sobre las tormentas de invierno. Él me dio de buena gana respuestas a propósito de todo lo que le pedía.

El trueno es Agdy. Cuando un espíritu reside demasiado tiempo en el mismo sitio, la divinidad Enduli envía una tormenta y Agdy caza al espíritu. Se puede deducir que éste ha permanecido en el lugar donde un huracán acaba de estallar. Después de su partida (es decir, después de una tormenta) la paz renace en derredor: animales, pájaros, peces, hierbas e insectos comprenden por su parte que el diablo se ha ido y se vuelven alegres y felices...

En cuanto a las tormentas acompañadas de nieve, el *gold* me afirmó que, en otro tiempo, el trueno y el rayo no hacían su aparición hasta los meses de verano. En toda su vida era la tercera vez que Dersu había observado semejante fenómeno.

Estos relatos hicieron pasar el tiempo hasta el alba. Poco a poco, las colinas boscosas, «el peñón del diablo» y los arbustos inclinados sobre el río, empezaron a salir de la oscuridad, y todo parecía anunciar un tiempo gris. Pero de repente, una aurora roja apareció por el oriente, detrás de las montañas, coloreando de púrpura el cielo, hasta entonces velado. Bajo este resplandor rosa y dorado, se vio destacar con nitidez cada zarza y cada rama de árbol. Miré, maravillado, el juego luminoso de aquellos rayos del astro que se elevaba en el cielo.

—Bueno, amigo mío, es hora también para nosotros de echar un sueñecito —dije a mi compañero; pero Dersu estaba ya profundamente dormido, apoyado contra una rama seca caída junto al fuego.

Nos levantamos muy tarde. Las nubes se deslizaban aún en el cielo, pero mucho menos terribles que la víspera. Tomamos una comida ligera rociada de té, y continuamos subiendo a lo largo del Tahobé en dirección del Sijote-Alin. Después de esta última acampada, sólo nos quedaba un paso a franquear para llegar a la línea divisoria de aguas. En efecto, al crepúsculo, no fuimos más allá de la cresta principal e instalamos nuestro campamento en un espeso bosque. La noche se anunciaba fría, ya que el cielo se había limpiado de nubes por la tarde. Pero yo contaba con la eficacia de mi manta y me acosté un poco separado del fuego, dejando mi lugar a

Datzarl, cuya vestimenta era bastante ligera. Hacia las tres de la mañana, el frío me despertó. Todos mis esfuerzos para arroparme más cálidamente resultaron vanos: el aire punzante penetraba por cada abertura hasta mis espaldas o mis pies, obligándome a levantarme. Estaba oscuro y nuestro fuego se había extinguido. Recogí los tizones casi consumidos y soplé sobre ellos. La llama se reavivó pronto y pude ver los alrededores. Zakharov y Arinin estaban extendidos al abrigo en una tienda, mientras que Dersu permanecía sentado y dormía completamente vestido. Recogiendo leña, percibí a Datzarl, acostado lejos del fuego, completamente solo y desprovisto de manta e incluso de ropa abrigada. Estaba extendido sobre ramas de abeto y protegido solamente por su caftán de tela. Temí que tomara frío y lo sacudí por la espalda, pero dormía tan profundamente que me costó mucho trabajo despertarlo. Levantándose por fin, el *solón* se rascó la cabeza, bostezó y se volvió a acostar en el mismo sitio para dar a continuación sonoros ronquidos. Después de haberme reconfortado cerca de la hoguera, me metí bajo la tienda de mis soldados donde pude gozar de un buen sueño.

Al día siguiente, nos levantamos todos muy temprano. Nuestras provisiones estaban a punto de agotarse y tuvimos que apresurarnos. Para comer, nos contentamos con una ardilla asada, con restos de un pan cocido en la ceniza y una taza de té hirviendo. Partimos en el momento en que el sol acababa de salir, emergiendo de la selva e inundando con su luz las cimas de las montañas cubiertas de nieve. Después de pasar la cresta, llegamos al río Kumukhú.

Cada vez que un itinerario previsto toca a su fin, uno comienza a apresurarse, queriendo terminar la marcha lo más pronto posible. Pero, a decir verdad, no teníamos nada que ganar en nuestro retorno al litoral. Desde el estuario de este curso de agua, íbamos a subir a lo largo de otro río hacia la montaña. Tendríamos que instalar de nuevo el campamento, plantar tiendas y recoger leña para la noche. Pues bien, a pesar de todo, se experimenta un placer acabando un tramo determinado de la ruta. Así que nos fuimos a dormir temprano, a fin de estar prestos al día siguiente lo más pronto posible.

Nos levantamos en efecto, como siguiendo una consigna, con los primeros rayos de la aurora. Aproveché el tiempo necesario para los preparativos de marcha, y fui a bañarme al río, provisto de una toalla. Era todavía la hora de gran calma que precede a la salida del sol, aquella en que la naturaleza dormita en un estado de beatitud silenciosa. El río exhalaba un vapor espeso y el rocío era abundante. No obstante, una ligera brisa matinal atravesó la selva, la bruma empezó a levantarse y la orilla opuesta se hizo visible. Cuando los hombres empezaron a desayunar el campamento enmudeció.

De repente, escuché resonar las piedras; alguien marchaba por ellas. Me volví en el acto y vi dos sombras vagas, de proporciones diferentes. Eran dos alces; una

hembra, con su pequeño de un año. Acercándose al río, los animales abrevaron con avidez. La hembra sacudió la cabeza y se rascó con los dientes los pelos del flanco. Admiré a los cérvidos y temí que fuesen percibidos por mis soldados. Pero la hembra olfateó en este momento un peligro, levantó sus grandes orejas y miró con atención hacia nuestro lado. El agua que goteaba de sus belfos, cayó en la corriente, produciendo sobre la superficie anchos círculos. El animal tropezó, dio un grito ronco y saltó hacia la selva. Un viento ligero, que acababa de levantarse, sumió de nuevo en la bruma la orilla opuesta. Zakharov disparó un tiro de fusil que falló su blanco, de lo cual me alegré en secreto.

El sol se levantó por fin, coloreando con un tinte anaranjado los torbellinos de niebla y permitiendo poco a poco distinguir las zarzas, los árboles y las montañas. Una media hora más tarde, andábamos por el sendero conversando alegremente.

Un cierto Dolganov, viejo creyente ruso, había instalado su vivienda desde hacía mucho tiempo en medio de la pradera más próxima a la costa y explotaba todo lo que podía a los indígenas que residían en los bordes de los ríos vecinos. Me repugnaba la idea de descender a casa de un hombre que se creaba su bienestar a expensas de estas pobres gentes. Así es que fuimos directamente hacia el mar, donde encontramos al batelero Khei-Ba-Tú, que nos esperaba en el estuario con su embarcación. No había tardado más que un día en pasar de la desembocadura del Kussún a la del Kumukhú y se encontraba allí desde hacía una semana.

Por la noche, los soldados encendieron grandes hogueras y demostraron tanta alegría como si hubieran vuelto a su propia casa. Aquellos hombres habían tomado la costumbre de las marchas continuas hasta tal punto que ya no experimentaban sus dificultades. Nos quedamos un día en el lugar para descansar, renovar fuerzas y poner nuestros efectos en orden. Así llegó el primero de noviembre, comienzo del primer mes de invierno.

27. En el corazón de la región Transussuriana

Sobre el río Kumukhú nos separamos de Datzarl. Él volvió a su casa, mientras que nosotros continuamos hacia el norte. El sendero de la costa, que habíamos seguido todo el tiempo, se terminaba en el estuario del Kumukhú. Entre el cabo de la Olimpiada y el río Samarga, la distancia es sólo de 150 kilómetros en línea recta, pero representa 230 si se siguen todas las sinuosidades de aquel litoral montañoso.

Los bosques de coníferas aterciopeladas, que revisten todas las alturas y descienden hasta el borde mismo del mar, se parecen a un cepillo espeso de corcho. Este sector del trayecto se considera de muy difícil acceso. Los indígenas mismos evitan afrontarlo. Un recorrido que puede hacerse en una media jornada de navegación, requiere al menos cuatro días de larga marcha a lo largo del litoral. Por otra parte, el barco de Khei-Ba-Tú no podía entrar más que en estuarios desprovistos de barras y que ofreciesen, aunque fuera de un solo lado, una superficie calma y abrigada. En consecuencia, tomé las disposiciones siguientes: nuestro batelero debía conducir la embarcación hacia el Nakhtokhú, y esperarnos, mientras que nosotros íbamos a remontar el río Kholunkhú para descender después hacia el mar, siguiendo el curso del Nakhtokhú. Ordené también a los hombres que fuesen, tan pronto se hiciera de noche, a buscar a bordo del barco todo lo que necesitábamos, a fin de permitir a Khei-Ba-Tú desamarrar al alba.

Al día siguiente, 3 de noviembre, me levanté antes que los otros y me vestí en seguida. Cuando salí, los primeros rayos del sol dejaron ver la vela de nuestro batelero a una gran distancia de la costa. Preparé el té y desperté a mis compañeros.

Después de una comida más copiosa que de costumbre, recogimos nuestras mochilas y partimos a nuestra vez, prosiguiendo el itinerario previsto.

El frío no cesaba de aumentar. Los días se habían acortado sensiblemente. A fin de podernos abrigar del viento durante la noche, tuvimos que elegir lo más espeso de la floresta. Nos vimos así obligados a acampar temprano para tener tiempo de conseguir bastante combustible. Un recorrido que, en los meses de verano, podía ser franqueado en veinticuatro horas, requería entonces el doble de este tiempo, así que avanzábamos poco.

Habiendo elegido el lugar en que íbamos a pasar la noche, encargué a Zakharov y Arinin plantar la tienda, mientras Dersu y yo íbamos de caza. Sobre las dos orillas se encontraban aún, por aquí y por allá, algunas franjas estrechas de selva donde los árboles habían conservado su follaje. Se encontraban todas las especies: álamos, alisos, cedros, sauces, abedules, arces y alerces. Durante la marcha, hablamos en voz baja; Dersu me precedía en algunos pasos. Como me hizo señal de detenerme, creí que se ponía a escuchar, pero después me di cuenta de que hacía otra cosa: levantado sobre las puntas de los pies, el *gold* se inclinaba a derecha e izquierda, esforzándose

en olfatear el aire.

—Esto huele —murmuró—. Por aquí hay hombres.

—¿Qué clase de hombres?

—Jabalíes —respondió Dersu.

Fue inútil que yo olfatease el aire; mis narices me fallaron. El *gold* avanzó con precaución hacia la derecha, parándose a menudo y aguzando su olfato. Cuando habíamos hecho alrededor de cincuenta pasos, algo saltó al costado: era una jabalina con su jabato de seis meses. Otros jabalíes huyeron por todos lados. De un tiro de fusil, abatí al jabato. Al volver, pregunté a Dersu por qué no había tirado contra los jabalíes. El *gold* me respondió que él no los había visto, si bien había escuchado el ruido de la galopada. Parecía humillado, lanzaba juramentos y acabó por quitarse el gorro y darse puñetazos en la cabeza. Pero, en aquel momento, yo ignoraba que este pequeño incidente serviría de prólogo a los trágicos acontecimientos que iban a desarrollarse después.

Mi presa fue bien recibida; por la noche nos regalamos con la caza fresca. Todos bromearon y rieron de buena gana, salvo Dersu, que permaneció de mal humor, sin cesar de gimotear y preguntarse cómo podía ser que él no hubiera visto los jabalíes.

En aquel momento avanzábamos sin guía, conformándonos con las indicaciones que nos había hecho el *solón*. Las montañas y los ríos se parecían todos, hasta el punto de que era fácil equivocarse y fallar la dirección correcta. Aquello era lo que yo más temía. Dersu, por el contrario, parecía no interesarse en absoluto. Habitado a la vida selvática, no se preocupaba mucho por saber de antemano dónde iba a pasar la noche. Ahora bien, inmediatamente después de nuestra partida del campamento, habíamos encontrado en nuestro camino una cuesta. Apenas alcanzamos el primer paso cuando más allá del curso de agua que descendía en la profundidad, otra cresta de montaña, de superficies despojadas, apareció ante nosotros. Desde la altura que acabábamos de escalar, vimos un panorama espléndido que se abría en todas direcciones. De un lado, nuevas cimas se elevaban hasta perderse en el horizonte. Como olas coronadas de espuma, iban hacia el norte para desaparecer en la bruma lejana. Al nordeste, aparecía el curso del Nakhtokhú, mientras el mar azul se extendía al mediodía. Sin embargo, el viento frío y penetrante no nos permitió admirar este hermoso cuadro, obligándonos a descender al valle. La nieve se hizo cada vez más rara. Yo avanzaba a la cabeza, seguido por el *gold*. De repente, me adelantó a paso de carrera y se puso a examinar atentamente el suelo. Percibí entonces huellas humanas, en la misma dirección que seguíamos nosotros mismos.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté a Dersu.

—Es un pie tan pequeño —respondió él— que no puede pertenecer ni a un ruso, ni a un chino, ni tampoco a un coreano. —Un momento después, el *gold* agregó todavía—: Es un zapato con la punta muy levantada y es muy reciente. Pienso que

podemos alcanzar a este hombre dentro de poco.

Ciertas señales nuevas, que nosotros no hubiéramos notado en absoluto, permitieron a Dersu establecer que el caminante había sido un *udehé*, cazador de cibelinas, provisto de un bastón, de un hacha y de una red que le servía para atrapar la presa. A juzgar por su paso, sería un hombre joven todavía. El hecho de que el trampero había marchado en línea recta, olvidando examinar la maleza y prefiriendo los espacios despejados, permitió a Dersu deducir que este desconocido volvía de su caza para regresar sin duda al campamento. Nos consultamos un momento y resolvimos seguir esta pista, con tanta más razón cuanto que la dirección correspondía a nuestro propio itinerario.

Los bosques se terminaron para dar lugar a un vasto espacio convertido en desierto a raíz de un incendio. Necesitamos cerca de una hora para franquearlo. Después, Dersu se detuvo y nos dijo que sentía un olor de humo. En efecto, unos diez minutos más tarde, descendimos hacia un pequeño río, al borde del cual, delante de una cabaña indígena, llameaba una hoguera encendida. No estábamos más que a un centenar de pasos de esta construcción cuando vimos salir de ella precipitadamente a un hombre, fusil en mano. Era un *udehé* llamado Yanseli, ribereño del Nakhtokhú. Acababa de regresar de la caza para preparar su cena. Su mochila estaba depositada en el suelo, flanqueada de un bastón y de un hacha. Pero yo me interesé por saber cómo el *gold* había podido deducir que Yanseli poseía también una red para atrapar cibelinas. Dersu me explicó entonces que él había percibido sobre el camino un serbal, cuyo brote estaba cortado, y a su lado había tirada una anilla rota, proveniente de una red. Según la conclusión de Dersu, el brote no había podido evidentemente ser cortado más que para hacer una nueva anilla. Para probarlo, mi amigo preguntó a Yanseli si poseía una red. El *udehé* desató en silencio su mochila para hacer lo que se le pedía. Una de las anillas del centro era, en efecto, completamente nueva.

Supimos por este trampero que el río donde acabábamos de llegar era un afluente del Nakhtokhú. Con alguna dificultad, persuadimos a Yanseli de que fuera nuestro guía. Lo que le sirvió de incentivo principal no fue el dinero sino los cartuchos para carabina con que prometí remunerarle después de que llegáramos al borde del mar.

Aquellas últimas jornadas fueron particularmente frías. A lo largo de los dos ríos se formaron capas de hielo, facilitándonos sensiblemente la marcha. Todos los brazos laterales del río se congelaron. Nosotros aprovechamos para acortar el camino y pudimos así llegar rápidamente a Nakhtokhú. A la tarde, Yanseli nos llevó por un sendero que seguía el curso de agua a lo largo de una serie de trampas para cibelinas. Pregunté a nuestro guía quién era el trampero que las había instalado. Yanseli me respondió que un *udehé* llamado Monguli era desde hacía mucho tiempo el propietario de aquellos parajes y que íbamos sin duda a encontrarlo pronto. De hecho, apenas hubimos franqueado dos kilómetros, percibimos a un hombre inclinándose

sobre una de aquellas trampas, cuyo interior examinaba con atención. Viendo gente que llegaba del lado del Sijote-Alin, tuvo miedo y quiso escaparse, pero se calmó cuando notó a Yanseli. Como no deja nunca de pasar en estos encuentros, todos se detuvieron a la vez. Los soldados encendieron sus pipas mientras Dersu y los dos *udehés* entablaban una conversación.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al *gold*.

—Un *manza* (chino) ha robado una cibelina —respondió.

Según Monguli, un chino que pasaba por ese sendero dos días antes, había retirado de la trampa a la cibelina, poniendo a continuación el artefacto en orden. Yo objeté que la trampa podía también haber quedado vacía todo el tiempo; pero Monguli me hizo ver gotas de sangre, probando que la trampa había, evidentemente, funcionado.

—¿Quizá —pregunté todavía— era una ardilla y no una cibelina?

—No —arguyó Monguli—. Cuando la viga acabó de apretar a la cibelina, ésta royó las pequeñas estacas y dejó allí las huellas de sus dientes.

Le pregunté entonces por qué suponía que el ladrón era precisamente un chino. El *udehé* me respondió que el culpable llevaba calzado chino; añadió incluso que le faltaba un clavo en su talón izquierdo. El conjunto de estas pruebas no dejaba subsistir ninguna duda.

Durante los dos días siguientes no hizo frío y tuvimos mucho viento. Las superficies heladas de los cursos de agua, que no habían recubierto hasta entonces más que las partes laterales, venían ahora a reunirse en muchos lugares y formaban allí como puentes naturales. Aquello permitía pasar fácilmente de una orilla a la otra.

Sobre el último de los prados que encontramos en este trayecto, se levantaban tres lanzas pertenecientes a *udehés*. Los indígenas de esa región habían comenzado muy recientemente a construir casas al estilo chino. Algunos años antes, habitaban aún sus primitivas *yuntas*. Junto a cada lanza se encontraban entonces pequeños huertos que cultivaban chinos asalariados. Estos se asociaban, por otra parte, con los *udehés* para cazar animales de pieles, dividiéndose la ganancia en dos partes iguales. Nuestra encuesta nos permitió por lo demás establecer que el Nakhtokhú representaba el límite norte de la zona de influencia china.

La aldea donde nos encontrábamos no contaba más que con cinco habitantes; cuatro estables y uno temporal, venido del Kussún. Cada uno de estos hombres, aunque sea un adolescente, lleva dos cuchillos sujetos a su cintura; uno, es un cuchillo de caza ordinario; el otro, pequeño y curvado, sirve para los usos más variados. Estos indígenas los manejan muy hábilmente, empleándolos por turno como lezna, cepillo (de carpintero), barrena o cualquier otro instrumento.

Fue entonces cuando nos enteramos de una nueva extremadamente desagradable: desde el 4 de noviembre, fecha en la cual nuestro barco había abandonado el

Kholunkhú, todo vestigio se había perdido. Me acordé de que aquel día el viento había sido muy fuerte. Ahora bien, uno de nuestros nuevos huéspedes, llamado Pugu, había visto una embarcación luchando en alta mar contra el viento, que la llevaba cada vez más lejos de la costa. Aquello significaba para nosotros una desgracia irreparable. A bordo de aquel barco se encontraban todas nuestras pertenencias: ropas abrigadas, un par de zapatos y una manta para cada uno, lona de tienda, fusiles, cartuchos y, en fin, provisiones muy escasas. Sabía que ciertos *udehés* habitaban aún más lejos, al norte, pero la distancia era tal y aquellas gentes eran tan pobres que no era cuestión de instalar en sus casas todo nuestro destacamento. ¿Qué hacer? Sumidos en esas reflexiones llegamos a un espeso bosque compuesto de pequeñas coníferas, que separaban los prados del Nakhtokhú del mar. Habitualmente, llegábamos hacia un barco con el sentimiento alegre del retorno al hogar.

Pero esta vez, el estuario del Nakhtokhú nos parecía tan extranjero y desierto como cualquier otro río. Además, compadecíamos a Khei-Ba-Tú, el bravo marino que tal vez se habría ahogado. Avanzábamos todos en silencio, preocupados por el mismo pensamiento: ¿Qué había que hacer? Los soldados comprendían perfectamente lo serio de la situación de la cual yo debía sacarlos.

Un claro se hizo por fin; la selva terminó y divisamos el mar.

28. El testamento

En otro tiempo, el estuario del Nakhtokhú se terminaba por una laguna abrigada a lo ancho por una lengua de tierra. Pero este vasto espacio se encontraba entonces transformado en un pantano cubierto de musgos, de romero, de murtillas y gayubas. El río desemboca en un pequeño golfo encuadrado por promontorios. Allí, al pie de los acantilados ribereños, instalamos nuestro campamento. Por la noche, Dersu y yo, sentados los dos junto al fuego, deliberamos sobre la situación. Cuatro días habían pasado después de la desaparición del barco. Si éste hubiera estado en las proximidades, habría aparecido hacía tiempo. Yo sostenía que debíamos ir a Amagú para pasar el invierno en casa de los creyentes viejos, pero Dersu no era de mi opinión. Según sus consejos, debíamos quedarnos a orillas del Nakhtokhú y dedicarnos a cazar, para obtener así pieles que nos permitieran confeccionar nuevo calzado. Los indígenas, decía él, estarían en condiciones de proporcionarnos pescado seco y alforfón. Pero se presentó otra dificultad: las heladas aumentaban cada día y se podía prever que, dentro de una quincena, no nos bastarían nuestros vestidos de otoño, demasiado ligeros. A pesar de todo, prevaleció la opinión más sabia: la del *gold*. Los soldados se acostaron después de la cena mientras nosotros prolongábamos nuestro *tête-à-tête*.

Yo expresé aún mi idea de llegar por lo menos hasta las *fanzas* de los *udehés*, al borde del mar, porque allí sería más fácil procurarse víveres. Pero Dersu no perdía la esperanza de ver llegar a nuestro batelero. Si Khei-Ba-Tú estaba vivo, llegaría ciertamente para buscarnos por el litoral. Ahora bien, si no nos encontraba, se iría más lejos y nos quedaríamos en el atasco. No pude más que asentir a estas razones. Pero las reflexiones más o menos negras me obsesionaron sin cesar. Si era demasiado humillante volver sin haber conseguido los fines previstos, era una locura emprender una campaña de invierno sin el equipo necesario.

Cuando los tiradores supieron que íbamos a quedarnos allí largo tiempo, quizás el invierno entero, se pusieron a amontonar madera flotante, arrojada por las olas, para construir una cabaña. Era una buena idea. Se sirvieron de piedras de talla para hacer estufas y acondicionar chimeneas, según el uso coreano, en madera hueca. La entrada fue protegida por lonas de tienda; el techo, por musgos y césped. En el interior, ramas de abeto y hierbas secas formaron una especie de techo y el conjunto del alojamiento no careció de un cierto confort.

Al día siguiente, Dersu y yo decidimos ir a lo largo de la costa, hacia el sur, para buscar algunas huellas del paso eventual de Khei-Ba-Tú y al mismo tiempo para cazar. En el curso de la ruta, discutimos las razones posibles de esta desaparición total del batelero. Estos debates, que entablábamos por centésima vez, nos llevaron a la misma conclusión: teníamos que fabricarnos primero zapatos e ir después a la casa de

los creyentes viejos del Amagú.

Mi perra *Alpa* corría alrededor de cincuenta pasos delante nuestro. Pero yo percibí, súbitamente, dos animales a la vez: uno, era ciertamente *Alpa*, el otro, aunque se parecía también a un perro, se distinguía no obstante de ella. Velludo y oscuro, tenía las piernas cortas. A saltos bruscos y torpes, corría a lo largo de los acantilados ribereños y parecía tratar de adelantar a *Alpa*. Cuando alcanzó a mi perra, este ser velludo se detuvo para ponerse en posición de defensa. Era un glotón. Este pequeño carnicero, el representante más importante de la familia de los turones, se encuentra en las selvas de montaña donde habitan corzos y, más especialmente, almizcleros. Es capaz de quedar dos horas enteras inmóvil sobre un árbol o sobre una roca, vecinas a un sendero frecuentado por los almizcleros, para acechar esta presa de la cual ha estudiado muy bien el carácter, los caminos preferidos y los procedimientos. Sabe así que en la época de las nieves profundas el almizclero describe invariablemente la misma curva para evitar el tener que abrirse un nuevo camino. En consecuencia, habiendo levantado su presa, el carnicero la persigue hasta el momento en que el almizclero acaba un círculo completo. Hecho esto, el glotón trepa sobre el árbol donde atiende pacientemente un nuevo pasaje del pequeño rumiante. Si esta maniobra fracasa, el glotón persigue a su presa hasta que ésta cae agotada. Durante todo este tiempo, él no persigue a otro almizclero que pueda encontrarse en su camino, sino que continúa corriendo detrás de su presa inicial, incluso si no puede percibirla por el momento.

Alpa se inmovilizó para mirar de arriba abajo a su camarada de ocasión. Yo levanté mi fusil, pero Dersu me detuvo, diciéndome que economizara cartuchos. Esta observación era muy justa, así que llamé a mi perra, mientras el glotón se escapaba, desapareciendo pronto en un barranco.

Elegimos el lugar donde íbamos a acampar aquella noche, depositamos nuestros efectos y fuimos cada uno a cazar por nuestro lado. Pero no nos quedaba mucho tiempo disponible. Cuando nos reunimos un poco más tarde, el día estaba ya declinando. El sol iba a esconderse detrás de las montañas, proyectando sus rayos hasta el último extremo de la espesura y envolviendo en un oro tierno los troncos de los álamos, las cimas puntiagudas de los abetos y las copas vellosas de los cedros. Escuché en la vecindad un silbido penetrante y lancé al *gold* una mirada de interrogación.

—¿Un almizclero? —preguntó el *gold*.

Yo se lo señalé con la mano.

—¿Pero dónde? —repitió.

Lo orienté con la mano, haciéndole dirigir su mirada todo a lo largo de una serie de objetos salientes y visibles; pero a pesar de todos mis esfuerzos, Dersu no advirtió nada. Levantando su fusil lentamente, miró aún con atención en la dirección del

animal e hizo fuego, pero falló el tiro. La detonación rodó a través de la selva para ir a extinguirse a lo lejos. El almizclero, aterrorizado, se escapó de un salto hacia la espesura.

—¿Lo he abatido? —me preguntó Dersu. Vi en sus ojos que no había podido darse cuenta de los resultados de su disparo.

—Esta vez, has fallado —le respondí—. El almizclero ha huido.

—¿Es posible que haya errado? —preguntó el *gold* en tono angustiado.

Íbamos hacia el lugar donde el almizclero estaba hacía un momento. Como no había sobre el suelo ninguna traza de sangre, no cabía duda: Dersu acababa de errar su golpe. Yo me puse a embromar a mi amigo, que se había echado a tierra, pensativo, con su arma sobre las rodillas. Pero él se levantó de un salto, corrió a hacer un grueso entalle sobre un árbol, volvió a tomar su fusil y se fue apresuradamente a ciento cincuenta o doscientos pasos. Creí que quería rehabilitarse y probarme que su fracaso sólo había sido fortuito. No obstante, como el entalle era poco visible a esa distancia, el *gold* tuvo que acercarse. Acabó por elegir un sitio donde fijó su arpón y comenzó a apuntar. Empleó cierto tiempo, alejando dos veces la cabeza de la culata y pareciendo no decidirse a apretar el gatillo. Habiéndolo hecho al fin, corrió hacia el árbol. Pero la manera en que dejó súbitamente caer su brazo, me hizo comprender que había errado el blanco. Cuando me reuní con Dersu, vi que su gorro y su arma estaban tirados por el suelo. Los ojos dilatados y huraños del *gold*, se fijaban vagamente en el espacio. Le toqué la espalda y se explayó en un torrente de palabras.

—Antes, cuando nadie veía aún la presa, yo era siempre el primero en percibirla. Cuando tiraba, no dejaba jamás de agujerearle la piel. Ninguna de mis balas fallaba. Tengo ahora cincuenta y ocho años. Mi vista ha disminuido, no veo ya. He fallado al almizclero; después, al árbol también. No quiero ir con los chinos sin conocer sus trabajos. ¿Cómo haré para vivir?

Entonces comprendí que mis bromas habían sido inoportunas. Para este hombre, que se ganaba la vida a con la caza, el debilitamiento de la vista significaba el fin. Era tanto más trágico cuanto que Dersu estaba absolutamente solo. ¿Adónde ir y qué hacer? ¿Dónde dejar reposar, en la vejez, esta cabeza de blancos cabellos? Sentí una inmensa piedad por el anciano.

—Está bien, está bien —le dije—. Tú me has ayudado mucho y a menudo me has sacado del peligro. Soy tu deudor; en mi casa encontrarás siempre dónde alojarte y de qué comer. Viviremos juntos.

El *gold* se levantó y recogió sus efectos. Tomando su fusil, le echó una mirada como significando que no tendría más necesidad de él.

Nos separamos al borde del río. El *gold* volvió hacia nuestro pequeño campamento; por mi parte, quería continuar la caza. Erré largo tiempo por la selva sin ver nada. Fatigado, acabé por regresar.

En este momento, algo se removió entre la maleza. Me quedé inmóvil y me puse al acecho. Un nuevo crujido se dejó escuchar y una cabrita salió de un bosquecillo de abedules sobre el prado. Parecía no advertir mi cercanía y comenzó a ramonear la hierba. Apunté rápidamente e hice fuego. El animal no tuvo tiempo más que para saltar y se desplomó en seguida, con el hocico contra el suelo. Expiró al cabo de un minuto. Con mi correa, até las patas de la cabrita y la icé a mis espaldas. Un líquido caliente me resbaló por el cuello: era la sangre de mi presa. Entonces, la deposité por tierra y di algunos gritos de llamada. En respuesta, escuché en seguida la voz del *gold*. Llegó desarmado y llevamos entre los dos al animal, atado a un palo. Era ya de noche cuando llegamos a nuestro aislado campamento.

Después de la caza me sentía fatigado. Durante la cena, hablé con Dersu de Rusia y le aconsejé abandonar la vida llena de peligros que llevaba en la taiga para venir a instalarse conmigo en la ciudad. Pero Dersu, completamente sumido en sus meditaciones, se obstinó en guardar silencio. Sentí por fin que mis párpados se cerraban solos y me envolví en mi manta para dormirme en seguida.

Cuando me desperté, era más de medianoche. La naturaleza parecía dormir. Dersu permanecía aún sentado junto al fuego y comprendí en seguida que no se había acostado. Contento de mi despertar, se puso a calentar té. Noté que el anciano estaba agitado y se esmeraba en rodearme de cuidados para impedir que me volviera a dormir. Yo me resigné y le declaré que no tenía más sueño. El *gold* echó leña al fuego. Reavivada la hoguera, el *gold* se levantó y se puso a hablar en tono solemne:

—Capitán, voy a decirte algo que tú tendrás que escuchar.

Me contó primero su vida de otra época y de cómo había quedado completamente solo para ganarse la vida como cazador. Su fusil lo había salvado siempre de la ruina. Vendiendo cuernos de ciervo, obtenía de los chinos cartuchos, tabaco y telas para vestirse. Jamás había pensado que su vista le fallaría y que no podría comprarla a ningún precio. Desde hacía seis meses, había comenzado a experimentar la pérdida de la vista y se había imaginado que aquello iba a pasar, pero acababa de convencerse ese mismo día de que sus cacerías habían terminado. Quedó aterrado. Después se refirió a mi promesa de asegurarle para siempre un abrigo y un pedazo de pan.

—Gracias, capitán —me dijo—. ¡Muchas gracias!

A continuación, se arrodilló y se inclinó hasta tierra. Yo salté hacia él para levantarlo y me puse a explicarle que era yo, por el contrario, quien le debía la vida y que su compañía me haría feliz. Para distraerlo de sus tristes pensamientos, le propuse tomar té:

—Espera, capitán —prosiguió el *gold*—. No lo he dicho todo aún.

Continuó la historia de su vida. Desde su juventud había sido instruido por un viejo chino en el arte de buscar el *gin-seng* y reconocer sus indicios. Pero jamás había vendido sus raíces, prefiriendo transportarlas completamente frescas a las fuentes del

Lefu para plantarlas con cuidado. Quince años habían pasado desde su última visita a esta plantación. Todas las raíces habían prendido bien; crecían en total veintidós de aquellas plantas. Dersu no podía saber ciertamente si ellas se habían conservado o no; pero pensaba que estaban intactas, creciendo en aquel lugar aislado, en cuya vecindad no había percibido nunca huella humana.

—Todo eso es tuyo —tal fue la conclusión de su largo discurso.

Conmovido por este relato, me esforcé en persuadir a Dersu para que vendiese sus raíces a los chinos y guardara los beneficios, pero el *gold* insistió de nuevo:

—Yo no tengo ninguna necesidad de ellos, ya que no me queda mucho tiempo de vida. Moriré pronto y deseo mucho regalarte ese *pantzui*[\[31\]](#).

Sus ojos me imploraban con tanta amistad, que no pude resistirme; mi rechazo lo hubiera herido. Le expresé, pues, mi consentimiento, aunque pidiéndole su palabra de que él vendría a acompañarme a Khabarovsk cuando nuestra expedición hubiese terminado. Él consintió a su vez. Resolvimos también ir por la primavera a las orillas del Lefu a la búsqueda de las preciosas raíces. Dersu añadió todavía algunos leños al fuego. La llama se elevó brillante, aclarando con su resplandor rojizo las zarzas y las rocas del litoral, testimonios silenciosos de nuestro pacto y de nuestras obligaciones mutuas.

Pero una pequeña franja rosa apareció en el horizonte: el alba iba a llegar. Los tizones humeaban, pareciendo absorber el fuego.

—¿Y si echáramos un sueñecito? —propuse a mi compañero.

Él se levantó para reajustar la tienda. Después nos acostamos sobre la misma manta y dormimos con un sueño de plomo.

El sol se había levantado hacía mucho tiempo cuando, por fin, nos despertamos. El agua de los lagos estaba cubierta de una delgada capa de hielo donde las zarzas de la orilla se reflejaban como en un espejo. Tomamos aprisa el té con carne fría, antes de recoger nuestros efectos para volver al campamento principal. Encontramos allí a todo el mundo reunido. Arinin había tenido la suerte de matar un ternero marino; Zakharov, por su parte, había abatido una *otaria*. Así que estábamos provistos de una reserva apreciable de piel y de carne.

Como quedamos en el lugar del 12 al 16 de noviembre, los soldados aprovecharon para coger murtillas y piñas de cedro. Dersu llevó a los *udehés* las dos pieles en bruto y consiguió cambiarlas por una piel de alce teñida. Pidió a las mujeres indígenas que nos cortaran los pedazos necesarios para zapatos y nosotros mismos los fabricamos, cada uno a su medida.

En la mañana del 17, abandonamos el Nakhtokhú para regresar hacia el pueblo de nuestros viejos creyentes. Al partir, eché una última mirada al mar, esperando ver asomar la barca de Khei-Ba-Tú. Pero el mar permanecía desierto. Como el viento venía del continente, la superficie marítima estaba toda en calma cerca de la costa y

muy agitada en alta mar. Tuve que resignarme y ordené la partida. Era penoso volver sobre nuestros pasos, pero no teníamos otro remedio. Nuestro regreso se hizo sin incidentes y llegamos al Kussún el 23 de noviembre.

29. Nueva campaña de invierno

Después de un corto reposo entre los ribereños del Kussún, me propuse continuar nuestro avance; pero estos indígenas me aconsejaron pasar la noche en sus *fanzas*. Los *udehés* me aseguraron que después de la larga calma y de las continuas heladas había que prever un viento violento. Los chinos establecidos en esta región parecían a su vez muy alarmados y arrojaban constantemente miradas hacia el oeste. Cuando les preguntaba por qué estaban preocupados, estas gentes me señalaron la cresta del Kiamo cubierta de nieve. Me di cuenta entonces de que las cimas de ese macizo montañoso, visibles hasta entonces con gran nitidez, no presentaban sino contornos vagos: las montañas tenían el aspecto de echar humo. Según los indígenas, el viento tardaría dos horas en franquear el espacio que se extendía entre la cresta y el borde del mar.

Los chinos tuvieron cuidado de sujetar los techos de sus casas a los tocones y los troncos vecinos, mientras que los graneros primitivos, donde se amontonaba el trigo, fueron recubiertos de redes trenzadas con hierbas.

Hacia las dos de la tarde se levantó en efecto un viento que empezó soplando débil y regularmente, pero que iba creciendo cada vez más. Se acompañó de una bruma donde se entremezclaban la nieve, el polvo y el follaje seco, que se elevaba en torbellinos. Hacia la noche, la tempestad llegó a su punto culminante. Salí afuera, provisto de mi anemómetro, para medir la fuerza del viento, pero una ráfaga rompió la rueda del aparato y estuvo a punto de derribarme. Vagamente, pude ver volar en el aire una plancha y una pieza de corteza que un golpe de viento había arrancado de un techo. Una *arba*[\[32\]](#) colocada cerca de la *fanza*, rodó sola a través del patio y acabó por ser empujada contra un vallado. De una muela de heno poco sólida, no quedó en pocos minutos ningún vestigio.

El viento se apaciguó hacia la mañana. Ráfagas aisladas alternaron con períodos de calma. Cuando se hizo de día, no pude reconocer el lugar: una de las *fanzas* estaba demolida hasta los cimientos; otra, tenía un muro hundido. Numerosos árboles desraizados obstruían el suelo.

Hubiéramos tenido que avanzar, pero no teníamos muchas ganas. Mis compañeros estaban fatigados y los chinos, por otra parte, nos colmaban de atenciones. Así que decidí que pasaríamos una segunda noche con ellos. Aquello fue lo mejor: la misma noche, un joven *udehé* corrió desde el litoral para darnos la noticia feliz del retorno de nuestro batelero, llegado sano y salvo con todos nuestros efectos. Mis compañeros lanzaron hurras y cambiaron apretones de manos. Nuestra alegría, bien justificada, era tal que yo mismo estuve a punto de danzar.

Desde el alba, estábamos todos al borde del mar. Tan feliz como nosotros, nuestro batelero fue rodeado por los soldados, que lo asaltaron a preguntas. He aquí lo que

supimos: el fuerte viento continental, había rechazado su embarcación hacia Sakhaline. Pero Khei-Ba-Tú no perdió la cabeza y se esforzó en costear las orillas de esta isla, sabiendo que de otro modo su barco se arriesgaba a ser arrastrado hacia el Japón. A continuación, consiguió llegar con su barca al continente, a una longitud más alta, y redescendió hacia el sur, navegando a lo largo de la costa. Sabiendo por los ribereños del Nakhtokhú que nosotros habíamos partido para el Amagú, él continuó su periplo, tratando de alcanzarnos. No se había detenido más que la antevíspera para dejar pasar la tempestad y tardó a continuación un día en ganar el Kussún.

Yo hice inmediatamente un nuevo proyecto: remontar todo el Kussún y franquear la cresta del Sijote-Alin, para llegar al río Bikin. Poseíamos entonces todo lo necesario: provisiones, instrumentos, vestimenta abrigada, calzado, equipamiento y cartuchos.

El batelero resolvió, por su parte, pasar el invierno al borre del Kussún. La navegación marítima se hacía difícil; mucho hielo venía a flotar cerca de la costa y las desembocaduras de los ríos estaban ya congeladas.

Los soldados descargaron el barco sin tardanza. Después de haber quitado las velas, el mástil y el timón, lo sacaron del agua para ponerlo sobre rodillos de madera, que apuntalaron de los dos lados con estacas.

Desde el día siguiente, nos ocupamos de procurarnos pequeños trineos. Los indígenas nos proporcionaron tres y nosotros mismos construimos los otros tres. Zakharov y Arinin eran bastante buenos carpinteros. Dos jóvenes *udehés* fueron contratados para ayudarles, y Dersu se encargó de la dirección general de los trabajos. Todas sus observaciones eran prácticas. Habituéndose pronto a sus instrucciones, los soldados no le contradijeron en nada y no hicieron más que lo que él aprobaba de antemano. Este trabajo duró diez días. Hicimos amistad con los *udehés* del Kussún y aprendimos a conocer el rostro y el nombre de cada uno de ellos.

El 25 de noviembre, acompañado de Dersu, de Arinin y de algunos indígenas, fui a pescar al estuario. Los *udehés* se proveyeron de cañas, a modo de pértigas, así como de pesados torniquetes de madera. Sobre una de las islas formadas por los diversos brazos del río y todas cubiertas de álamos temblones, alisos y sauces blancos, encontramos construcciones extrañas con techos de hierba. Reconocí en seguida la mano de los japoneses. Eran instalaciones de pesca clandestinas, tan visibles desde el continente como del lado del mar. Tomamos posesión de una de esas cabañas.

Cerca de las orillas, el agua estaba sólidamente congelada. El hielo puro y transparente estaba pulido como un espejo. A su través, se veían muy nítidamente bancos de arena, lugares profundos, algas, piedras y madera caída al fondo del agua. Los *udehés* hicieron varios agujeros en el hielo y hundieron una red doble. A la caída de la noche, hicieron llamear sus cañas-antorchas y corrieron hacia aquellos agujeros,

golpeando con sus carracas la superficie helada. Enloquecidos por la luz y el ruido, los peces huyeron ante el ataque y se metieron en las redes. La pesca fue abundante.

Después, los *udehés* volvieron a colocar sus redes una segunda vez para recomenzar esta pesca de batida, en sentido inverso; pasaron a continuación a un laguito, a otro brazo de río y al curso de agua principal, para volver en fin al lugar inicial. Cesamos de pescar hacia las diez. Algunos indígenas regresaron a sus casas; otros pasaron la noche en la cabaña. Entre éstos, había un tal Logada que yo conocía del año precedente. En el transcurso de la noche, la helada y el viento crecieron a tal punto que incluso el fuego encendido en la cabaña no nos protegía contra el frío. Hacia medianoche, noté la ausencia de Logada. Cuando pregunté dónde estaba, uno de mis compañeros me respondió que Logada dormía afuera. Me vestí y salí. Estaba muy oscuro y un viento glacial me cortaba el rostro como un cuchillo. Exploré un poco el borde del río y regresé para anunciar que no había hoguera en ninguna parte. Los *udehés* me aseguraron que Logada dormía sin fuego.

—¡No es posible! ¿Sin fuego? —pregunté muy asombrado.

—Así es —respondieron con indiferencia.

Temiendo que le hubiera ocurrido algún accidente, encendí mi pequeña linterna y regresé en su búsqueda. Dos *udehés* se ofrecieron para acompañarme. A unos cincuenta pasos de la cabaña, encontramos a Logada dormido sobre una brazada de hierba seca, al abrigo de una escarpadura de la orilla. La escarcha recubría sus cabellos y se extendía en una blanca capa sobre su espalda. Le sacudí rudamente por el hombro. Se levantó y se sacó con sus manos el hielo que se había incrustado en sus pestañas. Como Logada no temblaba en absoluto y no se podía observar en él el menor estremecimiento de hombros, era evidente que este *udehé* no se sentía en absoluto helado.

—¿No tienes frío? —le pregunté con sorpresa.

—No —respondió—. Pues, ¿qué ha pasado? —añadió inmediatamente.

Sus camaradas le explicaron que yo me había inquietado por él y lo había buscado largo tiempo durante la noche. Logada replicó simplemente que la estrecha cabaña estaba llena de gente y que él prefería dormir al aire libre. A continuación se arrojó más en su chaqueta y volvió a tomar su lugar en la hierba para dormirse en seguida. Yo regresé y conté a Dersu lo que acababa de ver.

—Eso no es nada, capitán —me tranquilizó el *gold*—. Estos hombres no tienen miedo al frío. Viven siempre en la montaña y cazan la cibelina. Duermen allí donde la noche los sorprende y se calientan la espalda a la luz de la luna.

Por la mañana, los *udehés* volvieron a la pesca, desenvolviéndose de otra manera. Levantaron una pequeña tienda de cuero, protegida contra la luz, por encima de los agujeros hechos en el hielo. Los rayos del sol penetraron a través de la superficie helada e iluminaron las piedras, las conchas, la arena y las plantas acuáticas. Un

arpón de pescado, sumergido en el agua, no llegaba completamente hasta el fondo. Otras tres tiendas flanqueaban de cerca la primera. Había un hombre en cada una de las cuatro. Todos los otros pescadores se dispersaron en abanico y se pusieron a perseguir a los peces hacia esos cuatro camaradas. Cuando los animales pasaban cerca de un agujero, el hombre sentado en el interior de la tienda los cogía, pinchándolos con su arpón. Esta pesca fue aún más abundante que la de la víspera.

El 2 de diciembre, los soldados acabaron sus trabajos. Les concedí aún una jornada para los últimos preparativos.

En la tarde del 4, cargamos sobre los trineos todos nuestros efectos, salvo las camas, que íbamos a embalar al día siguiente por la mañana.

Los chinos vinieron a acompañarnos con todo el aparato de sus banderas, carracas y cohetes.

Durante esas últimas jornadas, el río se había congelado sólidamente, ofreciendo un hielo uniforme, pulido y brillante como un espejo. Nuestra caravana se componía de ocho trineos, llevando cada uno una carga de alrededor de cien kilogramos. Como yo carecía de dinero, prescindimos de los perros de tiro. Por otra parte, a orillas del Kussún hubiera sido difícil procurárselos en la cantidad necesaria. Así que nos vimos obligados a tirar nosotros mismos de los trineos. El tiempo nos fue favorable y los trineos avanzaron con facilidad. Todo el mundo marchó con alegría, entre bromas y risas. El primer día alcanzamos la desembocadura del río Bui, que los chinos llaman Ulengú. Allí abandonamos el Kussún para adentrarnos en la dirección del Sijote-Alin.

Cerca de la confluencia de los dos ríos habitaba un *udehé* llamado Cantzui, muy reputado por sus cualidades de navegante especializado en el paso de rápidos. Cuando le pedí que nos acompañara hasta el Sijote-Alin aceptó voluntariamente mi oferta, pero a condición de albergarme primero en su casa durante un día, ya que él debía mandar a cazar a su hermano y prepararse él mismo para el largo viaje proyectado. Por la noche, nos regaló un pescado atrapado con arpón. Se puso sobre la mesa la pieza entera, servida en crudo. Era un timalo, salmónido cuyas dimensiones no van a la zaga de las del *Salmo Gibbosus*. Prescindiendo del prejuicio contra los pescados crudos, que es innato a todos los europeos, hicimos honor a los manjares ofrecidos por nuestro huésped.

Durante los cuatro días siguientes, del 9 al 12 de diciembre, avanzamos en dirección noroeste, remontando el Ulengú hacia las fuentes situadas en el macizo del Sijote-Alin. Como los incendios anuales han acabado por aniquilar la selva de aquellas montañas, no se encuentran sectores boscosos más que en las orillas del curso de agua y sobre las islas formadas por sus brazos laterales. A juzgar por las superficies heladas de todos esos canales, se hubiera supuesto que el Ulengú debía abundar en agua, incluso en verano. Pero no es así. En la estación cálida, las aguas descienden de las montañas y se deslizan precipitadamente, dejando pocas huellas de

su paso. En invierno, el cuadro es completamente distinto: como los embates del agua vienen a llenar cada agujero, cada fosa y canal, se amontonan capas de hielo; otras se superponen, siempre en aumento y abarcando espacios cada vez más vastos. Estas superficies heladas facilitaron sensiblemente nuestro avance. Pero, por otra parte, los árboles abatidos son arrastrados por los embates del agua, y se acumulan inmóviles a lo largo de los pequeños ríos. Al corriente de esta circunstancia, nos habíamos provisto de hachas y de dos sierras transversales. Con estos útiles, los soldados no tardaban mucho tiempo en quitar los obstáculos para abrirse camino.

Las capas de agua nuevamente congeladas aumentaban a medida que nos acercábamos al paso. El vapor desprendido por el hielo reciente dejaba percibir de lejos aquellos sitios. Para evitarlos, nos fue necesario escalar cuestras, lo que nos costó mucho tiempo y esfuerzos. Era importante, sobre todo, no mojarse los pies. En este sentido, los zapatos indígenas, hechos de piel de pescado y cosidos con venas de animales, son de un valor incomparable.

En esta región ocurrió un pequeño accidente que nos hizo perder una jornada casi entera. Una noche, el agua llegó hasta nuestro campamento sin que nosotros nos diéramos cuenta. Se congeló rápidamente y uno de nuestros trineos quedó aprisionado en el hielo. Fue necesario primero librar el vehículo a golpes de hacha, hacer deshelar a continuación sobre el fuego los árboles del trineo y, por fin, reacomodar lo que se había roto. Ya experimentados en estos casos, tomamos desde entonces la precaución de no abandonar nuestros trineos sobre el hielo durante una acampada, sino ponerlos sobre rodillos.

Sin embargo, nuestra marcha se hacía cada día más difícil. Nos metíamos constantemente en alguna espesura, o en canteras rocosas obstruidas por las ramas desgajadas. Armados de sus hachas, Dersu y Suntzai iban delante y abatían zarzas y arbustos, tanto para apartarlos del camino como para hacer terraplenes al borde de los fosos y de las pendientes donde los trineos podían caer. La nieve aumentaba a medida que avanzábamos por la montaña. Se veían por todas partes troncos de árboles ennegrecidos por el fuego, desprovistos de corteza y de ramas. Estos sectores devastados por incendios son de una punzante tristeza y no se encuentra en ellos un solo pájaro ni la menor huella de vida.

Andando al lado de Suntzai y de Dersu, escuché las voces de los soldados que nos seguían. Me detuve un momento para examinar algunos curiosos fragmentos de pizarras montañosas que emergían de la nieve. Cuando fui, pocos minutos después, a reunirme con mis compañeros, les vi avanzar inclinándose hacia el suelo para escrutar atentamente algo.

—¿Qué pasa? —pregunté a Suntzai.

Fue el *gold* quien me contestó.

—Acabamos de encontrar la pista de un chino que ha pasado por aquí hace tres

días.

De hecho pude ver, por aquí y por allá, huellas de pasos humanos, apenas perceptibles, casi totalmente borradas por la nieve. Dersu y Suntzai notaron también otro detalle: estas huellas, dispuestas en zigzag desordenado, indicaban que el chino se había echado a menudo por tierra y que debía sin duda haber dos campamentos muy próximos uno de otro.

—Un enfermo —fue la conclusión de mis dos compañeros.

Avanzábamos más rápido. Las huellas, que costeaban todo el tiempo el río, nos indicaron que el chino no trataba ya de saltar los troncos derribados, sino que los rodeaba. Después de una media hora de marcha, la pista se desvió bruscamente. La seguimos todavía. De repente, dos cornejas volaron de un árbol vecino.

—¡Oh! —exclamó Dersu, deteniéndose—. El hombre ha muerto.

A unos cincuenta pasos del río, vimos, en efecto, un chino. Sentado en tierra, se apoyaba contra un árbol, con el brazo derecho reposando sobre una piedra y la cabeza inclinada hacia la izquierda. Una corneja posada sobre el hombro izquierdo del difunto se separó bruscamente, asustada por nuestra proximidad. Los ojos del muerto permanecían abiertos bajo una capa de nieve. Un examen de los alrededores nos permitió reconstruir el cuadro siguiente: en el momento en que se sintió muy mal, el chino decidió acampar: levantó su mochila y quiso plantar su tienda, pero le fallaron las fuerzas; se sentó al pie del árbol y no tardó en sucumbir.

Suntzai y Dersu se quedaron atrás para enterrar al muerto, mientras nosotros nos volvíamos a poner en ruta. Todo aquel día tuvimos que trabajar sin respiro, y no pudimos detenernos ni a comer; sin embargo, no hicimos más de diez kilómetros. Los árboles abatidos, las capas de hielo reciente, el pantano lleno de terrones, las hendiduras repletas de nieve que se abrían entre las rocas, constituían tantos obstáculos, que llegamos a tardar ocho horas enteras para franquear justo cuatro kilómetros y medio. Hacia la noche, en fin, comenzamos la ascensión del Sijote-Alin. Mi aparato señaló setecientos metros por encima del nivel del mar.

Al día siguiente, exploré los alrededores y noté, a una cierta distancia, torbellinos de vapor espeso que se elevaba de la tierra. Llamé a Dersu y a Suntzai para ir con ellos a buscar la causa. Encontramos una fuente de agua caliente que contenía hierro, azufre e hidrógeno. Saliendo de una pizarra coloreada de rojo, el líquido tenía un depósito calcáreo de tinte blanquecino. Su temperatura era de 27°. Por otra parte, los indígenas conocían perfectamente esta fuente caliente del Ulengú, siempre frecuentada por los alces, pero la ocultaban cuidadosamente a los rusos. Los vapores calientes de la fuente hacen que se recubran de escarcha todos los alrededores: las piedras, las viñas salvajes y el bosque de ramas desgajadas esparcido por el suelo quedan revestidos de ornamentos fantásticos que brillan al sol como diamantes. Con gran sentimiento por mi parte, el frío me impidió llevarme un poco de agua para

hacer su análisis químico.

Durante nuestra excursión a la fuente, los soldados habían tenido tiempo de desmontar la tienda y embalar nuestras colchonetas.

Tan pronto como abandonamos el campamento, hubo que escalar el paso del Sijote-Alin. Llevamos primero todos nuestros efectos y tuvimos que rehacer la ascensión una segunda vez, arrastrando detrás nuestros trineos.

La vertiente oriental de este macizo está completamente despejada de vegetación. Es difícil imaginar una región más lúgubre que esa donde nacen las fuentes del Ulengú. Se llega a dudar de que realmente haya habido bosques jamás, tan raros son los árboles que subsisten todavía. Suntzai me dijo que esta región había abundado en otro tiempo en alces; tal sería el origen del nombre de «Bui» dado al Ulengú, que para las gentes del país significa literalmente «el cérvido». Pero todos los animales se habrían retirado después que el fuego devastara los bosques y transformara el valle entero en un desierto.

El sol había recorrido más de la mitad de su camino cuando los soldados llevaron al paso el último de nuestros trineos. Cuando éstos fueron de nuevo cargados, proseguimos nuestro avance.

Los bosques escasos y viejos que revisten aún ciertas partes del Sijote-Alin, no pueden servir más que para utilizar su madera para calefacción. Es siempre muy difícil encontrar dónde acampar en una selva de esta especie, pues se tropieza con rocas enredadas con raíces, o con ramas desgajadas recubiertas de musgos. Pero la cuestión del combustible es aún más complicada. Un hombre de ciudad juzgará como bien extraña esta afirmación de que se atravesase una selva sin encontrar madera para quemar. Sin embargo, es así. El abeto, el pino y el alerce, que despiden demasiadas chispas, pueden quemar las tiendas, los trajes y las mantas. El aliso, demasiado poroso, contiene mucha agua y produce más humo que fuego. No resta más que el abedul. Pero éste, desgraciadamente, no se encuentra más que a título excepcional en los bosques de coníferas del Sijote-Alin. Suntzai, que conocía a fondo estos parajes, supo naturalmente encontrar bastante pronto todo lo necesario para acampar y yo di la señal de alto.

Mientras los soldados se ocupaban de la instalación de las tiendas, Dersu y yo fuimos a cazar con la vaga esperanza de abatir un alce. No lejos del campamento, vi tres pájaros parecidos a ortegas, paseándose sobre la nieve, sin prestarnos demasiada atención. Iba a apuntar pero el *gold* me detuvo.

—Inútil, inútil —me dijo precipitadamente—. Se las puede coger más fácilmente.

Si quedé asombrado viéndole avanzar hacia aquella presa, sin tratar de esconderse, lo fui más aún al notar que los pájaros no le temían en absoluto y se retiraban tranquilamente, sin prisa, como lo harían unas gallinas de granja. Acabamos por aproximarnos a unos cuatro metros. Ignorando totalmente a los pájaros, Dersu

tomó un cuchillo y se puso a cortar un joven abeto. Lo despojó a continuación de sus ramas, ató al extremo del arbolillo una cuerda formando lazo y fue decididamente a rodear con este nudo el cuello de una de las gallináceas. El pájaro atrapado agitó sus alas, tratando de desprenderse. Los otros dos comprendieron que era el momento de escapar y se elevaron en el aire para ir a posarse sobre un alerce vecino, una abajo y otra cerca de la copa. Creyéndolas muy atemorizadas, quise finalmente hacer fuego, pero Dersu me detuvo de nuevo y me explicó que era aún más fácil cogerlas en el follaje que por tierra. Se aproximó al árbol y levantó suavemente su pértiga, evitando hacer ruido. En el momento de poner el nudo al cuello del pájaro, posado sobre la rama inferior, el *gold* hizo un gesto imprudente, viniendo a golpear su pértiga el pico de la gallinácea. Esta no hizo más que sacudir la cabeza, se calmó en seguida y continuó mirándonos. Un minuto después, el pájaro cayó al suelo, donde se debatió impaciente. No quedaba más que la tercera, encaramada tan alto que no podía alcanzársela desde tierra. Dersu trepó al árbol. El alerce, delgado y seco, se balanceó fuertemente. Pero en lugar de volar, el estúpido pájaro se quedó en su lugar, aferrándose con los pies a la rama y balanceándose para no perder el equilibrio. Cuando el *gold* estuvo suficientemente próximo, le echó el nudo al cuello y lo arrastró hacia él. Así las cogimos a las tres sin combatir. Noté entonces que aquellos pájaros eran más grandes que las ortegas y tenían el plumaje más oscuro. Por otra parte, los machos tienen cejas rojas que los hacen parecerse a gallos salvajes. Estos pájaros, que los rusos del país llaman *dikuchkas*, habitan la región ussuriana y no se encuentran más que en los bosques de coníferas del Sijote-Alin, pues las fuentes del Amur forman el límite natural de su expansión. El examen de sus mollejas (el tercer estómago de estas aves) nos permitió ver que su alimento consistía en tallos jóvenes de abetos y murillas.

El crepúsculo estaba ya bien avanzado cuando regresamos al campamento. Una hoguera estaba encendida en la tienda, dándole la apariencia de una vasta linterna que estuviera iluminada por una candela desde el interior. El humo y el vapor se elevaban en torbellinos espesos que iluminaban la llama de la hoguera, mientras que oscuras sombras se removían en la tienda.

Por la noche, festejamos el paso del Sijote-Alin, relamiéndonos con los *dikuchkas*, chocolate, té y ron. Antes de acostarnos, conté a los tiradores cuentos terroríficos de Gogol. En esta acampada, nos separamos de Suntzai. En efecto, podíamos ya prescindir de sus servicios puesto que el curso de agua debía conducirnos automáticamente hacia el Bikin. Pero, Dersu le hizo preguntas sobre las particularidades del camino a seguir.

Desde la salida del sol, habiendo levantado las tiendas y ordenado nuestros efectos sobre los trineos, nos abrigamos y seguimos el torrente alpino que abundaba en rápidos y cuyo lecho se encontraba obstruido por troncos de árboles y rocas. La

misma mañana, pudimos notar pronto que estábamos separados del mar por el macizo montañoso; al alba, el termómetro señalaba 27° bajo cero, y cuanto más nos separábamos del Sijote-Alin, más frío hacia. Por lo demás, es sabido que, muy a menudo, cerca del litoral, la temperatura es más dulce sobre las alturas que en los valles. Alejándonos del mar, acabábamos de entrar, aparentemente, en un «lago de aire frío». Torbellinos de nieve danzaban por encima del río. Como si estuvieran concertados, nacían de improviso y corrían todos en la misma dirección para desaparecer de una manera igualmente imprevista.

Después de una fuerte helada, es muy penoso marchar contra el viento. Aquella nos forzó a detenernos a menudo para confortarnos alrededor del fuego. Así es que, en toda la jornada, no hicimos más que diez kilómetros. Elegimos para acampar un lugar donde el curso de agua se dividía en tres brazos distintos. Marchamos así sin incidentes durante cinco días y alcanzamos el Bikin el 20 de diciembre. De allí hasta el ferrocarril nos quedaban alrededor de 350 kilómetros por franquear.

Al crepúsculo, llegamos a una aldea *udehé* que no contaba más que con tres *yurtas*. La aparición de gente desconocida, llegada inopinadamente «de la montaña», asustó a los indígenas. Pero cuando se enteraron de la presencia de Dersu en nuestro grupo, se calmaron y nos acogieron con mucha cordialidad. Esta vez, en lugar de instalar nuestras tiendas, nos alojamos en las primitivas habitaciones indígenas. Hacía ya quince días que recorríamos la taiga y pude comprobar, observando la tendencia manifiesta de los tiradores cosacos hacia los lugares habitados, que estos hombres tenían necesidad de un reposo más prolongado que el de una sola noche en medio de la selva. Así que decidí pasar un día más con los indígenas. Al saberlo, los soldados se instalaron confortablemente en las *yurtas*. Como el corte de la madera, el cuidado de acarrearla y todos los otros trabajos de campamento se encontraban esta vez descartados, mis compañeros se apresuraron a descalzarse y a preparar la cena.

Dos jóvenes *udehés* volvieron al crepúsculo, anunciando que acababan de encontrar, no lejos de su casa, huellas de jabalíes, y que se proponían hacer una batida al día siguiente. Esta caza prometía ser interesante y yo me decidí a unirme a los indígenas. Estos hicieron por la noche los preparativos necesarios, tendiendo de nuevo las correas de sus esquíes y aguzando sus lanzas. Como había que ir de caza antes de la salida del sol, nos acostamos en seguida de la cena.

Era aún de noche cuando sentí que alguien me sacudía por la espalda. Despertándome, vi que un fuego estaba encendido en la *yurta* y que los indígenas estaban ya todos prestos. Para no retardarlos, me vestí de prisa y me metí en el bolsillo algunas galletas en el momento de salir.

Los *udehés* marchaban a la cabeza y yo los seguía a lo largo del curso de agua. Pero pronto nos desviamos para escalar una altura insignificante y volver a descender en seguida en una cavidad vecina, donde los cazadores tuvieron un pequeño

conciliábulo. Después avanzaron de nuevo, pero guardando desde entonces un completo silencio.

Al cabo de una media hora, se hizo completamente de día. Los rayos del sol vinieron a iluminar las cimas de las montañas y anunciar a los habitantes de la selva la llegada del día. Acabábamos de llegar al lugar donde nuestros jóvenes anfitriones habían visto, la víspera, rastros de jabalíes.

Hay que advertir que, en verano, estos animales descansan durante el día y se alimentan por la noche. En invierno es al contrario, estando la noche consagrada al sueño. Los jabalíes percibidos la víspera no podían, pues, haber ido muy lejos, y comenzamos a rastrearlos.

Era la primera vez que yo observaba la velocidad de los esquiadores del país en medio de la selva. Pronto me quedé atrás y acabé por perderlos de vista. No tenía ningún sentido tratar de alcanzarlos, así es que seguí su pista sin apresurarme. Después de haber avanzado alrededor de media hora, me sentí fatigado y me senté para descansar. Escuchando detrás de mí un ruido repentino, me volví y vi dos jabalíes que atravesaban mi camino a trote ligero. Apuntando rápido con mi arma, hice fuego pero fallé el tiro. Los animales, asustados, saltaron de costado. Como no encontraba ninguna huella ensangrentada, resolví perseguirlos. Alrededor de veinte minutos más tarde, pude darles alcance. Parecían fatigados y avanzaban penosamente por la espesa nieve. De repente, los animales presintieron el peligro y volvieron los dos la cabeza, como siguiendo una orden, en mi dirección. Por su manera de remover las mandíbulas y por las características que pude advertir, comprendí que aguzaban sus defensas. Tenían los ojos encendidos, los hocicos dilatados, las orejas levantadas. Si no hubiera habido más que uno, yo habría tirado probablemente sobre él. Pero como eran dos, podía esperar seguro un ataque. En consecuencia, me abstuve de hacer fuego, esperando una ocasión más propicia. Los animales cesaron de hacer crujir los colmillos y levantaron sus hocicos para olfatear el aire. Después, se volvieron lentamente y continuaron su camino. Yo describí una curva y los hostigué de nuevo. Los jabalíes se detuvieron esta vez aún, y uno de ellos se puso a arrancar con sus colmillos la corteza de madera abatida. Súbitamente, las dos bestias se pusieron al acecho, dieron un corto gruñido y se alejaron, abriéndose camino hacia la izquierda. En aquel momento noté a cuatro *udehés* y pude advertir por sus caras que habían visto bien a los jabalíes. Me reuní con ellos para seguirlos. No pudiendo alejarse con facilidad, los animales hicieron alto, prestos a defenderse. Los indígenas les rodearon y se aproximaron a ellos en movimientos concéntricos. Esta maniobra obligó a los jabalíes a dar vueltas de un lado a otro; pero, no pudiendo aguantar más, se arrojaron esta vez a la derecha. Los indígenas los lancearon con una habilidad sorprendente. Uno de los animales recibió un golpe debajo del omóplato; el otro fue herido en el cuello y saltó hacia adelante. El joven cazador quiso retenerlo con su

lanza, pero un crujido corto y seco resonó en ese momento. El mango del arma fue partido como una delgada rama seca. Perdiendo el equilibrio, el cazador cayó a tierra, mientras el jabalí se abalanzaba hacia mí. Instintivamente, levanté mi fusil y disparé casi a quemarropa. Por una feliz casualidad, mi bala fue a alojarse directamente en la cabeza del animal. En el mismo instante, me di cuenta de que el *udehé* de la lanza rota estaba echado en tierra, apretándose una herida en un pie, de donde la sangre manaba en abundancia. Este hombre no sabía con exactitud en qué momento el jabalí había podido lastimarlo con sus colmillos. Le puse un vendaje, mientras los otros *udehés* se apresuraban a instalar un campamento y a acarrear madera. Uno de estos cazadores se quedó cerca del herido; otro fue a buscar un trineo, mientras los demás reanudaban la caza. Este accidente no levantó ninguna inquietud en la aldea: la mujer del joven cazador no hizo más que reír y bromear con su marido. Esos casos son tan frecuentes que nadie les presta atención. Huellas dejadas por colmillos de jabalí y por uñas de oso se encuentran en el cuerpo de todos esos hombres.

En el curso de esa jornada, nuestros tiradores se ocuparon de componer las roturas de los trineos, dejando la reparación de sus ropas al cuidado de las mujeres indígenas. A fin de aligerar las cargas de mis compañeros, contraté a dos hombres que disponían de trineos y de perros, para acompañarnos a la aldea siguiente.

Al otro día, cuando me despedí de los indígenas, tuvo lugar un episodio bastante divertido. Yo di a cada uno diez rublos; a uno, le tendí un billete por esa suma; a otro, dos billetes de cinco rublos cada uno. Y he aquí que el primero se mostró ofendido. Creyendo que encontraba esta remuneración insuficiente, le mostré a su camarada, cuya satisfacción era evidente. Pero se trataba de una cosa distinta: el *udehé* estaba molesto por no haber recibido más que un solo billete, mientras que el otro recibía dos. Yo había olvidado que esa gente no conoce nada en materia de dinero. Volví a tomar entonces mi billete de diez rublos y le di, para darle gusto, tres billetes de tres rublos y un cuarto de un rublo. Ahora le tocó enfadarse al segundo *udehé*, puesto que él no había recibido en total más que dos billetes de cinco rublos. Para quedar en paz, me fue necesario dar a cada uno de ellos un surtido de billetes idénticos.

30. El ataque del tigre

Al día siguiente, 23 de diciembre, reemprendimos nuestro camino. Mis compañeros marcharon alegres y avispados, restablecidos por una jornada entera de reposo. Hicimos alrededor de dieciocho kilómetros antes de instalar nuestro campamento cerca de una *fanza* habitada por dos ancianos. Uno era un *udehé* y el otro un chino, trampero de cibelinas. Les pregunté sobre el camino que iba hacia el paso del Khor, adonde yo tenía muchas ganas de subir. Nuestro nuevo amigo *udehé*, que se llamaba Kitenbú, consintió en servirme de guía. Debía tener entonces unos sesenta años. Sus cabellos eran grises y su rostro estaba muy arrugado. Se preparó en seguida para la excursión, proveyéndose de una ropa remendada, de una piel de cabra y de una vieja carabina muchas veces recompuesta. Yo tomé conmigo una tetera, una agenda y una colchoneta, mientras Dersu llevaba telas de tienda, su pipa y sus provisiones. Además de nosotros, otros dos seres vivos participaban en nuestra expedición: mi *Alpa* y otro perro de pelos grises, de hocico puntiagudo y orejas tiesas. Su amo, Kitenbú, lo llamaba *Kady*.

Hacía una hermosa mañana y contábamos llegar hacia la noche a una *fanza* de caza situada al otro lado de la línea divisoria de aguas. Pero nuestra esperanza fue vana. Por la tarde, el cielo se cubrió poco a poco de largas franjas de nubes, el sol se rodeó de círculos y simultáneamente el viento comenzó a soplar. Yo pensaba ya en el regreso, pero Dersu me tranquilizó, afirmando que no habría tempestad de nieve y que todo se limitaría a un viento violento que cesaría al día siguiente. Una vez más, acertó. Hacia las cuatro, el sol se escondió tras un velo nuboso que podía ser también de niebla. El aire estaba saturado de un polvo fino de nieve seca y movediza. El viento nos azotó el rostro, cortante como un cuchillo. Cuando el crepúsculo comenzó a caer, acabábamos precisamente de alcanzar la altura deseada. Dersu se detuvo para deliberar con nuestro guía. Yo me aproximé a ellos y me enteré de que el *udehé* no estaba completamente seguro del camino. Temiendo perderse, decidieron los dos que había que acostarse al aire libre.

—Capitán —me dijo Dersu—, hoy no encontraremos ya una *fanza* y tendremos que acampar.

—Bien —respondí—, escojamos el lugar.

Adentrándonos a fondo en la espesura, para meternos al abrigo del viento, nos instalamos al pie de un cedro enorme, cuya talla podía llegar a unos veinte metros. Dersu tomó su hacha para ir a buscar leña; el viejo Kitenbú, que pertenecía a la tribu de los *tazes*, se puso a cortar ramas de coníferas para nuestras camas, mientras yo me ocupaba de preparar la hoguera. Como todos estos trabajos de campamento no acabaron hasta las seis y media, nos sentíamos muy fatigados. Cuando se encendió el fuego, el campamento nos pareció en seguida muy confortable. Pudimos

descalzarnos, secarnos y pensar en nuestra cena. Una media hora después, tomábamos el té y hablábamos del tiempo que haría.

Mi perra *Alpa* no tenía la bella piel de *Kady*. Helada y fatigada por el trayecto, los ojos medio cerrados, mi perra permanecía sentada cerca del fuego y parecía dormir. El perro del viejo *taze* estaba acostumbrado desde su temprana edad a toda clase de privaciones y no le afectaban las adversidades de esa existencia de campaña. Con el cuerpo enroscado como un caracol, se acostó aparte y se durmió en seguida. La nieve lo cubrió pronto por entero. Se levantaba de tanto en tanto para sacudirse, pateaba un poco sobre su sitio, se recostaba del otro lado, con la nariz apretada contra el vientre, y trataba de calentarse con su propio aliento.

Dersu, que tenía siempre lástima de *Alpa*, le acomodaba todas las noches, después de haberse descalzado, un colchón de ramas de abeto. A falta de estos materiales, le prestaba su chaqueta. Habituada a estos cuidados, *Alpa* iba cada vez a buscar al *gold*, saltando alrededor de él, le tocaba con sus patas y hacía de todo por atraer su atención. En cuanto Dersu tomaba su hacha, *Alpa* se calmaba y esperaba entonces pacientemente que estuviera de regreso con una brazada de ramas de abeto.

Nosotros, tan fatigados como los perros, no pensamos después del té más que en echar mucha leña al fuego para acostarnos a continuación sin tardar. Cada uno de nosotros escogió un lugar aislado cerca del fuego. Dersu se puso un poco apartado, protegido por una especie de tienda y por su capote. El viejo *udehé* se acomodó al pie del gran cedro, abrigándose con su manta. Por mi parte, me sentí muy cómodo en mi colchoneta, colocada sobre ramas de abeto. Uno de mis costados se encontraba protegido del viento por los árboles abatidos; el otro, estaba calentado por el fuego.

Pero en un gran bosque el mal tiempo no deja nunca de despertar un sentimiento de angustia. Parece que el árbol bajo el cual uno duerme, va a ser el primero en abatirse para aplastarlo. A pesar de mi fatiga, no pude dormir en mucho tiempo. Como una bestia furiosa, el viento arremetía contra todo lo que encontraba en su camino. Los árboles fueron los que más sufrieron. Fue un verdadero combate entre los gigantes de la selva y los elementos desencadenados del aire. El viento venía a embestirlos en ráfagas y huía de nuevo, dando en algún lado aullidos plañideros. Teníamos la sensación de haber caído en el centro de un ciclón formidable. Habiendo descrito alguna curva, la tempestad volvía a nuestro campamento y trataba aún de atacar al gran cedro, esforzándose en derribarlo. Pero sin resultado, ya que el viejo titán no hacía más que ponerse ceñudo y balancearse de un lado a otro. Escuché vagamente que alguien añadía leña al fuego y que la llama de la hoguera hacía ruido, agitada por el viento. Después, todo se hizo confuso y comencé a dormir.

Cuando me desperté, era casi medianoche. Dersu y Kitenbú velaban y continuaban conversando. El tono de sus voces me hizo adivinar que estaban alarmados por algo. Me vino a la cabeza la idea de que el cedro pudiera vacilar y

amenazarnos con su caída. Salí pronto de mi embozo y pregunté lo que había sucedido.

—Nada, nada, capitán —me respondió Dersu; pero yo noté que sus palabras no eran convincentes. Evidentemente, no quería inquietarme. Nuestra hoguera proyectaba una llama resplandeciente. Sentado cerca del fuego, el *gold* se protegía el rostro del calor con una mano, mientras con la otra arreglaba la madera inflamada y recogía los tizones. El viejo Kitenbú mimaba a su perro. Viendo a mi perra *Alpa* que temblaba a mi lado, creí que tiritaba de frío. La leña de la hoguera llameaba con resplandores; sombras negras y fulgores rojos se perseguían sobre el suelo. Se alejaban del fuego y se aproximaban en seguida, saltando por encima de las zarzas y los montones de nieve.

—No es nada, capitán —repitió Dersu—. No tienes más que dormir; nuestra conversación no tiene importancia.

No me hice de rogar y escondí de nuevo la cabeza bajo mi manta. Pero al cabo de una media hora las voces me despertaron de nuevo.

«Hay algo que anda mal», me dijo entonces, desprendiéndome de mi embozo.

La tempestad se calmaba poco a poco y algunas estrellas aparecieron en el cielo. Cada ráfaga hacía caer por tierra la nieve seca, con un ruido que recordaba el de la arena. Kitenbú se levantó a la escucha. Dersu se mantenía de pie, vuelto de costado y tapando con la mano la hoguera para percibir mejor en la oscuridad de la noche. Los perros no dormían tampoco; se apretaban junto al fuego, se sentaban a veces, pero se sobresaltaban enseguida y cambiaban de lugar. Los animales olfateaban algo y fijaban los ojos en la misma dirección que las miradas de Dersu y de Kitenbú. El viento agitaba violentamente la llama y levantaba millares de chispas, que hacía revolotear antes de perseguirlas hacia el fondo de la selva.

—¿Qué hay, Dersu? —pregunté al *gold*.

—Jabalíes en marcha —me respondió.

—¡Bueno, valiente cosa!

En efecto, jabalíes que se pasean por la selva, son la cosa más natural del mundo. En el curso de su avance, estos animales acababan sin duda de encontrarse con nuestro campamento y entonces resoplaban para expresar su descontento.

Pero Dersu esbozó con la mano un gesto irritado y me dijo:

—¿Cómo no comprendes, después de haber errado tantos años por la taiga? En invierno, los jabalíes no marchan de noche por su propio gusto.

Sin embargo, no había lugar a dudas; del lado donde se dirigían las miradas de mis dos compañeros, acababan de resonar crujidos de ramas rotas y gruñidos característicos de paquidermos. Un poco antes de alcanzar nuestro campamento, los jabalíes dejaron la altura para rodear la cima de la colina.

—¿Por qué, pues, avanzan en este momento? —pregunté a Dersu.

—No es sin motivo —replicó—. Hay algún hombre que los persigue.

Creí primero que él hablaba de *udehés* y me asombró la idea de que esos indígenas fueran capaces de correr de noche por la taiga, calzados con sus esquíes. Pero me acordé al instante de que la palabra «hombre» en la lengua del *gold* no se aplicaba sólo a seres humanos y esto me hizo comprender la verdad: los jabalíes estaban perseguidos por un tigre. En consecuencia, éste debía encontrarse próximo.

Pues bien, en lugar de esperar por lo menos a que el té estuviera caliente, corrí mi colchoneta más cerca del fuego, y me embocé de nuevo para volver a entregarme al sueño.

Creía haber dormido largo tiempo cuando de repente sentí algo pesado que me caía sobre el pecho. Al mismo tiempo, escuché un aullido de perro y la exclamación: ¡Pronto!, que Dersu dio con voz enloquecida.

Arrojé con prisa la cubierta de mi colchoneta. La nieve y las hojas secas vinieron a golpearme en la cara. En ese instante vi una larga silueta deslizarse a través de la maleza. Mi perra *Alpa* se acurrucó en mi pecho. La hoguera estaba casi extinguida; dos pobres tizones se consumían solos todavía. El viento que soplaba encima esparcía las últimas chispas sobre la superficie blanca.

Sentado por tierra, Dersu se apoyaba con una mano en la nieve y con la otra se apretaba el pecho, como si quisiera parar los latidos de su corazón. El viejo Kitenbú estaba postrado en el suelo, sin moverse.

Durante algunos instantes, no llegué a comprender lo que había pasado ni lo que iba a hacer. Me costó trabajo deshacerme de mi perra y poder salir de la colchoneta. A continuación, me aproximé al *gold* y lo sacudí por los hombros:

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—¡*Amba, Amba!* —exclamó con terror—. *Amba* ha venido derecho a nuestro campamento. Ha atrapado a uno de los perros.

En ese momento me di cuenta de la desaparición de *Kady*. Dersu se levantó para atizar el fuego. Cuando reapareció la llama de la hoguera, el *udehé* recobró igualmente sus sentidos, pero arrojó a derecha e izquierda miradas aterrorizadas como si estuviera loco. En otro ambiente, su estado le hubiera hecho parecer grotesco.

Por esa vez, pude guardar el dominio de mí mismo mejor que los otros. Lo debía seguramente a mi sueño, que no me había permitido ver lo que acababa de suceder. Pero bien pronto los papeles se invirtieron: Dersu volvió a la calma mientras yo fui presa de terror. ¿Quién podía asegurar que el tigre no iba a reaparecer y atacar del mismo modo a uno de nosotros? Y sobre todo, ¿qué había pasado exactamente y cómo no había habido ningún tiro? He aquí la explicación que me dieron:

Dersu se despertó el primero, alarmado por los perros, que no cesaban de patear alrededor del fuego, saltando de un lado a otro. Escapando del felino, *Alpa* saltó sobre

la cabeza del *gold*, Este, aún medio dormido, dio un golpe a mi perra y percibió en el mismo momento al tigre, a su lado. La fiera atrapó al otro perro y se lo llevó muy lentamente hacia la selva, como si supiera que nadie podía impedirselo. Asustada por el golpe recibido, *Alpa* se arrojó a través del fuego y vino a saltar directamente sobre mi pecho. Fue entonces cuando escuché el grito del *gold*.

Puesto así al corriente de la situación, cogí instintivamente mi arma, pero sin saber en qué dirección iba a tirar. Un estremecimiento repentino se produjo en la maleza, detrás de mi espalda.

—Es por aquí —murmuró Kitenbú, mostrando con la mano un lugar a la derecha del cedro.

—No, por allá —rectificó el *gold*, indicando el lado diametralmente opuesto.

Pero el mismo ruido se repitió simultáneamente en ambos lados. Por otra parte, el gemido del viento en las copas de los árboles nos impedía escuchar. Yo tenía por momentos la sensación de oír por las buenas un crujido de ramas e incluso de percibir a la fiera, pero sólo para convencerme enseguida de que era otra cosa distinta, simplemente un tronco derribado o un grupo de jóvenes abetos. Y es que nos encontrábamos en medio de un follaje donde hubiera sido imposible distinguir lo que fuese, incluso en pleno día.

—Dersu —dije al *gold*—, vas a trepar a un árbol. Así podrás ver mejor de allá arriba.

—No —replicó—. No puedo. Soy viejo y no sé ya trepar a los árboles.

Kitenbú rehusó a su vez, así que resolví trepar yo mismo al cedro. Sin embargo, como el tronco estaba no solamente liso sino también cubierto aún de nieve sobre el lado expuesto al viento, no conseguí subir, pese a todos mis esfuerzos, más que a una altura de un metro y medio. Con las manos heladas, debí descender de nuevo.

—No vale la pena —dijo Dersu, mirando al cielo—. La noche acabará pronto.

Tomó su fusil y disparó al aire. Pero una ráfaga súbita impidió al ruido de la detonación propagarse en ecos lejanos. Hicimos un gran fuego y calentamos té. *Alpa* vino muchas veces a apelonarse, tan pronto contra mí, tan pronto contra Dersu, sin cesar de estremecerse y de echar por todos lados miradas asustadas. Sentados junto al fuego, pasamos todavía unos cuarenta minutos cambiando impresiones.

El alba comenzó por fin a despuntar. El viento se calmó rápidamente, pero la helada se hizo más fuerte. El *gold* y Kitenbú fueron hacia la maleza vecina y pudieron comprobar, según las huellas, que habían pasado nueve jabalíes. Las huellas de las patas del tigre probaron que era una fiera poderosa y adulta. Había errado largamente alrededor del campamento antes de atacar a los perros, esperando el momento en que la hoguera estuvo extinguida.

Propuse a Dersu dejar nuestros efectos en el campamento y seguir la pista de la fiera. En lugar de la negativa que preveía, tuve la sorpresa de su inmediato

consentimiento. El *gold* me explicó que la taiga ofrecía muchos alimentos al tigre. Pero éste, persiguiendo a los jabalíes, había encontrado hombres, atacando su campamento y llevándose a uno de sus perros. Dersu terminó su largo discurso con esta conclusión:

—No se comete pecado abatiendo un *amba* de esta especie.

Bebimos de prisa té muy caliente y seguimos la pista del felino. El mal tiempo había casi pasado. Los cedros y abetos seculares perdían sus hermosos ropajes blancos, pero el viento había levantado sobre el suelo un gran montón de nieve donde venían a deslizarse los rayos del sol. La selva parecía iluminada como para una fiesta. Más allá del campamento, las huellas nos mostraron que el tigre había regresado; ellas nos llevaron hacia montones de árboles abatidos donde se mezclaban.

—Nada de prisas, capitán —me dijo el *gold*—. No hay que avanzar en línea recta. Debemos contornear los árboles abatidos, con el ojo bien abierto...

—¡La encontré! —gritó súbitamente, volviéndose con presteza hacia una nueva pista.

Se podía ver netamente que el tigre había permanecido largo tiempo sentado en aquel lugar, haciendo fundir la nieve. Con el perro posado delante de él, el felino se había puesto a escuchar para saber si era perseguido. Después, se había llevado su presa más lejos. Lo perseguimos aún durante tres horas. El tigre no marchaba en línea recta, eligiendo los lugares donde había menos nieves, o donde la maleza era más espesa y las ramas desgajadas se amontonaban en abundancia. En otro lugar, había subido sobre un tronco abatido y descansó largamente. De súbito asustado por algo, saltó a tierra y franqueó varios metros, arrastrándose sobre el vientre. También llegó a pararse al acecho. Al aproximarnos nosotros, el felino volvía a partir, empezando por algunos saltos para continuar más tarde al paso y al trote.

Dersu acabó por hacer alto y discutir un poco con el viejo Kitenbú. En su opinión, debíamos regresar, ya que el tigre no había sido herido, la nieve no era bastante profunda y la persecución no representaba ya más que una pérdida de tiempo. Por mi parte, no encontré ninguna explicación al curioso hecho de que el tigre continuara arrastrando al perro sin devorarlo. Como para responder a mis pensamientos, el *gold* observó que ese felino no era un macho sino una hembra, y que tenía cachorros; era a éstos a quienes la bestia iba a llevar su presa. Pero ella se guardaría bien de conducirnos hasta su guarida, y nos llevaría de colina en colina, hasta que quedáramos definitivamente despistados. No pude dejar de aceptar la opinión del *gold*. Así que cuando nos decidimos a entrar en el campamento, Dersu se volvió del lado por donde el felino se había escabullido y gritó en aquella dirección:

—¡*Amba*! Has perdido tu reputación. Eres un ladrón peor que un perro. ¡No te temo! En nuestro próximo encuentro, te mato.

A continuación, encendió su pipa y volvió a tomar, en sentido inverso, la senda

que nuestros esquíes acababan de trazar. Poco antes de volver al campamento, me distancié, por azar, de mis compañeros. Llegado al paso, creí notar que una bestia descendía precipitadamente de nuestro campamento hacia el valle. Un minuto después llegábamos encontrando todos nuestros efectos esparcidos y destrozados. De mi colchoneta, no quedaban más que andrajos. Huellas dejadas sobre la nieve nos indicaron que esta devastación era la obra de dos glotones. Eran ellos los que yo había percibido cuando me aproximaba al campamento. Recogimos lo que nos restaba y descendimos rápidamente del paso para volver con nuestros otros camaradas. Este descenso fue fácil. La pista que habíamos creado precedentemente con nuestros esquíes, si bien cubierta de nieve, estaba sólidamente endurecida. Pudimos seguirla a verdadero paso de carrera y reunimos con los nuestros antes de la noche.

Los *udehés* establecidos cerca de los peñones de Sinopkú me dijeron que se habían realizado búsquedas a orillas del Bikin para encontrar a ciertos viajeros perdidos. Según sus informaciones, el *pristav*[\[33\]](#) designado con este fin habría sido forzado a regresar por la espesa nieve sin haber cumplido su misión. Yo no podía adivinar entonces que esta nueva me concernía directamente. Los mismos indígenas me afirmaron que íbamos a encontrar aún en nuestro camino *yurtas* abandonadas.

—¿Dónde? —le pregunté.

—En Beissilaza-Datani —respondió uno de ellos.

—¿A cuántas verstas? —le preguntó Zakharov.

—A dos verstas —le dijo el otro con seguridad.

Cuando le rogué que nos acompañara, el *udehé* accedió de buen grado. Compramos a los indígenas carne de alce y grasa de oso. Después, volvimos a emprender camino. Tras haber franqueado tres kilómetros, pregunté a nuestro guía si estábamos aún lejos del fin.

—No, no —aseguró.

No obstante, hicimos aún cuatro kilómetros y la aldea embrujada parecía siempre huirnos. Era ya tiempo de hacer un alto. Por otra parte, la idea de atrincherarnos por la noche en la nieve cuando las viviendas se encontraban próximas, no nos gustaba mucho. Pero cada vez que se le preguntaba al *udehé* si estaba aún lejos, replicaba obstinadamente:

—Es muy cerca.

Cada vuelta del río me hacía esperar la aparición de las benditas *yurtas*. Pero los meandros se sucedían lo mismo que los cabos, sin que alcanzáramos a ver la menor aldea. Hicimos así unos ocho kilómetros. Cuando tuve por fin la idea de volver a preguntar a nuestro guía cuántas verstas nos separaban aún de Beissilaza-Datani, respondió con voz imperturbable:

—Siete.

Esto fue demasiado para nuestros tiradores: quedaron petrificados y prorrumpieron en juramentos. Ahora bien, resultó que nuestro guía no tenía ninguna noción de medidas itinerarias. El hecho es que no hay que preguntar jamás a los indígenas formulando las preguntas de esa manera, pues ellos no miden la distancia sino de acuerdo con el tiempo: una media jornada de marcha, un día, dos días, y así sucesivamente.

Hice signo de parar. El *udehé* insistía en asegurarnos que las *yurtas* estaban muy cerca, pero nadie quería ya creerle. Los soldados se apresuraron a barrer la nieve, acarrear leña e instalar nuestras tiendas. Encontrándonos ya con mucho retraso, fuimos sorprendidos por el crepúsculo en medio de estos trabajos. El campamento, por otra parte, no perdió nada de su confort.

Empleamos otra jornada en hacer un trayecto que nos llevó a la localidad de Sigú (valle del oeste), la aglomeración ribereña más importante del Bikin, que no está poblada más que por chinos. Sus habitantes mataron un cerdo en nuestro honor, prepararon aguardiente en gran cantidad y me rogaron con insistencia volviera a sus casas al día siguiente. Nuestras provisiones estaban completamente agotadas. Además, mis compañeros se sintieron muy atraídos por la perspectiva de pasar la noche de Navidad en condiciones de mayor refinamiento que las del campamento diario. Así es que acepté la invitación de los chinos después de haber obtenido de mis soldados la promesa de no abandonarse demasiado al alcohol. Mantuvieron su palabra, ya que no vi a ninguno que no permaneciera sobrio.

Al día siguiente fue una jornada soleada y fría. Por la mañana, alineé a mi destacamento y felicité a todos aquellos que habían ayudado a nuestra expedición facilitando el cumplimiento de nuestras tareas. En respuesta, el bosque resonó de hurras. Los chinos acudieron de todas las *fanzas* vecinas. Sabiendo de qué se trataba, hicieron a su vez resonar sus carracas.

Apenas habíamos llegado a nuestro alojamiento para tomar la comida del mediodía, escuchamos aún el sonido de una campanita. Los chinos acudieron de nuevo, anunciándonos la llegada de un oficial de policía. Unos minutos después, un hombre arrebuñado en una pelliza irrumpió en la *fanza*. Este policía se transformó al instante en M. Merzliakov. Después de un abrazo entusiasta, nos hicimos preguntas y pude así saber que no era un *pristav* sino él mismo en persona quien se había propuesto desde el principio ir a mi encuentro, y era también a él a quien la espesa nieve había retardado en su empresa.

31. La muerte de Dersu

Llegamos a Khabarovsk la noche del 7 de enero. Los tiradores fueron a reunirse cada uno con su compañía, mientras yo llevaba a Dersu a mi domicilio, donde se reunieron los amigos más íntimos. Todos contemplaron al *gold* con curiosidad y asombro. El se sintió un poco incómodo y le fue muy difícil habituarse a las condiciones de una existencia tan diferente.

Le arreglé una pequeña habitación donde coloqué una cama, una mesa de madera y dos taburetes. Estos no eran en apariencia de ninguna utilidad, puesto que él prefería sentarse en el suelo o, mejor aún, ponerse en cuclillas, a la manera turca, con los talones pegados al cuerpo. Antes de acostarse, no dejaba nunca de extender, según su antigua costumbre, su piel de cabra, poniéndola encima del sommier relleno de heno e incluso por encima de la manta guateada. Pero el lugar favorito de Dersu era el rinconcito cerca de la estufa. Se sentaba sobre los leños y se quedaba largo tiempo mirando el fuego. En esta habitación, donde todo le era ajeno, sólo la madera llameante le recordaba la taiga. Si ésta se quemaba mal, se enfadaba con la estufa y hacía una observación:

—Hombre ruin, que no quiere encenderse de ningún modo.

Un día, tuve la idea de registrar la voz de Dersu en un fonógrafo. Comprendió fácilmente lo que le pedía y pronunció delante del aparato un cuento bastante largo que llenó el disco casi por entero. A continuación, reemplacé la membrana registradora por la de reproducción y di cuerda al aparato. Dersu escuchó sus propias palabras repetidas por el mecanismo y no quedó sorprendido en absoluto. Escuchó la reproducción hasta el final y se contentó con decir, señalando la caja:

—Habla correctamente, sin omitir una palabra.

Incorregible, el *gold* aplicaba su antropomorfismo incluso al fonógrafo.

A veces, sentados juntos, evocábamos todas las experiencias de nuestros viajes, y estas conversaciones nos satisfacían mucho a los dos.

Cuando se regresa de una expedición, se presenta siempre mucho trabajo; hay que hacer la contabilidad y los informes de servicio, trazar itinerarios, hacer la selección de colecciones, etc. Dersu notó que yo pasaba días enteros delante de mi escritorio, sumergido en mis papeles.

—Antes, yo creía —me dijo— que el capitán pasaba su tiempo sentado de esta manera —mostró la postura imaginaria del capitán— o comiendo, o juzgando a otros hombres, sin tener otra ocupación. Ahora, comprendo mejor las cosas: al ir por la montaña, el capitán trabaja; de regreso en la ciudad, trabaja también. El capitán jamás está ocioso.

Un día, entrando en su habitación, encontré a Dersu vestido para salir, fusil en mano.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Voy a disparar —respondió simplemente. Notando mi mirada asombrada, me explicó que en el cañón de su arma se había acumulado mucha grasa. Un tiro podía remediar esto, pues la misma bala, al pasar a lo largo de la hendidura, desatascaría el cañón. A continuación, bastaría enjuagarlo con una toalla. Pero fue un descubrimiento desagradable para Dersu enterarse de que estaba prohibido disparar en una ciudad. Después de dar mil vueltas y revueltas a su fusil, lo volvió a colocar con un suspiro en un ángulo de su habitación. Al día siguiente, pasando ante la habitación del *gold*, noté que su puerta estaba entreabierta. Entré, completamente al azar, sin hacer ruido. De pie, detrás de la ventana, el *gold* hablaba consigo mismo a media voz. Ya se sabe que los hombres habituados a una soledad prolongada reaccionan a menudo así para dar rienda suelta a sus pensamientos.

—¡Dersu! —le interpele.

Él se volvió hacia mí, y una sonrisa amarga apuntaba en aquel momento en su rostro.

—¿Qué te sucede? —le pregunté.

—¡A fe mía! —respondió—, estoy encerrado aquí como un pato. ¿Cómo pueden los hombres quedarse encerrados en una caja? —señaló el techo y los muros de la habitación—. Un hombre debe siempre marchar por la montaña y disparar.

Se calló, para volver a la ventana y mirar a la calle, víctima nostálgica de su libertad perdida.

«Esto se arreglará —me dije a mí mismo—. Él se habituará poco a poco y le tomará gusto a su domicilio.»

Un día hubo que hacer pequeños trabajos de reparación en su cuarto; reacomodar la estufa, blanquear los muros, etc. Yo le dije que se trasladase por algunos días a mi despacho, libre de volver a su habitación cuando estuviese presta.

—Está bien —me tranquilizó—. Puedo perfectamente dormir en la calle: instalaré una tienda y haré fuego sin molestar a nadie.

Esto le parecía muy fácil y me dio mucho trabajo disuadirlo de su proyecto.

No se ofendió, pero pareció descontento por la cantidad de obstáculos que se presentaban en la ciudad: no se podía plantar una tienda, ni hacer fuego en la calle, ni disparar un tiro, ya que todo molestaba a los paseantes.

Un día, Dersu fue conmigo a comprar leña y quedó sorprendido al verme pagar aquella provisión.

—¿Cómo? —exclamó—. Si la selva está llena de madera, ¿por qué gastar el dinero sin motivo?

Habló pestes del proveedor, lo calificó de «hombre malo» y se esforzó en persuadirme de que me engañaba. Fue en vano que tratara de explicarle que yo no pagaba la leña sino el trabajo. Dersu no se calmó en mucho tiempo y no quiso,

aquella noche, encender su estufa. Al día siguiente, para exonerarme de aquel gasto, fue él mismo a buscar leña al bosque. Pero lo detuvieron y le hicieron un proceso verbal. El *gold* protestó ruidosamente, a su manera, lo que le valió ser conducido a la comisaría. Fui informado por teléfono y traté de allanar el incidente. Más tarde, intenté en vano explicarle las razones que obligaban a prohibir el corte de madera en las cercanías de la ciudad. Dersu no llegó a comprenderlo. Este incidente dejó en él una impresión profunda. Se dio cuenta de que, habitando en la ciudad, se estaba obligando a renunciar a vivir según sus gustos, para conformarse a las exigencias de los otros. La gente extraña que lo rodeaba venía a estorbar cada uno de sus pasos. El pobre hombre se puso a reflexionar y a aislarse, adelgazó, se encogió y pareció envejecer de golpe.

Pero lo que quebrantó seriamente su equilibrio moral, fue una experiencia insignificante: me vio pagar mi cuenta de agua.

—¡Vaya! —exclamó también en esta ocasión—. ¿Hay que gastar dinero incluso para el agua? Mira un poco el río —señaló el Amur—, hay agua en profusión. ¿Cómo se puede?... —y, sin terminar la frase, entró.

La misma noche, estaba yo escribiendo en mi despacho cuando escuché el ruido de una puerta que se entreabría. Volviéndome, percibí a Dersu de pie bajo el dintel y vi enseguida que quería pedirme algo. Su rostro expresaba turbación y angustia. Sin dejarme tiempo para hacerle una pregunta, se arrodilló para decirme:

—Capitán, te lo ruego, déjame volver a la montaña. Yo no puedo vivir de ningún modo en la ciudad; hay que comprar la madera y el agua; y si se corta un árbol, esto irrita a los demás.

Lo levanté y le hice sentar en una silla.

—Pero ¿adónde irás? —le pregunté.

—Por allá —dijo, señalando con la mano el horizonte donde se destacaba la cresta del Jekhtzir, teñida de azul oscuro.

Yo sentía tanta pena por tener que separarme de él como por tratar de retenerlo. Forzoso me fue ceder, pero le tomé su palabra de que volvería al cabo de un mes para volver a partir entonces los dos juntos; yo quería instalarlo de una manera definitiva en casa de algunos indígenas conocidos. Por lo demás, pensé que iba a pasar aún dos o tres días bajo mi techo y me propuse proporcionarle dinero, provisiones y vestimenta. Pero todo ocurrió de otra manera.

Cuando pasé, al día siguiente por la mañana, junto a su habitación, encontré la puerta abierta. Eché un vistazo y la pieza estaba vacía.

Esta partida de Dersu me causó una penosa impresión. Experimenté como un desgarramiento en el corazón, un sentimiento de malestar y de angustia. Una voz interior me decía que no iba a verlo más. Muy aturdido, no pude trabajar en toda la jornada, y acabé por arrojar mi pluma para vestirme e ir al campamento militar.

La primavera había llegado y la nieve se fundía rápidamente. De blanca se había convertido en lodosa, como si se hubiera esparcido hollín sobre ella. Delgados tabiques de hielo, que seguían la dirección de los rayos solares, se formaban a lo largo de los montones de nieve y se desplomaban en el curso de la jornada para reaparecer a la noche. El agua se deslizaba por todas las zanjas y su murmullo alegre parecía tener prisa de llevar a cada brote de hierba la feliz nueva de su despertar y de su intención de reanimar la naturaleza.

Los soldados que volvían del tiro al blanco, me hicieron saber que habían encontrado en la ruta a un hombre desconocido, con el fusil en la mano y la mochila a la espalda. Este caminante avanzaba, alegre y feliz, canturreando una melodía. No podía ser otro más que Dersu.

Alrededor de unos quince días después de su partida, recibí de uno de mis amigos el telegrama siguiente: «Hombre enviado por usted a la taiga, encontrado asesinado».

«Es Dersu», pensé enseguida. Me acordé de haberle dado mi tarjeta de visita para evitarle ser arrestado en la ciudad por la policía. Al dorso de esta especie de salvoconducto, había mencionado que el *gold* habitaba en mi casa. Sin duda, esta tarjeta encontrada sobre él, era la causa del envío del telegrama. Al día siguiente, partí para la estación Korforovskaia, situada al sur de la cresta de Jekhtzir. Allí me enteré de que unos obreros habían encontrado a Dersu sobre la ruta, en medio de la selva. Marchaba solo, llevando una carabina, y había dirigido la palabra a una corneja posada sobre un árbol.

Como mi tren había llegado a Korforovskaia hacia el crepúsculo, la hora era ya muy avanzada para ir inmediatamente al lugar. Decidí ir, con un compañero, al día siguiente por la mañana. Pero no pude dormir en toda la noche, roído por una angustia mortal. Un hombre que me era verdaderamente querido acababa de desaparecer. ¡Habíamos pasado juntos tantas experiencias! ¡Cuántas veces me había salvado la vida en momentos en que la suya propia pendía de un hilo! Para distraerme, tomé un libro, pero no me sirvió de nada. Mis ojos corrían maquinalmente de una letra a otra, mientras mi pensamiento volvía constantemente a Dersu pidiéndome que le devolviese la libertad, en el curso de nuestra última conversación. Me reprochaba haberlo traído a la ciudad. Pero ¡quién hubiera podido prever aquel desenlace!

Dejamos la casa a las nueve de la mañana. Era fin de marzo. El sol, que se había elevado ya muy alto, en el cielo, lanzaba sobre la tierra sus brillantes rayos. Se sentía todavía en el aire, y más particularmente a la sombra, el frescor de las ligeras heladas nocturnas; pero la nieve fundida, el agua de los arroyos y el aspecto alegre de los árboles en fiesta, demostraban que esas noches frescas no daban miedo ya a nadie.

Un sendero minúsculo nos condujo hacia la taiga. Al cabo de un kilómetro y medio, percibí una hoguera encendida a la derecha del sendero y rodeada de tres

hombres. En uno de ellos yo reconocí al *pristav*, funcionario de la policía local. Los otros dos eran obreros ocupados en cavar la fosa, al lado de la cual estaba extendido en tierra un cuerpo recubierto de una estera. Sólo por el calzado, que me era tan familiar reconocí ya al muerto.

—¡Dersu, Dersu! —fue la única exclamación que dejé escapar.

Los obreros me miraron asombrados. No queriendo manifestar mis sentimientos delante de aquellos extraños, me retiré un poco aparte, para sentarme sobre un tronco y entregarme a mi dolor.

La tierra estaba aún congelada. Los obreros la hacían fundir al fuego y se limitaban a sacar los terrones que sus palas alcanzaban a coger. Al cabo de cinco minutos, el policía vino hacia mí, con aire contento y feliz, como si hubiera llegado de una fiesta. Según todos los indicios, habían matado a Dersu mientras dormía. Los bandidos, que esperaban encontrarle dinero, tuvieron que contentarse con robarle su fusil.

Alrededor de hora y media más tarde, la tumba estaba dispuesta. Los obreros se aproximaron a Dersu y levantaron la estera. En este momento, un rayo de sol atravesó la espesura y penetró hasta el suelo, iluminando el rostro del muerto. Apenas había cambiado. Sus ojos abiertos miraban al cielo. A juzgar por su expresión, se hubiera dicho que Dersu había olvidado algo y que trataba entonces de recordarlo. Los obreros lo echaron en la tumba y se pusieron a rellenarla.

—Adiós, Dersu —dije suavemente—. Nacido en la selva, es en la selva donde has ajustado tus cuentas con la vida.

Al cabo de veinte minutos un pequeño montículo se levantó por encima del lugar donde se encontraban ahora los despojos del *gold*. Habiendo terminado su tarea, los obreros encendieron sus pipas, recogieron sus útiles y siguieron al *pristav* hacia la estación ferroviaria.

Yo me quedé sentado en tierra, cerca del sendero, y pensé largamente en mi amigo muerto. Cuadros del pasado de desarrollaron como en un filme ante mí. En aquel momento, un trepador voló hacia la zarza que crecía al lado de la tumba. Se posó allí tranquilamente, gorjeando y mirándome con confianza.

«Un hombre dulce», el sobrenombre que Dersu aplicaba a esos pájaros de la taiga, me vino a la memoria. El pequeño trepador saltó de su lugar para volar hacia otras zarzas, mientras el sufrimiento se apoderaba de nuevo de mi corazón.

Me fui enseguida, volviéndome aún para fijar bien en mi memoria el lugar donde Dersu acababa de ser enterrado. Dos grandes cedros que lo abrigaban bajo su sombra, eran bastante característicos para poder ser percibidos, incluso de lejos.

—Adiós, Dersu —dije, por última vez, antes de dirigirme a la estación.

Al verano siguiente, emprendí un nuevo viaje que duró casi dos años.

Después, volví a Jabarovsk en pleno invierno y fui enseguida a Korforovskaia

para visitar la tumba que me era querida. Pero no reconocí más el lugar; todo había cambiado. Una colonia entera se había creado cerca de la estación, donde se habían empezado a explotar canteras de granito en los contrafuertes del Jekhtzir, a abatir el bosque, y se desbastaban traviesas para construir la vía férrea. En varias ocasiones traté de encontrar la tumba de Dersu, pero fue en vano... Los dos grandes cedros habían desaparecido, reemplazados por rutas, terraplenes y excavaciones de fecha reciente. Los alrededores mostraban entonces la huella de una vida nueva.

Vocabulario

Relación de nombres propios con la grafía que figura en la traducción castellana

A

Agdy (trueno)

Amagú (río)

Amur (río)

Anutchino (lugar)

Arinin (n. p.)

Arzamassovka (río y ciudad)

B

Beissilaza-Datan! «Bezchumny» (torpedero)

Bilihe (río)

Bobrov (n. p.)

Bui (río)

C

Cartú (cresta)

CH

Chacarovka (ciudad)

Chakira

Chantar

Chi Myne (bahía Santa Olga)

Chhkotovo (pueblo)

Chmakovka

D

Da-dian-chan (montes)

Da-Laza (peñón)

Datzari (n. p.)

Djiguite (golfo)

Dmitrovka (ciudad)

Dun-Tavaiza
Dunantza (río)
Duntza (río)

E

Enduli (espíritu)
Epov (n. p.)

F

Fokin (río)
Fudzin (río)

G

Golavka (pueblo)

H

Huluay (río)

I

Iman (río y montaña)

Inza-Laza-Gú (río)

Iolayza (región)

J

Janka (lago de)
Jabarovsk (ciudad)
Jekhtzir (cresta)

K

Kady (perro)
Kamtchatka (península)
Kartun (pueblo)
Khabarovsk (ciudad)
Khei-Ba-Tú (n. p.)
Kholunkhú (río)
Khor (río)
Kitenbú (n. p.)
Kocharovsk
Kojevnikov (n. p.)
Korforovskaia (estación)
Kotelnoyé (aldea)
Kulé-Gapani (peñón)
Kuliumbé (río)
Kumukhú (río)
Kussún (río)
Kvandagú (río)

L

Leao (dinastía)
Liechy (perro)
Li-Tan-Kui (n. p.)
Li-Fin-Fú (n. p.)
Lukianova (aldea)
Lurl (n. p.)

M

Maia-khé (río)
Mai-tung (ensenada)
Martchenko (n. p.)
Miakichev (n. p.)
Mokruchine (n. p.)
Monguli (n. p.)
Mutu-khé (río)

N

Nakhtokhú Naina (río)
Nekrassov (n. p.)
Novinka

O

Olenetiev
Oncu Tchugdnyi
Ossinovka (pueblo)
Ostrava

P

Panachev (n. p.)
Paravosi (puesto)
Perme
Piatchkine
Plastum
Plastun (bahía de)
Prjevalski
Puguy

R

Rinda (golfo de)

S

Sakhaline (isla)

Salé (n. p.)

San Vladimiro (bahía de)

Sanhobé (río)

Santzui (n. p.)

Sarl Kimunka (n. p.)

Sian-chi-Kheza (pueblo)

Sidatun (lugar)

Sigú (pueblo)

Sijote-Alin (cordillera)

Silmé (n. p.)

Sine-Kvandagú (río)

Sinopkú (peñón)

Sitza (río)

Sui-chang (río)

Sungari (río)

T

Taduchú (río)
Takema (río)
Tchan-Lin (n. p.)
Tchernigovka
Tenegouze (río)
Terney (bahía)
Tu-dinzy
Tuti-khé
Tzimu-khé (río)

U

Ula-khé Ussuri (río)
Ulengú (río)

V

Vakú (río)

Vangú (río)
Vangubé (lugar)
Van-Sine-Laza
Vay-Fudzin
Verbovka (pueblo)
Vietkino (pueblo)
Vladimirovka (ciudad)

Z

Zagornaya (aldea)
Zagornie
Zakharov

- [1] Forma siberiana del *wapiti* canadiense.
- [2] Literalmente, «montañas puntiagudas».
- [3] Significa «río donde tuvieron lugar muchos combates»
- [4] Especie de choza o casa indígena. (*N. de la T.*)
- [5] Este nombre siberiano significa «Valle del polvo seco».
- [6] Albornoz caucasiano.
- [7] Calzado siberiano en piel de alce o de gamuza curtida, y muy suave.
- [8] Cabaña indígena.
- [9] Especie de gran lecho de piedra tallada.
- [10] Grano de trigo mondado.
- [11] Jefe o señor de un dominio. (*N. de la T.*)
- [12] Especie de trapo.
- [13] Cuernos no osificados de ciervos jóvenes.
- [14] La bahía de Santa Olga, descubierta en el siglo xviii por La Percuse, tiene tres kilómetros de largo por tres de ancho. Sólo está helada durante tres meses al año. En su costa oriental se halla el caserío chino de Chy-Myne, adonde dos cazadores de la taiga envían el producto de sus expediciones. Las pieles, el gin-seng y los *panty* son cambiados allí por productos manufacturados llegados por vía marítima.
- [15] Equivalente a *gin-seng*.
- [16] Cercado especial que sirve para impedir a las fieras el acceso al abrevadero.
- [17] Valle de la Roca de Plata.
- [18] Salmónido siberiano que recuerda al timalo.
- [19] Ratones campestres.
- [20] Yerberas.
- [21] «La reidora.»
- [22] Águilas marinas.
- [23] Especie de perdiz silvestre.
- [24] Moluscos marinos comestibles.
- [25] Algo así como «caja de sorpresas».
- [26] Palabra *udehé* que significa «bribones».
- [27] Pequeños pescados secados al sol.
- [28] Cabañas o tiendas de campaña.
- [29] Locomotora.
- [30] Salmón siberiano o *Salmo gibbosus*.
- [31] Equivalente a *gin-seng*.
- [32] Carreta china de dos ruedas.
- [33] Oficial de policía.